Tessa C. Martin

Dime algo bonito



Dime algo bonito

Tessa C. Martín

Derechos de autor © 2025 Tessa C. Martín

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada: ADYMA Design (Marien F. Sabariego)

Corrección: Carolina Ramos

Para Carmen y Martín.

Porque aunque esta historia no tiene dragones ni naves espaciales, sí habla de algo igual de mágico:

aprender a querer sin rendirse nunca.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Parte 1
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Parte 2
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45

Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 68
Capítulo 69
Epílogo
Agradecimientos
Libros de este autor

Parte 1

Capítulo 1

Un accidente te marca para toda la vida, pero yo no sabía cuánto hasta que la conocí.
Oliver

EVE

30 de agosto de 2014
Treasure Island
Laguna Beach. California. Estados Unidos

Me acerqué a la orilla, donde las olas rompían en la arena. Metí los pies y dejé que la espuma burbujeara entre mis dedos. Las temperaturas eran tan altas que nos habíamos pasado gran parte del día en el agua, por lo que en mis piernas y mis brazos todavía estaba la huella de la sal seca sobre mi piel. Inspiré hondo y miré hacia el horizonte, donde el atardecer entremezclaba colores preciosos como el naranja, el rosa y el azul.
Ahora que ya estábamos agotando las últimas horas para volver a clase y encarar el último curso, tenía que reconocer que había sido un verano mucho más intenso de lo que preví cuando terminé las clases en junio. Mi padrastro me había encontrado trabajo en la tienda de recuerdos del Pacific Marine Mammal Center, por lo que, cuando no estaba vendiendo imanes o peluches de focas, esperaba pasar las horas muertas en casa, al cuidado de mi hermano Zack, mientras mis amigas disfrutaban de la playa y la piscina. Sin embargo, mi madre había apuntado a mi hermano a un campus de verano y lo recogía cada día al salir del hospital. Aquello me había dado un respiro y, al mismo tiempo, me había permitido salir con libertad en mis horas libres.
El día que libraba, venía a la playa o me quedaba en casa leyendo. Las noches habían sido otro cantar. Había salido tanto de fiesta que

me conocía todos los garitos de la costa, la gente que los regentaba y el tipo de música que ponían. En resumen, no me podía quejar. Aquel verano había sido el previo perfecto antes preparar el acceso a la universidad.

Moví los dedos para desenterrarlos de la arena y la laca de uñas de color rojo refulgió entre el agua. Detrás de mí, el viento trajo la voz de Meghan Trainor con su *All About That Bass,* junto con las risas y los gritos de los asistentes a la última fiesta del verano.

—Eve, Eve, Eve… —Escuché a mi espalda. Puse los ojos en blanco al reconocer aquel tono de voz y giré despacio la cabeza para mirarlo sobre el hombro—. ¿Qué haces aquí tan sola?

Hubo un tiempo en el que aquellos ojos azules y su cabello ensortijado de color rubio me parecían irresistibles. Incluso su insolencia y su absurdo sentido del humor me encantaban. Pero de eso ya hacía tiempo. El mismo tiempo que se había encargado de borrar todo rastro de sentimientos por mi parte.

—Jake, a mí me parece que hay bastante gente.

Soltó una carcajada y se puso frente a mí. No llevaba camiseta para lucir pectorales y el bañador hawaiano se pegaba a sus torneadas piernas. Bajó la cabeza y me miró entre los mechones rubios y desordenados que caían sobre su frente.

—Deberíamos follar —dijo sin más. Tenía la mirada vidriosa y los pómulos rosados. No tenía ninguna duda de que estaba bebido, como tampoco la tenía de que, con alcohol de por medio o no, Jake quería llevarme a la cama.

Sonreí de medio lado y negué con la cabeza. De normal, era absurdo intentar razonar con él, pero, en aquellas circunstancias, más. Debió malinterpretar mi gesto, porque el brillo de sus ojos azules se acentuó y se humedeció los labios de anticipación. Dirigió las manos hacia mis caderas y me atrajo hacia su cuerpo. Mis pechos cubiertos por los triángulos del bikini rozaron su tórax y nuestras caderas se encontraron.

—Joder, me pones a mil. —Se lanzó a mis labios con torpeza y no tuve problema para esquivarlo con habilidad. Puse una mano sobre su erección y lo sentí endurecerse todavía más contra mis dedos.

—¿Estás caliente?

—Estoy a punto de entrar en erupción —gruñó.
—Entonces, deja que me ocupe yo de eso —susurré. Masajeé su pene una vez más antes de apretarlo con fuerza.
—¡Joder! —gritó de dolor.
—Sí, eso me habías dicho que querías, pero yo no.
Lo solté y, con la otra mano, lo empujé para que cayese al agua. Apenas tardó unos segundos en salir a la superficie a la vez que escupía.
—Apuesto a que ya no estás tan caliente.
—Zorra —masculló, indignado.
—Es posible, pero una zorra no que no vas a catar.
Me di la vuelta y regresé junto a Naia y Lauren, que no se habían perdido detalle de la escena.
—¿Jake a la carga de nuevo? —ironizó Lauren.
—Ya debería haberse dado por vencido —evidenció Naia.
Me encogí de hombros y me tumbé en la toalla bocarriba, con los codos apoyados y las piernas cruzadas.
—¿Lo perdonarás alguna vez? —quiso saber Naia.
—¿Crees que lo que le importa a Jake es eso? Porque, si así fuese, si quisiera que no le guardase rencor, no seguiría comportándose como un capullo.
—Está enamorado de ti —sentenció.
—Pues ese es su problema, no el mío.
Vi a Adam acercarse con sigilo a Lauren a la vez que me pedía que guardase silencio. Cuando la tuvo a su alcance, la levantó por la cintura y la cogió en brazos. Sonreí cuando mi amiga gritó y su novio movió la cabeza para que las gotas de agua salpicaran su cuerpo.
—Me la llevo —dijo Adam sin más. Corrió hacia el agua y, al momento, se zambulló con ella entre las olas.
Hacían una pareja perfecta.
—¿Es malo tener envidia de una amiga? —cuestionó Naia.
No pude evitar sonreír al percatarme de cómo los miraba.
—No —le aseguré—. Desear tener lo mismo que ellos no es malo.
—Pero tú no lo quieres. Me refiero a que, desde lo de Jake, no has tenido nada serio con nadie.

Me incorporé, encogí los hombros y me rodeé las rodillas con los brazos.
—Supongo que no he conocido a nadie por el que quiera arriesgarme, y menos con vistas a marcharme el curso que viene a la universidad —le di la razón.
Era joven, estaba en mi último año de instituto y en cuanto acabara, si todo iba bien, me marcharía a Nueva York. Tener algo más que un rollo me complicaría —más si cabe— la existencia.
—Bueno, al menos tú tienes un montón de tíos a los que poner en la casilla de follamigos, en la de amigos o, directamente, sacarlos de la partida.
—Pero tú no quieres eso, Naia. Tú quieres encontrar un príncipe azul —evidencié con cierta lástima.
—Creo que me lo merezco —saltó a la defensiva.
—No te equivoques, Naia. Un príncipe puede salirte rana y una rana, príncipe. Lo importante es que te haga feliz. Y no, no te mereces menos.
El tono de mi móvil interrumpió nuestra conversación. No me hizo falta mirar la pantalla para saber quién era, pero hacerlo solo confirmó mis sospechas.
—Dime, Steve.
—Zack no quiere comerse las verduras —dijo sin más.
Escuché a mi hermano gritar e inspiré hondo. Mi madre estaba en el hospital porque tenía turno de noche y mi padrastro se había quedado con mi hermano.
—¿Qué le has preparado para cenar?
—Le he puesto en el plato lo que tu madre dejó en el horno.
Me levanté, hice un gesto con la mano a Naia para indicarle que ahora volvía y ella asintió, comprensiva. Me alejé camino de la escollera, donde las rocas amortiguaran el sonido de la música y pudiese escucharlo mejor.
—¿Me estás oyendo? —insistió, ansioso.
—Sí —respondí, con mucha más calma de la que sentía, mientras trepaba por las rocas—. ¿Cómo le has servido la cena?
—Pues como siempre, con la espátula.

Puse los ojos en blanco, me senté y me froté la frente con la palma de la mano.
—Tienes que separársela por colores —indiqué con calma.
—¡Es lo que he hecho! —se desesperó.
Mi hermano gritaba sin cesar y empecé a escuchar golpes.
—Pues es evidente que no lo has hecho bien.
—Entonces, tal vez debas venir y hacerlo tú misma.
—Estoy en una fiesta, es la última del verano.
—¿Y eso es más importante que tu hermano?
—Zack no es mi responsabilidad —espeté a la defensiva.
Steve resopló.
—¿Vas a hacer que llame a tu madre para que me diga qué hacer?
—No, pero tampoco voy a ir. Ponle la canción que le gusta.
Lo escuché maldecir hasta que *Weightless,* de Marconi Union, empezó a sonar. Zack había trabajado con la psicóloga la relajación con esa canción y, cuando estaba en un momento de crisis, era lo que mejor le funcionaba.
Los gritos cesaron en cuanto Zack se percató de lo que sonaba y ambos suspiramos aliviados.
—Ahora, vuelve a revisar el plato y mira que esté todo colocado correctamente. Seguro que hay algo que se te ha escapado.
Escuché a Steve trastear con los cubiertos.
—Ya está —dijo, mucho más calmado—. Uno de los guisantes se había mezclado.
—Vale.
—Eve —me llamó antes de que colgara—. Siento haberme puesto así. Cuando Zack entra en crisis, me pongo muy nervioso.
—Lo sé.
Hubo unos instantes de silencio incómodo hasta que se despidió.
—Bueno, pásatelo bien. ¡Ah! Eve, no le digas nada de esto a tu madre. No quiero que piense que no sé hacerme cargo de Zack ni que se preocupe demasiado cuando se va al trabajo.
—Tranquilo, no lo haré. Buenas noches, Steve.
—Buenas noches.
Colgué y me quedé un rato sentada mirando a la nada. Zack era un niño maravilloso de siete años con trastorno del espectro autista.

Desde muy pequeño mi madre se dio cuenta de que mi hermano era diferente, al contrario que su actual marido y padre de Zack, que creía que su comportamiento distante, la falta de interacción y de vocabulario se debían a una cuestión de inmadurez. Al final, mi madre tiró de contactos en el hospital y, cuando tenía tres años, y tras varias evaluaciones psicológicas, nos dijeron que era autista. Desde entonces, las sesiones de estimulación, consultas con el logopeda y los psicólogos han sido su constante.

Si era sincera conmigo misma, y me enorgullecía de ello, tenía ganas de salir corriendo hacia casa y asegurarme de que Zack ya estaba bien. No obstante, el no hacerlo, no marcharme, era algo a lo que debía acostumbrarme. En cuanto me fuese a la universidad, ya no viviría en Laguna Beach ni podría venir a mi antojo para atender sus crisis.

La noche ya casi había caído cuando bajé de las rocas y me dirigí a la playa de nuevo. Lauren y Adam habían salido del agua y se secaban con las toallas el uno al otro entre miradas cómplices y sonrisitas pícaras. Me senté al lado de Naia y comencé a guardar en el bolso el protector solar, las gafas de sol, el libro y todo lo que había dejado sobre la toalla.

—¿Todo bien?

Asentí y me limité a contestar de manera escueta:

—Lo de siempre. —Me levanté y me cargué el bolso al hombro—. Dentro de nada empezará a refrescar. Iré al coche a por la sudadera. ¿Quieres que te traiga la tuya?

—Te acompaño. —Naia se incorporó, pero, al momento, llegaron los compañeros del equipo de baloncesto de Adam con Jake a la cabeza, y mi amiga me dirigió una mirada de disculpa.

Más de una vez me había comentado lo espectacular que era el equipo, y no en cuanto a los resultados en sus partidos se refería.

—Quédate, no te preocupes. —Le guiñé un ojo—. Vuelvo enseguida.

Caminé por la arena hasta el aparcamiento y busqué mi Jeep Wagoneer de 1980. Fue el último coche de mis abuelos, que pasó a mi madre y se convirtió en nuestro vehículo familiar hasta que mis padres se separaron y mi padre se marchó a Nueva York. Y también

fue el responsable de que Steve y mi madre se conociesen cuando se averió y lo llevó a su taller. En definitiva, si este coche hablase…
Cogí la sudadera del asiento de atrás y lo rodeé para guardar la bolsa en el maletero. No había farolas en el aparcamiento y la percepción de peligro trepó por mi espalda. No me gustaba la oscuridad fuera de la seguridad de mi habitación, siempre había tenido miedo de la sensación de desamparo y soledad que la noche traía consigo. Los problemas eran más grandes y difíciles de afrontar cuando no había luz.
Saqué el móvil del bolsillo trasero para encender la linterna, pero me di cuenta tarde de que se había acabado la batería. Maldije por lo bajo y aceleré el paso, tan rápido y con tanta prisa que no escuché venir a la moto que se abalanzó sobre mí. La luz me cegó y el chirrido de los frenos me ensordeció. No sé cómo lo hice, pero me lancé a un lado para esquivarla, sin importarme los matorrales punzantes ni las piedras al lado del camino. Sentí el dolor de inmediato. Me raspé las rodillas y el lado derecho a la altura de las costillas con la gravilla. Siseé por el daño, pero esperé que ese fuese el mal menor. Cuando no se escuchó nada más que el sonido acelerado de mi respiración, me incorporé con las piernas como si fuesen gelatina.
—¿Estás bien?
Levanté la cabeza de golpe y me encontré con la silueta de un tipo alto recortada sobre la luz potente que emanaba del foco de la moto.
—¡¿A ti qué te pasa?! —grité, presa de la adrenalina que fluía por mi cuerpo.
—A mí nada, pero tú tienes sangre en las rodillas.
—Por tu culpa —evidencié—. ¿Qué tipo de imbécil entra en un *parking* a esa velocidad?
Se cruzó de brazos y estuve casi segura de que había levantado una ceja.
—Tal vez el mismo tipo de imbécil que sale corriendo de la nada.
—¡No había nadie!
—Eso pensé yo.
Puse los brazos en jarras y levanté la cabeza.

—Y estabas equivocado.
—Supongo que no soy perfecto.
—No lo dudes.
—No es cierto. Lo soy.
—Mira, está claro que no te vas a disculpar, así que, por mi parte, puedes irte a la mierda.
Le di la espalda y me dispuse a marcharme.
—Oye, zanahoria —me insultó, con clara alusión al color de mi pelo —, te pediría perdón, pero, después de conocerte, lo cierto es que no me apetece.
Solté un jadeó de indignación y apreté los labios en una fina línea.
—Tampoco lo aceptaría —respondí, airada. Giré sobre mis talones y, aprovechando la luz, enfilé el camino a la playa.
Cojeaba porque la rodilla me escocía, pero mis pasos eran firmes debido al cabreo que llevaba.
—Deberías limpiarte la herida.
Me di la vuelta y lo descubrí detrás de mí. El fuego de las hogueras me permitió verlo mejor. Que era alto lo había comprobado pese a la oscuridad, pero ahora pude apreciar la perfección de sus rasgos. Tenía la mandíbula marcada, la nariz perfilada, los pómulos altos, los ojos oscuros enmarcados por unas pestañas tupidas y el cabello negro y desordenado la caía sobre la frente. Lástima que fuese un capullo integral.
—Y tú deberías cerrar la bocaza.
Sonrió y un hoyuelo tuvo el descaro de aparecer en su mejilla. Hizo con los dedos el gesto de cerrar la cremallera de la boca y luego movió el brazo con galantería para invitarme a caminar. Puse los ojos en blanco y seguí mi camino. Al parecer, compartíamos el mismo destino, porque escuché sus pasos a mi espalda.
—¿Por qué vienes tras de mí? —Me di la vuelta y lo señalé, acusadora.
Él se limitó a mirarme de arriba abajo sin mediar palabra.
—¿Es que no me has oído? —insistí.
Se encogió de hombros, negó con la cabeza y se señaló la boca. Recordé que le había pedido que no hablase. Así que me acerqué, decidida, me puse de puntillas para alcanzar sus labios y vi cómo

abría los ojos con sorpresa por mi proximidad. Entonces coloqué los dedos sobre la comisura de sus labios e hice como si le abriese la dichosa cremallera. Al momento, me retiré.
—Ya puedes hablar.
—Zanahoria, eres una mandona.
—Eve. Me llamo Eve —siseé.
Hizo un gesto de disgusto y chistó.
—Me gusta más zanahoria.
—Como a los burros.
Soltó una carcajada, que todavía me enfureció más. Aquello no tenía sentido. No conocía de nada a aquel tipo y me estaba sacando de mis casillas. A mí, que solía mantener la calma y comportarme de manera racional.
—Mira, piérdete. —Aceleré el paso para llegar junto a Naia y Lauren lo más rápido posible.
Estaba a punto de alcanzarlas cuando Jake clavó su mirada en mí y, de inmediato, desvió los ojos detrás de mí.
—¡Joder! —Soltó una carcajada y lo vi pasar a mi lado para abrazar y palmear la espalda del imbécil—. ¡Has venido!
—Insististe bastante —contestó el otro.
Estábamos todos pendientes de la conversación entre los dos hasta que Jake nos hizo partícipes a todos.
—Gente, os presento a mi primo, Oliver. Este año estará en nuestro instituto y se unirá al equipo. Es una jodida máquina. Ya lo veréis.
Adam fue el primero en acercarse mientras los demás lo rodeaban.
—Caray con el primo de Jake… —susurró Lauren.
—Los genes de esa familia habría que estudiarlos —corroboró Naia.
—Es un imbécil —decreté. Al momento, tenía la atención de las dos —. Casi me atropella con su moto.
—Esta belleza de piel de chocolate es Lauren —presentó Jake a mi amiga—, la novia de Adam.
Oliver la saludó con afecto.
—Ella es… Joder, perdona. Siempre se me olvida.
—Naia —contestó, molesta.
—Eso. Naia, Naia, Naia —repitió, como si así fuese a memorizarlo—. Intentaré que no se me olvide la próxima vez, pero no te aseguro

nada.
Vi a Naia enrojecer de vergüenza y deseé asestar un puñetazo a Jake en su preciosa cara.
—Mi primo es un capullo, no le hagas caso —intervino Oliver—. Encantado, Naia. —Sonrió.
—Al parecer, viene de familia —apunté lo suficientemente alto como para que me escuchara.
—Y ella es Eve —me presentó Jake—. Cuidado, no te acerques mucho a ella. Es venenosa.
—Por una vez, estamos de acuerdo —repliqué.
—¿Nos hemos visto antes? —me preguntó Oliver con fingido interés.
Entrecerré los ojos entre molesta y curiosa. Así que a aquello jugábamos. Levanté la cabeza con orgullo y decidí zanjar aquella estúpida conversación.
—En tus mejores sueños.
—O pesadillas —puntualizó.
Se escucharon risitas a nuestro alrededor, pero nuestros ojos no se despegaron ni un momento. El resto de la gente se dispersó para beber, servirse las salchichas o bailar, pero Oliver y yo nos quedamos retándonos con la mirada hasta que Jake le acercó una cerveza.
—No, gracias —la rechazó.
—Tío, por una vez, no pasa nada.
—Sabes que no bebo alcohol.
Cogí la cerveza de la mano de Jake y bebí un trago largo sin apartar los ojos de Oliver. Al terminar, me lamí los labios y se la devolví. El capullo de Jake no tardó en posar la botella sobre su boca y beber.
—Está más buena ahora —se justificó con una sonrisa canalla.
—Pues disfrútala, porque será lo más cerca que estén nuestros labios.
Adam llegó en el momento justo con una bandeja de perritos calientes y se la tendió a Oliver en primer lugar.
—Pilla, tío.
Este hizo una mueca de disgusto y yo comprendí que era un tiquismiquis que basaba su vida en el culto al cuerpo.
—No bebes, no comes, no sabes conducir… ¿Hay algo que se te dé bien?

Oliver dirigió sus ojos hacia mí y un brillo astuto destelleó en ellos.
—Me temo que, para saberlo, deberemos compartir algo más que un botellín de cerveza.
Adam se carcajeó, divertido por aquellos tira y afloja, al contrario que Jake, que nos observaba con seriedad.
—Si no te gustan los perritos calientes, puedo ofrecerte otra cosa —se prestó Adam.
—A una zanahoria no diría que no.
—Imbécil —siseé.

Capítulo 2

El mejor desprecio es la indiferencia, porque mostrar cualquier otro tipo de emoción supone otorgarle poder a la otra persona sobre ti.
Eve

OLIVER

Aquel torbellino de pelo naranja enrojeció ante mi comentario. Me fulminó con la mirada y se alejó, dejándome con una sonrisa en la boca.
—¿A que está muy buena? —comentó Jake a mi lado. No le contesté, pero aquella apreciación era algo más que evidente. La tonalidad de su melena no hacía más que acentuar el tono pálido de su piel y sus ojos de color miel—. Lleva de cabeza a la mayoría de los tíos del instituto, por lo que se ha follado a casi todos.
Entrecerré los ojos y lo miré con reproche.
—¿Qué? —respondió a la defensiva—. ¿Acabas de conocerla y ya te ha encandilado a ti también?
—No me interesa, pero eso no quita que me moleste que no la trates con respeto.
Jake puso los ojos en blanco y terminó de un trago su botellín de cerveza.
—Sigues siendo tan perfecto que das asco. Vamos, relaciónate con el resto del equipo.
Nos alejamos hacia el otro lado de la hoguera, me ofrecieron una botella de agua y entonces comenzó el interrogatorio.
—¿De dónde vienes?
—De Chicago.
—¿Por qué has venido a Laguna Beach?
—Mi padre pidió el traslado.
—¿A qué se dedica?
—Es policía.

—Tío, tener un amigo cuyo padre es policía siempre viene bien.
Todos estuvieron conformes y brindaron con sus respectivas bebidas.
—Dice Jake que piensas entrar en el equipo. ¿Te apuntarás para pasar las pruebas de este curso? —quiso saber Adam.
—Esa es la idea.
—Este capullo no es que solo juegue a básquet, es que es un puto *crack*. Siempre consigue todo lo que se propone, así que yo ya daría por hecho que es uno de nosotros —fingió fastidio Jake.
—Entonces, cuesta creer que seáis familia —se burló otro.
—Eso, ¿cómo es que sois primos? Jake nunca nos había hablado de ti.
—Mi madre y la madre de Jake son primas —expliqué—. Pero se aprecian casi como hermanas.
—Tampoco debería sorprendernos que Jake no hablase de ti. Solo sabe hablar de sí mismo.
Todos rieron, y yo estiré la comisura de mis labios en un amago de sonrisa.
—¿Hay algo más importante de lo que tenga que hablar? —replicó Jake, soberbio.
Las burlas no se hicieron esperar. Mientras se mofaban de mi primo, giré la cabeza y vi a Eve al otro lado. Sentada con sus amigas, se reía por algo que había dicho una de ellas. Levantó la mirada y nuestros ojos se encontraron. La sonrisa se le borró del rostro, apretó los labios en una mueca de disgusto y me miró fatal. Levanté la botella de agua que tenía en la mano y brindé con ella. Tal vez, este nuevo cambio de aires no iba a ser tan catastrófico como me temía, podría ser hasta divertido.
Con el paso de las horas, tuve que reconocer que los miembros del equipo me caían bien. Se notaba que hacía mucho tiempo que jugaban juntos y que se conocían a la perfección por la confianza con la que se hablaban. Cuando el alcohol empezó a hacer mella en la gente y dejé de ser el centro de atención, pude observar los diferentes grupos que se habían formado junto a sus respectivas hogueras. No me costó saber dónde estaba el equipo de fútbol, y no solo por las animadoras que lo rodeaban. Bebían como cosacos y

gritaban tanto que llamaban la atención. Por ello, cuando uno de ellos se acercó hacia la pelirroja, a nadie le pasó desapercibido.
—Ya va Tyler a la carga —comentó Adam.
—Me apuesto veinte pavos a que se va con él —dijo otro.
—Como con todos —masculló Jake.
Advertí que no es que estuviese molesto: más bien, parecía celoso.
—No seas capullo —lo reprendió Adam.
—Subo la apuesta a cien y añado que, si mi primo se lo propone, se la lleva a la cama.
Uno a uno, embriagados por el alcohol, comenzaron a aceptar la oferta. Todos menos Adam, que parecía tan incómodo como yo.
—Eve puede hacer lo que quiera con quien quiera —aseveró Adam —. Dejadla en paz, cabrones.
Asentí en silencio. No obstante, el resto del equipo siguió entusiasmado con la idea. Me mantuve en un conveniente segundo plano, porque no pensaba participar de aquella estupidez y de nada serviría razonar con ellos, iban demasiado borrachos. De pronto, como si entendiesen que de quien estaban hablando era de mí, todos guardaron silencio y me miraron.
—¿Y tú qué dices, Oliver? —Jake se acercó hasta mí y me rodeó los hombros con un brazo—. ¿Te gusta Eve?
—No es mi tipo en absoluto —aseveré.
Jake soltó una carcajada escéptica.
—Déjame que lo dude.
—¿Por qué no? —quiso saber otro.
—Porque no me gusta. —Me encogí de hombros, deseoso de que aquella conversación terminase de una vez—. Me parece demasiado corriente.
—Joder, tío. No sé las mujeres que habrá en Chicago, pero, por aquí, Eve Baker ocupa la mayoría de las fantasías de los tíos del instituto.
—Bueno, el hecho de que sea capaz de cumplirlas la hace menos atractiva aún si cabe.
Jake sonrió con suficiencia sobre mi hombro y lo supe antes de darme la vuelta. Ella estaba detrás de mí.
—Si fueras el único tío sobre la faz de la tierra, me haría lesbiana. Así que no te preocupes por captar mi interés. Eso no va a pasar.

Intentó que sonase superficial, pero supe que mi comentario le había dolido y me sentí el cabrón más grande del mundo.

Capítulo 3

Empezar de cero te da la oportunidad de hacer las cosas bien, o de joderte la vida.
Oliver

EVE

El primer día de instituto siempre traía consigo un cúmulo de sentimientos y sensaciones que hacían que los nervios estuviesen a flor de piel. No es que no supiese a lo que me enfrentaba, ya que todos los años era lo mismo: presentación de profesores, explicación de contenidos de la materia, normas y códigos de convivencia, etc. Sin embargo, tenía el presentimiento de que este último curso sería especial. O tal vez fuera porque yo me había propuesto que así fuese. Me miré en el espejo por última vez y me retoqué el delineador antes de bajar a la cocina.
Encontré a mamá preparando el desayuno de Zack y de Steve, le di los buenos días y cogí una manzana y una de las empanadas para almorzar. Me serví una taza de café con leche y me la bebí a sorbos pequeños, en silencio, hasta que mi madre lo interrumpió.
—¿Estás nerviosa por hoy?
Me encogí de hombros y apuré la taza.
—Necesito estar centrada este curso para acceder a la carrera que quiero.
—¿Esta tarde podrás quedarte con Zack? —Terminó de preparar los almuerzos sin ni siquiera mirarme, como si no me hubiese escuchado.
—Sí que puedo —confirmé.
—Steve tiene una reunión en la bolera y yo tengo turno de tarde. Llamaría a Rose, pero Nana dice que su hijo tiene fiebre.
Me colgué la mochila al hombro mientras ella trajinaba de aquí para allá.

—Vale, mamá. Ya te he dicho que me quedaré con él.
Suspiró y, por primera vez aquella mañana, me miró a los ojos.
—Estás preciosa. —Se acercó y me acarició los dos mechones largos que tenía sobre los hombros—. Estoy orgullosa de ti. Aunque no te lo diga mucho, aunque casi no tenga tiempo ni de respirar, quiero que sepas que te llevo aquí —se señaló la cabeza— y aquí. —Tomó una de mis manos y la puso sobre su corazón.
La abracé y cerré los ojos para sentir el calor y la tranquilidad que daba estar entre sus brazos. En aquellos breves momentos en los que estábamos a solas, me sentía como cuando éramos una familia y ella y mi padre me acunaban por las noches antes de dormir.
Escuché los pasos apresurados de Zack bajando las escaleras antes incluso de verlo aparecer en la cocina. Mi madre me soltó y fue al encuentro de mi hermano.
—Buenos días, cielo —lo saludó con afecto, y lo abrazó.
Zack correspondió a su gesto de forma automática mientras miraba hacia la mesa para comprobar que estaba todo dispuesto tal y como él esperaba. Con el tiempo, habíamos aprendido todos a respetar y seguir sus rutinas por el bien común.
—Hola, peque —lo saludé. Me agaché para abrazarlo y, como siempre hacía, pasó los dedos por mi melena en una suave caricia.
—Adiós —dijo sin más tras unos segundos.
Sonreí porque entendí que lo que quería era desayunar y lo dejé sentarse a la mesa. En nada bajaría Steve y se encargaría de llevarlo al colegio. Habíamos estado anticipando desde hacía semanas el momento de volver a la escuela. Pese a que Zack disfrutaba mucho de sus clases en el centro Annaliese, porque trabajaban por ambientes y aprendían a través de la experiencia, cualquier cambio lo desequilibraba emocionalmente y lo hacía sentir inseguro.
Me despedí de mi madre con un gesto de la mano y salí en busca de mi coche. Tenía que recoger a Naia de camino al instituto de Dana Hills y no quería llegar tarde el primer día. Puse *Viva la vida,* de Coldplay, a todo volumen en mi móvil y arranqué. Naia vivía en otra urbanización cerca de la mía, por lo que de Dana Point a su casa no había más de cinco minutos. Al girar la esquina la encontré esperándome, impaciente, casi en mitad de la calle.

—Creía que no llegabas. —Tomó asiento y se abrochó el cinturón. Cuando sus ojos coincidieron conmigo, me miró de arriba abajo—. Vas a ser la fantasía de todos los tíos del instituto. ¿Cómo puede ser que una minifalda a cuadros de colegiala y una simple camiseta blanca te hagan ser tan jodidamente sexi? No es justo —se lamentó, dramática.
—Porque no es la ropa, es la percha. —Le guiñé un ojo y nos pusimos en marcha—. Y me dan lo mismo los sueños húmedos de todos esos salidos. Me pongo lo que a mí me gusta para sentirme yo bien.
—Bueno, yo también lo hago, y no obtengo el mismo resultado que tú.
—Yo me cambiaría por ti —afirmé—. Los únicos tíos que se me han acercado creían que con un simple *hola* me iría a la cama con ellos.
—Porque son todos unos imbéciles.
—En eso estamos de acuerdo.

Llegamos al aparcamiento y dejé el coche cerca de la moto de Adam. Lauren ya nos estaría esperando en la entrada, por lo que caminamos entre el río de gente que se dirigía al edificio principal. A la mayoría de mis compañeros los había visto durante todo el verano, pero algunos de ellos habían estado fuera con sus familias o haciendo cursos preparatorios para la universidad.
—¡Eve! —gritó una voz aguda detrás de nosotras.
Me volví justo a tiempo, antes de que Violet impactara contra nosotras y nos abocara a un abrazo triple.
—Os he echado tanto de menos… —exageró.
—¿Qué tal por La Habana? —quiso saber Naia.
Violet se colocó en medio de las dos y nos cogió de los brazos mientras reanudábamos la marcha.
—Os lo podéis imaginar: muchas comidas y cenas familiares, días de playa, noches de bailes… Lo normal.
—Ese moreno de tu piel delata cuánto tiempo has pasado al sol —evidencié.
Violet dio una vuelta para lucirse como si estuviese bailando salsa, lo que nos provocó algunas carcajadas.

—Bueno, ¿y por aquí? ¿Novedades? ¿Cotilleos? —quiso saber.
—Todo igual —confirmó Naia.
—Pues sí que os habéis aburrido sin mí.
Llegamos a la entrada, empecé a subir la escalera principal y, cuando solo me faltaba un escalón para acceder a la recepción, no levanté el pie lo suficiente y tropecé. Me vi cayendo a cámara lenta, quise poner las manos y, al mover los brazos, la mochila salió volando. En el último momento pude reponerme y no terminar con las rodillas sobre el suelo. Todavía me dolían de la noche anterior. Naia y Violet me miraron sorprendidas por mi pequeño número de acrobacia, pero yo evité hacer cualquier tipo de comentario. Estaba de más.
—A eso lo llamo yo una entrada triunfal, Zanahoria.
Levanté la cabeza de golpe, porque no me cupo duda de quién se trataba. Desde mis primeros años en primaria, nadie me había vuelto a insultar de ese modo.
—Debes haberte confundido de centro. Las aulas de infantil están en otro edificio, más abajo.
De su espalda sacó mi mochila.
—Esto debe ser tuyo. —Me la tendió con una sonrisa divertida en la cara.
Rescaté mi bolsa y me la colgué al hombro.
—No hacía falta que te molestases, podría haberla recogido yo sola.
—Un *gracias* sería lo más adecuado en esta situación. Es más, también deberías disculparte.
—¿Contigo?
—La has lanzado contra mi espalda.
—No ha sido premeditado.
Oliver pareció dudar, se cruzó de brazos y la camiseta de manga corta que llevaba marcó sus torneados brazos. No eran los típicos músculos exagerados de los jugadores de fútbol, eran… perfectos.
—Permíteme que lo dude. Me parece demasiada casualidad —resolvió.
—Llamémoslo destino.
—¿Quieres decir que es culpa del destino que cada vez que nos encontremos acabes en el suelo?

—No he llegado a caer —me defendí con los dientes apretados.
—Cierto —me concedió—. Pero debes reconocer que sí pierdes el equilibrio.
—No por ti.
—No sé si creerte. Es evidente por tu respuesta que has pensado en mí.
—¿Sabes? Tal vez tengas razón. Yo de ti me cuidaría las espaldas. Ahora ha sido una mochila, pero quién sabe qué podría ser la próxima vez.
—Cuánta agresividad… —Negó con la cabeza—. Entiendo, pues, que no piensas disculparte.
—Cuando tú lo hagas primero por casi atropellarme, que es mucho más grave.
Chistó y ensanchó su sonrisa.
—Uno a uno, Zanahoria.
—De momento.
Oliver sonrió, me guiñó un ojo y se marchó. Cuando me giré para encontrarme con Violet y Naia, estas me miraban en silencio y expectantes.
—¿Quién es ese monumento? —Violet fue la primera en hablar.
—Un impresentable.
—Un impresentable encantador —puntualizó Naia.
—¿De qué parte estás tú? —la acusé.
—Siempre de la tuya, pero reconocerás que, además de su físico, es ingenioso.
—¿A ti te parece original? No es el primero que me llama zanahoria.
—Eso es verdad —confirmó Violet—. Pero dudo que otro sonara tan sexi.
Puse los ojos en blanco y aceleré el paso. Busqué mi nombre en el listado que había en el tablón de anuncios para saber a qué aula me tenía que dirigir y comprobé que Lauren coincidía conmigo. Sin embargo, Naia y Violet estaban en otra clase. Me despedí de ellas y las dejé especulando sobre el dichoso Oliver. Cuando llegué a la puerta de mi aula, Lauren me esperaba apoyada en la pared.
—Os habéis retrasado. Ya pensaba que os cerrarían las puertas y no podríais entrar.

—He tenido un pequeño percance sin importancia a la llegada.
Accedimos a la clase y sorteamos las mesas del final para sentarnos hacia la mitad, en la fila del medio. Iba a dejar la mochila sobre el pupitre cuando vi al indeseable avanzar en mi dirección. Levantó las manos y sonrió.
—No me la lances, solo quiero pasar.
Los que estaban alrededor se rieron como si todos hubiesen sido testigos del incidente. Como si con su sola presencia los hubiese encandilado.
—Estaba pensando en algo más contundente y afilado —mascullé.
Se sentó junto a Adam, en la fila de la derecha, apenas un asiento delante de Lauren y de mí, y se puso a hablar con el novio de mi amiga.
Poco a poco la clase se había llenado, por lo que no quedaba ni un asiento libre. Giré la cabeza en dirección a Lauren y la señalé.
—Si ahora me dices que quieres sentarte con Adam, te mataré.
—Tranquila —sonrió—, me quedaré contigo. Este año no quiero distracciones, y estar con Adam al lado sería demasiado tentador.
Como si hubiese intuido que hablaba de él, Adam la miró de arriba abajo con lascivia y le guiñó un ojo.
—Vale, eso me ha distraído hasta a mí —concedí.
La profesora Brown entró, para sorpresa de todos los presentes, acompañada del director. Guardamos silencio y compartimos miradas de recelo. El señor Moore no solía darnos la bienvenida ni acudir a nuestras clases el primer día de curso.
—Buenos días. La mayoría ya me conocéis, pero, para los que no —miró directamente a Oliver—, soy la profesora Brown. Os daré clase de literatura y seré vuestra tutora este año. Espero que vengáis preparados, porque será el curso más importante de vuestra vida, donde se decidirá vuestro futuro y que os marcará para siempre.
—Sin presión —masculló Lauren.
No obstante, intuí que las palabras de Jennifer Brown eran premonitorias y que este curso iba a ponerme la vida del revés.

Capítulo 4

La ley de Murphy dice que todo lo que pueda ir mal, irá mal. Y yo añado que puede que peor.
Eve

OLIVER

Después del discurso de la profesora, cuya finalidad era acojonarnos, el director tomó la palabra. Aunque quizá esa expresión no fuera la correcta. Empezó a pasear entre los pasillos de las mesas y a mirarnos de manera amenazante en un silencio tenso.
—Están en el último año —empezó al fin—. Muchos de ustedes se marcharán a la universidad y otros se enfrentarán a su primer trabajo. Sin embargo, en todos y cada uno de los casos, serán responsables de sus actos. No habrá excusas para el fracaso porque, cuando suceda, nadie se compadecerá de ustedes. Un error que no se asuma significará que pierdan su empleo o que suspendan, digan adiós a la beca y terminen abandonando su sueño de un futuro mejor. Dicho esto, ¿cuántos de ustedes estuvieron el sábado en la fiesta de la playa?
Las miradas entre unos y otros se sucedieron hasta que, al mirar sobre mi hombro, a mi izquierda en la fila de atrás, vi a Eve con la mano levantada.
—No me sorprende, señorita Baker. ¿Alguien más?
Sin pensarlo dos veces, imité a Eve.
—Usted es el nuevo, ¿cierto?
—Sí, señor.
—Llega con muy buenas referencias de su antiguo centro de Chicago, espero que no se distraiga de su camino.
—No es esa mi intención —corroboré. Iba a hacer todo lo posible para acabar con una beca de baloncesto en la Universidad de Kentucky y no pensaba desviarme de mi camino ni para mear.

El director Moore asintió y levantó sus cejas canosas a la vez que repasaba la clase.
—Imagino que no fueron solos a la fiesta la señorita Baker y el señor…
—Grant —respondí.
Adam y Lauren levantaron la mano a la vez y, poco a poco, se unieron unos cuantos más, pero estaba seguro de que no lo hicieron todos los que estuvieron el sábado en la playa.
—Bien. Les espero a todos ustedes a las dos en la biblioteca. —Dio media vuelta y se marchó.
Los murmullos no se hicieron esperar y la profesora Brown intentó acallarlos sin mucho éxito hasta que empezó a escribir en la pizarra cuál sería el horario y los profesores que tendríamos. Empecé a tomar nota cuando algo pequeño impactó en mi espalda. Al girarme, Eve me miraba con intensidad.
—¿Qué pasa, Zanahoria? —susurré, divertido.
Me ofreció media sonrisa con un brillo especial en los ojos.
—Tal vez seas tú el que piensa demasiado en mí. —Hizo un gesto con la cabeza y señaló a una chica que estaba sentada en la siguiente fila.
Seguí la dirección que me señalaba y vi a una rubia de pelo largo y escote exuberante por la que habría apostado mi mano derecha a que era animadora. Pestañeaba con coquetería en mi dirección. Señaló el suelo y reparé en que lo que me había golpeado era una nota.

Dime hora y lugar.
Allí estaré.
K.

Arrugué el papel de nuevo y lo lancé con precisión a la papelera que había junto a la pizarra. Consciente, no sabía por qué, de que Eve había seguido todos y cada uno de mis movimientos. No me disgustaba que las mujeres tomaran la iniciativa, pero disfrutaba del tonteo previo y me ponía mucho crear expectativas. La tal «K» era demasiado directa para mí.

A las dos esperábamos en la biblioteca un grupo de unas treinta personas a que el director llegase.
—¿Qué creéis que quiere? —preguntó alguien con evidentes signos de preocupación.
—Tal vez sermonearnos sobre el consumo de alcohol —apuntó otro.
En la pared contraria a donde me encontraba, Eve permanecía con la espalda apoyada y las piernas cruzadas. Me fijé en sus zapatillas Convers negras, en los calcetines hasta las rodillas, los muslos desnudos y bien torneados hasta llegar a la minifalda a cuadros escoceses seguida de la camiseta blanca que abrazaba sus pechos. Sobre ellos descansaban mechones de su cabello, largos y curvados en las puntas. Subí la mirada hacia su barbilla y mis ojos dibujaron el contorno de sus labios, anchos y bien definidos, hasta la nariz respingona y, posteriormente, sus ojos grandes y expresivos.
—Eve es la fruta prohibida —dijo Adam a mi lado.
Me giré para mirarlo y comprobé que él también tenía la vista fija en el mismo lugar.
—Supongo que no he sido muy discreto.
—Bueno, cuando se trata de Eve, nadie lo es.
—¿La conoces desde hace mucho tiempo?
—Desde que empezamos aquí, en el instituto. Coincidimos en clase y que fuese la amiga de Lauren propició que nos tratásemos.
El director Moore entró en la estancia acompañado de otro hombre trajeado, que nos miró como si fuésemos insectos y acrecentó mi curiosidad.
—Señores, señoritas, este es el delegado de Medio Ambiente del ayuntamiento. Después de su fiesta del pasado fin de semana, la playa quedó en un estado lamentable.
—Peor estuve yo el domingo —susurró Jake, a pocos pasos de mí.
—Señor Reed, no recuerdo que usted levantase la mano cuando pregunté en su clase.
—Pero soy solidario con mis díscolos compañeros.
—Lo que es usted es un farsante —sentenció Moore—. Bien, volvamos a la cuestión que nos concierne. Por iniciativa del ayuntamiento, y para evitar males mayores, van ustedes a participar

en el proyecto medioambiental de protección de playas. Por parejas, se encargarán de mantener limpias las playas de Laguna Beach.
Los murmullos no se hicieron esperar. Tampoco las quejas ni los comentarios indignados.
—Si tanto les molesta, haberlo pensado antes de dejar hecha un estercolero la playa de Treasure Island.
—¿Cuánto tiempo dura el proyecto medioambiental? —Todos los ojos se dirigieron a Eve.
Parecía ser la única que aceptaba con resignación el castigo. No dejaba entrever ninguna emoción, y eso me causó tanta curiosidad que no pude dejar de preguntarme por qué me fascinaba tanto todo lo que hacía.
—Durará un trimestre —sentenció Moore.
Los rumores subieron de intensidad.
—Señor Moore —habló Adam—. La mayoría de los partidos los tenemos en fin de semana. A veces, fuera de Laguna Beach.
—Pues tendrán que encontrar el momento para hacer su tarea antes o después de los partidos. Si juegan por la mañana, tendrán que hacerlo por la tarde. Si juegan por la tarde, aprovechen la mañana. Si se van de viaje, tendrán que recuperar el fin de semana que no participen en el proyecto.
—¿Podemos elegir nosotros las parejas? —dijo alguien.
—Sus parejas serán sus compañeros de pupitre.
—¿Y si mi compañero no levantó la mano?
—Pues busque a alguien que se haya quedado también solo —se exasperó—. Ahora, el técnico del ayuntamiento les resumirá sus funciones.
El hombre se aclaró la garganta y se preparó para recibir muestras de hastío.
—Buenas tardes. Desde hace años, en el consistorio, hemos querido implementar un programa en el que los jóvenes se involucraran en el cuidado y mantenimiento de nuestros espacios naturales, evidentemente, sin éxito. Por ello, hemos visto ahora la oportunidad de concienciarles sobre la importancia de fomentar la ética medioambiental, desarrollar habilidades de trabajo en equipo y

promover un sentido de responsabilidad comunitaria entre los participantes.
Sacó del maletín unos folletos y se los pasó a los de delante para que los distribuyesen.
Leí por encima los objetivos del programa, que se resumían en cuatro puntos:
Concienciación ambiental: educar a los jóvenes sobre la importancia de mantener nuestras playas limpias del impacto de los desechos.
Conservación de playas: realizar actividades de limpieza y mantenimiento de playas para preservar el ecosistema.
Desarrollo de habilidades: fomentar las habilidades de liderazgo, trabajo en equipo y responsabilidad social.
Participación comunitaria: involucrar a la comunidad en actividades que desarrollen un sentido de pertenencia y responsabilidad compartida.
—El miércoles por la tarde se reunirán en el salón de actos del ayuntamiento para que les demos más indicaciones y el material a utilizar.
Aquel hombre siguió hablando del protocolo a seguir, y mis ojos se dirigieron de nuevo a Eve, que parecía concentrada en aquella perorata, pero que, sin siquiera mirarme, me levantó el dedo corazón. Sonreí, pero no desvié la cabeza ni un milímetro.
En cuanto la reunión terminó, Eve se marchó la primera. Adam hablaba con Lauren y Jake coqueteaba con algunas animadoras. Me dispuse a irme cuando Adam se acercó, me pasó el brazo por los hombros y susurró con camaradería:
—Necesito un favor.
No supe decidir si lo más preocupante era que sabía lo que me iba a pedir o que estaba dispuesto a decir que sí.

Capítulo 5

Lo más importante es mantener la calma y que no se note que la pierdes.
Oliver

EVE

El segundo día de clase, llegué muerta de sueño. Zack había pasado la noche despertándose casi a cada hora por pesadillas y en un estado de evidente nerviosismo. Cuando eso sucedía, tendía a vagar por la casa y a hablar casi de forma incoherente. Costaba mucho calmarlo y, como nos solía pasar, la frustración por no poder ayudarlo nos pasaba factura. Sabíamos que el inicio del nuevo curso lo desestabilizaría, pero no calculamos que tanto. Al final, tomamos la decisión de que mi madre iría a hablar con su tutora, porque lo más seguro era que acusase el cambio de profesora o la incorporación de nuevos compañeros. Sea como fuere, me había costado la vida levantarme y estaba de un humor de perros.
Durante el trayecto hasta el instituto, Naia permaneció en prudente silencio. Sabía que cuando tenía sueño no era la mejor compañía. Cuando entré en el aula, vi que Lauren estaba sentada con Adam y Oliver en su sitio; si las miradas matasen, estarían los tres muertos.
—Perdona —susurró, con las manos juntas a modo ruego—. Pero, si me siento con Adam, iremos juntos al programa de limpieza de playas.
—Te mataré. Lenta y tortuosamente.
Oliver se giró cuando dejé la mochila de malos modos sobre la mesa y levantó una ceja, interrogante.
—¿Una mala noche, Zanahoria?
—¿Insinúas que no tengo buen aspecto?
—¿Buscas un cumplido?
—¿De ti?

—¿Vamos a seguir hablando a base de preguntas?
—No. Ni me hables ni me mires.
Silbó y se acomodó para verme mejor.
—Tendremos que comunicarnos en algún momento porque, al parecer, seremos compañeros en esta especie de castigo que nos han impuesto.
Lo miré indignada, y eso pareció divertirlo más.
—Explícame por qué levantaste la mano —le exigí.
No lo había tenido tan cerca hasta el momento y me fijé en el color de sus ojos, una mezcla entre gris oscuro y negro que me fascinó.
—Soy responsable y solidario con mis compañeros. Al fin y al cabo, sí estuve.
—Llegaste tarde, no bebiste y te fuiste casi al mismo tiempo que yo. Podrías haberte librado.
Sonrió y tuvo la desfachatez de señalarme con uno de sus largos dedos.
—Ten cuidado, pelirroja. Si estás tan pendiente de mí, pensaré que te intereso.
Me dejó tan descolocada y, a la vez, obnubilada con su sonrisa que me quedé mirándolo como una idiota durante largos segundos hasta que por fin me repuse.
—Es que me interesas —afirmé.
La sonrisa socarrona que tenía se fue desdibujando hasta adoptar una expresión de intensidad y puede que de cierta vergüenza. Era evidente que no estaba preparado para mi respuesta, y eso me satisfizo. Para mi disgusto, no tardó en contratacar:
—Así que te gusto, Zanahoria.
—Yo no he dicho eso.
—Explícame, pues, en qué sentido te intereso. —Se recostó en el respaldo de la silla y me miró con atención.
—Apareces en mis pensamientos. —Me encogí de hombros en un gesto casual.
—¿Qué tipo de pensamientos?
—Son demasiado personales para verbalizarlos —me excusé, con expresión de inocencia. Crucé las piernas y la minifalda vaquera dejó

al descubierto más muslo. Como era de esperar, los ojos de Oliver se dirigieron a ese punto.
—¿Íntimos? —susurró con voz ronca.
—Podría ser —admití, algo avergonzada.
—¿Fantaseas conmigo?
—¿Te molestaría?
Estábamos tan enfrascados en nuestra particular conversación que no nos dimos cuenta de que el profesor había entrado y la mayoría de nuestros compañeros tenían ya el libro sobre la mesa. Lauren me chistó para que prestáramos atención, pero ambos la ignoramos.
—Cuéntame alguna de tus fantasías. —Su rostro estaba a escasos milímetros del mío. Me humedecí los labios y fui testigo de cómo se dilataban sus pupilas y sus ojos se volvían insondables.
De pronto, unos golpes en mi pupitre nos interrumpieron.
—Señorita Baker, señor Grant, parecen acalorados. ¿Necesitan salir un momento para refrescarse?
Las risas del resto de nuestros compañeros no se hicieron esperar.
—¿Podemos? —respondí, con una ceja alzada.
Al contrario que Oliver, que parecía que se había tragado la lengua.
—Siempre tan insolente, señorita Baker —musitó el profesor—. ¿Y usted? ¿Quiere acompañarla fuera del aula?
—No es necesario —respondió al fin—. No me fío de Eve.
Las carcajadas se intensificaron.
—¡Eve es insaciable! —gritó alguien.
Se oyeron silbidos y apreté los puños en mi regazo. Me seguía sorprendiendo con qué facilidad la gente era capaz de herir a otras personas sin importarles lo más mínimo que sufriesen.
—Por eso contigo no tengo ni para empezar —afirmé.
—¡Uh! —gritaron el resto.
—¡Ya basta! —se hizo oír el profesor—. Más les vale comportarse si no quieren llevarse el primer parte del curso. Ahora, si son tan amables de abrir el libro, procederé a explicarles la lección de hoy.
El profesor Murray se dio la vuelta y se encaminó hacia su mesa.
Miré a Oliver de soslayo y me di cuenta de que parecía avergonzado y se esforzaba por tomar apuntes. Sonreí porque, para mi sorpresa, don perfecto parecía no encajar bien las regañinas de los profesores.

Acababa de abrir mi cuaderno cuando, con disimulo, Oliver dejó una nota sobre mi mesa.
«Cuéntame una de tus fantasías».
Tuve que morderme los labios para no sonreír. Le di la vuelta a la nota y escribí:
«Tú y yo. Solos. En un barco en alta mar, mecidos por el vaivén de las olas».
Le pasé el papel y esperé. Oliver lo arrugó en su mano cuando el señor Murray pasó por nuestro lado; en cuanto volvió a la pizarra, recibí otra nota de vuelta.
«¿Qué más?».
«Llevo puesto un pequeño bikini de color rojo y tú, un bañador negro. Nada más».
«Me estás poniendo cachondo».
Solté una pequeña carcajada, que llamó la atención de los que había a nuestro alrededor.
«Me acerco hasta ti, me pego a tu cuerpo y entonces… Solo te pido una condición».
«Acepto, tú arriba».
No quise que apreciara que me había ruborizado, por lo que agradecí que mi pelo me ocultara el rostro. Aunque tenía que reconocer que me parecía muy excitante aquel juego, tenía que ponerle fin.
«No puedes tocarme».
Le pasé la notita y no quise perderme su reacción. Frunció el ceño, contrariado y se apresuró a escribir.
«¿Por qué?»
«Porque, si me sujetas, no podré lanzarte por la borda y deshacerme de ti».
Giró la cabeza en mi dirección y, en esta ocasión, sí que le dio igual que Murray nos pillara.
—¿En eso consisten tus fantasías? ¿En buscar maneras de acabar conmigo?
—Soy una romántica empedernida, qué le vamos a hacer.
—Lo que eres es como Chucky, el muñeco diabólico.

Lo miré con maldad al tiempo que enredaba mi cabello para dejarlo sujeto con un lápiz en la nuca. Oliver no perdió detalle de todos y cada uno de mis movimientos.
—No lo olvides —musité.

El resto de las clases nos mantuvimos en silencio, apenas cruzamos un par de palabras para pasarnos las hojas que nos daban los profesores y poco más. Mejor así.

A la hora de la comida, me senté con Lauren, Naia y Violet en la mesa que acostumbrábamos a utilizar. Como era de esperar, Violet acaparó parte de la conversación con su habitual verborrea. Naia parecía ausente y Lauren sonreía como una tonta en dirección a la mesa en la que se encontraban los jugadores del equipo de básquet.
—Y por eso decidí tatuarme el culo —acabó Violet.
Aquello llamó la atención de las tres, que la miramos como si se hubiese vuelto loca.
—Vaya, ahora sí que he conseguido que me hagáis caso. ¿Qué os pasa?
—Nada fuera de lo normal: Lauren, babeando por Adam; Eve, en su mundo; y yo, hasta la coronilla de mi vida —contestó Naia.
Lauren fingió ofenderse y atacó:
—Eve tontea con el nuevo.
—¡Eh! —exclamé—. Eso es mentira, y lo sabes. ¿Por qué no le preguntáis a Naia qué le sucede en vez de meteros conmigo?
—¿A mí? Aparte de que este año me juego ir a la universidad que quiero, de que mis padres me han puesto un horario de estudios y casi no me dejan salir de casa y de que voy a cumplir dieciocho años y todavía soy virgen, porque se ve que no estoy lo suficientemente buena como para que alguien quiera follarme —suspiró—, estoy genial. Gracias.
Al momento, nos sentamos alrededor de Naia, y el mundo dejó de existir para nosotras. Al fin y al cabo, de eso trataba la amistad, de compartir el peso que nos asfixia para hacerlo más soportable.

Capítulo 6

La vida, según la etapa, tiene diferentes colores. Todo depende de cómo la quieras decorar.
Eve

OLIVER

—¡Grant!
Salí a la cancha y el entrenador Smith me pasó la bola. Cogió la carpeta que tenía sobre el banquillo y la releyó.
—Veo que estás dado de alta en la NCAA, que has hecho todos los cursos que se exigen y que, según tu expediente, tienes la mejor puntuación de tu instituto de Chicago. Entiendo, por lo tanto, que tu intención es seguir jugando a nivel universitario.
—Sí, señor —acepté. No le dije que mis aspiraciones iban más allá de eso. No me conformaría con jugar únicamente en la liga universitaria: quería estar en lo más alto y jugar en la NBA, y no pararía hasta conseguirlo.
—Bien. A ver qué sabes hacer. ¡Reed y Grayson, defendedle!
Jake sonrió con ese gesto que evidenciaba que iba a por mí y Neil se puso a su lado, serio y expectante, pendiente de lo que yo hiciese. Por suerte, había estado observándolos durante el calentamiento y sabía cuáles eran sus puntos débiles.
El entrenador silbó y me puse en juego. Decir que fue fácil vencerlos sería demasiado presuntuoso, pero, al fin y al cabo, cierto. Salí del vestuario después de la ducha, satisfecho, con la camiseta de los Dolphins en mi bolsa de deporte con el número cincuenta. En Chicago había jugado todos estos años con el veintitrés, pero aquí, en Laguna Beach, era Adam el que lo llevaba. En el fondo, era una cosa más de las muchas que había dejado atrás.
Salí del pabellón y me dirigí al aparcamiento. Había sido un día largo e intenso, y me moría de ganas de llegar a casa y tirarme en la

cama a jugar unas partidas a la videoconsola para dejar de pensar. Sin embargo, al llegar al aparcamiento para coger mi moto, unos metros más allá, vi a Eve de rodillas en el suelo junto a su camioneta. Por un instante, me planteé pasar de largo. Ella no quería que le hablara y ocupaba sus pensamientos planeando cómo asesinarme, así que sería de ley ignorarla. No obstante, mis padres me habían educado demasiado bien como para no ayudar a alguien en apuros.

—¿Algún problema? —dije a su espalda. No quise, pero fue inevitable fijarme en su culo enfundado en aquella minúscula falda vaquera. Arrodillada en el suelo y con la cabeza casi debajo del vehículo, era demasiado tentador no recrearme en él. Y no era de piedra, joder.

—Tengo una rueda pinchada —dijo con fastidio y sin mirarme.

—Bueno, eso tiene arreglo.

Levantó la cabeza de golpe y me miró sobre su hombro, entrecerró los ojos para enfocar la vista y que la luz del atardecer no la molestase, y frunció los labios.

—¿Tienes una rueda de recambio?

Me toqué los bolsillos del pantalón.

—Vaya, al parecer me la he dejado en casa.

—Seguro que tienes muchas en el circo.

No pude evitar sonreír por su pulla, me crucé de brazos y levanté una ceja con soberbia.

—¿Quién no lleva una rueda de recambio en el coche?

—Pues, al parecer, Steve no creyó oportuno reponerla.

—¿Quién es Steve? —quise saber.

—El marido de mi madre.

—¿Tan enfadada estás que es así como llamas a tu padre?

Eve se levantó y se sacudió las rodillas con las manos antes de fulminarme con la mirada.

—No, a mi padre lo llamó papá. El resto de la gente lo llama Henry o señor Baker.

Demasiado tarde, me di cuenta de que había metido la pata y de que era evidente que sus padres estaban divorciados.

—No lo sabía…

—No tenías por qué saberlo —me interrumpió. Suspiró y miró a su alrededor, no quedaba casi nadie y la mayoría de las plazas estaban vacías.
—¿Quieres que llamemos a asistencia en carretera? —propuse, conciliador.
—Mi padrastro es mecánico, creo que preferirá que le llame a él primero.
Levanté las manos y di un par de pasos atrás para darle intimidad mientras, a través del teléfono, le contaba lo sucedido. Me acerqué de nuevo a mi moto, puse la llave en el contacto y me preparé para ponerme el casco cuando confirmase que Eve lo tenía todo solucionado. Sin embargo, cuando giré la cabeza en su dirección, entendí que el problema estaba lejos de solucionarse.
—No quiero dejar mi coche aquí —respondió, obstinada, al móvil—. ¿Y mañana? ¿Cómo se supone que vendré a clase? Mis amigas no tienen vehículo. —Dio media vuelta y caminó de aquí para allá—. Ya sabes que mamá no puede venir a por mí.
Volví a quitar la llave y juro que me debatí entre acercarme o esperar a que fuera ella la que me explicara qué había pasado para que su padrastro no viniera y nadie pudiese acercarse a por ella. Pero, cuando dejó de hablar, se guardó el móvil, se colgó la mochila al hombro y, después de cerrar el coche, se encaminó hacia la salida sin siquiera mirarme.
Una especie de indignación me subió por la boca del estómago y se instaló en mi garganta. Después de prestarme a ayudarla, se marchaba sin dirigirme la palabra. Monté en la moto, la puse en marcha y rodé despacio hasta posicionarme a su lado.
—Zanahoria, ¿piensas volver a casa caminando?
Fui testigo de cómo apretó los labios y siguió su camino, pero no me rendí. En el fondo, tenía que reconocer que aquellos tira y afloja me encantaban.
—De acuerdo —acepté al no recibir respuesta—, te acompañaré.
Seguí a su lado mientras bajaba por la calle y rodeaba el instituto en dirección a Stonehill. Allí el tráfico era más intenso y comenzó a formarse una cola de coches detrás de mí. Algunos hicieron sonar sus bocinas, otros me insultaron por la ventanilla, pero no dejé que

eso me afectara y continué junto a ella hasta que se detuvo y me hizo frente.
—¿Por qué no te vas?
—Deja que te lleve a casa —pedí con seriedad. Aquello nos pilló por sorpresa a los dos. No pensaba ser tan directo, pero lo disimulé mejor que ella, que se ruborizó—. En esta maldita ciudad, para llegar a cualquier parte a pie tienes que dar un rodeo enorme. Si vienes en coche, es porque no vives cerca.
Me pusieron nervioso dos cosas: que no me contestase al momento y que pareciese evaluarme con demasiada intensidad.
—Son apenas cinco minutos en coche —dijo al fin.
—¿Y a pie?
Miró calle abajo y se movió inquieta.
—Una hora.
—Sube. —Le tendí el casco y ella dudó de nuevo—. Vamos, prometo no tirarte de la moto en marcha.
—Yo no sé si puedo prometer lo mismo. —Avanzó y cogió el casco—. ¿Y tú? ¿No te vas a poner uno?
—Solo he cogido uno, no esperaba llevar a nadie.
—¿Y si te multan?
—Sabré arreglármelas. Venga, arriba.
Antes de ponérselo, se miró la minifalda vaquera que llevaba y comprendí qué era lo que le preocupaba.
Saqué la camiseta del equipo de baloncesto que me acababan de dar y se la tendí. Era bastante más alto que ella, por lo que estaba seguro de que la cubriría casi hasta la mitad del muslo.
—¿Quieres que me la ponga?
—¿Tienes alguna idea mejor?
Dejó la mochila en el suelo y se puso la camiseta encima. Por alguna extraña razón, me gustó demasiado que la llevase, pero estaba seguro de que aún me gustaría más si fuera lo único que la cubriese.
Carraspeé y me obligué a mirar al frente mientras ella se acomodaba detrás de mí. Esperaba que me rodease con sus brazos, pero, al mirar sobre mi hombro, vi que se había echado atrás y se agarraba a la parte trasera.
—¿A dónde te llevo?

—Al 3268 de Mediterranean.
—Tendrás que guiarme, porque aún no conozco demasiado bien Laguna Beach.
Ella asintió y me dio un par de indicaciones antes de ponerme en marcha. No quise tensar más la cuerda diciéndole que se sujetase a mí, así que aceleré y me puse en camino. Fui consciente en todo momento de su cuerpo tras el mío, de sus muslos rodeando mis caderas y su pecho rozando mi espalda cada vez que frenaba, pero lo achaqué a que hacía demasiado tiempo que no estaba con ninguna chica. Mi marcha de Chicago había hecho que dejase atrás la vida que llevaba allí, y aunque añoraba muchas de las cosas y personas que se quedaron, no me podía quejar de cómo me estaban yendo las cosas por aquí.
—Es ahí. La casa que tiene la valla de madera. —Eve me dio las últimas indicaciones y aparqué junto a la acera.
Era una casa de dos plantas de la que solo se veía la entrada principal y, junto a ella, una ventana, ya que el resto estaba protegido por verjas de tablones de madera muy cuidados. Todavía no me había dado tiempo a poner el caballete y ella ya había bajado de la moto. Se quitó el casco y me lo entregó. Al momento, sujetó el bajo de la camiseta y se la sacó por la cabeza. No perdí detalle del movimiento de sus dedos ni de cómo su pelo le dejaba el cuello descubierto antes de que, de nuevo, los mechones se le deslizasen por los hombros. Tendió la mano para entregarme la camiseta y, al ir a cogerla, nuestros dedos se rozaron. Nos miramos en silencio durante algunos segundos, sin apartar nuestras manos, y volví a ser consciente de la extraña sensación que me embargaba, hasta que ella se dio la vuelta y se dirigió a la puerta de su casa.
—¡Eh! —la llamé. Se giró para mirarme con las llaves de su casa en la mano—. De nada.
—Te devolveré el favor.
Entró antes de que pudiese replicar y fue entonces cuando vi al niño que había asomado a la ventana. Miraba en mi dirección y levanté una mano para saludarlo, no obstante, fue como si no me hubiese visto. No hubo ningún gesto de sorpresa al saberse descubierto ni tampoco de vergüenza, nada. Supuse que era el hermano de Eve y

que tal vez sentía la misma empatía por mí que su hermana. Me puse el casco, que olía a ella, y me fui.

Capítulo 7

No todo es lo que parece, pero, a veces, lo que parece es demasiado perfecto.
Oliver

EVE

La primera semana de clase estaba resultando ser demasiado intensa en todos y cada uno de los frentes en los que me movía. En casa, Zack seguía acusando la vuelta a la rutina y estaba más irascible, dormía peor y tenía más crisis, lo que nos tenía a todos con los nervios de punta y expectantes a sus emociones y respectivos actos. Además, que mamá no estuviese por las tardes en una semana tan importante para él creo que tampoco jugó a nuestro favor. Steve hacía lo que podía, pero, como siempre, tenía la sensación de que no terminaba de entender a mi hermano ni se esforzaba en comprenderlo. En ocasiones, quería jugar con él, interaccionar y participar de sus actividades, y lo único que conseguía era ponerlo más nervioso. Zack no consentía que tocaran sus construcciones ni que le quitasen de delante las cosas con las que estaba jugando. Sé que Steve lo hacía por su bien y que buscaba sentir esa conexión especial que se crea entre padres e hijos, pero con Zack había que buscar otro tipo de vínculo diferente. A veces, solo había que estar, que él supiese que estabas cerca, pero sin invadir su espacio, y él venía a buscar tu contacto, porque el tuyo no siempre era bien recibido. En el fondo, lo entendía. No era muy diferente a como vemos o sentimos el resto de la gente. En ocasiones, necesitamos escucharnos a solas para entendernos y reconciliarnos con nosotros mismos antes de aceptar la compañía de los demás, solo que él lo expresaba abiertamente, ajeno a convencionalismos sociales.

Por otro lado, estaban las clases en el instituto y, ahora, la especie de castigo que nos habían impuesto. Mientras esperábamos en el salón de actos del ayuntamiento a que empezase la reunión, Lauren se sentó a mi lado y sujetó una de mis rodillas para evitar que siguiese moviéndola con nerviosismo.
—A este paso, terminarás por tener agujetas. ¿Qué sucede?
Miré el reloj y resoplé.
—La reunión tendría que haber empezado hace treinta minutos —me quejé.
—Bueno, ya sabes cómo son este tipo de actos.
—Ya, pero los demás tenemos una vida que atender.
Lauren torció el gesto y, al hacerlo, su espesa cabellera negra y rizada se derramó por su hombro.
—Tu madre tiene turno de tarde, ¿verdad?
—Sí. Y le prometí a Steve que estaría en casa para la hora de la cena de Zack.
—Bueno, si tuvieses que irte, ya te informaría yo de todo, no te preocupes.
Empujé su hombro con el mío y sonreí con afecto antes de darle las gracias.
—No he visto tu coche fuera. ¿Cómo has venido?
—Steve todavía no ha cambiado la rueda, así que me trajo mi madre antes de ir al hospital.
—¿Tienes un padrastro mecánico y el coche por arreglar?
—Ya sabes cómo son estas cosas: primero se arregla lo de los demás y lo último, lo de casa.
—¿Y cómo piensas volver?
—Cogeré el transporte público.
—Tardarías demasiado. Adam podría llevarte en la moto si lo necesitas.
—¿Qué puedo hacer por estas preciosidades? —nos interrumpió el novio de mi amiga desde atrás, tan oportuno como si nos hubiese escuchado.
Besó a Lauren en la mejilla y se apoyó en el respaldo de nuestras sillas. Su mirada interrogante vagó entre una y otra hasta que mi amiga lo puso al corriente de mi situación.

—Para lo que necesites —resolvió Adam—. Además, me harías un favor si me tuviese que ir antes de que esto termine.
Le sonreí con afecto y acepté su oferta, si no, me vería obligada a hacer varios transbordos y andar un buen trecho para poder llegar a mi casa, lo que, estaba segura, me retrasaría.
El técnico del ayuntamiento que vino al instituto subió al entarimado del salón de actos y tomó la palabra. Las luces se atenuaron y el proyector comenzó a reproducir imágenes sobre nuestras playas y el impacto que la contaminación estaba causando en ellas. Era algo que no me era ajeno; tras trabajar todo el verano en el centro de mamíferos del Pacífico, estaba al corriente de todo el daño que causábamos al ecosistema.
Miré mi móvil y comprobé que solo podría quedarme un cuarto de hora más. Esperaba que fuese suficiente. Al cabo de cinco minutos, entendí que el técnico no era un orador parco en palabras y que le costaba sintetizar lo más importante. Así que, cuando llegó el momento, me despedí de Lauren y me dirigí a la salida con toda la discreción que pude. Sin embargo, cuando llegué a la puerta, me encontré a Oliver apoyado junto a ella, de brazos cruzados y una mirada socarrona que anticipaba un comentario hiriente.
—No es muy responsable por tu parte marcharte.
—Súmalo a mis muchas cualidades.
Abrí la puerta y salí con la esperanza de que no me siguiese, pero no tuve esa suerte. Me detuve con la firme intención de ignorarlo al tiempo que sacaba el móvil para enviarle un mensaje a Adam.
—Oye, esto es algo que nos concierne a los dos —me interrumpió—. Nos ha tocado formar pareja y no me puedo permitir ninguna amonestación. Este año me juego mucho.
—Habértelo pensado antes de solidarizarte con nosotros y declarar que también estuviste en la fiesta.
—Tal vez tú no lo entiendas, porque es evidente que no eres capaz de hacer nada por los demás y solo piensas en ti misma, pero aquí, en esta especie de castigo, estamos los dos en el mismo barco.
Apreté los puños y respiré hondo para calmarme.
—Entonces, deberías estar dentro para saber qué tenemos que hacer exactamente el fin de semana.

—Y tú también deberías entrar conmigo.
—Pero, como no lo voy a hacer, tienes dos opciones: o entras y te enteras, o te lo pierdes igual que yo y asumimos las consecuencias. Los dos.
Adam eligió ese momento para reunirse conmigo. Nos miró de hito en hito y me tendió la mano.
—¿Nos vamos? —preguntó.
Asentí y acepté su gesto, agradecida de que nos pudiésemos marchar ya.
Adam se despidió de Oliver con una palmada en la espalda y yo ni siquiera me digné a mirarlo. Aunque era consciente de que teníamos su atención mientras subíamos en la moto y nos marchábamos.
Cuando llegamos a mi casa, me apresuré a bajar y le tendí el casco a mi amigo, dispuesta a no demorarme más; le di las gracias y giré para tomar el camino de entrada.
—Eve —me llamó. Se acercó hasta detenerse a pocos pasos de mí. Su mirada de preocupación me puso alerta.
—¿Qué ocurre?
—Oliver parece un buen tipo.
—En esta vida no todo es lo que parece —lo interrumpí.
—Por eso, no me gustaría que te fiases de él.
Aquello llamó mi atención, porque esperaba un discurso diferente. Tal vez un reproche para que no fuese tan borde con él, una llamada a la calma para que no estuviésemos con el tira y afloja que nos traíamos, no sé… Pero, desde luego, no aquella clara advertencia en su contra.
—¿Por qué me dices esto?
—No me gustaría que se aprovechase de ti.
Parpadeé, confusa, y una media sonrisa nerviosa afloró en mis labios.
—No se me ocurre cómo podría hacerlo.
—Yo solo te advierto para que mantengas los ojos bien abiertos y la mente despejada.
—Te agradezco tus consejos, pero no tienes que inquietarte por mí.
—Lo sé. No obstante, no puedo evitarlo. —Y, con las mismas, me dio un beso en la mejilla y se marchó.

El viernes por la noche salí con las chicas a cenar para celebrar haber resistido a la primera semana de clase. En realidad, cualquier ocasión era buena para juntarnos. Nuestra intención era tener un plan tranquilo, ya que al día siguiente debíamos empezar con el programa de limpieza de playas, sin embargo, una cosa llevó a otra y terminamos bailando como locas en el Rooftop hasta bien entrada la madrugada. Por eso, cuando sonó el despertador para cumplir con mi labor social como buena ciudadana y alumna, maldije la hora en que acepté la sugerencia de Violet de tomarnos un par de copas que nos compró un conocido suyo del restaurante y dejar fluir la noche.

Me di una ducha fría para despejarme y al menos tuve la suficiente lucidez para elegir qué ponerme. Me enganché el cabello con una pinza y me puse encima del bikini de color negro unos pantalones cortos y una camiseta blanca que me dejaba el ombligo y un hombro al aire, con el cuello desbocado, y en la que se leía: «*Red head red hearth*[1]». Sopesé la posibilidad de cubrirme las ojeras con algo de maquillaje, pero al final desistí. Las gafas de sol eran una solución mucho más rápida.

Cuando llegué a la playa, mi insufrible compañero ya me esperaba de brazos cruzados y con gesto enfurruñado.

—Llegas quince minutos tarde.

—Buenos días a ti también —lo saludé, al tiempo que hacía un gesto vago con la mano—. Descuéntamelo de la nómina.

—Nuestro supervisor ya nos ha puesto una falta por retraso.

—¡No! —exclamé con fingida alarma—. ¿Y ahora qué será de nosotros? ¿Tendremos que copiar quinientas veces «No me retrasaré»? ¿Nos pondrán un negativo? ¿Nos quedaremos sin recreo?

Oliver ni siquiera se molestó en replicar; me lanzó una bolsa que contenía varios departamentos para separar los desperdicios y un par de guantes.

—Andando. —Se dio la vuelta y bajó por la pasarela hasta la arena.

Puse los ojos en blanco y lo seguí. Desde atrás, mis ojos lo revisaron de arriba abajo. Llevaba una camiseta holgada de tirantes, que

dejaba ver lo bien perfilados que tenía los músculos de la espalda, y un bañador de color azul, que le hacía un culo de infarto.
—Nuestra zona es esta. —Se giró a mirarme y levanté la cabeza de golpe para encontrarme con sus ojos.
—¿Me estabas mirando el culo?
—Como si solo tú tuvieses uno.
Entonces pareció reparar en la frase de mi camiseta y la comisura de sus labios se estiró.
—¿Te gustan mis tetas? —contraataqué.
—Tendría que probarlas para contestar.
No quise, pero me ruboricé al pensar en la posibilidad de que Oliver pudiese tocarme, acariciarme o lamerme con su lengua.
—Ni en tus mejores sueños. —Pasé por delante y me alejé de él.
Pese a estar casi a mitad de septiembre y a que por las noches refrescara un poco, las mañanas seguían siendo cálidas, y tras dos horas al sol me senté en la arena, exhausta y algo mareada. Tendría que haber tomado algo antes de salir de casa y no haber bebido la noche anterior.
—Vamos, Zanahoria, no me digas que ya te has cansado.
Debió percibir algo extraño en mi rostro, porque se acuclilló frente a mí y me miró con seriedad.
—¿Estás bien?
—Solo estoy algo mareada.
—Estás demasiado pálida, más blanca de lo que es habitual en ti. —Se quitó la gorra que llevaba de los New York Knicks y me la caló hasta las cejas. Ni siquiera tuve fuerzas para protestar—. ¿Has tomado algo esta mañana antes de venir?
Negué con la cabeza y soltó una maldición.
—No te muevas.
—Como si pudiese… —repliqué con un hilo de voz.
Supe que se había alejado porque el sol impactó de nuevo en mi piel. Lo más probable era que apenas tardase unos minutos, pero a mí se me antojaron horas. Cuando por fin llegó, me tendió una botella de agua fría y sacó de una bolsa una barrita de chocolate.
—Tómate esto. Es posible que hayas tenido un bajón de azúcar; en cuanto los niveles se reestablezcan, te encontrarás mejor. Y luego te

comerás una banana. —También puso frente a mí lo que me pareció un sándwich de pavo.
Bebí sin rechistar y mordí la barrita con la esperanza de que Oliver estuviese en lo cierto y pronto me encontrase mejor.
—¿De dónde has sacado toda esa comida? —Señalé la bolsa con la cabeza.
—Soy un tipo con recursos. —Se sentó a mi lado y esperó, paciente, con la vista fija en las olas, a que terminase.
Su cercanía me reconfortó y en esta ocasión me vi en la obligación de agradecérselo.
—Gracias, me encuentro mucho mejor —acepté.
—Estupendo, pero todavía te queda esto. —Sujetó en una mano la banana y en la otra el pan—. Si no lo quieres todo, elige.
Al final acepté la fruta. La pelé por el tallo y la dejé abierta, dispuesta a morder.
—¿Sabías que se abre por el otro lado? Tendemos a pelarlo por el lado equivocado, si te fijas en cómo lo hacen los monos, ellos aprietan el lado opuesto al tallo y así les resulta mucho más fácil.
—Eres un sabelotodo, ¿no? —Rodeé con la boca la punta de la banana y la mordí despacio para saborear su textura y su dulzor. Dejé escapar un gemido de satisfacción y me lamí el labio inferior.
—Al parecer, no lo suficiente —susurró con voz ronca.
Volví a introducirme la fruta en la boca y una vez mordida, me limpié con un dedo el rastro de la parte madura que me había quedado en la comisura del labio y me lo chupé.
—Ahora vuelvo —espetó.
Lo siguiente que vi fue a Oliver levantarse, desprenderse de la camiseta y avanzar por la arena hacia el mar.

Capítulo 8

A veces, el cerebro va por un lado y el instinto por otro.
Eve

OLIVER

Era un bocazas, eso es lo que era. Me zambullí en el agua y agradecí que el cuerpo se me templara, porque cada vez que estaba cerca de Eve, la piel se me encendía. Bueno, si era realista, no solo la piel. A veces hasta la mente se me cortocircuitaba, y es que no podía evitar estar pendiente de ella. Mis ojos reaccionaban a su presencia como un imán, total y absolutamente atraídos por su belleza y aquel aire rebelde, puede que indiferente, que a veces me sacaba de quicio. No obstante, en nuestras conversaciones siempre terminábamos repeliéndonos como los polos opuestos que éramos.
Cuando emergí a la superficie, el sol impactó de lleno en mi rostro. Tal vez, por eso no me di cuenta de que a mi derecha estaba ella hasta que me salpicó con la mano. Llevaba un bikini de color negro con un pequeño volante en el borde que enmarcaba a la perfección sus pechos. Joder, y ahí estaba de nuevo el calentón. No gemí por vergüenza, pero poco me faltó cuando se sujetó el cabello por encima de la cabeza y se formó un río de gotas entre sus tetas que sentí la tentación de lamer.
—A mí también me apetecía.
Parpadeé, confuso y alarmado ante la posibilidad de haber verbalizado mis pensamientos.
—Refrescarme —especificó al percatarse de mi expresión.
—Por supuesto. ¿Estás mejor? —me obligué a preguntar.
—Sí, pero necesitaba templar mi piel y despejar la mente.
—Dímelo a mí —mascullé.
—Oye, sé que no empezamos con buen pie, pero podemos fumar la pipa de la paz, si quieres. Si no hubiese sido por ti, habría terminado

desmayada sobre la arena.
—No fumo.
Eve puso los ojos en blanco y una mueca de hastío asomó a sus labios.
—Qué aburrido eres.
Sonreí y le tendí la mano.
—Pero podemos estrecharnos las manos en son de paz.
Estiré el brazo y esperé a que ella aceptara mi gesto. En cuanto nuestros dedos se tocaron, fue como si una corriente eléctrica nos atrapara y, al mismo tiempo, nos aislara del mundo. Quedamos conectados de un modo tan íntimo que, si no hubiese sido porque Eve fue la primera en separarse, habría terminado por tirar de ella para pegarla a mí y acabar fundiéndonos.
—Vale, acabemos con esto de una vez, que tengo ganas de ir a mi casa, quitarme la sal de la piel y tirarme en la cama a no hacer nada.
No, no necesitaba que mi mente recreara la imagen de Eve en la ducha ni después, tumbada en la cama, porque no precisaba de ninguna directriz para hacer volar mi imaginación.
—Ve, ahora salgo —la despaché.
Me miró con una ceja alzada y luego dirigió los ojos más abajo, al punto exacto en que el agua cubría el elástico de mi bañador. ¿Sería posible que advirtiese el bulto de mi pantalón? Estuve a punto de cubrirme con las manos para evitar su escrutinio, pero entonces ella habló y me volvió a sorprender.
—¿Es que vas a mear?
Sonreí de medio lado y avancé un paso hacia ella.
—Si notas algo calentito en las piernas, ya sabes lo que es.
Me salpicó y empezó a insultarme mientras nadaba hacia la orilla. Suspiré y volví a hundirme. Iba a ser un curso muy jodido. Y largo.

Capítulo 9

Es suficiente saber que no se puede para ansiar quererlo.
Oliver

EVE

Que aquel iba a ser un año académico duro era algo que no dudaba nadie, pero el hecho de que nos estuviesen bombardeando a pruebas, exposiciones, trabajos y exámenes me estaba volviendo loca. Entre semana no tenía tiempo prácticamente para nada, pero, al llegar el fin de semana, intentaba por todos los medios salir y despejarme o acabaría desquiciada.
Hacía dos semanas que Oliver no venía los sábados al programa de regenerar la playa porque le coincidía con partidos de baloncesto, ambos fuera de Laguna Beach. Había prometido compensarme por encargarme yo sola de la limpieza y estaba tan cansada que no pensaba rechazar su oferta. Por ello, cuando el sábado por la tarde recibí un mensaje suyo en el que me invitaba a tomar algo, me sorprendí. Pensaba que su forma de agradecerme que hubiese hecho el trabajo por los dos sería encargarse él solo las dos próximas semanas, pero, al parecer, qué sabía yo.
—Has puesto una cara rara —me hizo notar Naia.
Rebuscaba en mi armario un vestido para ponerse aquella noche. Teníamos pensado ir al cine y, luego, a cenar unas hamburguesas en el Ruby's Diner. Nada fuera de lo normal, pero, así como a mí nadie me controlaba la ropa que me ponía, los padres de Naia no consentían que llevase tops demasiado escotados ni faldas por encima de la rodilla. Yo lo achacaba a la edad de sus padres; la tuvieron cuando ya eran muy mayores y siempre han creído que era su particular milagro.
—¿Quién era? —insistió—. Si me dices que Jake otra vez, me bajo de la vida. No sé cuándo se dará cuenta de que no tiene nada que

hacer y pasará página.
Negué con la cabeza.
—Es Oliver.
Mi amiga soltó el vestido negro que tenía en la mano y se lanzó a la cama, a mi lado.
—¿Qué quiere? —Asomó la cabeza por delante de mi rostro para cotillear la conversación. Ni siquiera me molesté en ocultarla, porque no había nada que esconder—. ¿Quiere quedar contigo? ¿Para cenar? ¿Algo así como una cita? —se emocionó.
—Algo así como una cena de agradecimiento —puntualicé.
—Un tío así no invita a cenar a una chica si no quiere algo.
La miré con una ceja alzada, puesto que las dos sabíamos que Naia no hablaba con la voz de la experiencia.
—Puede que no tenga citas, pero sé lo que significa cuando un tipo como Oliver Grant quiere quedar contigo.
—No tienes citas porque no quieres.
—No las tengo porque no me lo ha pedido nadie que me interese. Pero ese no es el quid de la cuestión, aquí el asunto está en saber si vas a quedar con él o no.
—Ya tenía planes contigo, así que no.
Cuando iba a responder, Naia me quitó el móvil y se alejó con rapidez hacia el otro lado de la habitación para impedir que la alcanzara. Y, cuando por fin lo hice, era demasiado tarde: el mensaje había sido entregado y leído.
«Me encantaría. ¿Cuándo y dónde?».
Fulminé con la mirada a Naia, algo que no le importó en absoluto porque saltaba emocionada.
La respuesta no se hizo esperar.
«A las ocho y media te recojo en tu casa».
Suspiré, tiré el móvil sobre la cama y me lancé yo bocabajo para ocultarme del mundo. Lo último que necesitaba era tener una distracción como Oliver en mi vida.
—Le gustas —afirmó Naia—. ¿Dónde está el problema?
—No le gusto, apenas me soporta, pero, al parecer, tiene un sentido de la responsabilidad bastante grande y necesita compensarme.
Naia suspiró y se tumbó a mi lado.

—Es guapo, atento, tiene sentido del humor, es responsable, estudioso… Yo también tendría dudas de quedar con él.
Le tiré un cojín a la cara para evitar responder que ahí era donde radicaba el problema, en que resultaría demasiado fácil que me gustase.

A las ocho y media, tal y como había dicho, escuché la moto de Oliver parar a la puerta de casa. Y, por alguna extraña razón, el corazón se me aceleró y tuve que inspirar hondo varias veces para tranquilizarme. Cuando bajé las escaleras, Steve miraba curioso por la ventana mientras Zack jugaba en el suelo a hacer torres de colores con sus piezas de construcción. Al pasar por su lado, me agaché y le besé.
—Pórtate bien, pequeño —susurré.
—¿Quién es el tipo que está ahí fuera? —quiso saber Steve.
—Es un compañero de clase.
—Bueno, supongo que será algo más, porque un sábado por la noche no quedaréis para hacer ningún trabajo.
Evité contestar. No estaba acostumbrada a tener que dar explicaciones y menos, al marido de mi madre.
—La cena de Zack ya está preparada como a él le gusta, solo hay que calentarla.
Me puse la chaqueta vaquera y salí de casa antes de que mi padrastro siguiese presionándome. Cuando cerré la puerta y vi a Oliver apoyado en la moto con un casco en la mano y el otro sobre el sillín, achaqué la inquietud que me embargó a la extraña conversación con Steve. Para nada se me ocurrió pensar que se debía al hecho de que Oliver llevase una chaqueta negra de piel, unos pantalones vaqueros oscuros y unas botas del mismo color que la chaqueta. Tampoco lo achaqué a aquella sonrisa que todavía lo hacía más atractivo ni a los mechones rebeldes que bailaban sobre su frente. Para nada.
—¿Lista?
Asentí y Oliver me pasó uno de los cascos, subió a la moto y arrancó, a la espera de que yo me acoplase detrás. Tal y como hice

la primera vez que monté, me sujeté a la parte posterior, pero de inmediato lo escuché hablarme por el comunicador del casco.
—Es más seguro que te sujetes a mí.
No estaba muy convencida de ello, pero en esta ocasión no puse ningún impedimento y rodeé su cintura con mis brazos.
—¿A dónde vamos?
—¿A dónde quieres ir, Zanahoria? Yo no soy de aquí, así que lo dejo en tus manos.
—Pues menuda cita… —me quejé.
—¿Eso es lo que es? ¿Una cita? —Me pareció que su voz sonaba más grave al tiempo que mi orgullo se hundía en la miseria.
Agradecí que no podía verme, porque el calor que sentía en el rostro era más que revelador.
—Cita, velada, quedada, reunión, acuerdo para cenar… como quieras llamarlo.
—Me gusta la idea de una cita.
Aceleró y yo me agarré a su cintura con fuerza por puro instinto. En cuanto aminoró un poco, relajé los brazos, pero al momento volvió a acelerar, y yo reaccioné del mismo modo. Repitió varias veces la misma acción hasta que comprendí que se trataba de un pretexto para que no aflojase mi agarre.

Reconocí el lugar de inmediato. El Rooftop era un restaurante en la playa que tenía unas vistas chulísimas. Además, las luces de la terraza, conformadas por bombillas de color amarillo, le daban un aire retro y lleno de encanto.

—Para no conocer nada de Laguna Beach, me has traído a uno de los sitios más bonitos. —Me quité el casco y se lo tendí.
—A mí me gusta hacer los deberes, Zanahoria.
—Pues lo mismo has hecho el trabajo en vano, porque no estoy segura de querer cenar contigo. —Me di la vuelta y emprendí el camino de regreso a la carretera. En apenas dos zancadas lo tenía delante de mí, caminando de espaldas y bastante desconcertado.

—Vamos, ¿qué he hecho?
—Si tengo que decírtelo, no hace falta que sigamos hablando.
Repasó mentalmente la conversación y debió comprender a qué se debía mi enfado, porque se detuvo y me sujetó por el brazo cuando iba a pasar de largo.
—Era solo una broma. No te vayas.
—No me gusta que me llames zanahoria.
—Vale…
—Dime algo bonito.
Nos miramos a los ojos durante lo que me pareció una eternidad hasta que, sin apartar la mirada, confesó con voz ronca:
—Eres preciosa.
El corazón se me aceleró y tuve que humedecerme los labios por el calor de mi aliento.
—No es muy original.
—Pero es cierto.
—Vale, lo acepto.
—Menos mal.
Con total naturalidad, me tomó de la mano y caminó de nuevo hacia el restaurante. Como era de esperar, estaba lleno, pero todavía quedaba una mesa para dos a un lado de la terraza. Yo pedí una cerveza y Oliver, agua, algo que no me sorprendió, porque cuando nos conocimos ya dijo que no consumía alcohol.
—¿Qué te apetece cenar?
Miré la carta con cierto recelo porque los precios eran más elevados que en los bares que solía frecuentar.
—Con el Ruby’s me hubiese conformado.
—Esa es la hamburguesería a la que va todo el mundo, ¿verdad?
—La comida es buena y no es cara.
—Pero habrá demasiada gente conocida —objetó.
Lo miré por encima de la carta, solo para comprobar que no me había quitado la vista de encima.
—¿Habría sido un problema?
—Tal vez sea porque soy la novedad, pero me cansa ser el centro de atención. No quiero sonar egocéntrico, no me entiendas mal, solo es

que han sido demasiados cambios en poco tiempo y siento que necesito espacio.
Lo entendía bien, por ello asentí.
—Yo también necesito evadirme del mundo de vez en cuando.
—¿Y dónde te escondes cuando eso sucede?
—Si te lo dijese, tendría que matarte.
—Es una medida un poco drástica. Te aseguro que sé guardar secretos.
—Un secreto, por definición, es algo que se tiene reservado solo para uno mismo. Una vez se verbaliza, deja de ser tuyo y no sabes el uso que pueden hacer los demás de él.
—Yo no lo veo así.
Puse los ojos en blanco y me crucé de brazos, a la espera de que se explicara.
—Si no lo puedes contar, no es un secreto, es un pensamiento o un recuerdo. Para mí, el hecho de confiar en una persona lo suficiente como para confesarle algo tan íntimo es una responsabilidad y jamás la traicionaría.
—¿A quién le cuentas tú todos tus secretos?
—En Chicago tenía a John, es mi amigo desde que empezamos en la guardería. Mi madre y su madre ya eran amigas, así que supongo que estábamos destinados a compartir muchos momentos desde antes de nacer.
—¿Lo echas de menos? ¿Echas de menos la vida que llevabas antes de venir aquí?
—Si te dijera que no, mentiría. Pero tampoco podíamos seguir viviendo allí.
La camarera nos interrumpió para tomar nota de la cena y, cuando volvió a dejarnos solos, no pude evitar preguntar:
—¿Por qué no podíais seguir viviendo en Chicago?
—Si te lo contara, tendría que matarte —me la devolvió.
Sonreí con sinceridad y apoyé los codos sobre la mesa.
—Tal vez lo pueda adivinar.
Oliver me imitó y, al incorporarse, quedamos mucho más cerca.
—Prueba.
—Habéis huido de Chicago porque tu padre es un traficante.

—Mi padre es policía y no he dicho en ningún momento que hayamos huido.
—Tu madre es la traficante.
—Mi madre es organizadora de eventos. Junto con la madre de John y… bueno, que tiene una empresa para organizar acontecimientos importantes.
—Y en ellos es donde vende la droga.
—Dios mío, he vivido engañado toda mi vida.
Solté una carcajada y Oliver me imitó con una sonrisa.
—Tienes una risa bonita.
La carcajada fue muriendo en mis labios al tiempo que lo observaba con interés.
—Ten cuidado con lo que dices, se podría malinterpretar.
La camarera llegó con nuestra cena y tuve que reconocer que olía de maravilla.
—Lo que he dicho no puede prestarse a confusión —insistió—. Y tú eres más que consciente de lo irresistible que eres.
Como si no hubiese dicho nada importante que causase que mi pulso se acelerase, se llevó el tenedor a los labios y comenzó a comer.
—Está buenísimo.
Tuve que morderme la lengua para no decirle que tan bueno como él. Me reñí a mí misma por esa clase de pensamientos y me limité a dar buena cuenta de la cena.
El resto de la velada pasó por tratar temas más cotidianos como las clases, los compañeros o los partidos de baloncesto.
—La semana que viene jugaremos en casa el sábado por la tarde.
—Bueno, entonces, podrás venir a la playa a ayudarme a limpiar.
—¿Vendrás al partido? —Movió el dedo sobre la mesa siguiendo el grabado del mantel.
No sé si fue por el gesto o por la pregunta, pero lo cierto es que, junto con su mirada, me aceleró el pulso.
—Nunca voy a los partidos.
—¿De ningún deporte?
—De ninguno.
—¿Por qué?

—No me gusta y tampoco entiendo demasiado las reglas.
—Eso tiene solución.
Dejó el dinero sobre la mesa y volvió a tenderme la mano para que se la tomara. Acepté porque no me pareció correcto rechazarlo, pero no era necesario que tuviésemos tanto contacto. Me podría acostumbrar a él y sabía que no era buena idea. En el fondo lo sabía.

Capítulo 10

Tal vez estaba dejándome llevar demasiado, tal vez no era buena idea compartir tanto tiempo con ella, tal vez no lo pudiese evitar.
Oliver

EVE

Por lo general, y pese a tener diecisiete años, no era fácil que la gente me sorprendiera. El tiempo me había enseñado que las cosas no son lo que parecen y a esperar casi lo peor de todo el mundo. Tal vez por eso, cuando Oliver me llevó a su casa, me asombró tanto. Vivía en una urbanización en Laguna Niguel al otro lado de donde vivía yo, pero el instituto nos quedaba a la misma distancia a los dos. Por lo que sabía, en aquel complejo vivía gente con una situación económica bastante desahogada, así que imaginé que la empresa de su madre funcionaba muy bien, porque dudaba que solo con el sueldo de policía se pudiesen permitir una casa en una zona como aquella.
Oliver se quitó el casco y señaló con la cabeza la construcción de estilo mediterráneo con grandes ventanales y tejados a dos aguas.
—Bueno, pues esta es mi casa.
—¿Por qué me has traído?
—Para enseñarte un par de cosas. Vamos.
Me animó a bajar de la moto y yo lo hice para que él pudiese hacer lo mismo, pero no me moví del sitio cuando él comenzó a andar.
—¿Qué pasa? —se extrañó.
—¿Están tus padres?
—No. Hoy cenaban en casa de mi tía y luego iban a bailar a no sé dónde.
No supe si sentirme aliviada o, por el contrario, más inquieta.
—No voy a acostarme contigo.
Oliver dio un respingo y me miró con recelo y cierta incomprensión.

—No te lo he pedido —susurró con gravedad.
—Pero puede que lo esperaras.
—Por lo general, suelo tener más de una cita antes de lanzarme a tener sexo.
—Vale… —dudé.
—Por otro lado, eso no significa que no te desee. Solo que no es lo único que espero de ti ni lo que quería al invitarte a mi casa.
—Esa no es la cuestión.
—¿Y cuál es?
—No quería que dieses por hecho que lo íbamos a hacer.
—Contigo no doy nada por hecho, Eve. Pero no, no te he traído a mi casa para follar contigo.
Aquello me hizo dar un respingo por la sinceridad de sus palabras.
—Vale.
—Si no quieres entrar, te llevo a casa, no hay problema —dijo con suavidad.
Dudé, pero al final cedí.
—No, está bien. Entremos.
En esta ocasión no me cogió de la mano; anduvo unos metros por delante de mí mientras abría puertas y encendía luces. Yo me recreé en el gusto con el que estaba decorada la casa y en la cantidad de fotos y de trofeos de Oliver que había por todas partes. Era indudable que era hijo único y que sus padres estaban muy orgullosos de él.
—Por aquí —me indicó.
Salimos a la terraza donde estaba la piscina rodeada de plantas y palmeras. Bajo una pérgola de madera se encontraba una zona con sillones y mesas bajitas, y al otro lado había unos setos que daban intimidad a aquella parte de la casa.
Oliver bordeó la piscina hacia la izquierda y yo lo seguí hasta una pequeña pista de baloncesto que quedaba oculta por altos arbustos. Allí, las luces de la piscina no eran suficiente y la oscuridad se apoderaba de cada rincón. Perdí de vista a Oliver durante unos segundos hasta que, de pronto, se prendieron dos focos que había a cada lado de la cancha y lo vi sacar un balón de una caseta que había al fondo.

—¿Vas a jugar ahora? —me extrañé.
—Vamos —especificó.
—Yo no tengo ni idea.
—Por eso estamos aquí.
Se quitó la chaqueta y remangó las mangas de la camiseta hasta el hombro para dejar al descubierto sus brazos largos y bien definidos. Botó el balón varias veces y tiró a canasta desde donde estábamos. Por supuesto, la pelota entró.
Yo no era de las que solían amilanarse ante los retos, por lo que también me desprendí de mi chaqueta, solo que la blusa que llevaba no me dejaba mucho margen de movimiento. Era transparente para dejar ver el top de encaje que llevaba debajo, pero no era elástica. Con los vaqueros, pese a ser ajustados, no veía problema y, por suerte, había acertado al ponerme las zapatillas Convers.
—Así no puedes jugar —evidenció. Desplazó la mirada por mi pecho y vi cómo su nuez subía y bajaba.
Se me ocurrió por un momento jugar solo con el top, al fin y al cabo, Oliver había confesado que no tenía intenciones sexuales conmigo. No aquella noche al menos.
—No te muevas. Ahora vuelvo.
Al quedarme sola, cogí el balón y lo boté un par de veces, incluso me atreví a lanzar. No llegué ni a rozar el aro.
—Toma, ponte esta. —Me tendió una camiseta de los Chicago Bulls con el número veintitrés y su apellido en la espalda.
—¿Es en este equipo en el que te gustaría jugar?
—Ahora mismo, cualquiera de la NBA me parecería buena opción. Pero, cuando sea profesional y pueda elegir, ya te lo diré. Dependerá de muchos factores que tome una decisión.
Sonreí y me acerqué al baúl en el que guardaba los balones para quitarme la blusa y ponerme encima su camiseta. Cuando me giré, ni siquiera disimuló que me había estado observando.
—El rojo te queda bien.
Avancé hacia él y, cuando ya casi estaba a punto de rozarlo, me detuve. Obvié lo bien que olía, el calor que emanaba y los latidos desbocados de mi corazón.

—A mí todo me queda bien. —Aproveché que sus ojos estaban fijos en los míos para golpear el balón y quitárselo.
Emocionada, me retiré hacia atrás. Oliver puso los brazos en jarras y levantó una ceja.
—Antes de empezar, vamos a establecer las reglas. Primera y principal: no puedes utilizar tus encantos para engatusarme.
—Pues no te dejes.
—Dos: evitaremos todo lo posible el contacto físico.
—No sé mucho de baloncesto, pero tenía entendido que era un deporte de contacto.
—Tres: el que llegue a veinte puntos gana.
—Muchos me parecen. Podrías proclamarte ganador ya.
—Cuatro: el que gane puede pedir al perdedor lo que quiera.
Aquello llamó mi atención.
—Vale, olvídate de lo que he dicho. Lucharé a muerte por vencer. Pero yo también tengo mis reglas.
—Dispara.
—Uno: no puedes lanzar cerca de la canasta.
—Lanzaré desde fuera de la zona y, como mucho, desde la línea de triple.
—Dos: mis puntos valdrán doble.
—Acepto.
—Tres: Si pido tiempo, pararemos.
—Me parece razonable.
—Vale, pues no se me ocurre nada más.
—Te has dejado por especificar los dobles, pasos, faltas personales…
—Cierto. Todo eso, a mi favor.
Oliver soltó una carcajada, dobló las rodillas e inclinó el cuerpo hacia delante con la típica postura defensiva.
—Empecemos.
Lo cierto es que yo no sabía ni por dónde comenzar, no obstante, boté el balón y me lancé hacia delante. Por supuesto, a él solo le bastaron un par de pasos y un movimiento de la mano para robarme la pelota.
—Tengo una nueva regla —objeté, mientras se dirigía al fondo de la pista.

—Sorpréndeme.
—No puedes pasar de esta línea.
—¿De la línea de triple?
—Sí. Si yo la rebaso, tú no puedes hacer nada.
—Es una licencia un poco *heavy*, pero, por ser tú, aceptaré.
Intenté adoptar su misma postura, Oliver se dirigió hacia mí y yo, de manera imprudente, me puse en su camino. Cuando creía que el impacto era inminente y que acabaría con mis huesos en el suelo, giró sobre sí mismo y lanzó. Baste decir que no erró.
Llegó mi turno y me abalancé hacia delante. Cuando ya estaba cerca, escondí el balón bajo la camiseta y corrí hacia la línea de la que él no debía pasar. Una vez dentro de la zona, y con mi poca habilidad, salté casi debajo de la canasta para conseguir que el balón entrase en el aro. No lo conseguí a la primera ni a la segunda, pero a la tercera sí. Mi euforia fue desmedida para el precario logro, pero al menos ahora íbamos empatados.
—Creo que todas las infracciones que se pueden cometer las has cumplido. Pasos, dobles, manejo…
—Falta no.
—Todavía hay tiempo.
Seguimos jugando y, pese a que Oliver se dejó más de una vez para que el partido no terminase tan pronto, acabó ganando por un amplio margen.
Agotada, me dejé caer en el suelo y me tumbé bocarriba sobre la pista. Tenía la respiración tan acelerada que yo misma me oía exhalar y me dolía la barriga de lo que me había reído. Sentí cómo se tumbaba a mi lado, a cierta distancia, sin rozarme. Sobre nosotros, las estrellas brillaban en el cielo despejado, y me pareció que aquella había sido una de las mejores noches de mi vida.
—Supongo que ahora querrás tu premio.
Me giré de lado y me apoyé sobre el codo para poder verlo. Cuando hizo lo mismo, quedamos demasiado cerca, pero ninguno de los dos se movió. Alargó la mano y retiró de mi cuello uno de los mechones que se me habían pegado del sudor. Al momento, la piel reaccionó a su contacto y todos mis sentidos se agudizaron solo para capturar cualquier gesto o actividad por su parte. Podría haber caído un

meteorito a mi lado y yo hubiese seguido mirándolo. Podría haberme acariciado de nuevo, rodearme el cuello con su mano y acercarme a su boca, besarme como si no hubiese un mañana, morderme los labios, bailar con mi lengua, succionarme el alma, que yo le hubiese dejado.
—Ven a mi próximo partido —pidió con voz ronca.
—¿Eso es lo que me pides?
Se limitó a asentir.
—No me gusta asistir, ya te lo dije.
—¿Por qué?
—Tuve una mala experiencia.
—¿En la cancha? ¿Qué pasó? ¿Te golpearon con el balón? ¿Te caíste delante todos? ¿Te hicieron salir en el descanso para bailar con las animadoras?
—Cualquier cosa de esas me habría parecido mejor.
Todo rastro de humor desapareció de su rostro.
—Cuéntamelo.
Suspiré y me limité a encogerme de hombros.
—Supongo que ya te habrán dicho que soy una zorra y que me acuesto con cualquiera.
—Nunca he hecho caso de las habladurías.
—Bueno, eso es un sí. Para resumir, te diré que cuando llegué a uno de los partidos, todo estaba lleno de pancartas con mi nombre, insultos y fotos mías enrollándome con el que yo creía que podría llegar a ser algo para mí. Eran algo nuestro, privado, pero pasó a ser de dominio público.
—¿Qué hiciste?
—Aguanté todo el partido sentada en las gradas hasta que finalizó y salí de allí con la cabeza bien alta. A partir de ese momento, no cesaron de llegarme insinuaciones y mensajes guarros que no tengo ganas de repetir.
—¿Quién fue? —Su tono de voz era enfadado, indignado incluso.
—Alguien que no vale la pena.
—¿Qué hicieron tus padres?
—Nada.
—¿Se enteraron?

—El director Moore llamó a mi madre para contarle lo ocurrido.
—¿Y?
—Me dijo que no tendría que haber permitido que me fotografiaran en un momento tan íntimo. Después de eso, no la puse al corriente sobre los insultos y las propuestas que seguí recibiendo todos los días. ¿Para qué?
Lo vi apretar la mandíbula porque el músculo se le marcó tanto que hasta le tembló.
—Tendrías que haberlo denunciado.
—Bueno, ahora ya no importa.
—A mí me importa. Te prometo que nadie volverá a hacerte daño delante de mí.
—No prometas cosas que no se puedan cumplir.
—Nunca lo hago.

Capítulo 11

Cuando no eres importante para nadie y aparece alguien dispuesto a matar dragones por ti, es difícil no ilusionarse.
Eve

OLIVER

El trayecto hasta casa de Eve se me hizo demasiado corto. Me hubiese gustado compartir más tiempo con ella, pero no debía.
Cuando bajó de la moto, no había luz en su casa, por lo que supuse que ya estarían todos durmiendo. Apagué el motor y esperé a que me devolviese el casco.
—¿Vendrás al partido?
—Supongo que te lo debo.
—Haré que valga la pena tu sacrificio.
Sonrió y se señaló mi camiseta.
—Cuando la lave, te la devolveré. —Se alejó sin más hacia la puerta de su casa.
—¡Eve! —Salté de la moto y llegué hasta ella—. Quédatela.
—No digas tonterías.
—Lo digo totalmente en serio.
Apreté los puños de las manos para no enmarcar con ellas su rostro y besarla como sabía que deseaba. No obstante, no pude resistirme a apoyar una mano en su cadera y acercarme hasta quedar peligrosamente cerca de sus labios.
—Gracias por esta noche —me limité a decir. La besé en la mejilla, demasiado cerca de la comisura de su boca, y respiré hondo para tener el valor suficiente de retirarme. Sin embargo, me llevé conmigo su aroma y grabado en mi piel el tacto de la suya.
Di la vuelta y me marché de allí lo más rápido que pude.

Dana Hills, 28 de septiembre de 2014

El árbitro avisó de que faltaban tres minutos para comenzar el partido y el equipo se reunió en torno al entrenador para atender a sus indicaciones. Las gradas estaban llenas de aficionados de los dos equipos, que gritaban y coreaban a sus favoritos. La marea azul que conformaban los seguidores de los Dolphins estaba situada a la izquierda, mientras que los Eagles habían ocupado el lado derecho, bien diferenciados los unos de los otros por la escalera central. Sin embargo, la persona a la que yo esperaba no había dado señales de aparecer.

—¿A quién buscas? —Jake me dio un codazo y me miró interrogante.

—Solo me fijaba en la cantidad de gente que ha acudido.

No creo que se lo tragase, pero al menos me dejó en paz. El entrenador sacó la pizarra y repitió las indicaciones que ya nos había dado en el vestuario. Lo tenía todo memorizado y levanté la mirada una vez más para ver si la encontraba.

—¡Grant! —me gritó el entrenador—. ¿Estamos en lo que estamos o no?

—Sí, señor —respondí con seriedad.

—Vale, pues vamos allá. —Puso una mano en mitad del círculo que conformábamos y todos nos unimos a él para gritar: «¡Un, dos, tres, Dolphins!».

En la primera mitad los Eagles nos pusieron en jaque, pero, después de dos jugadas de Adam y mía, terminamos con seis puntos de ventaja. Al sentarme en el banquillo, me sequé con la toalla, bebí y me volví hacia las gradas para ver si la encontraba. Cuando Adam se sentó a mi lado, vi la oportunidad que necesitaba.

—¿Ha venido Lauren a verte? —pregunté, como si aquella cuestión fuese un comentario cualquiera para entablar conversación.

—Seguro.

—¿La has visto?

—No suelo mirar al público porque me desconcentro demasiado, pero, si me dijo que vendría, estará ahí.

Sí, eso debería pensar yo también.

En la segunda mitad, los Eagles nos recortaron la distancia en apenas dos minutos y, después de diez, nos ganaban por doce puntos.
—¡Grant, a la cancha! —ladró el entrenador. Me dio las indicaciones que precisaba mientras me quitaba la camiseta de calentamiento y salí pitando hacia la pista.
Sabía que tenía que darlo todo de mí, y más jugando en casa, así que volqué mi desilusión y mi enfado en el partido. A dos minutos del final, ganábamos por siete puntos, pero, tras un error de Jake que provocó un triple del equipo contrario, seguido por un robo y otro triple, nos dejó a las puertas de perder. El entrenador pidió tiempo y, mientras nos indicaba los siguientes movimientos, las gradas de los Eagles se vinieron arriba con gritos y bocinas. Justo fue uno de esos sonidos estridentes lo que hizo que mirase en aquella dirección y la descubriese. Mientras yo la había buscado todo el tiempo entre los de nuestro instituto, Eve había estado infiltrada en el equipo contrario. Llevaba una gorra de color negro y su pelo rojizo recogido en un moño. No obstante, y pese a la distancia que nos separaba, no tuve dudas de que era ella. Sonreí como un imbécil y ella correspondió a mi gesto tocándose con dos dedos la gorra.
—¿Por qué estás tan contento? —Jake siguió la dirección de mi mirada y su rostro se tornó sombrío.
—Porque vamos a ganar —sentencié, y lo dejé en el banquillo.
En los últimos veinte segundos hice un triple, dos asistencias y, tras dos tiros libres, ganamos el partido. La euforia se desató en las gradas. Lo celebramos en la cancha hasta que el entrenador nos invitó a retirarnos a los vestuarios. Saqué el móvil de la bolsa y me apresuré a teclear un mensaje. Levanté la cabeza mientras caminaba para ver si lo había recibido, pero el trasiego de gente me impidió verla.

Salí de la ducha cuando apenas quedaba nadie, dos compañeros de equipo y Jake. Me tomaría mi tiempo para secarme y vestirme con la intención de, al finalizar, estar solo.

—¿Estás listo? —preguntó mi primo. Había venido con él, pero ahora mis planes eran otros.
—No, me he retrasado. Vete tú.
—Te espero. —El tono de voz de Jake fue demasiado serio, no había tenido un buen día y el entrenador se lo había hecho saber enumerando todos y cada uno de sus fallos.
Al pasar por su lado, le palmeé el hombro y negué con la cabeza.
—Vete y descansa. La semana que viene, más y mejor.
Me despedí de los jugadores que ya se marchaban y abrí la taquilla. Estaba convencido de que Jake se había marchado también hasta que lo escuché detrás de mí.
—¿Estás liado con ella?
Lo miré sobre el hombro, sorprendido.
—¿Con quién? —fingí que no sabía de quién me hablaba, a la vez que me pasaba la camiseta por la cabeza. Sabía que me había pillado mirándola, pero intenté disimular.
—¿Lo sabe tu familia?
Aquello me cabreó lo suficiente como para enviarlo a la mierda, pero me contuve. Tan solo me limité a mirarlo enfadado.
—No tengo cinco años, Jake —dije con cuidado—. Mis padres no pueden opinar sobre con quién me veo o me dejo de ver.
—A mi madre, la tuya no le dijo lo mismo.
—¿Qué problema tienes? —me harté.
—No puedes ir en serio con ella.
—Ni siquiera voy con ella.
—Pero te gustaría. —Jake negó con la cabeza y me miró torturado—. Entiendo que te atraiga. Joder, no conozco a ningún tío heterosexual al que no le vuelva loco. Pero eso es lo que ella quiere. Cuando te tiene comiendo de su mano y sabe que serías capaz de cualquier cosa por ella, te da la patada. Y entonces te enteras de que no eres el único con el que se estaba viendo.
—¿Eso es lo que te pasó a ti?
Por alguna extraña razón, me disgustó que Eve hubiese tenido algo que ver con él.
—Mira, yo solo te digo que no entres en su juego. Tíratela si es lo que quieres, pero luego pasa página.

—Gracias por tu consejo. Lo tendré en cuenta —dije, más que nada para que no siguiésemos con aquella conversación.
Nos quedamos mirando en un silencio incómodo hasta que Jake decidió marcharse y por fin me quedé solo.
Tal y como le había pedido en el mensaje, Eve me esperaba en la cancha. Se había quitado la gorra y estaba de espaldas a mí, con un balón en las manos al que miraba como si encerrase los secretos del mundo. Aproveché que todavía no había percibido mi presencia y me recreé en su precioso culo enfundado en unos pantalones vaqueros ajustados de color negro. Llevaba botines de tacón alto y una chaqueta de cuero que le daba un aspecto macarra a la vez que *sexy*.
—Si te pillan con esos zapatos sobre la pista, el entrenador se va a cabrear.
Se giró de inmediato al oír mi voz y me sonrió de tal forma que algo dentro de mi pecho se encogió.
—¿Y qué hará? ¿Me impedirá venir a más partidos?
—Es posible, pero entonces me tocará rogarle para que no lo haga.
—Llegué hasta ella y entonces levantó la cabeza para poder mirarme a los ojos.
—No creo que vuelva, así que no te preocupes.
—¿Tan malo ha sido?
Ella pareció meditarlo y, mientras, yo memoricé el lunar que tenía en la base del cuello y descubrí otro más abajo, entre el nacimiento de sus pechos.
—Ha sido como venir a ver una exhibición de Oliver Grant —dijo al fin.
—¿Y no te ha gustado lo que has visto?
—No pienso alabar tu, ya de por sí, ensalzado ego.
—Me tomaré eso como un sí.
De pronto, los focos de las gradas comenzaron a apagarse.
—Nos están echando —evidenció. Ante mi silencio, se movió nerviosa—. Bueno, deuda saldada. Nos vemos el lunes en clase.
Solo quedaba un foco en la pista, sobre la canasta, y no tardaría en apagarse. Entonces, tan solo quedarían encendidas las luces de emergencia.

—Si lanzo desde aquí y encesto, me acompañas a tomar algo.
Eve se giró y midió con su mirada la distancia que me separaba del aro. No esperé a que aceptase. Tomé la pelota de sus manos, enfoqué mi objetivo, preparé las piernas, los brazos y lancé. La luz se apagó antes de que ambos viésemos la bola entrar en el aro y nos quedamos a oscuras hasta que nuestros ojos se acostumbran a la tenue luz de color verde.
—Ha entrado —afirmé.
—Si tú lo dices…
—Joder, puedo lanzar ahora mismo, solo con las luces de emergencia, y volvería a encestar.
—No es necesario. Hubiese accedido sin necesidad de que lanzaras.

Capítulo 12

Cuando tu cabeza te dice una cosa, pero todas las células de tu cuerpo gritan otra, tienes que luchar por no dejarte llevar y hacer lo correcto. Pero, aunque sepa que no debo, aunque sepa que no puedo, soy incapaz de alejarme de ella. Porque, en el fondo, soy un egoísta que solo piensa en mí.

Oliver

EVE

Salimos del gimnasio y subimos en mi coche. Oliver parecía ocupar todo el espacio y consumir el oxígeno que necesitaba, por ello, bajé la ventanilla, puse la radio y me concentré en incorporarme a la circulación. Él, por el contrario, empezó a toquetear la rueda que sintonizaba las emisoras hasta que pareció encontrar una que ponía la música que le gustaba.

—No me creo que este cacharro todavía funcione.

—Oye —le reclamé—. Siempre puedes volverte a casa andando.

Sonrió y se recostó sobre el asiento.

—Me muero de hambre —confesó—. ¿A dónde me vas a llevar a cenar? Me apetece una hamburguesa con queso, *bacon*, huevo, salsa de mostaza y patatas.

—Algo ligerito por lo que veo —ironicé.

—He gastado muchas calorías hoy, me lo merezco. Pero, si te quedas más tranquila, pediré que me pongan también lechuga, tomate y cebolla.

—En el Ruby's estará todo el mundo —aventuré.

—Pasa de Ruby's.

—¿Comida rápida?

—Acepto.

Pedimos la cena en la ventanilla y, al recogerla, el olor inundó el coche y empecé a salivar. Oliver no tuvo tanta contención, por lo que

sacó una patata de la bolsa y comenzó a comer hasta que le sonó el móvil.
—Dime, mamá —contestó—. No, voy a cenar con los del equipo para celebrar la victoria.
No pude evitar mirarlo. No es que quisiese que le dijera a su madre que iba a cenar conmigo, ni siquiera me conocía ni tenía por qué de saber de mi existencia, pero tampoco me gustó que la mentira le saliese con tanta facilidad.
—Tienes razón. Lo siento. Tendría que haberte avisado antes. Lo tendré. —Colgó y se removió incómodo en el asiento—. Era mi madre —dijo al fin.
—Lo he supuesto cuando la has llamado mamá.
—Sabía que eras perspicaz —bromeó—. Tal vez tú también deberías llamar a casa para avisar de que no vas a cenar.
—Nadie estará pendiente de si voy a ir a cenar o no.
Aquello pareció llamar su atención cuando lo que yo quería era no hablar de ello.
—¿Por qué dices eso? ¿No hay nadie en tu casa?
—Supongo que estarán todos. Steve, Zack y mi madre, pero hace tiempo que nadie me controla. Así que puedo hacer lo que quiera.
—Es una ventaja —aseguró.
—A veces —puntualicé. Era cierto que tenía la libertad de disponer de mi tiempo como quisiese, pero en ocasiones echaba de menos que se preocuparan por mí.
No dijo nada, se limitó a mirarme como si fuese un jeroglífico difícil de descifrar y yo agradecí en silencio que no siguiéramos con la conversación. No me gustaba hablar de mi familia.

Hacía demasiado fresco para ir a la playa y sentarnos en la arena, por lo que conduje hacia el mirador que había al otro lado de la ciudad y desde el que se podía ver Laguna Beach iluminado. Un sábado por la noche, no tardaría en llenarse de coches, pero todavía era temprano. Aparqué alejada de los dos vehículos que había y esperé que nos pudiésemos marchar antes de que llegase alguien conocido.
—¿Qué es este sitio?

—Es uno de los miradores más famosos de Laguna Beach, pero solo para los que vivimos aquí; nos cuidamos mucho de que los turistas no lo descubran.
Oliver miró a nuestro alrededor y luego enfocó toda su atención en mí.
—Parece el típico sitio al que viene la gente a enrollarse.
—A veces, las cosas no son lo que parecen. —Metí la mano en la bolsa que sujetaba en su regazo y cogí mi hamburguesa de pollo.
Empezamos a comer en silencio, solo el lejano sonido de las olas al romper contra las rocas y los típicos sonidos de la noche nos acompañaban. En apenas dos bocados, Oliver terminó su hamburguesa y se dedicó a mirar cómo mordía yo la mía con tanta atención que se me quitó el hambre.
—¿Qué pasa? —pregunté, a la vez que me limpiaba las manos—. ¿Tengo la boca sucia?
Con el pulgar recogió de la comisura de mis labios un poco de salsa y llevó el dedo a su boca para chuparlo.
De nuevo, nos quedamos mirándonos sin nada de lo que hablar o tal vez fuese por miedo a decir, o hacer, algo de lo que nos pudiésemos arrepentir.
De pronto, empezamos a escuchar jadeos bastante explícitos y gemidos desesperados. Ambos giramos la cabeza en dirección al origen de los sonidos y vimos un coche rojo que había al otro lado de la explanada mecerse como si de un balancín se tratase. Nos volvimos a mirar, perplejos, y estallamos en carcajadas. Subí la ventana a toda prisa para que no nos escuchasen y Oliver todavía se rio con más ganas.
—No creo que nos oigan. Están demasiado ocupados —opinó.
—Nosotros los hemos oído a ellos.
—Porque no nos estamos enrollando. Si estuviésemos haciendo lo mismo, tampoco los oiríamos.
No necesitaba esa imagen en mi mente. No cuando me había descubierto más veces de las que me gustaría soñándolo despierta. Carraspeé y puse en marcha el coche.
—Se está haciendo tarde.

—Te has sonrojado, Zanahoria —sonrió—. ¿Te lo estabas imaginando?
—No tengo otra cosa en lo que pensar que en ti y en mí metiéndonos mano —respondí a la defensiva.
Su sonrisa se hizo todavía más amplia.
—No me refería a nosotros, sino a los del coche rojo. Pero me alegra saber que tú no.
Puse los ojos en blanco y maniobré para marcharnos cuanto antes. Decir que el trayecto se me hizo largo sería quedarme corta.
—¿Qué te imaginas que hacemos? ¿Cómo lo hacemos? Seguro que te gusta —insistió.
—¿Sabes lo que de verdad me gustaría?
—Dispara. Intentaré satisfacer todos tus deseos.
—Que te callases.
—Todos menos eso. Pídeme algo que quiera cumplir.
—Creía que el deseo era para mí, no para ti.
—Es para los dos. Si tú disfrutas, yo disfruto. Esa es la máxima en cualquier encuentro sexual.
—¡Yo no quiero acostarme contigo!
—No mienta, señorita —me señaló con fingida seriedad—, si no, no me habrías llevado al picadero ese.
Por fin, detuve el coche delante de su casa y tiré del freno de mano con brusquedad. Ni siquiera lo miré. Me mantuve con los ojos fijos en la carretera y los labios apretados.
—Supongo que este es el fin de nuestra cita —aceptó con pesar.
Ante la falta de respuesta por mi parte, se desabrochó el cinturón y salió del coche. Antes de cerrar la puerta, me llamó.
—Zanahoria.
—Lárgate.
—No te enfades conmigo. Estoy seguro de que yo lo deseo más que tú. —Cerró la puerta y se marchó antes de ver la sonrisa tonta que se me dibujó en los labios.

Capítulo 13

Vida solo hay una. Y ella me hacía desear vivirla con intensidad.
Oliver

EVE

10 de octubre de 2014

Llovía a mares cuando las chicas y yo entramos en la cafetería que había en el centro comercial Lumberyard. Aquel podría haber sido un puente memorable para las cuatro si Lauren no se fuese con su familia a Nevada, Violet no trabajase en el restaurante de sus padres y Naia no tuviese la seria intención de encerrarse en casa a estudiar para los próximos exámenes. No obstante, todavía habíamos podido escaparnos un rato para ir de compras antes de que la familia de Lauren pasase a por ella.
—No me creo que no te hayas comprado ese vestido —reclamó Violet a Naia—. Era perfecto.
—¿Para qué iba a hacerlo? Mis padres no me dejarían salir de casa con él.
Violet puso los ojos en blanco.
—Pues guárdalo en mi armario. No quedárselo ha sido un sacrilegio. ¿Así es como quieres ligar? No sales, no te pones ropa *sexy*…
—Bueno, si Naia ha decidido que no, pues es que no —intercedí para que Violet no siguiese presionándola.
—Si ese vestido solo consigue que se fijen en mis tetas, entonces no es el que estoy buscando —aseveró.
—¡Oh, vamos! Que le gustes a un tipo por tu físico y te enrolles con él no significa que le tengas que jurar amor eterno, ni él a ti tampoco.
—Yo no he dicho que tenga que casarme con él. Pero al menos me tendrá que gustar y yo gustarle a él tal y como soy —se defendió.

—Sigues siendo tú con el vestido o sin él —se obcecó Violet.
—¡Niñas, os habéis quedado sin helado! —exclamó Lauren—. Violet, deja a Naia en paz y que haga lo que considere que debe hacer.
—Yo solo quería ayudar.
—Pues ayúdame apoyándome —pidió Naia—. Ya discuto lo suficiente con mis padres, solo me falta que vosotras también me presionéis.
—Vale. Sí. De acuerdo. Tienes razón. Lo siento. —Violet abrazó a Naia—. ¿Me perdonas? —pidió con ojos de corderito.
—Si me invitas a un chocolate.
—¿Con nubes?
—Por supuesto.
Violet se levantó para ir a pedir y Lauren la acompañó. Al quedarnos a solas, miré con preocupación a Naia.
—¿Estás bien? Últimamente estás muy callada.
Mi amiga hundió los hombros y un destello de tristeza brilló en sus ojos.
—Tengo una sensación extraña. Es como si no encajase en ningún sitio o peor aún, como si fuese invisible.
—Eso es una tontería. Y lo sabes.
—No, Eve. No lo es. Lauren es perfecta en todo lo que hace, Violet es divertida, tú eres la tentación de todos los tíos y yo soy la sosa y aburrida de la que nadie se acuerda ni de su nombre.
—Eso no es cierto —me indigné.
—No te lo he dicho para que lo desmientas. Solo quería compartir contigo cómo me siento.
—Si digo que no es verdad, es porque lo pienso. Naia, eres preciosa, inteligente, cariñosa, comprensiva… No entiendo por qué tú no te ves como te vemos los demás.
—Yo tampoco lo sé, pero es como me siento. Tal vez irme a la universidad me venga bien. Cambiar de aires y alejarme un poco de casa. Sentirme menos encasillada.
—Irnos nos vendrá bien a todas —confirmé. La empujé con suavidad con el codo y apoyé la cabeza en su hombro—. Pero no vamos a desaprovechar este año por estar preocupándonos por el que viene.
Las demás llegaron a la mesa y repartieron las bebidas.

—¿De qué hablabais? —Violet se sentó junto a Naia y Lauren a mi lado.
—De aprovechar este curso antes de marcharnos a la universidad —expliqué.
—Eso me recuerda que Adam os ha invitado a su fiesta de Halloween. —Lauren sonrió emocionada—. Sus padres estarán fuera ese fin de semana y tendrá la casa para él solo.
—¿A quién piensa invitar? —se interesó Naia.
—A los chicos del equipo y a nosotras.
—¿A todos? —quise saber.
—Si lo que te interesa es si tu amiguito Oliver vendrá, puedes preguntárselo tú misma en una de las múltiples conversaciones que mantenéis en clase —sugirió Lauren con picardía.
—O fuera de ella —intercedió Violet—. Corre el rumor de que lo vieron subir a tu coche después del último partido.
No quise, pero estaba segura de que mis mejillas se colorearon por la sorpresa de haber sido descubiertos.
—Solo lo llevé a casa —admití.
—Eso está genial —aceptó Violet—. Pero aquí la cuestión es: ¡¿qué hacías tú en el partido?! Hasta donde yo sé, prometiste no ir más.
Tres pares de ojos me miraban a la espera de una explicación que yo no me encontraba cómoda para dar. ¿Qué iba a decir? ¿Que había perdí una apuesta después de aceptar ir a cenar con él y de que me llevara a su casa a jugar al baloncesto? Bueno, al fin y al cabo, eran mis amigas. Más valía una verdad a medias que una mentira.
—Perdí una apuesta con él y por eso fui. Luego me pidió que lo acercase a casa y ya está.
—¿Y ya está? —Lauren levantó una de sus perfectas cejas—. Te gusta. Y tú le gustas a él.
No quise que el corazón se me acelerase ni que la emoción burbujease por todo mi cuerpo, haciéndome sentir capaz de conseguir cualquier cosa. No quise, pero lo sentí.
—Eve —llamó Naia mi atención—. No hay nada de malo en que te guste Oliver.
—Le estáis dando mucha más importancia de la que tiene. De verdad, si hubiese algo más, os lo contaría.

—Más te vale —apuntó Violet.

El sábado por la mañana seguía lloviendo a mares, por lo que nos avisaron para que no fuésemos a nuestra cita habitual del programa de playas. Mi madre y Steve habían salido a comprar y Zack se mostraba especialmente nervioso. Todos los sábados por la mañana solía ir al parque y aunque le habíamos anticipado en su horario que en esta ocasión no sería posible salir, estaba inquieto y ni siquiera los juegos de construcciones lograban calmarlo.

Me senté frente a él en el suelo y cogí una de las piezas de madera que había a un lado. Empecé a hacer una torre en silencio para intentar distraerlo, sin embargo, se molestó y de un manotazo las envió todas al suelo.

—Vale, de acuerdo —suspiré—. Nada de construcciones hoy.

Zack miró de nuevo hacia la ventana y yo sentí la necesidad de salir a la calle con él. No pasaba nada si llovía; hasta donde yo sabía, los niños no se encogían por la lluvia ni se desteñían.

Fui hasta el armario de la entrada y saqué el chubasquero de color azul de Zack, las botas de agua a conjunto y un paraguas para mí. Envié un mensaje a mi madre para que cuando llegasen no se preocuparan y salimos a la calle.

El parque al que solía ir Zack estaba cerca de su colegio y era uno de sus preferidos, pero teníamos que ir con coche y más con el aguacero que caía. Lo senté atrás, le abroché el cinturón y conduje hasta que pude aparcar cerca de la zona de juegos. No había nadie, como era de esperar, y no era algo que a mi hermano le importase. No solía interactuar con otros niños a menos que le interesase algo de lo que hacían u obtener el objeto con el que estuviesen jugando.

Me mantuve cerca de Zack mientras le daba vueltas a una rueda durante la primera media hora. Podía pasarse mucho tiempo viendo girar las cosas; era algo que parecía fascinarle y, a la vez, causarle algún tipo de impulso para continuar haciéndolo. Algunas veces, debíamos intervenir para ofrecerle alternativas y evitar que estuviese tanto tiempo concentrado en una misma cosa. Lo llevé hasta una construcción de madera con dos torres conectadas mediante una pasarela, pero tiró de mi mano hacia atrás.

—No —dijo con total convicción.
Pude leer el temor en sus ojos y entendí que nunca había subido. Me agaché para estar a su altura y llamar así su atención.
—Subiré contigo.
Zack negó con la cabeza y corrió hacia la rueda de nuevo. Suspiré y decidí subir yo para que me viese y entendiera que no había ningún peligro, pero un mensaje me detuvo.
«Me aburro».
Sonreí como una idiota cuando leí su nombre y tecleé.
«¡Qué afortunado! Yo no tengo tiempo para eso».
«¿Dónde estás?».
«Empapándome».
«Eso ha sonado demasiado sugerente».
«En tu mente calenturienta». Me hice una foto en la que se me veía con el pelo empapado y se la envié.
«¿Qué haces en un parque con la que cae?».
«Tenía que salir de casa».
«Dime dónde estás y voy».
Levanté la mirada, asustada; me había distraído hablando con Oliver y hacía ya un rato que no estaba pendiente de Zack. Por suerte, seguía en el mismo sitio.
«Es mejor que no. No estoy sola».
Tardó un rato en contestar y, cuando por fin lo hizo, fue con un escueto «OK».

Capítulo 14

Lo peligroso de las ilusiones es que anidan rápido y se extienden sin control, como las raíces, en lo más profundo.
Eve

OLIVER

Entré en el *pub* y busqué con la mirada a Adam. Había aceptado su propuesta de salir a tomar algo después de haber pasado un día con un humor de perros. Estaba claro que el hecho de no estar activo me agriaba el carácter. Aquella mañana no había ido a la playa y tampoco teníamos partido el fin de semana. Demasiado tiempo ocioso y para pensar.
Adam levantó la mano y yo le correspondí. Antes de ir a su encuentro, pedí en la barra una tónica y me senté con ellos.
—Joder, espero que no tengas que conducir esta noche —ironizó Jake. Llevaba una cerveza en la mano y la hizo chocar con mi agua.
—Pues yo espero que sí, porque si no, a mi padre no le hará gracia que deje su coche aquí.
Adam ser rio y desvió la mirada hacia la puerta, como si esperase a alguien. Entonces me fijé en que había dos sillas vacías más.
—¿Falta gente por venir?
—He avisado a Eve y a Naia por si querían venir —explicó.
—Una idea cojonuda —masculló Jake. Le dio otro trago a la cerveza, esta vez más largo, y desvió la mirada.
—¿Y vendrán?
—No lo sé. Naia no aparecerá sin Eve, eso lo sé seguro. Y con Eve nunca se sabe.
Desde luego, con la última afirmación estaba más que conforme.
—Tal vez tenga otros planes —sugerí.
—¿Por qué lo dices? —Adam me miró con curiosidad.

—Porque ha hablado con ella —aseguró Jake—. No me miréis así. No tengo ninguna prueba, pero tampoco ningún tipo de duda.
Me negué a reconocer que había chateado con ella. No tenía por qué dar explicaciones, sin embargo, yo sí las necesitaba. No paraba de pensar con quién estaba esa mañana y por qué no quería que yo fuese.
—Bueno, lo que está claro es que pronto saldremos de dudas. —Adam señaló con la cabeza hacia la puerta y nos giramos para ver entrar a las chicas.
Fui consciente del momento exacto en el que nuestros ojos se encontraron. Tal vez porque entre nosotros existía una conexión especial. Sin embargo, daba igual lo que hubiese o dejase de haber; no podía existir nada que no fuese meramente superficial si no quería complicarme la vida.
Adam se levantó y se acercó hasta ellas, parecía estar convenciéndolas para que se sentasen a nuestra mesa.
—Estoy seguro de que no le ha dicho que yo también vendría y no quiere sentarse conmigo —explicó Jake con resentimiento.
—¿Qué le hiciste para que ella no te quiera ni ver?
—¡¿Qué me hizo ella a mí?! —se ofuscó—. Pero da igual lo que te diga, porque tú ya estás cegado. Cuando te quieras dar cuenta, no harás otra cosa que querer estar con ella y te conformarás con una mirada con tal de que te preste algo de atención.
Adam pareció convencerlas, porque al fin se dirigieron hacia nosotros.
—Hola, Eve —la saludó Jake con una sonrisa falsa—. Amiga de Eve.
—Naia, me llamo Naia —masculló.
—Capullo —lo insultó Eve, antes de sentarse a mi lado.
Yo me quedé callado, sin saber qué decir. Lo cierto era que las palabras de Jake me habían dejado tocado porque, me gustase la idea o no, había estado buscando su compañía casi desde el momento en el que nos conocimos.
—Bueno, supongo que Lauren os habrá hablado de la fiesta de Halloween que celebraré en mi casa —dijo Adam para cambiar de tema.

Empezaron a hablar de los planes de la fiesta y yo seguí medio ausente hasta que me levanté para pedir algo para beber. Ya en la barra, me di cuenta de que Eve me había seguido cuando me golpeó con suavidad el brazo con el suyo. Tenía una sonrisa preciosa en los labios y yo, unas ganas locas de besárselos.
—¿Te has aburrido mucho hoy?
—Está claro que menos que tú.
El tono de mi voz hizo que poco a poco su rostro demudara.
—¿Pasa algo?
—Nada. ¿Por qué lo preguntas?
—Te noto serio.
—Bueno, hay días mejores y días peores.
—Sí. Supongo.
Aunque yo había llegado a la barra antes, el camarero se dirigió a ella primero. Estaba claro que el vestido rojo que llevaba, corto y con el escote bastante pronunciado, hacía que todavía llamase más la atención. Pidió dos cervezas y me señaló para que ordenara yo también. Estuvimos en silencio hasta que nos sirvieron y me giré para encaminarme hacia la mesa.
—¿Qué te pasa conmigo? —Eve me sujetó por el brazo y nos obligó a detenernos. Sabía que teníamos la atención de nuestros amigos y no quería ser parte de su entretenimiento.
—No todo gira en torno a ti.
Eve me soltó y yo lamenté casi al momento haber sido tan gilipollas.
—Por supuesto que no —replicó, ofendida—. Ni de ti.
Pasó por delante de mí y se sentó. No volvió a dirigirme la palabra ni a mirarme ni una sola vez, y aquello todavía me hizo sentirme más miserable. No tenía derecho a comportarme así con ella. No había hecho nada para fastidiarme. Cómo me sentía con respecto a ella era problema mío, no suyo. Por eso, cuando llegó la hora de marcharse, me vi en la obligación de disculparme. Salimos del local, y el viento fresco y húmedo del mar calaba hasta los huesos. Jake iba bastante bebido, así que nos ofrecimos a acompañar a Adam a su coche para que lo pudiese llevar a casa. Una vez acomodado en el asiento de atrás, Adam se dirigió a Eve.
—¿Has venido con tu coche?

—Sí, ¿por qué lo dices?
—Mi padre me matará si este inconsciente vomita en su adorado Chrysler.
—No soy la persona más indicada para aguantar a Jake.
—Lo sé, pero tal vez lo harías por mí —insistió Adam para infundirle pena.
Entrecerré los ojos y miré a Eve.
—Puedo ir yo contigo si luego me llevas a casa —ofreció Naia a Adam.
Adam nos miró de hito en hito y al final accedió. Cuando se marcharon, me giré para hablar con ella, pero ya se dirigía hacia su camioneta.
—Eve.
Por supuesto, no se dio la vuelta. Así que aceleré el paso hasta llegar junto a la puerta del vehículo y me interpuse en su camino.
—Lo siento.
—De acuerdo.
—Me he comportado como un imbécil.
—De nuevo, estamos de acuerdo.
Sin embargo, su hostilidad no desaparecía y yo necesitaba que volviese a mirarme como antes, que compartiésemos pullas y flotase esa atracción que era incontrolable. Aquello me hizo comprender que, por muy egoísta e inconveniente que fuese, no quería perderme nada de lo que pudiese suceder entre nosotros.
—Estoy celoso —admití.
Aquello pareció llamar su atención. Se giró despacio, abrió los ojos con sorpresa y pestañeó varias veces, incrédula.
—¿Por qué? —susurró.
—Porque me gustas. Porque pienso más veces en ti de lo que debería y busco maneras de estar contigo, joder hasta me gusta discutir contigo. Y esta mañana, cuando te he llamado y me has dicho que no fuera porque no estabas sola… Lo siento. Sé que no tengo derecho y que esto no me justifica, pero te he imaginado quedando con otro tío y los celos se han extendido como el veneno. Ha sido un día de mierda y lo he pagado contigo cuando soy yo el que tiene que lidiar con…

No me dejó terminar, tiró de mi camiseta para tenerme a su alcance y me besó. Y, joder, ese beso fue el principio, y mi final.

Capítulo 15

Yo quería que lo que teníamos fuera solo nuestro. Así de imposible. Así de egoísta era.

Oliver

EVE

Hacía mucho tiempo que no me movía por impulsos. Estaba acostumbrada a no dejarme llevar porque no pensar complicaba demasiado las cosas. Sin embargo, en aquella ocasión, dejé que mis ganas de sentirlo se adueñasen de la razón.

No tardó en rodearme la cintura con sus brazos y en intensificar el beso. Puede que la iniciativa la tomase yo, pero ahora él tenía el control. Dominó mis labios, conquistó mi lengua y me hizo ascender a las nubes como si me hubiese vuelto etérea. Mientras subía una mano por mi espalda para sujetarme la nuca y mantenerme donde él quería, con la otra me apretaba con tanta fuerza la cintura que temí que fuéramos a fundirnos. Era excitante sentirlo contra mi cuerpo, dejarme invadir por su calor, por la forma de sus músculos y la desesperación de sus besos. Como también era cautivador tener la sensación de que lo que había entre nosotros era incontrolable. Jadeé y lo apreté por la espalda más a mí, porque ni toda aquella intensidad parecía suficiente. Sin embargo, todo terminó de manera tan abrupta como había empezado. Oliver dio un paso atrás y me miró tan torturado y arrepentido que fue como si un cubo de agua fría me cayese encima.

—Lo siento. No debí —jadeó, nervioso. Se pasó la mano por el pelo, con una mezcla de desesperación y vergüenza.

—En todo caso, tendría que disculparme yo —susurré, confusa—. He sido la que ha tomado la iniciativa.

Me abracé la cintura para intentar mantener el calor que abandonaba mi cuerpo.

—Pero yo… Joder, he sido incapaz de controlarme.
—Bueno, eso sería cuestionable. Al fin y al cabo, tú has sido el que ha decidido parar.
—Esto lo complicaría todo demasiado —siguió hablando, ofuscado. Como si no me hubiese escuchado.
—No lo dudo.
—No podemos. No es buena idea.
—De acuerdo —acepté, decepcionada.
—Ha sido un error.
Intenté disimular el rechazo con mi habitual fachada de chica dura, pero, por dentro, me sentí herida y vulnerable.
—No te preocupes. No volverá a suceder. —Me di la vuelta, subí al coche y cerré la puerta sin mirarlo.
Seguía allí de pie, mirándome mientras salía del aparcamiento. Lo sabía, lo sentía como si fuera una caricia en mi piel. Aceleré y lo dejé atrás mientras los ojos se me nublaban de lágrimas.

Capítulo 16

Me dolía tanto la barriga por las dichosas mariposas que Oliver depositó allí con sus palabras y con el maldito beso que me planteé vomitar hasta que no quedase ni una que me hiciese albergar una mínima ilusión.

Eve

OLIVER

Llegué a casa de peor humor que cuando me marché y no podía culpar a nadie más que a mí mismo por mi falta de autocontrol.

Esperaba que mis padres estuviesen dormidos, por eso fue una sorpresa encontrar a mi madre sentada en el sillón del salón con el móvil en las manos y un paquete de pañuelos al lado.

Preocupado, me acuclillé junto a ella.

—¿Mamá? ¿Qué sucede? ¿Es papá? —Sentí pavor ante la posibilidad de que mi padre estuviese herido. Nos habíamos marchado de Chicago para evitar que corriese peligro, no sería justo que ahora le hubiera sucedido algo.

—No —murmuró. Tenía los ojos rojos y las mejillas arreboladas—. Ha llamado Michael.

Algo grave y muy malo había sucedido para que el padre de John y Mia llamase a esas horas.

—¿Qué ha pasado? —Tuve un mal presentimiento.

—Annie ha tenido un accidente con el coche y está en coma —sollozó.

Me dejé caer en el suelo. Me costó varios segundos poder articular palabra o moverme, pero, una vez lo conseguí, no paraban de acudir preguntas a mi mente.

—¿Cómo ha sucedido? ¿Se pondrá bien? ¿Iba sola?

—Michel dice que ha sido un choque frontal. No lo sé. No sé si saldrá de esta porque tiene lesiones muy graves. Iba a buscar a

John y a Mia a una fiesta cuando sucedió. Todavía no estaban con ella. Dios mío, hubiese sido terrible.
No me podía ni imaginar cómo estaría John… y Mia. Saqué el móvil del bolsillo para llamarlo y descubrí que tenía varias llamadas de mi amigo y un mensaje de Mia.
«Oliver, te necesito más que nunca».

Capítulo 17

A veces, el deber es más fuerte que los sentimientos.
Oliver

EVE

Durante las dos siguientes semanas me limité a saludarlo cuando no quedaba más opción, pero no compartimos bromas ni nos metimos el uno con el otro ni tampoco fuimos juntos al programa de playas. Afortunadamente, Oliver había tenido partido fuera de Laguna Beach, por lo que fui sola a pasear por la arena y recoger la basura que encontraba. La soledad podía ser devastadora, pero también daba paz y proporcionaba tiempo para reflexionar y poner las cosas en su sitio.

Debo confesar que no me costó mantener las distancias con él, puesto que Oliver no hizo ningún intento en todos esos días por hablar conmigo. Tan solo me comunicó por medio de mensajes breves al móvil que tenía partido y no podría venir a la playa. Tenía la sensación de que me evitaba. No, más que una sensación era una certeza. Cuando nuestras miradas coincidían, giraba la cabeza y si podía, tomaba otro camino.

El día de la fiesta de Halloween en casa de Adam, cogí mi disfraz y me fui a casa de Lauren a arreglarme. Habíamos quedado todas allí para ir juntas y yo lo preferí. No tenía demasiadas ganas de salir, pero tampoco quería seguir autoflagelándome al sentirme poco más que una acosadora después del rechazo de Oliver.

A la hora prevista, salimos hacia la fiesta. Lauren vestía un disfraz de vampiresa; Violet iba de Morticia Adams; Naia, de bruja; y yo, de Carrie, con un vestido de satén de color rosa claro manchado de sangre, una corona brillante y una banda de reina del baile.

—Si ahora vas así, cuando sea el baile de fin de curso y te corones reina, ¿qué te vas a poner? —se burló Violet.

—No me interesa el título —aseguré.
—Todas sabemos que la reina del baile será Ashley —aclaró Lauren —. No ha habido un solo año en el que una de las animadoras no se haya hecho con el título.
—Cómo no… —Naia se sentó junto a mí en el coche y conduje hasta casa de Adam.
Si el novio de mi amiga quería que la fiesta fuese íntima, había fracasado. Un montón de coches se agolpaban en la entrada, había gente tirada en el césped del jardín delantero porque no podían entrar, por las ventanas se divisaba un tumulto de gente difícil de ignorar y desde fuera resonaban los bajos de los amplificadores.
Aparqué un par de calles más arriba y bajamos andando. Sorteamos a la muchedumbre y seguimos a Lauren para dar la vuelta a la propiedad y acceder por la puerta del jardín.
En la casa no cabía ni un alfiler. La bebida corría como la pólvora, la música sonaba a todo trapo y costaba encontrar un rostro conocido entre tanta máscara y disfraz.
—Será mejor que vaya a buscar a Adam.
Lauren desapareció entre la multitud. Violet fue a por bebidas y Naia y yo nos acercamos a una mesa para coger algunas golosinas.
—Hasta disfrazada y sucia de sangre estás buena.
Jake, vestido con una capa negra, una guadaña y maquillado de la muerte, se posicionó a mi lado. Vi a Naia poner los ojos en blanco y girarse, incómoda, para mirar a otro lado.
—Tú, sin embargo, tienes tanto atractivo como tu disfraz —objeté.
—Si no existiese la muerte, no apreciaríamos la vida.
—Es la cosa con más sentido que has dicho desde que te conozco.
—A lo mejor no me conoces tan bien como crees —dijo con más seriedad.
—He visto lo suficiente para no querer saber más.
Aquello pareció dolerle, porque lo vi apretar la mandíbula y entrecerrar los ojos.
—Deberías ser más considerada ahora que sabes lo que se siente al ser rechazada.
Aquello llamó mi atención y no pude disimular mi interés.

—¡Uy! Pareces sorprendida. Tal vez no esperabas que se hiciesen públicas las calabazas que te dio Oliver, pero siento ser portador de malas noticias. Lo sabe todo el mundo.
De pronto, el sonido de la música se fue ensordeciendo por culpa del zumbido en mis oídos. No me importaba que la gente supiese que Oliver no quería nada conmigo; no había hecho nada malo al querer besarlo después de que me dijese que le gustaba. Lo que en verdad me había herido era darme cuenta de que no podía confiar en él.
Me mantuve impertérrita mientras Jake me estudiaba, atento a mi reacción. Inspiré hondo y lo miré como si fuese un insecto insignificante.
—Y, aun así, pese a saber que me interesa otro, aquí estás. Suplicando que te preste un poco de atención.
Jake afiló su mirada al tiempo que aplastaba con la mano la lata vacía de cerveza que llevaba.
—Para Oliver no eres más que un pasatiempo. Sabía de tu fama de facilona y se entretuvo contigo. Lo tuvo claro desde el mismo momento en el que te conoció en la playa y apostamos a que no te resistirías a él.
No quise, me hubiese gustado controlarlo, pero no pude evitar que cada una de esas frases se me clavasen como puñales.
—Jake, ¿por qué no te pierdes un rato? —intercedió Naia.
Él la miró como si acabase de descubrir que estaba ahí.
—¿Nala, Lia… cómo era tu nombre? Nunca me acuerdo.
—Naia.
—Uf, no hay manera de que me quede ni con tu nombre ni con tu cara.
—Pues deberías —respondió a la defensiva. Tenía las mejillas coloradas y echaba fuego por los ojos—. Porque la próxima vez que te emborraches y tu amigo no quiera que le vomites el coche, te sujetará tu madre.
Naia me cogió de la mano y tiró de mí. En el salón la música todavía sonaba más fuerte y el ambiente estaba cargado de humo. Fuimos hacia la cocina y nos servimos un cóctel de uno de los recipientes de cristal que había sobre la mesa. Bebí para ver si el nudo que tenía

en la garganta bajaba, pero sabía que, por mucho que bebiese, no se trataba de un malestar físico que pudiese aliviar.
—No hagas caso de lo que te ha dicho Jake.
—¿Por qué? Es la verdad. Besé a Oliver y él me rechazó. Desde entonces ni siquiera me mira.
—Las chicas y yo comentamos que os pasaba algo poque no os comportabais como hacíais siempre, pero esperaba que encontrases el momento para hablar con nosotras y contárnoslo.
—Al parecer, erais las únicas que no lo sabíais.
—Eso es lo que no me termina de cuadrar. Si Adam lo supiese, se lo habría contado a Lauren, y ella a nosotras.
—No quiero seguir dándole vueltas. —«Ni seguir pensando en él»—. Hemos venido a una fiesta, y a las fiestas se viene a divertirse. Así que vamos a aprovecharla.
—De todos modos, si me necesitas, estaré a tu lado para escucharte. Siempre.
Problem, de Ariana Grande, comenzó a sonar y salimos a bailar al centro del salón. Canté, salté y grité para desahogarme, porque lo necesitaba y porque en mi vida ya había pasado por situaciones mucho más jodidas que esa como para dejar que me afectase. Cuando acabó la canción, la siguió otra, y otra más, mientras yo me movía por la pista y bailaba con Tyler, Sam y cualquiera que me hiciese reír y olvidar. Violet había cambiado mi vaso vacío por otro unas cuántas veces y empezaba a notar un ligero mareo por el alcohol. Me detuve para tomar aire cuando Ethan, un jugador del equipo de fútbol, se puso demasiado pesado y me vi obligada a empujarlo y amenazarlo con patearle los huevos si no me dejaba en paz. Y entonces lo descubrí. Era tan alto que su cabeza sobresalía por encima de las demás. En una esquina, disfrazado de demonio, con un traje de chaqueta negro, un bastón y una diadema con cuernos, me observaba con seriedad. Tenía los ojos fijos en mí, con tal intensidad que me quemó la piel. Parecía no prestar atención a las chicas que lo rodeaban e intentaban captar su interés, como si solo existiese yo en aquel salón atiborrado de gente. Me giré rápido para no mirarlo y para evitar que me siguiese contemplando. Trastabillé un poco por la brusquedad del movimiento, pero me

recompuse como pude y salí al jardín. Anduve hacia una de las hamacas que había en la piscina y me dejé caer en ella. Agradecí que el viento húmedo de principios de noviembre me templara la piel, perlada de sudor. Inspiré hondo y apoyé la espalda para relajarme. Me pesaba la cabeza por la dichosa corona, así que, con torpeza, me la quité y dejé que se me escapasen mechones por todas partes. Me daba igual el aspecto que pudiese tener, al fin y al cabo, dentro de nada la fiesta se saldría de control y todo el mundo iría tan ciego que la esencia de los disfraces se habría perdido.
—Hace demasiado frío para que estés aquí fuera con ese vestido y sin chaqueta.
Levanté la mirada con el corazón a punto de salírseme del pecho y vi a Oliver junto a mí.
—Largo. —Gesticulé con la mano.
Se giró para mirar hacia la casa, dubitativo, pero, en lugar de marcharse, se sentó en la hamaca que había junto a la mía. Apoyó los codos en las rodillas y me miró torturado.
—Siento lo que pasó el otro día.
—Quedó claro.
—No me refiero al beso, sino a cómo lo gestioné.
—También me quedó claro que no eres un hacha en cuanto a diplomacia se refiere.
—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad?
—¿Más? —pregunté, dolida—. Vale, de acuerdo. —Me incorporé y empecé a bajar los tirantes del vestido.
Oliver se apresuró a detenerme las manos.
—¿Qué cojones haces?
—¿No era eso lo que apostaste con los del equipo? ¿Que te acostarías conmigo?
—Jamás acepté esa estúpida apuesta —replicó, enfadado.
—¿Qué quieres, Oliver?
—Que te desnudes ahora desde luego que no.
—Has pasado de mí estas dos semanas y ahora te sientas ahí, tan tranquilo, como si pidiendo disculpas yo pudiese apretar un botón y borrar todo lo que dijiste. Pues no. La vida no funciona así. *Yo* no funciono así.

—No te pido que lo olvides, solo que empecemos de nuevo. Que me des la oportunidad de arreglarlo.
Me alejé hacia la piscina y me rodeé la cintura con los brazos. Ya no agradecía el frío y la humedad que acariciaba mi piel, al contrario, me hacía sentir débil y vulnerable.
—¿Cómo?
—Lo primero es que tengas claro que yo deseaba besarte tanto o más que tú a mí.
No pude evitar soltar una carcajada sarcástica.
—No ha sido eso lo que me ha dicho Jake hace un momento.
Se puso a mi lado y me sujetó el brazo. Entrecerró los ojos y me miró con suspicacia.
—¿Qué tiene que ver Jake en esto?
—Eso pensé yo, que no pintaba nada, pero, al parecer, le has contado que me rechazaste y que no me has llevado a la cama porque no has querido. —Me solté e intenté pasar por su lado, pero Oliver se interpuso en mi camino.
—No sé de qué estás hablando.
—Hablo de que eres como todos los demás, que crees que soy algo superficial que conseguir. Un trofeo que ganar para poner en tu estantería y luego olvidarlo.
—¡Eso no es cierto, joder! Yo nunca te he tratado así.
—Mientes. Te escuché decir que no soy el tipo de chica que te gusta.
—No tengo por qué dar explicaciones a nadie sobre mis gustos.
—Tampoco te las estoy pidiendo.
Se mesó los cabellos y apoyó las manos en la cadera.
—¡Maldita sea! No me refiero a ti.
—Sí, claro. Dime algo bonito —repliqué con ironía. Intenté rodearlo, pero se puso de nuevo en mi camino.
—Me refiero a esos tíos de ahí. —Señaló con la cabeza—. Siempre me ha gustado mantener mi vida personal al margen, y es lo que he intentado hacer desde que he llegado aquí. No quiero que nadie esté pendiente de lo que hago o lo que digo. Y sí, me equivoqué al decir que no me gustabas, porque es evidente que no es cierto. Me vuelves loco y no paro de pensar en ti. Eres como una maldita

droga. Sé que tengo que mantenerme alejado, pero no puedo hacerlo.
—Entonces, permíteme que te facilite las cosas y déjame pasar.
—No puedo, joder.
Apoyó las manos en mi cintura y me atrajo despacio hacia él, juntó su frente con la mía y cerró los ojos.
—Dame un poco de tiempo —susurró.
—¿Para qué? —Notaba el dichoso nudo en la garganta otra vez y me escocían los ojos.
—Confía en mí. Por favor —suplicó. Acarició mis labios con los suyos como si yo fuese una flor delicada a la que un simple roce podía hacerle perder los pétalos.
De pronto, oímos unos pasos apresurados seguido de un chapuzón. Nos apartamos como si estuviésemos haciendo algo ilegal mientras el agua comenzaba a llenarse de gente. Me miró una vez más, agachó la cabeza y se marchó.

Capítulo 18

¿Cuánto tiempo hay que esperar a que alguien se enamore de ti?
Eve

OLIVER

Encontré a Jake enrollándose con una chica en una esquina del salón. En otras circunstancias, eso me habría detenido, pero estaba tan cabreado que no tuve reparos en interrumpirlo y apartarlo.
—En un momento te lo devuelvo —le aseguré a la rubia.
—¿A ti qué cojones te pasa? —protestó Jake mientras me lo llevaba a una habitación que, al entrar, supuse que sería el despacho de los padres de Adam.
Había otra pareja metiéndose mano en una esquina que, al vernos discutir, abandonó la estancia.
—Eso es lo que yo me pregunto. ¿Qué mierda te pasa? ¿Quién demonios te ha dicho que yo rechacé a Eve?
—Ah. Así que se trata de eso.
Deseé con todas mis fuerzas borrarle de un puñetazo la sonrisa de suficiencia que lució.
—Estoy esperando una explicación.
—¿No es cierto?
—No tienes ni puta idea de lo que pasó.
—Pues yo creo que sí. Quieres, pero no puedes. Te gusta, pero no te conviene, así que le diste calabazas. Pero no soy imbécil. He visto cómo la miras, no has dejado de observarla durante toda la noche. Sé que acabarás cayendo. Como todos. Y que lo lamentarás.
—Dime una cosa: si no se tratase de Eve, ¿me estarías dando este consejo?
Apretó la mandíbula y los puños.
—Me lo imaginaba —evidencié—. Lo que yo haga o deje de hacer con ella es problema mío y de Eve, no tuyo. Vive tu vida y, Jake,

hazte un favor: pasa página de una puta vez.
Sé que aquello lo cabreó porque lo vi en sus ojos, en el rictus serio de su boca y en la tensión de sus músculos.
—Que te jodan. —Me empujó y se marchó.

Encontré a Adam en una esquina del jardín. Tenía la mirada perdida y cara de pocos amigos.
—Tenemos que hablar.
Adam asintió, cauteloso, sin dejar de mirar algún punto de la piscina.
—Cuando el otro día después del entrenamiento me preguntaste qué me sucedía, me sinceré contigo. Necesitaba hablar con alguien y confié en ti, sin embargo, es evidente que fue un error.
—¿Por qué me dices esto?
—Porque Jake sabe lo que hablamos y se lo ha dicho a Eve. ¿Cómo puede saberlo?
Adam apuró la cerveza y, por fin, enfrentó mi mirada.
—No pensé que fuese algo tan importante. Lo lamento si te he defraudado.
—¿Por qué? Quiero saber por qué se lo dijiste a Jake.
Adam suspiró y se pasó la mano por el cuello.
—Jake está enamorado de Eve desde hace años y, cuando por fin consiguió que se fijara en él, la jodió. Ha intentado enmerdarlo durante mucho tiempo y no acepta que ya pasó su oportunidad. Se lo conté para ver si entendía de una vez que se acabó, que Eve estaba interesada en ti.
—Ese es su jodido problema, no el mío ni el de Eve.
—Tienes razón, pero Jake también es mi amigo y me jode verlo así.
—Vale, eso me deja claras tus prioridades.
—No he querido fastidiarte.
—Pues lo has hecho.
—Vale. Oye, Oliver, ya te he pedido disculpas. No puedo deshacer lo que he hecho, así que nos queda pasar página y que no se repita o dejar que este error nos distancie. Tú eliges.
—Te aseguro que no se repetirá.
Adam miró de nuevo hacia la piscina y yo seguí su mirada. Lauren hablaba con Eve y sus amigas y, por la manera en la que miraba a

Adam, no estaba demasiado contenta.
—Ahora el que tiene un problema soy yo y debo solucionarlo.
—Bueno, pues ve y arréglalo, pero recuerda que mis problemas son cosa mía.
Me marché de la fiesta, porque lo único que tenía interés para mí era Eve, y no podía acercarme a ella todavía.

Capítulo 19

Los días son más largos cuando esperas que algo se solucione y no está en tus manos. La espera lleva a la desesperación y la desesperación, a cometer errores.
Oliver

EVE

26 de noviembre de 2014
Aeropuerto JFK, Nueva York

Anduve con mi maleta de mano por el aeropuerto hasta la zona de llegada. Tenía el móvil en el bolsillo, preparado por si mi padre me daba alguna indicación. No obstante, cuando traspasé las puertas de cristal y lo busqué con la mirada, lo único que encontré fue un cartel con mi nombre. Lo sujetaba un joven trajeado que miraba ansioso en mi dirección.
—Soy Eve Baker —le aseguré.
El chico lanzó un suspiro de alivio.
—Me envía el señor Baker para recogerte. Lamenta no hacerlo él mismo, pero le ha surgido una reunión importante.
—Entiendo. —Al parecer, no había tenido tiempo ni de enviarme un mensaje para informarme él mismo.
Me cogió la maleta y me sonrió, incómodo, al percibir mi decepción. Debería estar acostumbrada a que mi padre antepusiera su trabajo a mí, pero lo cierto es que siempre cabía la esperanza de que algún día me sorprendiese.
El trayecto hasta el apartamento se me hizo eterno por culpa de mi acompañante. No tenía pruebas ni tampoco dudas de que era un becario de mi padre al que había enviado a por mí con la amenaza de que no la cagara. Seguro que creía que distraerme era una buena opción, porque estaba decidido a sacarme temas de conversación

insustanciales. Sin embargo, lo único que yo deseaba era evadirme mirando el ajetreo de las calles y los preparativos que se llevaban a cabo para la festividad de Acción de Gracias. Cuando por fin me dejó en la puerta del piso que mi padre tenía en Hudson Square, con vistas al río, suspiré aliviada. Todos los años venía a celebrar Acción de Gracias con él puesto que, en su acuerdo de divorcio, mi madre prefirió quedarse con las Navidades y mi padre no puso objeción alguna. De normal, me incomodaba alejarme de mi casa en una fecha tan señalada, pero en esta ocasión agradecí dejar Laguna Beach. Después de la fiesta de Halloween, esperaba que Oliver actuara de manera diferente, no obstante, siguió con su distanciamiento y aquella mirada torturada que me dedicaba cada vez que se veía obligado a ocupar el mismo espacio que yo o a trabajar juntos en alguna asignatura. Había intentado hablar con él a solas, y no lo había conseguido. Así que me decidí a enviarle un mensaje, cuya respuesta me dejó aún más descolocada.

«No me lo pongas más difícil, Zanahoria. Te lo explicaré, pero todo a su tiempo».

Dejé la maleta en la habitación que ocupaba siempre y me dirigí a la cocina para prepararme algo de comer. Me senté frente a la ventana y admiré el paisaje. Me encantaba Nueva York, de hecho, estaba deseando poder matricularme en Columbia y estudiar Periodismo allí. En mi mente, lo tenía todo claro. Me mudaría a una residencia, pese a que mi padre ya había insinuado que viviese con él, y saborearía lo que significaba vivir sola en un lugar en el que nadie me conocía ni había oído hablar de mí. Sonreí al imaginármelo.

Una llamada entrante me distrajo de mis pensamientos.

—Mamá…

—Eve, quedamos en que me llamarías en cuanto llegases.

—Sí, tienes razón. Lo lamento. Se me fue de la cabeza.

Suspiró al otro lado con resignación y aguardó en silencio hasta que por fin se decidió a hablar.

—¿Está tu padre contigo?

—Todavía no ha llegado de trabajar.

—¡¿Has ido sola hasta su casa?!

—Tranquilízate, mamá. Han venido al aeropuerto a recogerme y me han dejado en la puerta de su apartamento.
—Si tu padre pidió Acción de Gracias para estar contigo, lo menos que puede hacer es estar presente.
—Acción de Gracias es mañana, mamá —intenté calmarla—. No te preocupes, estoy bien. Agradezco estos instantes a solas para instalarme.
—No te acomodes mucho. El domingo te quiero de vuelta.
—Claro que volveré, mamá.
—Más te vale.
Cuando mis padres se separaron, el mayor miedo de mi madre fue que yo me fuese a vivir con él. Fueron tiempos muy difíciles en los que me quedó claro que era más necesaria en Laguna Beach que en Nueva York. Y mi padre debió darse cuenta de ello, o tal vez no, y lo que no quería era tener la preocupación de criar a una niña, solo, en una ciudad tan grande. Sea como fuere, hice lo que debía hacer.
—¿Y Zack? —cambié de tema.
—Ha ido con Steve al supermercado. Te extraña. Lo he encontrado varias veces a la puerta de tu habitación.
—Yo también lo extraño —reconocí.
Era algo curioso e indescriptible cómo alguien al que en muchas ocasiones resultaba difícil comprender, que no tenía demasiadas muestras de afecto ni era fácil de tratar, se te metía tan adentro hasta robarte el corazón.
Escuché la puerta a mi espalda y, al momento, mi padre entró en el salón. Como siempre, iba vestido con un traje que le sentaba como un guante, llevaba el cabello canoso perfectamente peinado para que pareciese casual, las gafas de pasta oscura y el maletín de piel. Sonrió al verme y se acercó para darme un beso.
—Lamento no haber podido recogerte.
Su voz grave traspasó el teléfono y fue como si viese a mi madre contener el aliento.
—Te llamaré mañana, mamá.
Mi padre contempló mi móvil como si quisiese hablar él también. Pero no hizo ningún movimiento.

—Sí —dudó mi madre con nerviosismo—. Será lo mejor. Pásalo bien, Eve. Te quiero.
Colgó antes de que yo pudiese contestar. Mi padre se quedó mirando el móvil durante unos segundos con una expresión de tristeza y, a la vez, anhelo que jamás le había visto. Cuando reparó en que tenía mi atención, volvió a su actitud segura y controlada.
—¿Qué te apetece que hagamos? ¿Quieres que salgamos a cenar por ahí o prefieres el típico plan de *pizza*, sofá y peli?
—Creo que voy a decantarme por lo típico —sonreí—. Estoy demasiado cansada.
—Estupendo, porque yo estoy muerto. Deja que me cambie y me reúno contigo.

Como siempre que venía a su casa, mi padre me dejó elegir la película. Tal vez fuese porque mi vida sentimental era un desastre, pero me decanté por *Reencontrar el amor* sin pensar en lo que podría significar para mi padre. La película exploraba las consecuencias de una aventura amorosa entre un hombre casado y una mujer que conoce una noche. A medida que la historia fue avanzando, mi padre se movía cada vez más inquieto. Tal vez no fuese la misma situación que vivió con mi madre, pero sabía que le afectaba. Desde su separación, no me había presentado a ninguna mujer, lo que no quería decir que no existiera. Lo miré inquisitiva y él me respondió con resignación.
—Dispara —me animó.
Jamás le había preguntado por qué le pareció buena idea engañar a mi madre y destrozarnos la vida, pero ahora la pregunta me picaba en la punta de la lengua. Quizá fuera porque estaba a punto de enfrentarme a la vida adulta e irme a estudiar la universidad o porque me había cansado de darle vueltas al asunto cuando yo no tenía la respuesta. El caso es que por fin me animé a hacerlo.
—¿Por qué lo hiciste?
Mi padre paró la película y me dio la sensación de que durante los segundos entre apretar el botón de pausa y que la televisión enmudeciera, se estaba armando de valor. Se incorporó y apoyó los codos en las rodillas.

—Porque fui un imbécil. No hay otra forma de suavizar ni mucho menos de disculpar lo que hice.
—Si ya no nos querías, podrías habernos dejado sin hacernos tanto daño.
Mi padre entrecerró los ojos y yo tuve que tragar saliva para evitar que las lágrimas me hicieran sollozar.
—Eve, yo nunca he dejado de quereros, de quererte —rectificó con rapidez—. Lo que sucedió no tuvo nada que ver contigo.
—¿De verdad eso es lo que crees? Te marchaste, nos dejaste solas y tuve que hacerme cargo de mamá. No ella de mí, sino yo de ella. No tienes ni idea de lo que fue para mí escucharla llorar a todas horas, animarla para que saliese de la cama y tener miedo de irme al colegio por lo que pudiese hacer.
Mi padre se pasó una mano por el pelo y lo desordenó, pero ni ese gesto le robó una pizca de atractivo.
—No quise marcharme, pero era lo mejor que podía hacer —confesó, angustiado.
—¿Lo mejor para quién? —A aquellas alturas, las lágrimas ya bañaban mi camiseta y no podía parar de sollozar.
—Ya eres mayor para que te cuente lo que sucedió, Eve. Lo primero que tienes que saber es que no voy a tratar de disculparme, porque aquí no hay duda del veredicto: culpable.
—Engañaste a mamá con otra mujer. Estabas con otra mientras estabais casados. Eso lo sé —repliqué con resentimiento.
—Sí —aceptó—. Por aquel entonces trabajaba muchas horas para lograr un puesto de sénior en el bufete y resultaba muy difícil coincidir con tu madre por los turnos del hospital. Ella me recriminaba que no tenía tiempo para vosotras y yo le decía, tal vez para intentar convencerme, que lo hacía por la familia, por nuestro bien. En la oficina me asignaron una nueva secretaria…
—La típica historia del jefe y la empleada. ¡Qué poco original, papá! —lo interrumpí, dolida. Me levanté y fui hacia la ventana, donde las luces se volvían borrosas por mis lágrimas.
—Sí. Ya te he dicho que no tengo excusa para lo que sucedió —se parafraseó—. El caso es que caí en la tentación.

—¿Seguiste con ella cuando nos dejaste? ¿Estabas enamorado de ella?
—No. Aquello solo fue una aventura.
—¿Valió la pena? —sollocé—. ¿Esos momentos de sexo prohibido valieron el perder a tu familia?
—Me he arrepentido de aquella decisión todos y cada uno de los días que he pasado separado de vosotras.
—¿Solo engañaste a mamá esa vez con esa mujer?
—Sí —afirmó con rotundidad—. Yo amaba a tu madre.
Negué con la cabeza.
—Si la hubieses querido, no la habrías traicionado ni habrías tenido ojos para otra persona.
—A veces, la vida no es tan fácil. La teoría no siempre funciona.
—Tú tomaste el camino fácil —le recriminé, dolida—. Lo hiciste cuando, en vez de solucionar las cosas con mamá, te dejaste llevar y la traicionaste. Y cuando, en vez de quedarte y luchar por su perdón, te marchaste sin mirar atrás.
—Yo no quise marcharme, Eve —me interrumpió—. Pedí perdón a Katherine hasta la extenuación. Pero también comprendí que ella tenía derecho a no perdonarme y que tenerme cerca le hacía daño.
—Y te rendiste —concluí, agotada. Ya tenía demasiada dosis de sinceridad por hoy, así que señalé con la cabeza mi habitación—. Será mejor que me vaya a descansar.
Mi padre asintió. Cuando estaba a punto de salir de salón y creía que no lo escuchaba, susurró:
—Jamás me he rendido.

La mañana de Acción de Gracias me desperté como si me hubiesen dado una paliza. No había dormido bien y lo poco que lo había hecho había revivido la conversación con mi padre. Cogí el móvil de la mesilla de noche para ver si tenía algún mensaje y sí, tenía muchos de las chicas, pero ninguno de Oliver. Algo sucedía, eso estaba claro, pero el qué era lo que me tenía tan desconcertada.
Al salir de la habitación, mi padre ya me esperaba vestido, sentado en un taburete de la barra de la cocina y con un café en la mano. En cuanto me vio aparecer, me miró con cautela.

—Buenos días —me saludó.
—Buenos días. —Me acerqué hasta la cafetera y me serví una buena dosis de cafeína para no ir durmiéndome por los rincones.
—Eve, anoche no quise hacerte daño —explicó—. Solo quería que supieses lo que pasó. Pero que te quede claro: te quiero más que a nada en el mundo.
Suspiré y me giré para encararlo.
—Lo sé —admití. Y era cierto que sabía que me quería—. Pero no entiendo por qué, después de todos estos años, no consigo que el dolor de tu marcha desaparezca —admití, emocionada.
Mi padre se levantó, rodeó la isla de la cocina y me abrazó con ternura.
—Yo tampoco puedo mitigar ese dolor. Ojalá supiese cómo hacerlo.
Estuvimos abrazados hasta que pude respirar con normalidad. Entonces se separó de mí y me limpió las lágrimas, como cuando era pequeña y curaba mis heridas.
—¿Qué te parece si aprovechamos este tiempo que vamos a estar juntos para crear recuerdos bonitos?
Sonreí y asentí.
—Bien. —Cabeceó, satisfecho—. Ve a arreglarte. Yo me encargo de los planes.
Al volver a la habitación, vi en mi móvil que tenía un nuevo mensaje. El corazón se me aceleró al leer el nombre de Oliver, sin embargo, cuando lo abrí, me pareció demasiado impersonal.
«Feliz día de Acción de Gracias, Zanahoria».

Cuando salimos del apartamento, mi padre tomó mi mano y la apretó con firmeza.
—He decidido que hoy vamos a improvisar.
—¿No vamos a ir a ver el desfile de Macy’s? —me sorprendí.
—Mi niña se hecho mayor y merece que hagamos planes de adultos.
—¿Qué tipo de planes? —repliqué con recelo.
Me guiñó un ojo, paró un taxi y le dio una dirección. Cuando llegamos, se trataba de un comedor social. Decir que estaba sorprendida sería poco. Al entrar, varios de los voluntarios atendían las indicaciones del personal y nos mantuvimos en segundo plano

mientras escuchábamos cómo teníamos que proceder. La primera en darse cuenta de nuestra presencia fue una mujer morena con una coleta alta, que sonrió a mi padre con alegría. Se acercó hasta nosotros y lo saludó.
—Andrew me dijo que no vendrías. Me alegra que al final sí que hayas podido.
—Stella, ella es mi hija, Eve. Eve, ella es Stella.
No me dio ninguna explicación sobre quién era ni de qué la conocía, y eso no me gustó. La tal Stella se me acercó y me dio dos besos. No debería, pero me sentí celosa por la familiaridad con la que trataba a mi padre y sí, tampoco me gustaba la idea de que fuesen pareja o tuviese algún tipo de relación íntima con ella. Una reacción del todo infantil.
—Henry me ha hablado mucho de ti.
—Pues él de ti a mí no.
Stella soltó una alegre carcajada.
—Tenías razón cuando me dijiste que era valiente y decidida —dijo a mi padre.
No obstante, él no parecía tan contento por mi respuesta y me miraba con cierto reproche. Al momento, una mujer con un delantal y chapa identificativa de servicios sociales se acercó hasta nosotros. Nos dio la bienvenida y pidió que la siguiésemos hasta otra sala, en la que nos tuvimos que poner un gorro y un mandil cada uno.
—Has sido desagradable con Stella —me reprendió.
—Lo siento —me disculpé, sin sentirlo en absoluto, y mi padre se dio cuenta.
—¿El problema es haber venido aquí o Stella? —quiso saber.
—El problema es que hayas querido venir aquí porque estaba Stella.
—Stella es una buena amiga —se defendió.
—No lo dudo —ironicé.
La misma mujer que nos había llevado hacia esa habitación vino para asignarnos una mesa.
—Hablaremos luego —prometió o amenazó mi padre, no lo tuve muy claro.
Por suerte o por desgracia, Stella se encargó de guiarme y darme indicaciones mientras el comedor se llenaba de gente. Me ocupé de

servirlos a todos, y se me encogió el corazón cuando llegó a una chica que tendría mi misma edad. No podía ni imaginar qué le había pasado para que estuviese allí ni las miserias que tenía que vivir. Parecía desencantada de la vida y me miró con rencor cuando dejé frente a ella el cuenco de sopa. Fue como si estuviese enfadada con el mundo, pero sus ojos, en ese momento, parecían culparme por encontrarse en aquella situación. Le sonreí para intentar aligerar la tensión y fue peor, porque al momento me increpó.
—¿De qué te ríes?
—No me reía —expliqué, confundida—. Solo intentaba ser amable.
—¡Te estabas burlando de mí! —gritó.
Yo di un paso atrás y miré a todos lados, avergonzada. Mi padre, en la otra punta del salón levantó la cabeza y de inmediato vino hacia mí.
—No, no es cierto. Solo quería ser simpática contigo —intenté hacerla entrar en razón.
—Porque te sientes superior a mí.
—No…
—¡Mientes!
Aquella chica se levantó, fuera de sí, y al hacerlo con tanta brusquedad, el plato y el vaso se estrellaron contra el suelo.
—¡Seguro que eres una zorra rica que siente lástima de mí! —Me empujó con tan mala suerte que resbalé por el caldo que había en el suelo y caí de espaldas. Me golpeé la cabeza y el dolor fue tan intenso que hizo que me faltase el aliento.
—¡Eve! —Mi padre se arrodilló junto a mí, preocupado—. ¿Estás bien?
—No lo sé… —dudé, mareada.
—¡Dios mío! ¡Una ambulancia! —Lo escuché gritar. Intenté levantarme, pero me lo impidió—. No te muevas, estás sangrando. Te pondrás bien. Te pondrás bien… —repitió, angustiado.
Fue entonces cuando un dolor agudo en la parte izquierda del abdomen me hizo darme cuenta de que estaba sangrando. Todo se volvió negro.

Capítulo 20

Hay que ser muy valiente, o muy imbécil, para rechazar lo que quieres y hacer lo que debes.
Oliver

EVE

Intenté abrir los ojos, y tuve que parpadear varias veces para conseguirlo. Los párpados me pesaban y la poca luz que se filtraba a través de ellos me perforaba el cerebro. Sé que solté un gemido porque yo misma lo escuché y, al momento, me llegó la voz preocupada de mi padre, su mano sobre la mía y empecé a ser consciente de lo sucedido.
—Eve, ¿cómo te encuentras?
—Agua —pedí casi en un suspiro. Tenía la garganta tan seca que me costaba tragar.
Mi padre acercó un vaso a mis labios y bebí a sorbos pequeños. Cuando mis ojos se encontraron con los suyos, no tenía su habitual aspecto cuidado, estaba pálido y tenía ojeras pronunciadas.
—¿Qué me ha pasado? Recuerdo sentirme mareada, no ver bien y luego… nada —concluí.
Suspiró y se llevó mi mano a los labios para darme un beso.
—No tendría que haberte llevado al comedor social, perdóname, Eve. No pensé que sería peligroso.
—¿Qué me pasó? —insistí. Comencé a ponerme nerviosa porque, por mucho que me esforzase, no lograba visualizar el momento del accidente con claridad.
—Una chica te empujó —explicó mi padre—. Te resbalaste y caíste de espaldas. Te golpeaste la cabeza contra el suelo.
Levanté una mano y me palpé la parte posterior. Tenía un buen chichón y me dolía, pero lo peor era sentirme tan mareada y confusa.

—Tienes una conmoción cerebral por el golpe —dijo al fin. La voz se le rompió en el último momento y yo lo miré asustada.
—¿Es grave…? —dudé.
En ese momento llamaron a la puerta y una enfermera se acercó hasta mi cama.
—¿Qué tal, Bella Durmiente? ¿Cómo te encuentras? —Me puso un brazalete para la tensión arterial—. Ahora vendrá el médico. ¿De acuerdo?
—¿Para qué?
—Para hacerte unas cuantas pruebas. En algo tendrá que justificar su sueldo. —Me guiñó un ojo, pero fui incapaz de sonreír—. Voy a hacerte una analítica de sangre.
—¿Por qué?
—Para asegurarnos de que todo está bien.
Me sacó sangre y se giró para apuntar algo en las hojas que había dejado sobre la pequeña mesita que había mi derecha. Un hombre alto, calvo y con gafas entró en la habitación. Miró lo que había escrito la enfermera y fijó su atención en mí.
—Hola, Eve. Soy el doctor Müller. ¿Cómo te encuentras?
—Me duele la cabeza.
Asintió.
—Voy a hacerte unas cuantas pruebas. —Miró a mi padre—. Puede quedarse.
Sacó una linterna del bolsillo superior de la bata y me alumbró los ojos.
—Sigue la luz.
Lo obedecí, pero reconozco que el dolor de cabeza se intensificó y mi rostro lo reflejó.
—Levanta el brazo derecho. Ahora, el izquierdo. Mantén arriba los dos. Toma mi mano y apriétala. Ahora, con la otra. Tócate la nariz con un dedo. Con la mano izquierda…
Seguí todas sus indicaciones, asustada.
—Vale, ahora, quiero que contestes a unas cuantas preguntas.
—Sí…
—¿Cómo te llamas?
—Eve Baker.

—¿Dónde estás?
—En… un hospital.
—¿Qué te ha pasado?
—Me di un golpe en la cabeza.
—¿Sabes qué día es hoy?
Dudé y miré a mi padre. Él asintió para animarme a contestar, pero lo cierto es que no tenía claro qué día era.
—Si no lo sabes, no pasa nada, Eve —intentó tranquilizarme el doctor Müller.
—Sé… Sé que es Acción de Gracias.
—Muy bien.
Pero era incapaz de decir si era lunes o jueves.
—No pasa nada, ¿verdad?
—En principio, tiene pinta de ser una conmoción leve. Pero necesitaré hacerte más pruebas. Las pupilas están reactivas. Eso es buena señal. ¿Ves bien? ¿Te mareas?
—Noto como si tuviese la vista cansada y me costase enfocar…
—Se mareó después del golpe —intervino mi padre.
—Sí. He leído en el informe de urgencias que perdió el conocimiento. Le haré un TAC para descartar cualquier hemorragia interna.
—¿Después podré marcharme?
—Lo más seguro es que te quedes cuarenta y ocho horas en observación. Si tu evolución es buena, podrás marcharte.
—Vive en Los Ángeles con su madre —informó mi padre.
—Pues, de momento, nada de volar. Por lo menos, en una o dos semanas. Además, deberá observarla. Le daré unas cuantas pautas para que esté alerta.
—De acuerdo.
—Eve, vendrán a buscarte para hacerte la prueba. Mañana volveré a verte. Mientras, nada de móvil ni de pantallas. ¿De acuerdo?
Asentí.
Cuando el médico se marchó, mi padre volvió a sentarse a mi lado en la cama.
—Todo irá bien.
Un rostro no del todo desconocido entró para entregarle un café a mi padre. Sabía que era su amiga, pero no podía recordar su

nombre.
—Me alegra verte despierta, Eve —habló con dulzura—. Siento mucho lo que te ha pasado. Angy llevaba mucho tiempo estable, pero, al parecer, su chulo le robó las pastillas… No es excusa, lo sé, pero quiero que sepas que, si tu padre hubiese sabido que existía algún riesgo para ti, no te habría llevado.
Quizá el golpe me había afectado más de lo que yo creía, porque sentí lástima por la tal Angy y el tipo de vida que llevaba. Cualquiera en su situación también estaría desequilibrada.
—No es culpa de nadie —me obligué a decir.
—Podéis interponer una denuncia si queréis.
Negué con la cabeza y cerré los ojos para ver si así el mareo desaparecía.
—Con que esa chica tenga ayuda para salir de ese infierno, me conformo.
Sentí el apretón reconfortante de mi padre.
—Mamá… —me preocupé de inmediato.
—He avisado a Katherine. Está de camino —intentó tranquilizarme mi padre.
Stella llamó nuestra atención al inclinarse sobre mí para despedirse.
—Bueno, será mejor que os deje descansar.
—Ya tendrías que haberte ido —la reprendió mi padre con amabilidad.
—Bueno, no puedo evitar sentirme culpable por lo ocurrido. —Stella se encogió de hombros y me miró de nuevo—. Seguro que te recuperas pronto, Eve.
—Gracias —musité.
—Henry, nos vemos la semana que viene —se despidió.
Mi padre asintió y se levantó para acompañarla a la puerta, pero Stella se negó.
—No hace falta, quédate con tu hija. Mi mujer está abajo esperándome.
Aquello hizo que parpadease, confusa. En cuanto Stella se fue, encaré a mi padre.
—¿Su mujer?
—Sí, Stella está casada.

—¿Tú y ella no…?
—Creías que Stella y yo teníamos algo —comprendió mi padre.
—Bueno, ¿por qué no? Al fin y al cabo, eres libre.
—Stella es mi psicóloga, Eve —me explicó—. Llevo años yendo a su consulta y a sus grupos de terapia.
Me quedé boquiabierta, sin saber qué decir. A ver, mi madre había ido a un psicólogo durante años después de divorciarse de mi padre, pero siempre pensé que él estaba bien, que no había acusado tanto la pérdida de la unidad familiar que teníamos como nosotras. Tal vez me equivoqué.
—¿Por qué? —quise saber.
—Bueno, después de perderos, me encontré desorientado. Stella me explicó que, en esas situaciones, a veces, se pasa una especie de duelo. Era como si hubiese ido bebido, fuéramos todos en un coche y, por mi culpa, tu madre y tú hubieseis muerto. Me sentía tan culpable que no supe qué hacer con mi vida. Me enfoqué en el trabajo porque era lo único que me permitía evadirme de la realidad que yo mismo había propiciado. Me obsesioné tanto con él que había días que ni iba a casa dormir. Hasta que, un día, mi jefe me llamó y me dijo que, o tomaba medidas, o se vería obligado a tomarlas él.
—¿Por eso aceptaste ir a la consulta de Stella?
Negó con la cabeza.
—Fue el abogado que nos llevaba el divorcio el que me convenció. Me dijo que podría dejar de verte si no actuaba ya. Que, si no estaba capacitado para cuidar de mí mismo, menos para hacerme cargo de una niña. Y tenía razón. Necesité un tiempo para reponerme, pero no podía soportar no verte. Así que acepté estar contigo en fechas señaladas para poder recuperarme.
Los ojos se me llenaron de lágrimas. Durante todas las veces que había venido para verlo, nunca había conocido esa parte de la historia. *Su* parte de la historia.
—Mamá nunca me contó que estuvieses mal.
Mi padre sonrió con tristeza.
—Tu madre no lo sabe, pero, aunque lo supiese, dudo que lo creyera.

—Tal vez, si lo hubiese sabido, las cosas habrían sido diferentes —le sugerí.
—Eso es algo que nunca vamos a saber.
Entró una enfermera para darme unos calmantes y no tardé nada en quedarme dormida.

En cuanto desperté, ya había oscurecido. Convencí a mi padre para que bajase a la cafetería a comprarse la cena y aproveché el momento para enviar mensajes a mis amigas e informarlas de lo sucedido. Todavía no habían pasado ni cinco minutos cuando Oliver me llamó.
—Eve, dime que estás bien. —Sonaba tan serio y preocupado que me emocioné ante la idea de que sí le importase.
—¿En qué sentido? —intenté bromear.
—Joder, Eve. Hablo en serio. Lauren se lo ha dicho a Adam, y estábamos juntos.
—Estoy en el hospital. —Suspiré—. He ido con mi padre a un comedor social y he tenido un accidente.
—¿Cómo? ¿Qué tipo de accidente?
—Estoy bien, dentro de lo cabe. Tengo una conmoción por un golpe en la cabeza y debo estar en observación.
Se mantuvo en silencio durante unos segundos, en los que solo escuché su respiración acelerada. Debía estar andando de un sitio a otro.
—No paro de pensar en todo lo que podría haberte pasado. —Casi era como si hablase para sí mismo.
—Eso ha sonado demasiado dramático, Grant —intenté quitarle hierro al asunto—. Ya sabes que mala hierba nunca muere.
—No tiene gracia, Eve.
—Lo sé. —Tras unos segundos, lo encaré por fin—. ¿Ya quieres hablar conmigo?
—No te haces una jodida idea… Pero no creo que ahora sea el momento y menos, por teléfono.
—Será cuando vuelva, entonces —repliqué, desilusionada.
—¿Cuándo será eso?
—No lo sé. Debo quedarme hasta que el médico me autorice a volar.

Escuché voces de fondo y supuse que Oliver había vuelto a entrar donde fuera que estuviese.
—Espero que sea pronto. Necesito verte, Zanahoria.
El corazón brincó en mi pecho con tanta emoción que fue como si en mi pecho estallasen fuegos artificiales.
—Cuídate mucho, por favor —insistió.
—Lo haré.
Estaba a punto de colgar cuando escuché una voz femenina al otro lado:
—Oliver, te estaba buscando. No me dejes sola…
La llamada se cortó y yo me quedé con una sensación desagradable corriéndome por las venas. Los fuegos artificiales se habían convertido en ceniza.

Capítulo 21

La vida es una mierda.
Oliver

EVE

Mi madre llegó al hospital Presbyterian a las ocho de la mañana hora local. Mi padre estaba de espaldas a la puerta, con la mirada perdida en la ventana, cuando ella entró como una exhalación. Vino directa hasta mi cama y me sujetó el rostro con ambas manos para asegurarse de que estaba bien.
—Mamá, estoy mucho mejor —intenté calmarla. Tenía los ojos rojos, el pelo recogido en un moño desordenado que dejaba algunos mechones sueltos y cara de estar agotada.
—Eso me lo tiene que confirmar un médico —aseveró—. Me has dado un susto de muerte. —Los ojos se le llenaron de lágrimas.
—No tendrías que haber venido. ¿Dónde está Zack?
—Se ha quedado con Steve y con su madre.
—Será mejor que os deje un rato a solas —intervino mi padre.
Mi madre levantó la cabeza de golpe y creo que aquella fue la primera vez que se vieron en persona desde el divorcio. La mayoría de los asuntos que tenían que ver conmigo los solían solucionar por correo electrónico. Mi padre avanzó hacia nosotras y sentí cómo mi madre temblaba a mi lado.
—Katherine —la saludó, sin apartar la mirada de sus ojos.
—Henry —musitó mi madre con voz ronca.
Me sentí como si fuese una presencia ajena a ellos, como si se hubiesen encerrado en su mundo y olvidado de mí. Pero yo estaba. Yo fui testigo de que sus miradas no se separaban, tal vez para apreciar el cambio que el tiempo había obrado en ellos, la emoción de mi madre, la pena de mi padre, el momento exacto en el que mi

madre recordó por qué no se habían visto en todos esos años, por qué su matrimonio acabó. Dio un paso atrás y le dio la espalda.
—Estaré fuera por si me necesitáis —nos avisó con seriedad.
—Puedes marcharte si quieres, ya estoy aquí —rebatió mi madre.
—No me iré hasta que le den el alta a Eve y os lleve a casa.
—Reservaré un hotel cerca de donde vives.
—No tienes que hacerlo, puedes quedarte en mi apartamento.
—No es buena idea.
Mi padre suspiró.
—Vas a pasar más tiempo en mi apartamento que en el hotel. Cuando me vaya a trabajar, tendrás que estar con Eve; quedarte es lo más cómodo y lo más práctico para todos.
—Aun así, prefiero que no.
—Como quieras.
Mi padre se fue y yo me sentí como la primera vez que discutieron después del engaño de mi padre. Escuché a mi madre llorar, gritar y desesperarse mientras que mi padre pedía disculpas una y otra vez y le rogaba que lo hablasen. Por muchos años que pasasen, seguía sin superarlo. Ver discutir a tus padres es algo que trastoca tu mundo, que socaba los pilares sobre los que te sustentas, y la inseguridad se apodera de ti.
—Lo siento —se lamentó mi madre cuando reparó en mi tristeza.
—Sé que todavía le guardas rencor, pero me gustaría que, si vamos a pasar unos días juntos, no lo hagáis más difícil de lo que es.
El arrepentimiento afloró en sus ojos y en el color de sus mejillas.
—Tienes razón —claudicó—. Te prometo que me comportaré, pero compartir apartamento con él sería demasiado. ¿Lo entiendes?
Asentí, y ella se sentó en el sillón al lado de mi cama y me miró con incredulidad.
—Siempre has sido muy madura para tu edad. Pero ¿cuándo te has hecho tan mayor, Eve?
Podría haberle dicho que sucedió mientras tuve que cuidar de ella porque no era capaz de levantar la cabeza tras su separación; que mientras conocía a Steve y parecía ilusionada, se volcó en superar a mi padre con otro hombre y se olvidó un poco de mí; que cuando nació Zack, tuve que tomar las riendas de mi vida porque estaba

claro que era un niño que tenía problemas e iba a necesitar que todos tiráramos del carro. Sin embargo, me limité a decir:
—Cada día la vida me hace crecer un poco más, mamá.

Dos días después, me dieron el alta en el hospital y por fin pude irme a casa de mi padre. A veces, queremos una cosa, pero al final tiene que ser otra. Como le pasó a mi madre. Debido al puente de Acción de Gracias, no había habitaciones disponibles en los hoteles cercanos al apartamento de papá, por lo que al final tuvo que quedarse a dormir con nosotros.
—Vosotras podéis dormir en mi cama —ofreció mi padre—. Yo me quedaré en la habitación de Eve.
—Podemos dormir las dos en su habitación, así no te molestaríamos tanto. Tendrás toda tu ropa y tus efectos personales allí —se movió mi madre, inquieta.
—La cama es demasiado pequeña para las dos.
—Entonces, dormiré en el sofá; parece cómodo. —Mi madre caminó hacia él y se sentó para verificarlo.
—Katherine, no voy a dejar que te quedes en el sofá.
—Si me disculpáis —los interrumpí—, necesito acostarme, así que podéis jugar a piedra, papel o tijera para ver quién gana mientras yo me voy a descansar.
Me dirigí a la habitación y me tumbé con cuidado en la cama. Todavía me dolía la cabeza y me sentía un poco mareada, pero no podía dejar de pensar en que pronto podría volver a viajar y regresaría a Laguna Beach. Me perdería como mínimo una semana de clases y luego tendría que recuperar el tiempo perdido, pero ansiaba estar allí. Con él.
En algún momento debí dormirme, porque, cuando abrí los ojos, la luz era más tenue. Me levanté despacio y fui hacia el salón. Sin embargo, antes de acceder a él, la conversación de mis padres me detuvo.
—Prueba a ver cómo está de sal. —Ambos estaban en la cocina y mi padre preparaba la cena.
—Perfecto. Siempre has sido un excelente cocinero —replicó mi madre con cierto tono nostálgico.

La situación me pareció tan familiar… Me recordaba a los fines de semana cuando papá improvisaba entre fogones, pero siempre pedía la aprobación de mamá. La mayoría de las veces acababan besándose y yo los miraba embelesada.
—Echo de menos probar el sabor en tus labios.
Contuve el aliento, y seguro que mi madre también.
—Henry, no puedes decir esas cosas —se lamentó mamá.
—No debo, pero sí puedo —la rebatió.
—Siempre has sido muy hábil con las palabras para tergiversar cualquier asunto.
—Es deformación profesional. —Intuí la sonrisa de mi padre.
—Por supuesto.
—¿Por qué nunca me has preguntado si he rehecho mi vida?
Me asomé y vi a mi madre de espaldas, apoyada en la isla de cocina, y a mi padre muy cerca de ella.
—Porque ya no era asunto mío.
Mi padre hizo una mueca y sé que la contestación de mi madre le dolió.
—Pero ¿te habría gustado saberlo?
—¿Qué quieres que te diga?
—La verdad.
—No, Henry. No me habría gustado saberlo porque preferí pensar que no habías encontrado a nadie que te hiciese tan feliz como te hacía yo. Te deseé ese castigo hasta la saciedad, recé para que te arrepintieras hasta el día de tu muerte.
—No sé a qué santo le rezaste, pero te aseguro que te lo concedió.
Aquella situación estaba yendo por derroteros que no debía ir. Mi madre estaba casada, mi padre vivía en la otra punta del país y luego estaba Zack; mi hermano necesitaba estabilidad. Y también estaba yo. Me había pasado años intentando superar su separación como para que ahora dieran marcha atrás y volvieran a tener la tentación de estar juntos como si nada hubiese sucedido.
Caminé hacia atrás y me encargué de hacer ruido mientras me acercaba al salón para que se percatasen de mi presencia.
—Huele bien —alcé la voz antes de que me viesen.

Cuando entré, mi madre ya estaba en la parte del salón preparando la mesa mientras mi padre emplataba.
La cena transcurrió entre temas superfluos y sin importancia hasta que llegó el punto de mi ingreso en la universidad. Menos mal que mi madre recibió una llamada de Steve y se marchó a mi habitación para hablar con él, porque sabía que mi decisión de instalarme en una residencia para estudiantes crearía un conflicto entre los tres. Mi padre la siguió con la mirada hasta que se encontró con mis ojos fijos en él.
—No es buena idea, papá.
—¿El qué? —intentó disimular.
—Por mucho que queráis, lo que pasó siempre pesará entre vosotros.
Se levantó y comenzó a retirar la mesa, tal vez para encontrar una respuesta o tal vez no y solo lo hiciese para pensar.
—En esta vida no todo es blanco o negro, Eve. Hay toda una cromatología de colores mucho más compleja que eso.
—Está casada —susurré con rabia—. Tú ya demostraste que para ti eso no es importante, pero la vida de mamá ya es bastante complicada para que ahora intervengas y pongas su mundo patas arriba otra vez.
—Eve —me reprendió con dureza—. Cometí un error, uno muy grave, pero ya estoy pagando por ello. Todos los putos días de mi vida.
Se dio la vuelta y se marchó.

El resto de la semana, papá se incorporó al trabajo y mamá y yo pasamos mucho tiempo juntas. Fue como si volviésemos a estar solas ella y yo, pero sin el dolor o la pena, las lágrimas y los ansiolíticos por encima de la mesilla de noche. Aun así, no me atreví a hablar sobre su separación como lo había hecho con mi padre. Lo peor de esos días fue echar de menos a Zack. Steve nos dijo que nos extrañaba y que había tenido que pedir ayuda en el centro de terapia al que acudía para que viniese alguien a estar con él por las tardes hasta que cerraba el taller. Por eso motivo —y porque vi que mi madre empezaba a sonreír a mi padre, a salir con él cuando

llegaba de trabajar para comprar comida y a conversar contándose cómo les había ido el día—, comprendí que el fuego que una vez hubo todavía guardaba ascuas calientes. Así que convencí a mamá para que regresase para estar con Zack.

Mi padre se ofreció a llevarla al aeropuerto y yo me empeñé en acompañarlos, como si fuese una niña pequeña que no quiere compartir el afecto de sus padres, pero, como ya era mayor, se negaron a permitírmelo y me quedé en casa. Mi madre se fue angustiada y triste, y mi padre estuvo más serio y distraído de lo normal. Cuando llegó a casa solo, se dirigió a mí para decirme:

—¿Ya estás contenta?

No, no lo estaba. Pero sí me quedé más tranquila. Todo volvía a la normalidad.

Capítulo 22

Volver a casa sabe y huele diferente, sobre todo a ilusión.
Eve

OLIVER

Adam condujo el coche hasta Los Ángeles, con Lauren y Naia en el asiento de atrás, y yo de copiloto. Las amigas de Eve se habían empeñado en ir a buscarla al aeropuerto, así que hablaron con la madre de Eve y esta nos avisó de la hora de llegada de su vuelo. Y, bueno, yo no pude negarme a acompañarlas.
Cuando aparcamos, nos dirigimos a la puerta de llegadas. Me moví, nervioso, de arriba abajo y me detuve cada vez que la maldita puerta de cristal se abría hasta que por fin distinguí su cabello entre la multitud. El corazón se me aceleró y la garganta se me cerró. Lauren y Naia habían preparado unas pancartas y empezaron a gritar en cuanto la vieron. Eve sonrió y se dejó abrazar por ellas mientras hablaban todas a la vez de manera atropellada. Adam también reclamó su atención y la levantó en alto, y yo no conseguí mover ni un puto pie. Me quedé en segundo plano para armarme de valor.
Cuando por fin me miró, nuestros ojos hablaron más que nuestros labios. Avanzó paso a paso hasta quedar frente a mí y me estudió con su habitual descaro. Vale, yo también lo había hecho, pero ella todavía no me había descubierto cuando me recreé en que estaba más delgada y un poco más pálida de lo que era habitual en ella.
—Zanahoria —la saludé.
—Tenemos una conversación pendiente —fue al grano, como no cabía otra posibilidad.
—Hay tiempo —respondí, cuando lo que realmente quería era ganarlo yo.

Ella me miró con los ojos entrecerrados y yo me sentí fatal por alargar algo que no tenía sentido hacerlo por más tiempo.

Subimos al coche de nuevo y nos contó en persona cómo fue su altercado.
—Debiste pasar mucho miedo. —Naia puso una mano sobre la de Eve y se la apretó.
—Creo que fue un cúmulo de cosas: miedo, confusión, sorpresa… Es que no entendía qué podría haber hecho mal para que aquella chica se abalanzase sobre mí.
—Supongo que la habrás denunciado —intercedió Lauren.
—No. Tiene problemas mentales y un pasado y una vida que ninguno podríais imaginar. Mi padre me dijo que servicios sociales se había puesto en marcha para convencerla de que ingresara en un hospital psiquiátrico, pero que no podían asegurarnos nada.
—Al menos ya estás aquí —murmuró Adam.
Nadie lo escuchó excepto yo. Lo miré confuso y él ni siquiera me prestó atención.

Después de dejar a Naia en su casa, Adam se dirigió a la mía. No quería irme, necesitaba estar más tiempo con ella, pero tampoco tenía ningún motivo para negarme. Cuando me bajé del vehículo, nos miramos a través de la ventanilla hasta que Adam arrancó.
Entré a mi casa y me encontré a mi madre, como los últimos días, mirando hacia el jardín y con las mejillas bañadas de lágrimas.
—Mamá… —Me acuclillé frente a ella y le borré la humedad de su rostro.
Había estado así desde que habíamos vuelto de Chicago. El entierro de Annie había coincidido con Acción de Gracias y a mí se me había sumado enterarme que Eve estaba herida. Habían sido los días más jodidos de mi vida.
—Es que no paro de pensar en qué será de John y de Mia. Michael está destrozado y dice que John está enfadado con el mundo y que Mia no hace más que llorar y se niega a salir de la habitación.
—Supongo que forma parte de proceso del duelo —dije con tiento.

—Dentro de nada será Navidad —sollozó—. No me puedo ni imaginar cómo se sentirán con una ausencia tan grande.
—Ni yo tampoco —admití.
—He hablado con tu padre, pasaremos las navidades con ellos.
¿Qué podía decir yo? Quería quedarme aquí, pero entendía la necesidad de mi madre de estar con los Paterson.
—Lo que decidáis estará bien.
Mi teléfono sonó y leí el nombre de Mia en la pantalla, me levanté y contesté camino de mi habitación.
—Hola…
Un sollozo me respondió del otro lado. Cerré los ojos con fuerza y se me partió el corazón. Por ella, por mí, por Eve… Puta vida de mierda.
—Ojalá estuvieses aquí.
Me froté la frente, angustiado y agobiado a partes iguales.
—Lo sé —respondí.
—Oliver, necesito que todo sea como antes, que al menos esa parte de mi vida siga igual. Tal vez fuese impresión mía, pero te noté distante durante el funeral… Eso me ha hecho pensar que si tú no quieres… —se le rompió la voz.
No pude soportarlo más.
—Nada ha cambiado entre nosotros —respondí al fin. Y me hundí en la más absoluta de las miserias.

Capítulo 23

La distancia lo cura todo menos el anhelo.
Oliver

EVE

Regresé al instituto el quince de diciembre, una semana antes de las vacaciones de Navidad. Desde mi llegada de Nueva York, no había podido separarme de Zack desde que Adam me había dejado en casa. Me emocionaba que buscara mi compañía y que, de vez en cuando, alargase una mano para tocarme. Era su manera de decirme que me había echado de menos tanto como yo a él. Así que aproveché esos días para curar las heridas de mi ausencia.
El lunes conduje hasta casa de Naia, como era costumbre, y nos pusimos en marcha.
—Apenas hemos podido hablar este fin de semana —se quejó.
—Lo sé. Mi madre no ha querido que saliese de casa para recuperarme bien y Zack me necesitaba.
—Ya, pues que se ponga a la cola.
La miré de reojo y vi que estaba más seria de lo normal.
—¿Alguna novedad por aquí? —pregunté.
—Los imbéciles siguen siéndolo, todo igual.
—¿Hablamos de algún imbécil en particular?
—No —mintió—. Tampoco es que hayamos hecho mucho mientras has estado fuera, Lauren no ha salido de casa por estudiar, Adam y sus colegas sí han salido de fiesta, pero, como Oliver estaba en Chicago, supongo que no te interesará esa parte.
Lo que habían hecho Adam y los del equipo era más que evidente que no, pero lo de Oliver sí llamó mi atención.
—¿Oliver se fue a Chicago? —me sorprendí.
—Pensé que lo sabrías. Se marchó de la noche a la mañana el día antes de Acción de Gracias, pero no sabemos por qué.

Eso quería decir que, cuando hablé con él por teléfono desde el hospital, ya estaba en Chicago.

Lo primero que hice cuando llegué fue buscarlo. No se había puesto en contacto conmigo durante todo el fin de semana y tampoco había contestado a mis mensajes. Lo encontré en el pasillo donde tenía la taquilla y lo abordé.
—¿Podemos hablar?
Ni siquiera me miró y se tomó su tiempo para dejar los libros que no necesitaba y coger otros.
—Ahora tenemos clase. —Cerró el armario y comenzó a caminar.
Tuve que alargar mis pasos para acoplarme a sus zancadas.
—¿Por qué no me dijiste que estuviste en Chicago?
—¿Por qué tenía que hacerlo?
Aquello me sorprendió, más por la manera en la que lo dijo que por las palabras en sí. Lo sujeté del brazo para que se detuviese y lo miré interrogante.
—¿Y por qué no?
—Porque era un asunto privado.
—Por el tema de las drogas, seguro —intenté bromear con él para que volviésemos a nuestra dinámica de siempre.
Vi cómo se contenía para que no aflorase una sonrisa a sus labios y, de inmediato, se recompuso.
—Fuera por lo que fuese, no te importa.
Pasó por mi lado y entró en el aula.
No entendía nada, no sabía qué podía haber cambiado durante el fin de semana para que él ahora se comportara así conmigo. Me gustaría decir que me daba igual, que podría irse a freír espárragos si quería, pero lo cierto es que me dolía su actitud y, cuando no entendía las cosas, mi cerebro se empeñaba en darle vueltas hasta que encontraba un motivo o una solución.
La guinda del pastel fue entrar a clase y ver que se había sentado con Adam de nuevo y que Lauren estaba junto a mí.
—A mí no me mires —replicó mi amiga en voz baja—. Oliver me pidió cambiar el sitio.

Durante todo el día no miró en mi dirección ni una sola vez, salió de clase antes de que lo hiciese yo y, cuando llegué al aparcamiento, ya se iba con su moto.
En medio de toda la rabia que me carcomía, saqué el móvil y tecleé: «COBARDE».

Aquella semana fue un infierno para mí: tuve que ponerme al día con los trabajos y las materias a las que había faltado por estar en Nueva York, hacer los exámenes y empezar a organizarme para enviar las solicitudes a las universidades que más me interesaban, y lidiar con el vacío que Oliver se había empeñado en hacerme. En medio de esa vorágine de estrés, me encerré en casa y me obligué a no pensar en nada más que no fuesen mis estudios hasta el viernes, que por fin terminé todo lo que tenía pendiente.
Por la tarde, pasé a por Naia y quedamos con Lauren en la Torre del Pirata para despedirnos antes de las fiestas de Navidad y celebrar el fin de las clases. Bajamos entre las rocas hasta llegar a los pies de la torre, donde ya se escuchaba música. No me sorprendió que Adam y Jake estuviesen, pero sí que Oliver hubiese venido. Después de evitarme y de ni saludarme durante toda la semana, no tenía sentido que hubiese aceptado venir, pero allí estaba. Noté sus ojos clavados en mí mientras avanzaba hacia ellos, pero yo me negué a mirarlo. Si así quería que fuesen las cosas, así serían.
—¿Qué tenéis por ahí? —pregunté en cuanto llegué hasta ellos.
—Nosotros estamos servidos. —Lauren señaló los botellines de cerveza que tenían en la mano.
El hermano de Adam trabajaba en una gasolinera los fines de semana y nos conseguía bebidas alcohólicas, que guardábamos en la caseta de la piscina de Adam para las fiestas.
—Yo no quiero cerveza —dijo Naia—. ¿No hay nada más dulce?
—*Yi ni quiiri cirvizi* —la imitó Jake.
—¿Qué problema tienes conmigo? —lo encaró mi amiga.
—Contigo no tendría nada, ni siquiera problemas.
—Pues ya somos dos.
Naia lo insultó por lo bajo y se alejó de él.
—Niños, portaos bien —los riñó Lauren.

Yo sonreí y me acerqué hasta la pequeña nevera de playa que había a un lado y cogí una cerveza. Me senté en una de las rocas y miré hacia el mar. Me encantaba cuando por las tardes el oleaje era más fuerte y el agua chocaba contra las piedras, el olor a salitre, el burbujeo de la espuma… Lo echaría de menos cuando me marchase a Nueva York. Me ajusté el pañuelo que llevaba al cuello para templar mi cuerpo de la brisa fría de mediados de diciembre.
—Bueno, venga. —Adam dio una palmada—. Lauren se irá con su familia a Nevada, Jake se marcha a esquiar con sus padres, Violet trabaja en el restaurante de su familia. ¿Y tú, Naia?, ¿qué harás?
—Estudiar y salir si queda alguien por aquí.
Adam asintió.
—¿Oliver?
Levanté la cabeza y lo miré por primera vez. Se movió incómodo, coincidió con mis ojos y apartó la mirada.
—Me marcho mañana a Chicago —dijo al fin.
—¿Otra vez? —se quejó Adam.
—Eso, Oliver, cuéntanos por qué quieres ir a Chicago otra vez —lo azuzó Jake con una sonrisa maliciosa.
Aquello hizo que me pusiese en guardia y esperé la respuesta de Oliver con mucha más ansiedad de la que debiera.
—Yo no he dicho que quiera ir —lo interrumpió con sequedad—. Ojalá pudiese quedarme. —Me miró de nuevo hasta que giró la cabeza y cortó toda conexión.
—Bueno, vale. Uno menos —intercedió Adam—. ¿Eve? No te irás tú también, ¿no?
—Tal vez a pasar el día, pero estaré aquí, en Laguna Beach.
—Pues algo tendremos que hacer. Por lo pronto, mis padres tienen hoy la cena de Navidad en la empresa. Podemos ir a mi casa, pedir *pizzas*, ver alguna película, jugar a algo… —sugirió Adam.
Lauren entrecerró los ojos y se acercó a Adam para decirle algo al oído, visiblemente molesta. No había que ser demasiado perspicaz para saber que mi amiga esperaba pasar el resto de la noche con su novio, a solas.
—Hay tiempo para todo —susurró Adam—. Bueno, ¿qué me decís?, ¿os apuntáis? —gritó, animado.

—Cuenta conmigo. —Jake levantó su cerveza.
—Yo también iré —se sumó Naia.
—¿Y lo decides así? ¿Sin preguntar a papá y a mamá? —preguntó Jake para incordiarla.
—¡OH! Tienes razón. —Naia sacó el móvil y, tras trastear con la pantalla, se lo puso en la oreja para, de inmediato, apartarlo y mirar a Jake—. Mis padres dicen que te vayas a la mierda.
Aquello nos hizo sonreír a todos, incluso al propio Jake.
—¿Eve? —me preguntó Adam.
—Lo estoy pensando.
—¿Oliver? —Adam le palmeó el hombro.
—No sé si es buena idea, mañana tengo que madrugar.
—Ya lo he pensado —intervine—. Voy.
Oliver me fulminó con la mirada, pero Adam, alegre, soltó una carcajada y puso la cerveza en medio del semicírculo que habíamos formado.
—Brindemos por el nuevo año, para que se cumplan todos nuestros sueños.
—¡Qué tierno! —se burló Jake.
—Vale, pues que cada uno brinde por lo que quiera —intercedió Lauren—. Empiezo yo: brindo por conservar nuestra amistad.
—Pues yo brindo porque el nuevo año nos traiga experiencias nuevas y maravillosas —se unió Naia.
—Nala, podrías haber dicho follar y ya está. —Jake puso los ojos en blanco.
Naia enrojeció.
—Me llamo Naia. Y sí: si quiero, follaré —le dejó claro.
—Como si me importase. —Jake soltó una carcajada.
—Como si a mí me importara que a ti te importase.
Miré a Naia, intrigada. ¿Desde cuándo tenían este tira y afloja?
—Venga, Jake, ahora tú —lo animó Adam.
—Brindo por la verdad y las segundas oportunidades.
Jake me miró y fue mi turno de poner los ojos en blanco. De todos los deseos, al menos había uno que sabía que no se iba a cumplir, el de Jake.
—Oliver —llamó Adam.

—Yo brindo por ser libres y hacer lo que realmente queremos.
Coincidí con sus ojos y me mantuvo la mirada, como si quisiese añadir algo más, pero no lo hizo. Carraspeé y alargué mi mano para poner mi cerveza en el centro junto con los demás.
—Brindo porque este año nuevo no nos haga sufrir.
Chocamos las botellas y bebimos un trago.
—Ojalá, Zanahoria —susurró Oliver en mi oído, antes de darse la vuelta y marcharse.

Capítulo 24

Sin pecado, no hay penitencia. Y, si yo ya estaba penando, solo me faltaba pecar.
Oliver

EVE

Nos sentamos todos en el suelo, alrededor de la mesa de centro, para dar buena cuenta de las *pizzas* que habíamos pedido. Todavía no habíamos terminado de cenar cuando Oliver apareció, serio.
—Creíamos que no vendrías —dudó Adam.
Por toda respuesta, se encogió de hombros y se sentó en el suelo, frente a mí. Intenté ignorarlo como llevaba haciendo toda la semana, pero me resultaba difícil cuando sentía sus ojos sobre mí, atentos a cualquier movimiento por mi parte.
—Bueno, supongo que después de Navidad tendremos que seguir con el programa de playas —replicó Naia con fastidio.
Mis ojos coincidieron con los suyos. Ambos sabíamos lo que implicaba aquello: pasar más horas juntos.
—El otro día hablé con el director Moore y me dijo que, si no había más incidentes, podríamos dejar el programa a finales de marzo para tener el último trimestre libre. Entiende que ahora tenemos que centrarnos en la universidad —explicó Lauren.
—Bueno, por fin una buena noticia. —Jake se levantó para retirar las cajas de *pizza* y dejar la mesa despejada.
—Como si tú hubieses hecho mucho —se quejó Naia.
Jake, que se había acercado a ella para retirar las servilletas que había usado, las dejó caer en su regazo.
—¡Eh! —se quejó ella.
—Y menos que voy a hacer —replicó él.
Lauren intercedió a favor de Naia y Adam, de Jake. Y, mientras los cuatro discutían, Oliver y yo nos mantuvimos en silencio, sin dejar

de mirarnos, como si estuviésemos conectados a una corriente eléctrica y no pudiéramos soltarnos.
—¡Ya está bien! —gritó Naia, para sorpresa de todos. Solía ser la más discreta y modosita de nosotras, así que aquel arrebato fue como si descubriésemos una parte de Naia que no conocíamos—. Lo mejor será que yo ignore a Jake y que Jake me ignore a mí.
Todas las miradas se dirigieron a Jake.
—No —respondió con rotundidad—. Me lo paso demasiado bien jodiéndote.
—Eso es lo que a ti te gustaría, joderme. Pero no va a pasar.
—Nunca digas nunca.
Naia estaba roja de ira, mientras que Jake parecía disfrutar de la discusión.
—Para estar así, casaos —los interrumpió Adam.
—¡Jamás! —exclamaron los dos a la vez.
El hermano de Adam entró en aquel momento acompañado de dos de sus amigos. Ian era tres años mayor que nosotros y había cursado ya dos años de Medicina en Stanford. Había vuelto para las vacaciones de Navidad y, en cuanto nos vio, se acercó a saludarnos. Besó a Lauren en la mejilla, después a Naia y luego se acercó a mí.
—¿Cómo está mi pelirroja preferida?
Ian era de los chicos más guapos que había conocido. Tenía unos ojos verdes impresionantes, que todavía destacaban más por el tono moreno de su piel. En secreto, había estado colada por él durante años. Porque, además, tenía ese aire de perdonavidas que tanto nos gustaba a las adolescentes.
—Echándote de menos, como siempre —repliqué con dramatismo.
Ian soltó una carcajada y me enterró entre sus brazos.
—A ti no te conozco —reparó en Oliver. Tal vez porque le prestaba demasiada atención. Bueno, a los dos.
—Oliver —se presentó. Estiró la mano, e Ian se la estrechó con la que le quedaba libre, porque con el otro brazo me tenía sujeta contra él.
—Oliver es nuevo en la ciudad —explicó Adam—. Por cierto, ya puedes soltar a Eve.
—Eso —masculló Oliver.

—¿Y tú qué dices, preciosa? —se dirigió Ian a mí.
—Yo no puedo pensar cuando estoy entre tus brazos.
Ian volvió a reírse a carcajadas, pero se alejó de mí.
—Hemos traído más bebidas, ¿teníais algún plan? —Ian dio una palmada y nos miró de hito en hito.
—Ese mismo —confirmó Jake—. Beber para celebrar que hemos terminado las clases.
—Estupendo.
Los amigos de Ian se apresuraron a prepararlo todo alrededor de la mesa y a poner música. Lauren y Naia creaban una lista de reproducción mientras Jake y Adam se servían los primeros cubatas. Me ausenté para irme al baño y, cuando estaba a punto de cerrar la puerta, Oliver se coló conmigo dentro.
—¡¿Qué haces?! —exclamé.
Se apoyó sobre la madera y echó el cerrojo.
—No lo sé —dijo al fin.
—Bueno, pues hasta que lo sepas, déjame tranquila. —Lo empujé para apartarlo de la puerta, pero estaba claro que no lo conseguiría a menos que él se dejase.
—Quiero estar contigo.
Aquello me hizo enmudecer y quedarme quieta.
—Pues tienes una forma muy curiosa de demostrarlo —susurré.
Avanzó un paso y me rodeó la nuca con una mano. Aquel contacto me cortocircuitó y me hizo ser más consciente aún de todos y cada uno de sus movimientos. De cómo sus ojos mostraban una expresión torturada y de anhelo a la vez. De su pecho, cerca del mío al rozarse en cada respiración.
—No debería. Pero no puedo evitarlo —admitió con voz ronca.
—No te entiendo…
—Mis palabras puede que sean ambiguas, pero mi cuerpo no miente. Me traiciona cada vez que estás cerca. Mis ojos, mis labios, hasta mis pensamientos te pertenecen. —Juntó su frente con la mía y cerró los ojos—. Quiero estar contigo —repitió.
—Y yo —confesé, cansada de aquel ni contigo ni sin ti que había entre nosotros y porque, a quién quería engañar, era mi debilidad.
—Espérame —me rogó en un suspiro.

Enredó la mano en mi cabello e inclinó la cabeza para besarme. No creo que nunca me hubiesen besado así, con aquella pasión, ansiedad y desespero. Pero eso era todo lo que yo necesitaba, saber que le importaba tanto como él a mí y dejarme llevar. Porque no sabía cuándo ni cómo ni por qué, pero Oliver se había convertido en la ilusión más importante de mi vida, junto con mi acceso a Columbia. Quería verlo, estar cerca de él, compartir mis pensamientos más catastróficos y los más esperanzadores, besarlo hasta que me faltara el aliento y fundirme con él hasta que no supiésemos dónde terminaba su cuerpo y empieza el mío… Sí. Estaba loca por él. Era un hecho.
Me puse de puntillas y enlacé los brazos alrededor de su cuello. Oliver me rodeó la cintura para pegarme más a él mientras nuestras lenguas luchaban por probarse, retarse y terminar enlazadas. Me levantó por el trasero y yo le rodeé las caderas con mis piernas.
—Joder —gruñó—. Es que me vuelves loco, Zanahoria.
—Cállate —exigí—. No lo estropees.
Por primera vez en mucho tiempo, lo vi sonreír de nuevo.
—Tus deseos son órdenes para mí.
Me apretó contra la pared mientras volvía a asaltar mi boca y todos mis sentidos se concentraron en que aquello no terminase nunca. En que aquella sensación de felicidad que me embargaba estando con él me acompañase siempre.
—¿Eve? ¿Estás bien? —escuché la voz de Lauren al otro lado de la puerta. Estaba dispuesta a ignorarla, sin embargo, Oliver no pensó lo mismo. Me dejó en el suelo y apoyó ambas manos al lado de mi cabeza para tomar aliento.
—Dile que sí y que ahora saldrás —susurró.
—Si le dijese que estoy contigo, me dejaría en paz.
—No. Nadie puede saber que estamos juntos.
—¿Por qué?
—¿Eve? —insistió Lauren a la vez que movía la manivela.
—¡Estoy bien! —grité.
—Vale… —dudó—. ¿Sabes dónde está Oliver?
Él negó con la cabeza y yo apreté los labios, disgustada. ¿Por qué no podían saber que estábamos juntos?

—¡A mí qué me cuentas! —espeté a mi amiga. Bajé la voz y lo miré con intensidad—. ¿Por qué no pueden saberlo? Creía que ya habíamos dejado esa fase atrás.
—Dame tiempo —me pidió.
—¿Para qué? —me exasperé.
—Confía en mí. Por favor. ¿Quieres estar conmigo? —Estaba tan desesperado y me pareció tan vulnerable que enmarqué su rostro entre mis manos y lo besé con suavidad.
—Sabes que sí.
—Eve, de momento, esta es la única manera.
—¿Es por tu familia?
Vi la duda en sus ojos, pero finalmente asintió.
Tenía la cabeza hecha un lío, pero, si me preguntaban si prefería estar con Oliver en secreto o sin él, no había nada que decidir.
—Está bien —asentí, y él suspiró aliviado.
—Te echaré de menos cada puta hora de cada maldito día que no esté —confesó.
Me besó de nuevo en los labios y, sorprendida, lo vi salir por la ventana del cuarto de baño que daba al jardín.

Capítulo 25

Cuando la vida te sonríe, es difícil ocultar la felicidad, pero lo haces porque no supone un gran esfuerzo. Sin embargo, con la tristeza es diferente.
Su sombra te persigue.
Eve

OLIVER

Rodeé la casa y me detuve en el jardín, delante de la piscina durante unos momentos. ¿Me arrepentía? No. ¿Me arrepentiría? Esperaba que no.
—¡Eh! —Adam se acercó hasta mí—. Te hemos estado buscando. ¿Dónde te habías metido?
—Necesitaba tomar el aire.
Entrecerró los ojos y me miró con bastante recelo.
—Eve y tú habéis desaparecido. Pensé que estaríais juntos.
—Pues ya ves que no.
—Sí. Eso parece —dudó sin convicción—. Tío, somos amigos. Puedes contarme lo que te pasa. Estás muy raro últimamente.
—Supongo que no soy tan fuerte como creía y el cambio de residencia sí me ha afectado después de todo —me excusé.
—¿Seguro que solo es eso?
—¿Qué más puede ser?
—Eve —dijo sin más.
—¿Qué pasa con Eve? —me puse a la defensiva.
Adam miró hacia la oscuridad, dudaba si hablar o no, y yo quise que no lo hiciese. Me gustaba la burbuja en la que todo era perfecto entre ella y no.
—¿Qué sientes por ella?
No tuve esa suerte.
—No sé qué quieres que diga.

Me encaró con bastante más seriedad y decisión de lo que esperaba.
—La verdad.
Medité durante unos segundos mi respuesta. Pese a lo que había dicho Adam, sabía que no podía confiar en él. Me lo había demostrado en la fiesta de Halloween y no estaba dispuesto a arriesgar mi relación con Eve.
—Hay que estar ciego para que Eve no te guste —dije al fin—. Pero, si lo que me estás preguntando es si siento algo por ella, la respuesta es no.
«No te importa».
Me miró con fijeza para descubrir la mentira en mis ojos, pero yo me jugaba demasiado como para dejarle ver la verdad.
—Mejor —dijo al fin.
Palmeó mi espalda y sonrió, más relajado.
—¿Por qué te importa tanto si Eve y yo tenemos algo o no? —Ahora era mi turno de interrogarlo.
—Es mi amiga.
—Ya, bueno. Y la de Lauren, Naia y Violet, y ninguna de ellas me ha preguntado.
—Mira, Oliver, entre los tíos nos entendemos. Eve es buena chica, pero no es de fiar. Hoy está contigo, mañana con otro, o con todos a la vez. Hasta mi hermano ha caído en sus redes y cada vez que viene se ven. No hace falta que te diga cómo acabarán esta noche. Es solo sexo, pero Eve tiene algo que te atrapa y te vuelve loco.
No podía estar más de acuerdo con sus últimas palabras, no obstante, no me esperaba para nada que su curiosidad por saber si me interesaba ella era para protegerme a mí y no a la propia Eve. Qué equivocado estaba Adam… Si había alguien que pudiese lastimarla, ese era yo. Sin embargo, me jodió que insinuase que ella estaba con su hermano.
—Volvamos dentro —espeté.
Cuando llegamos al salón, Eve ya estaba allí. Reía y bailaba con el hermano de Adam mientras él la hacía girar como una peonza.
—Lo dicho —susurró Adam en mi oído.
Un fuego desconocido para mí se gestó en mi estómago y me calentó la sangre. Un instinto oscuro y feo me animó a interponerme

entre ellos, apartarla a un lado y dejarle claro al tal Ian que no podía tocarla, que no podía tenerla y que se fuera al infierno. Sin embargo, habíamos evolucionado lo suficiente como para saber que aquello era una *red flag* en toda regla. Me tragué los celos y me senté junto a Jake en el sofá. Bebía como un cosaco y, cuando el alcohol le hacía efecto, siempre solía hacer alguna tontería de la que luego se arrepentía. Si es que acordaba…

—Tío, ¿no crees que deberías beber más despacio? —propuse.

—No —respondió sin más.

—Vale, pues si tu objetivo es el coma etílico, enhorabuena. Vas por buen camino.

—¿No te cansas de ser tan perfecto?

Levanté las cejas, sorprendido.

—Yo no me considero perfecto, ni mucho menos.

—Ay, mierda. Y eso te hace más perfecto aún. Tu jodida modestia, tu manera de facilitarles la vida a tus padres, un modelo de hijo, de estudiante y de jugador de baloncesto. No bebes, no fumas, no haces nada reprochable…

—No apuestes por ello —mascullé.

—Las tías están locas por ti. Hasta Eve te hace ojitos. Y no sabes lo que me jode eso. —Apuró el vaso de tubo de plástico y lo lanzó a su espalda, sin importarle si manchaba algo o no—. Hubo un tiempo en el que me miraba así.

—A lo mejor ha llegado el momento de que lo superes —sugerí.

Soltó una carcajada carente de humor.

—Nadie supera a Eve Baker. Una vez has caído en sus redes, estás jodido.

Miré en su dirección y apreté los dientes. Ian seguía haciéndola reír, cuchicheando cosas en su oído…

—¿Eso es lo que le pasa al hermano de Adam?

Jake miró en la misma dirección que yo y entrecerró los ojos.

—¿Ian? —se extrañó—. No lo creo, siempre se han tratado como hermanos, e Ian tiene otros intereses.

Aquello me hizo dar un respingo y mirar hacia donde se encontraba Adam. Parecía discutir algo con Lauren, últimamente se les veía bastante disgustados, pero a mí aquello me traía sin cuidado. Lo que

no podía obviar y debía averiguar era el porqué de la mentira que me había dicho junto a la piscina.

Capítulo 26

Desear volver y estar jodido. Ese fue mi estado todas las putas Navidades.
Oliver

EVE

Enero de 2015

Oliver volvió de Chicago la segunda semana de enero y, tal y como habíamos quedado, fingimos no ser nada más allá que compañeros de clase. Eso de cara a todos nuestros amigos y a la gente que nos encontrábamos, pero solo él y yo sabíamos lo que significaban los roces accidentales de nuestras manos por los pasillos, cómo nos mirábamos cuando nadie nos veía, las notas que nos dejábamos dentro de las mochilas con discreción, los besos robados debajo de las gradas de la cancha cuando había terminado el partido y no quedaba nadie. Sí, había vuelto a ir a todos los partidos con la excusa de acompañar a Lauren. Naia estaba muy rara desde hacía semanas y se había encerrado en casa para estudiar como si estuviese loca y Violet, bueno, Violet trabajaba y las pocas horas que tenía libres las dedicaba a preparar los exámenes. También habíamos retomado el programa de playas, por tanto, siempre que Oliver no tuviese partido fuera de Laguna Beach, los sábados eran nuestros.
—¿Qué vas a hacer en el puente de la festividad del presidente? —me preguntó una de esas mañanas frías en la playa.
—Mi madre tiene un congreso fuera de Laguna Beach y Steve cierra el taller para irse con Zack a ver a su familia a San Francisco. Yo me quedaré en casa, estudiando.
—¿Sola? —se extrañó.

—No sería la primera vez. ¿Y tú? ¿Tus padres quieren volver a Chicago en el puente?
Cada vez que le preguntaba algo sobre su ciudad natal o su familia, Oliver se encerraba en sí mismo y empezaba a responder con palabras breves y concisas hasta que cambiaba de tema. Sin embargo, me sorprendió que en aquella ocasión fuera más explícito.
—Los he convencido para quedarnos con la excusa de que tengo muchos trabajos que terminar y exámenes que estudiar.
Sonreí y me acerqué hasta él, miré a ambos lados para ver si alguien nos veía y lo besé de manera fugaz antes de que él me atrapara entre sus brazos. Decía que quería que lo nuestro fuese un secreto, pero a veces se le olvidaba y tenía que ser yo la que le recordara que sus padres no sabían nada.
—Te gusta tentar a la suerte… —Aquel brillo pícaro lo conocía muy bien. Y me encantaba.
—¿A mí? —Pestañeé con inocencia.
Oliver avanzó un paso y yo lo retrocedí mientras lo señalaba con un dedo.
—Ni se te ocurra.
No obstante, estiró la comisura del labio y siguió avanzando.
—Cuánto más te resistas, más dulce será la victoria.
—Alguien nos verá —le advertí.
—Solo verán a una zanahoria rebozada en arena.
Solté un grito de indignación, me detuve y puse las manos en la cintura.
—Si me vuelves a llamar zanahoria, no te invitaré este fin de semana a mi casa.
Aquello lo detuvo.
—Eve Baker, ¿estás invitando a un chico a tu casa cuando tus padres no están?
—A un chico, no: a ti. Pero claro, ahora ya no lo sé. Después de llamarme zanahoria, es posible que te retire la invitación.
Se dejó caer de rodillas con teatralidad, pero era tan alto que sus ojos casi coincidieron con los míos. Alargó los brazos, me rodeó por la cintura y tiró de mí hasta que nuestros cuerpos se encontraron. El corazón me latió desbocado por la forma en la que me miraba.

Retiré un mechón de pelo que se había enredado en sus oscuras pestañas y lo supe en aquel instante: me había enamorado con una intensidad que asustaba.
—Joder, eres preciosa —susurró.
No pude hacer otra cosa que bajar la cabeza y besarlo, porque no podía hablar. O, más bien, no debía hacerlo. Porque, si dejaba a mi lengua articular palabra, dibujaría un «te quiero». Preferí enredarla con la suya y suspirar mi declaración secreta en sus labios.

Oliver llegó a la hora prevista el sábado, pero Steve se había retrasado preparando el equipaje y mi hermano y él todavía no se habían marchado. En cuanto abrí la puerta, Oliver me sonrió, pero mi mirada culpable y la voz de Steve borraron por completo su gesto.
—¿Quién es, Eve? —gritó Steve.
—Es el compañero que te he dicho que venía a hacer un trabajo conmigo.
—No pensaba que fueras a ser tan directa y sincera —susurró, incómodo.
—¡Cállate! —Lo golpeé en el brazo, con las mejillas teñidas de rojo.
Entramos en el salón y Oliver descubrió a Zack en la alfombra, entretenido con sus piezas de construcción. Sonrió y dejó el casco de su moto a un lado para sentarse junto a él en el suelo.
—Vaya, ¿has construido tú todo esto?
Como era de esperar, Zack no le contestó. La figura de cualquier extraño suponía para él una invasión de su intimidad y le creaba inseguridad. Le había dicho a Oliver que mi hermano era especial y que necesitaba terapia, pero era evidente que no entendía el alcance de mis palabras. Estiró una mano para coger una de las piezas y Zack le dio un manotazo. Empezó a balancearse, a mover los dedos de las manos y a murmurar cosas inteligibles. Me apresuré a acercarme a él, me senté detrás y lo abracé por la espalda mientras tarareaba la canción que tanto le gustaba. Cuando Steve entró en el salón, comprendió de inmediato lo que había ocurrido y me miró como si yo fuese la culpable de haber desestabilizado a Zack.

—Eve, cuando consigas que Zack se tranquilice, ven a ayudarme a cargar el coche.
—Puedo ir yo —se ofreció Oliver.
Steve lo repasó de arriba abajo y negó con la cabeza.
—He dicho Eve.
Tardé unos buenos diez minutos en calmar a mi hermano antes de acudir a ayudar a Steve. Cuando llegué, ya no quedaba nada que guardar, pero sabía que ese no era el motivo por el que me había hecho salir.
—¿Tu madre sabe que has traído a un chico a casa y que te vas a quedar a solas con él?
—Sí —respondí.
—¿Y le parece bien? —replicó con seriedad.
—¿Por qué no se lo preguntas tú mismo?
Mi respuesta no pareció gustarle, se cruzó de brazos y me fulminó con la mirada.
—No me gusta ese chico.
—No lo conoces.
—No me hace falta conocerlo para saber qué espera de ti.
Aquello me cabreó mucho, muchísimo, y tuve que controlarme para no decirle dónde podía meterse su opinión.
—Mira, Steve, si tienes alguna queja, llama a mi madre.
—No lo dudes. Pero que no se te olvide que yo también vivo en esta casa y pongo las reglas.
—Mi madre y mi padre son los únicos que tienen potestad para tomar decisiones sobre lo que hago o dejo de hacer —repliqué, enfadada.
—Mientras tu madre no esté, tienes que hacerme caso —se enfadó —. Y te prohíbo que te quedes a solas con ese chulo de instituto.
En aquel momento, Zack salió de la casa y se montó en el coche.
—Adiós, Steve —repliqué con bastante insolencia, lo reconozco.
Lo rodeé y me acerqué hasta donde estaba Zack para abrocharle el cinturón y despedirme de mi hermano.
—Adiós, peque —susurré—. Pórtate bien. Te echaré de menos. —Lo besé en la frente y me retiré para cerrar la puerta.

Steve sabía que, si se demoraba demasiado en subir al vehículo, Zack se pondría más nervioso y el viaje podría ser un infierno. Después de fulminarme con la mirada, se puso al volante y se marchó.
Al entrar en casa de nuevo, Oliver seguía sentado en el suelo, junto con los juguetes de Zack.
—Siento si te he ocasionado algún problema —se disculpó.
—Nada a lo que no esté acostumbrada —le resté importancia. Era lo que hacía siempre, intentar quitar hierro al asunto para poder superarlo. Sin embargo, cada vez me costaba más ignorar la manera en la que Steve intentaba controlarme.
Me acerqué hasta Oliver y él se recostó en el sofá que tenía detrás para que yo pudiese acomodarme en su regazo. Me senté a horcajadas sobre sus piernas y él no tardó en rodearme por la cintura.
—Todavía temo que tu padrastro entre por esa puerta y me dispare si nos descubre enrollándonos en su salón.
—Olvídate de Steve —susurré. Me pegué a su pecho y empecé a besarlo. Besos cortos pero lentos sobre su mandíbula. Ascendí hacia el cuello y dejé a mis labios recorrer la piel sensible de debajo de su oreja.
Sentí cómo su pulso se aceleraba y su respiración se tornaba errática.
—¿Quién es Steve? —gruñó, antes de colocar las manos en mi trasero y empujarme hacia él.
Me pegué tanto a su pecho como pude. Él metió la mano dentro de mi camiseta, me acarició la espalda y al llegar a mis costillas, tanteó el contorno de mi pecho hasta rodearlo. Con el índice y el pulgar, me presionó el pezón, y yo respondí meciendo las caderas sobre la erección que se apretaba contra mi sexo. Oliver levantó la pelvis para sentir más presión y yo gemí, con la cabeza hacia atrás, totalmente entregada a él.
—Joder, eres mi perdición, Eve.
—Y tú la mía —le aseguré.
Apartó mi sujetador a un lado y el calor y la humedad de su boca sobre la cumbre de mi pecho me hicieron perder la razón. Enredé

mis dedos en su pelo para acercarlo más, y él respondió con un movimiento ágil que me dejó tumbada sobre la alfombra y con él entre mis piernas. Me arqueé contra él cuando presionó con los dientes mi pezón. Tiré de su camiseta, se la pasé por la cabeza y, al momento, su torso se pegaba al mío. Volví a acariciar el contorno de los músculos de su espalda hasta llegar a su trasero y presionarlo contra mis caderas. El calor y la humedad empaparon mis bragas y sentí la necesidad urgente de que me acariciase en aquel punto para aligerar la tensión que se concentraba en mi vientre.
—Tócame —rogué, desesperada.
—Eve… —me advirtió—. Estamos yendo demasiado rápido.
Gemí y volví a presionar la pelvis contra él.
—Por favor… —Me mordí el labio inferior y comencé a frotarme.
—Hostia puta —siseó.
Cerró los ojos y condujo su mano hacia el botón de mis pantalones, lo desabrochó y, despacio, se adentró en el elástico de mis bragas, me rozó el clítoris y gruñó cuando encontró la humedad que le facilitaría el acceso al interior de mi cuerpo.
A aquellas alturas, mis jadeos eran incontrolables. Cuando Oliver tanteó mi entrada, creí que perdería la razón. Rodeaba el clítoris con el pulgar con suaves movimientos y apenas introducía un dedo y lo sacaba para volverme loca y que le exigiese más.
—Voy a guardar esta imagen el resto de mi vida.
Abrí los ojos y vi el deseo en los suyos. Me urgió la necesidad de tocarlo e intenté acariciar su erección, pero Oliver siseó y negó con la cabeza.
—Quiero que te corras.
Sin más, introdujo un dedo, apoyó la palma de la mano sobre mi sexo y comenzó a moverse. Perdí la razón, el sentido y toda la vergüenza mientras acompasaba mis movimientos a los suyos para encontrar mi liberación. Me deshice entre sus brazos, agotada y satisfecha. Mis músculos todavía palpitaban sobre sus dedos cuando se retiró y me besó como si le fuese la vida en ello.
—Déjame tocarte —le pedí.
Negó con la cabeza y apoyó la frente contra la mía.
—Ese es mi castigo —siseó.

Quise protestar, preguntar a qué se refería, pero no me dejó. Su boca volvió a fundirse con la mía y el mundo desapareció.

No sé el tiempo que pasamos así, en el suelo, sin dejar de besarnos hasta que Oliver se detuvo.
—Nunca tendré suficiente de ti —jadeó—, pero deberíamos parar.
Sabía que tenía razón, pero era la primera vez que no teníamos que escondernos y no tenía suficiente de él, de eso que nos unía y que yo ya había asumido que era más que simple atracción.
—Vale… —acepté a regañadientes—. Te quedarás a comer, ¿verdad?
—Pasé los dedos entre su cabello despeinado y él frotó la nariz contra la mía.
—Vas a tener que echarme si quieres que me vaya.
Me ayudó a levantarme y, mientras yo me dirigía hacia la cocina, Oliver se fue al baño. Sacaba los ingredientes del frigorífico cuando lo sentí a mi espalda. Oliver seguía todos y cada uno de mis movimientos hasta que dejé a un lado las verduras para cortar y le hice un gesto de cabeza para que me ayudase. Cogió un cuchillo y empezó a pelarlas.
—Me dijiste que tu hermano tenía problemas…
—Tiene autismo —expliqué—. No percibe el entorno como nosotros y no le gusta que toquen sus cosas. —Le guiñé un ojo y le sonreí para que entendiese que no pasaba nada por haber intentado jugar con él.
—Debe ser complicado entenderlo.
—Bueno, a veces. La mayoría de las ocasiones es fácil anticiparte o encontrar qué ha sido el detonante, porque tiene unas rutinas muy marcadas. No lleva bien los cambios. Por ejemplo, para marcharse hoy con Steven y sin mi madre, estuvimos toda la semana trabajando una historia social para que entendiese lo que iba a suceder.
—No tengo hermanos, así que no sé hasta qué punto afecta su trastorno a la familia, pero entiendo que mucho.
—Lo ocupa todo —murmuré, mientras ponía agua a hervir—. Zack necesita supervisión constante, terapias y un montón de profesionales que lo ayuden. Mi madre se ha volcado en él porque

es el que más lo necesita y, bueno, Steve no sabe muy bien cómo interactuar con Zack.
—¿Y tú? ¿Qué hay de ti?
—Yo lo ayudo siempre que puedo…
—No. Me refiero a quién se ha ocupado de ti.
Oliver dejó a un lado las verduras y me obligó a mirarlo.
—Desde que mi padre se fue, me he acostumbrado a gestionar y organizar mis cosas sin ayuda de nadie.
—Tu padre se fue, pero tú te quedaste con tu madre.
Se me instaló un nudo en la garganta y los ojos se me llenaron de lágrimas. Sí, yo me quedé con mi madre, pero ella no estaba conmigo. No estaba con nadie que no fuese su dolor, en realidad.
—Eh… —Oliver intuyó mis lágrimas y me abrazó contra su pecho.
—Fueron tiempos difíciles —acerté a decir.
—Siento haber sacado el tema.
Negué con la cabeza y me aparté de él para poner los espaguetis a hervir. Sabía que me seguía con la mirada por toda la cocina, pero yo necesitaba volver al mismo ambiente que habíamos compartido en el salón. A la complicidad, las caricias, los besos, las risas… A lo que me daba vida.
—¿Qué les has dicho a tus padres?
Oliver se acercó a mí y se apoyó de espaldas a la encimera de la cocina para poder mirarme de frente.
—Que había quedado para estudiar en casa de un amigo y que regresaría por la noche. Mi padre tenía turno en comisaría y mi madre se pasará el día trabajando también. No creo que me echen de menos.
—Mejor… —sonreí con tristeza. No se lo iba a decir aún, no cuando todo entre nosotros era tan intenso y maravilloso. Pero la realidad era que me dolía que me escondiese de su familia. Con su manera de proceder, me hacía creer que se avergonzaba de mí, que sus padres no me aprobarían y que no era buena para él.

Pasamos el resto de la tarde acurrucados en el sofá, con la tele de fondo y un bol de palomitas abandonado en el suelo mientras nos enrollábamos. Oliver, encajado entre mis piernas, subió una mano

por dentro de mi camiseta en busca de mis pechos y palpó por primera vez la cicatriz que tenía debajo de las costillas. Apartó sus labios de los míos y me miró con ojos brillantes.
—¿La puedo ver? —Tenía la voz oscura y grave.
Asentí y, despacio, levantó mi jersey hasta que la marca quedó visible.
—¿Cómo te la hiciste?
—Me caí sobre los cristales de un vaso —expliqué con brevedad.
—¿Cuántos años tenías?
—Siete…
No tuvo que esforzarse mucho para atar cabos.
—¿Quieres contármelo?
No sabía si quería. Por un lado, era cierto que había sido un accidente, pero por otro…
—Mi madre rompió un vaso contra la pared. Cuando me agaché para recogerlo, quiso impedírmelo para que no me cortase, pero me empujó sin querer y caí sobre un cristal.
Me evaluó en silencio.
—¿Por qué rompió el vaso?
—Porque era incapaz de gestionar su frustración y su dolor, supongo.
—Por la separación de tu padre —afirmó.
Yo asentí en silencio.
—¿Aún te duele?
—A veces, pero no sé si es más psicológico que físico.
Con suma delicadeza, deslizó el dedo sobre el relieve. Se me erizó la piel y, como consecuencia, los pezones se me endurecieron. Solté un jadeo, que él no advirtió porque levantó la cabeza de golpe y fijó su mirada en la mía.
—Tengo una idea.
Se incorporó y me tendió la mano. Al cabo de diez minutos, estábamos montados en su moto camino de un estudio de tatuajes.
Al entrar, un hombre corpulento y con barba nos miró con recelo de arriba abajo.
—Queremos hacernos un tatuaje —evidenció Oliver.
—¿Edad?

—Veintiuno.
El tatuador levantó una ceja, escéptico.
—Según la ley estatal, cualquier persona mayor de dieciocho años puede hacerse un tatuaje, incluso sin el consentimiento de los padres. Esto se establece bajo el Código Penal de California, sección 653, que prohíbe a los menores de edad someterse a procedimientos de tatuaje.
—Vale, tenemos dieciocho —rectificó Oliver. Sacó su licencia de conducir y la dejó sobre la vitrina.
—¿Y ella? —Cabeceó hacia mí.
—Dieciocho también —mentí. Todavía no los había cumplido, el veintiséis de marzo era mi cumpleaños. Pero ¿qué más daban unos meses más o unos meses menos?
—¿Y tu licencia? —insistió.
—No la he traído —abrevié.
—Vamos, te he dicho que tenemos dieciocho. —Oliver intentó hacerlo entrar en razón.
—También me habías dicho veintiuno.
—Vale, pero ya ha quedado claro que no. Venga, tío. No insistiríamos si supiésemos que no es legal. Sabemos que te meterías en un lío.
Durante los segundos que lo meditó, creí que me fallarían las piernas. Al final cabeceó, nos acompañó a una pequeña salita y nos dio varias carpetas con dibujos.
—Cuando lo tengáis claro, avisadme.
Nos quedamos a solas y Oliver sonrió, satisfecho. Se sentó junto a mí y empezó a abrir las carpetas.
—No necesito mirarlas. Ya sé lo que quiero.
—¿Qué? —quiso saber, sorprendido.
—La constelación de Casiopea.
Saqué mi móvil y la busqué para mostrársela. Era un tatuaje sencillo y elegante, de finas líneas discontinuas que me servirían para cubrir la cicatriz. En las cinco puntas que formaba la constelación, había pequeñas estrellas.
—Es precioso. Pero ¿por qué ese?
Me encogí de hombros.

—Casiopea simboliza vanidad, orgullo y belleza, pero también el castigo divino y una lección de la humildad. En la mitología, Casiopea era la esposa del rey Cefeo y madre de Andrómeda. Su vanidad llevó a que Poseidón, dios de los mares, enviara un monstruo marino a asolar las costas de su reino, lo que obligó a Cefeo y Casiopea a sacrificar a su hija, Andrómeda, para apaciguar al monstruo. Finalmente, Perseo, enamorado de Andrómeda, la salvó y se casó con ella. En el cielo, Casiopea, Andrómeda y Perseo fueron colocados como constelaciones para recordar esta historia de vanidad, sacrificio y amor. Casiopea, en el cielo, permanece eternamente ligada a su trono, girando alrededor del polo norte celeste, en una representación de su castigo por su vanidad. Supongo que me siento identificada.
No dijo nada, solo me miró.
—Vale. Ahora falto yo.
Lo miré sorprendida.
—¿Tú también vas a tatuarte?
—Por supuesto, Zanahoria. —Se acercó para besarme, pero yo me aparté a un lado, enfurruñada—. ¡Oh, venga! —Volvió a acercarse y yo, a retirarme.
—Dime algo bonito —exigí.
La sonrisa desapareció de sus labios y un brillo especial, casi vulnerable, destelleó en sus ojos.
—Eres mucho más fuerte de lo que crees. Cuidas de tu familia, te preocupas por tus amigos y haces que estar contigo sea adictivo. Soy adicto a ti. Es como si hubiese entrado en tu órbita y fuese incapaz de salir de tu atracción. No puedo hacerlo, pero es que tampoco quiero.
Parpadeé varias veces y tragué el nudo que tenía en la garganta para que las palabras pudiesen salir de mi boca.
—Te perdono.
Oliver volvió a sonreír y cerró la carpeta.
—Yo también sé lo que quiero.

Hora y media hora después, el tatuador terminaba de perfilar los anillos del planeta Saturno sobre un balón de baloncesto en el lado

izquierdo, debajo de costillas de Oliver.
—Siempre en tu órbita. —Me guiñó un ojo y, en ese momento en el que nuestras miradas se encontraron, me sentí más conectada a él de lo que jamás había estado con nadie.

Capítulo 27

Hay tatuajes que, más que en la piel, se llevan en el alma.
Oliver

EVE

Regresamos a mi casa, eufóricos por nuestra atípica y especial escapada. En cuanto entramos entre risas, tropezones y abrazos, el teléfono fijo sonó.
—Tengo que cogerlo. —Le di un manotazo para que me dejase ir y corrí para descolgar.
—¡Eve! —exclamó mi madre—. ¿Dónde te habías metido? Llevo llamando desde hace horas.
—Había quedado con las chicas… ¿Por qué no me has llamado al móvil?
—¡Oh, qué gran idea! —replicó con sarcasmo—. Mira tu teléfono, a ver cuántas llamadas perdidas tienes.
En aquel momento, me di cuenta de que lo había tenido en silencio desde que Oliver había llegado a casa.
—Vale, lo siento. Es que no me he acordado de darle volumen.
—Eso pensaba. —Inspiró hondo y habló mucho más relajada—: ¿Qué tal todo? ¿Estás bien?
—Sí, mamá. Por mí no te preocupes.
—Con el que sí he podido hablar ha sido con Steve.
Puse los ojos en blanco y esperé una reprimenda de mi madre.
—Confío en ti, Eve —dijo sin más.
—Gracias, mamá. —No me lo esperaba y me quedé inusualmente callada hasta que por fin me animé a continuar con la conversación —. ¿Qué tal por el congreso?
—Bien… —dudó—. Agotador, ya sabes. Muchas horas escuchando a gente hablar… Bueno, tengo que dejarte, hablamos mañana. Si necesitas cualquier cosa…

—Sí, lo sé, llamo a la señora Reynolds.
La señora Reynolds era nuestra vecina. Tenía ochenta años y una vitalidad que ya la querría yo para mí en época de exámenes. Muchas veces se quedaba con Zack cuando nadie podía hacerlo y la considerábamos como si fuese nuestra abuela.
—Perfecto.
Cuando colgué, me volví para buscar a Oliver y lo encontré mirando las fotos que había sobre el aparador. Cogió una de las fotografías y sonrió. Yo tenía cinco años y me comía un helado de chocolate, o eso intentaba, porque tenía la boca, las manos y hasta la ropa sucia. En aquella instantánea, bizqueaba mientras procuraba lamer las gotas que se derretían.
—Qué bonita era la vida cuando creía que lo más difícil que me podía pasar era comerme un helado sin mancharme.
—¿Qué es lo más difícil para ti ahora? —Dejó el marco de nuevo donde estaba y me rodeó con sus largos brazos por la cintura.
Lo medité durante unos segundos, pero el móvil de Oliver impidió que le diese una respuesta. Leí el nombre en la pantalla antes de que colgase sin contestar.
—¿Quién es Mia?
—Es mi prima —respondió sin más—. Ya la llamaré después.
Y yo le creí, porque acababa de hacerse un tatuaje conmigo, me había dicho que le atraía y me lo demostraba con cada roce, mirada, caricia o beso.
—Cógelo si quieres.
—No será nada. No te preocupes.
Sin embargo, el que parecía más preocupado era él.
—Podemos pedir hamburguesas para cenar si quieres —cambié de tema por ver si Oliver relajaba el semblante.
—Me parece bien —contestó, esquivo.
Decidí darle espacio y subí a mi habitación para ponerme algo de ropa más cómoda. Cambié los vaqueros por unos *leggings* y la camiseta, por un suéter de punto con escote desigual. Me recogía el pelo en una coleta a la vez que bajaba los escalones cuando me encontré a Oliver a los pies de la escalera.

—Eve… —su tono de voz, arrepentido y apático, no dejaba dudas. Vi que llevaba puesta la chaqueta y cargaba el casco en la mano.
—Te vas —acepté, desilusionada.
—Tengo que hacerlo. Mis padres me han pedido que regrese. Al parecer, ha venido familia sin avisar.
—¿Tu prima?
Oliver no me contestó; se acercó hasta mí, que, al estar dos escalones por encima, estaba más cerca de su altura, y me pegó a su pecho.
—Si puedo escaparme, volveré.
—Vale…
Me besó en los labios y se marchó.

El resto de la tarde la pasé alicaída, tirada en el sofá, viendo películas antiguas hasta que me preparé un sándwich para cenar. Me acababa de sentar en el sillón con la bandeja preparada cuando el teléfono fijo de casa volvió a sonar.
—Buenas noches, ¿está Katherine?
—¿Quién la llama? —respondí con recelo. Desde muy pequeña, mi madre me había enseñado a no dar información sobre si estaba sola en casa o no.
—Soy Susan Lewis, compañera suya en el hospital. Hago su turno de hoy y tengo una consulta profesional que hacerle. La he llamado al móvil varias veces, pero, al no contestar, he buscado el teléfono de su casa.
—Mi madre está en Dallas, en el congreso de enfermería al que la invitó el hospital.
—¿El qué? —se extrañó.
Pero más me sorprendí yo de que su propia compañera no lo supiese.
—Vale, no pasa nada, no te preocupes —se apresuró a responder para quitarle hierro al asunto. Sin embargo, era tarde. Una sensación desagradable y un presentimiento aún peor me pusieron alerta.

Oliver no regresó en todo el fin de semana. Me escribió para decirme que el domingo iría con su familia a Los Ángeles y que el lunes, en

cuanto se fueran, vendría a verme. Pero se complicó la tarde. Steve regresó más pronto y, en cuanto entró, empezó de nuevo con su charla sobre estar a solas con chicos, y no tuve la necesidad de seguir aguantando sus sermones. Me marché a casa de Naia. Mi madre llegó a la hora de cenar, cansada pero contenta. Como si se hubiese cargado de energía. Cuando entré en la cocina, se levantó para darme un beso.

—¿Todo bien? ¿Has cenado?

—Sí. Los padres de Naia me han invitado a cenar.

—Son muy agradables —sonrió mi madre, que parecía no poder estarse quieta.

Se levantó a por salsa de tomate, lo volvió a hacer a por más agua, servilletas y unos cuantos cubiertos más hasta que se sentó, respiró hondo y cargó el tenedor de comida. La miré en silencio hasta que no pude permanecer más tiempo callada.

—¿Qué tal el congreso? —pregunté.

—Bien… pesado. Pero también ha sido… motivador.

—Bueno, de todas formas, la próxima vez que vaya otra —apuntó Steve.

—Eso no es algo que pueda decidir yo.

—Si vuelve a suceder, me quedaré en mi casa. Así evitamos que Zack se ponga nervioso y que Eve traiga chicos a casa.

—Esta también en mi casa —objeté—. Y puedo traer a quien quiera.

Steve me fulminó con la mirada, apretó los cubiertos en un puño y miró a mi madre.

—¿No piensas reprenderla?

—No ha dicho ninguna mentira.

—Estupendo. Aquí soy el último mono. —Se levantó con brusquedad de la silla y Zack emitió un quejido ante el sonido inesperado. Empezó a menear los dedos para autorregularse y mi madre se levantó para abrazarlo por la espalda hasta que se calmase.

—Ya está. Ya pasó —susurró. Comenzó a tararear su melodía favorita y Zack fue relajándose.

—Estoy agotada. En cuanto Zack se acueste, me voy a la cama.

—Pero seguro que ha valido la pena el viaje. —Tal vez fue mi tono de voz o la forma en que la miré, lo cierto es que aquel brillo

especial que se reflejaba en su mirada bajó un poco de intensidad.
—Sí —dudó. Fui testigo de cómo se debatía entre preguntarme si quería decir algo o dejarlo pasar. Al final, debió pensar que Zack ya había soportado demasiadas tensiones y lo dejó correr. Y yo también.

Capítulo 28

Soy de las que piensan que el amor hay que celebrarlo todos los días, porque no se trata del qué, sino del quién.
Eve

OLIVER

Odiaba San Valentín con todas mis fuerzas. La segunda semana de febrero, el instituto se había convertido en una avalancha de corazones rojos. Cada dos pasos había buzones para dejar cartas de amor, que al día siguiente se depositarían en las mesas de los destinatarios. Y luego estaba el otro tema de actualidad. Todo el mundo andaba revolucionado con el jodido baile que habría el sábado.
Entré en la cafetería, y no me hizo falta buscarla: mi cuerpo sabía casi con exactitud dónde se encontraba. El hecho de localizarla en menos de un segundo iba más allá del instinto, no por primera vez me pregunté si sería por algún fenómeno paranormal, pero lo cierto es que su centro de gravedad me llevaba hacia ella, irremediablemente.
Adam levantó la mano al otro lado del pasillo para que me acercase a la mesa del equipo y me encaminé hacia allí.
—¡Eh, Grant! ¿Ya tienes pareja para el baile? —me preguntó Lion.
—No, y no creo que vaya.
—Eres demasiado aburrido —exclamó otro.
—Déjalo. Más oportunidades tendremos lo demás —bromeó Lion.
—Vas a romper muchos corazones —replicó Jake con inquina.
Me importaban una mierda todos esos corazones, solo me interesaba proteger uno.
Miré la mesa de Eve y me tensé al ver que el capitán del equipo de fútbol hablaba con ella. No era la primera vez que Tyler rondaba a Eve; no habíamos hablado de ello ni me había preocupado hasta ese

momento. Tal vez porque no me gustó la idea de que pensase que ella estaba disponible y podía ir al baile con él, o tal vez porque yo era un capullo integral, un egoísta que ardería en el infierno. Aguanté la cháchara de mis compañeros hasta que la hora del almuerzo terminó y tuvimos que regresar a clase.

Me quedé el último en el pasillo para dejar los libros en la taquilla y esperé a que Eve pasara por mi lado. Solía quedarse atrás para poder rozarnos las manos cuando pasaba por mi lado, pero, en aquella ocasión, aquel gesto no fue suficiente. Tiré de ella y nos encerramos en uno de los cubículos del baño de chicos.

—¿Estás loco? —susurró, divertida.

—No quiero ir al baile —dije sin más. Me pareció que el brillo de sus ojos se apagaba un poco y supe que guardaba la esperanza de que fuésemos juntos.

—Vale… —dudó.

—¿Tú vas a ir?

—No lo sé.

—¿Te lo han pedido?

—Sí.

La puerta de los baños se abrió y un grupo de tíos entró. Me puse el dedo frente a los labios para pedirle silencio y ella obedeció.

—El que va a por todas es este. —Oímos al otro lado.

—Se lo ha pedido a Eve Baker porque sabe que, si va con ella, ese día follará seguro.

Escuché las carcajadas de fondo, pero lo vi todo rojo. Iba a matar ese hijo de puta por insultarla de ese modo. Alargué el brazo para abrir la puerta y lanzarme sobre él, sobre ellos…, joder, sobre todo el maldito instituto si hiciese falta, pero Eve me sujetó con fuerza del brazo y negó con la cabeza. Colocó sus manos en mis mejillas y me pidió en susurros que no saliese. Me latía el pulso en la mandíbula y la adrenalina me bullía. Por mucho que Eve me lo hubiese pedido, no estaba seguro de poder controlarme.

—Mírame —me exigió en un jadeo.

Y lo hice, me perdí en sus preciosos ojos color avellana y en aquellos labios que quería que solo me sonriesen a mí, me besasen a mí y me susurrasen palabras a mí.

Eve tiró de mi cabeza para que nuestras bocas se juntasen y yo volqué toda mi frustración en ese beso. Si no podía salir, intentaría tranquilizarme con Eve entre mis brazos. La arrinconé contra la pared y me esforcé por grabar cada uno de mis besos en su piel y en su alma. Perdí la noción del tiempo y todo el control sobre mi propio cuerpo, que demandaba más del suyo, hasta que Eve me empujó con suavidad.
—Se han ido —afirmó, sofocada.
—Quiero celebrar el día de San Valentín a solas contigo.
Me miró en silencio, tratando de evaluar mis palabras o mi estado hasta que al final asintió y tuve un poco paz en mi espíritu. Solo un poco.

El resto de la semana no fue mejor. Cada día dejaban en su mesa un montón de cartas, que ella no se molestaba ni en leer, flores e incluso dulces con forma de corazón, que ella desechaba sin probar. Y el viernes, el día antes del baile de San Valentín, ya fue el colmo. Sobre su mesa apareció una cajita de joyería que llamó la atención de todos los presentes. Con disimulo, Eve me miró para averiguar si era mía, y no. Yo jamás le hubiese dado nada aquí delante de todos estos imbéciles, pero, al parecer, había alguien que quería que su gesto fuese reconocido. Eve se guardó la caja sin abrir, pese a la insistencia de sus amigas para que les mostrase el contenido, y pasó del regalo. Bien por ella, que le jodan al tipo ese. Porque yo ya estaba bien jodido.

Capítulo 29

Las mejores citas son las que los hechos superan a las expectativas.
Oliver

EVE

Oliver me recogió en la esquina de mi casa con el coche de su madre. Decir que estaba emocionada sería un eufemismo; era la primera vez que tendríamos una cita en público, aunque no fuese en Laguna Beach, y me sentí especial.
—Hola —susurré en cuanto entré al coche. Estaba mucho más nerviosa de lo normal porque quería que la noche fuese perfecta.
—Hola —me sonrió, y se acercó para darme un beso corto pero intenso—. ¿Lo llevas todo?
—Sí. Le he dicho a mi madre que no vendría a dormir.
Asintió y puso el coche en marcha. No sabía hacia dónde íbamos, pero sí que pasaríamos la noche juntos.
—¿Qué les has dicho a tus padres? —quise saber. Mi madre no me controlaba las idas y venidas. Muchas veces me quedaba en casa de Naia a dormir y no tenía la necesidad de avisarla, pero sabía que los padres de Oliver eran diferentes.
—Les he dicho que me quedaba en casa de un amigo del equipo.
—¿Y no se han extrañado de que no sea en casa de Adam o de Jake?
—Les dije que tenían una cita de San Valentín —respondió, escueto.
Siempre que tocábamos el tema de su familia o sus viajes a Chicago, actuaba del mismo modo. En el fondo, me dolía su actitud porque esperaba que, con el tiempo, confiase en mí y me hablara de ellos. Bueno, y que a ellos también les hablase de mí. Pero no parecía que fuese a pasar en un futuro próximo y no quería que nada arruinase esta noche.

Después de más de una hora de viaje, llegamos al observatorio Griffith de Los Ángeles. En cuanto aparcó, lo miré boquiabierta y él me regaló la sonrisa más bonita que había visto en mi vida.
—Prepárate para ver las estrellas, Zanahoria —dijo con dulzura.
Estaba tan alucinada que ni siquiera le reclamé el dichoso nombre. Cogidos de la mano, accedimos al observatorio. Visitamos primero el planetario Samuel Oschin, tomamos asiento en su espectacular sala y un narrador en vivo fue explicándonos a través del sistema de proyección digital cada una de las estrellas y constelaciones.
De allí pasamos a la sala de exposiciones, y fuimos recorriendo todos y cada uno de sus rincones entre besos, abrazos y fotos para inmortalizar el momento. Oliver tenía razón: no es que estuviese en una nube, es que estaba rozando las estrellas. Él y yo nos permitimos soñar despiertos entre sus paredes y cielos infinitos.
Casi a punto de cerrar, compramos de su tienda de recuerdos dos postales, y en uno de los bancos que había fuera, en el parque, yo escribí en su tarjeta y él, en la mía.
—Léelo —me pidió en cuanto me la entregó.

«Siempre serás mi centro de gravedad.
Oliver».

El corazón se me ensanchó en el pecho hasta sentir que me explotaría de la emoción. No fui capaz de decir nada, simplemente le entregué su postal y él la leyó con avidez.

«Hasta los momentos más simples son especiales contigo.
Eve».

—¿Quieres decir que te gusta recoger basura de playa conmigo? —bromeó, con ojos brillantes.
—Quiero decir que me gusta hacer cualquier cosa siempre que sea contigo.
—Joder, Eve —masculló.
Tiró de mí y me sentó sobre sus piernas. Rodeé su cuello con mis brazos y jugueteé con los mechones de pelo que me rozaban los dedos.
—Es cierto —le confirmé—. A veces me asusta hasta qué punto te me has metido bajo la piel, porque temo que me hagas daño.

Aquella confesión sincera y llena de vulnerabilidad le cambió el gesto. Infinidad de emociones pasaron por sus ojos con tanta rapidez que no pude descifrar ninguna.
—Jamás querré hacerte daño. ¿Me crees? Es importante que lo hagas.
Asentí con la cabeza.
—Si no confiase en ti, no estaríamos aquí.
Sus labios se posaron sobre los míos y yo me abandoné a las sensaciones que sentía entre sus brazos. Le permití que dominara el beso, que bebiera de mis jadeos y que conquistara todos y cada uno de los recovecos de mis dudas hasta que apoyó su frente contra la mía para que recuperáramos el aliento.
—Vamos. —Me puso de pie y me tomó de la mano para continuar con nuestra cita.
Al parecer, Oliver lo tenía todo planeado, porque había reservado las entradas del observatorio con antelación y una mesa a nuestro nombre en Little Dom's, un restaurante italiano cerca del observatorio, entre la avenida Griffith y el bulevar Los Feliz, que tenía muy buenas críticas. Aquella noche estaba llena de parejas que celebraban San Valentín, por lo que el ambiente era íntimo y estaba cargado de promesas.
—¿Te arrepientes de no haber ido al baile?
Me había distraído mirando a la pareja que había en la mesa que teníamos al lado. Cómo enlazaban sus dedos, se sonreían y se hacían confesiones al oído.
—Déjame pensar: un baile de instituto rodeados de gente cuya mayor expectativa de la noche sea acostarse con su acompañante… No. No me arrepiento.
—¿Habrías ido con Tyler?
Aquello me sorprendió y lo miré con cierto recelo.
—¿Crees que entre Tyler y yo ha pasado algo?
—No me importa si os enrollasteis en el pasado, me preocupa que ahora te ronde.
—Entre Tyler y yo nunca ha pasado nada —expliqué a la defensiva.
Su mirada dubitativa me dolió.
—No me crees —afirmé.

Oliver negó con la cabeza y estiró la mano para apretar la mía.
—Sí que te creo.
—Pues no lo parece. Tyler y yo solo somos amigos.
Él asintió.
—No importa, dejémoslo. Esta noche es solo tuya y mía.
Pero a mí sí que me importaba lo que él pensase. Me daba igual que el resto del instituto creyera que entre el capitán del equipo de fútbol y yo hubiese sexo, no le debía explicaciones a ninguno de ellos. En el caso de Oliver era diferente; nuestros sentimientos estaban comprometidos y sentí que valía la pena aclararlo para que no existiesen recelos entre nosotros.
—Tyler tiene un hermano con autismo —dije—. Zack y él han ido juntos a terapia y fue en una de esas sesiones en las que Tyler y yo coincidimos. Cuando empezamos a hablar, supongo que conectamos al contarnos nuestras experiencias con los trastornos de nuestros hermanos y las situaciones familiares que teníamos en casa. Desde entonces, cada vez que nos supera la realidad, nos lo contamos y nos desahogamos el uno con el otro.
—Lo siento. Lamento haberte dado la sensación de que desconfiaba de ti, te prometo que no es así. Solo que… soy un imbécil, egoísta y metepatas.
—No diré que no.
—¿Me perdonas?
Sonreí, porque pareció tan preocupado que sentí lástima por él.
—Dime algo bonito.
Ni siquiera tuvo que pensarlo.
—Me asusta tanto perderte que tengo la sensación de que todo lo hago mal.
Nos miramos en silencio durante varios segundos hasta que moví la mano y entrelacé nuestros dedos.
—Te perdono.

Tomamos el postre entre risas mientras luchábamos por hacernos con los trozos de tarta del otro y nuestras cucharas chocaban entre sí. Oliver me invitó a la cena y, al salir del restaurante, paseamos cogidos de la mano de camino al coche.

—Muchos de nuestros compañeros estarán ya ansiosos por ver si triunfan con su cita o no —medité en voz alta—. ¿Qué porcentaje de expectativas crees que se cumplirán esta noche?
—No sé… Tal vez un cincuenta o sesenta.
—Yo creo que la mayoría piensan que se acostarán con su pareja. Estoy segura de que un noventa por ciento lo cree.
—Bueno, no los culpo por su optimismo…
—¿Quieres decir que tú también tienes expectativas con respecto a esta noche? —fingí sorprenderme.
—No solo de esta noche. De todas desde que te conozco.
—¡Señor Grant! —Puse una mano en mi pecho y fingí sentirme ofendida.
—Pero las expectativas no tienen por qué convertirse en realidad. No tengo ninguna prisa en cumplirlas.
Tal vez él no, pero yo no estaba tan segura de no querer acostarme con él. Sería el paso siguiente a lo que sucedió en mi casa y lo estaba deseando.
—A mí me gusta pensar que las cosas salen mejor cuando no hay tanta planificación —convine.
—¡Mierda! —Cogió su teléfono móvil y se lo puso a la oreja—. Aborten misión. Quiten todas las flores y saquen el *champagne* de la habitación.
Aquello me hizo reír y él tiró de mi mano para rodearme por la cintura. Retiró un mechón de pelo que se había quedado sobre mis labios y lo colocó detrás de mi oreja. Lo hizo con tanta lentitud que sentí su caricia por todo mi cuerpo.
—Lo que tenemos es especial —confirmó con voz ronca—. ¿Tú también lo sientes?
—Es especial e intenso.
—Una puta locura.
—En el amor, los locos son los más felices.
Era la primera vez que pronunciaba la palabra «amor» referida a nosotros y me asustó que Oliver pensase que era demasiado pronto. No obstante, no teníamos nada que esconder y yo siempre había sido sincera con mis sentimientos.
—Entonces, que nos encierren —aseveró.

El viento era frío y ambos empezamos a temblar, o quizá no fuese por el frío y sí por los nervios. Regresamos al coche y Oliver condujo hacia el hotel que había reservado. El Ocean Park estaba en Santa Mónica, a escasos veinticinco minutos del restaurante. No es que fuese un hotel de lujo —ninguno de los dos tenía presupuesto para ello—, pero la habitación estaba limpia y tenía baño propio. Sin embargo, la cama se me antojó imponente. Me quedé de pie frente a ella hasta que Oliver me rodeó la cintura con sus brazos y apoyó la cabeza sobre mi hombro.

—Solo es una cama. No es una obligación. ¿De acuerdo?

Sabía que no lo era, pero no estaba dispuesta desperdiciar nuestra noche juntos. Teníamos pocas ocasiones para estar a solas y no quería perderme ni un segundo del tiempo que nos quedaba hasta que tuviésemos que volver.

—Voy a darme una ducha. —Oliver me besó en la mejilla y se metió en el cuarto de baño.

Me moví inquieta por la habitación hasta que reuní el valor suficiente para abrir la puerta del baño. Él estaba apoyado con las manos sobre el mueble del baño y la cabeza gacha, pero, cuando escuchó la puerta, la levantó de golpe y me miró con incredulidad.

—Eve… —dudó—. ¿Estás bien?

Me acerqué hasta él, me puse de puntillas y le rodeé el cuello con los brazos. Ante su confusión, fui yo la que inició nuestro beso, fui yo la que se pegó a su cuerpo, y él no tardó en responder. Me aupó y yo lo rodeé con mis piernas.

—Eve… —insistió entre beso y beso—. No tenemos que hacerlo.

—Quiero hacerlo —le aseguré.

Apoyó su frente contra la mía y dejó escapar un suspiro ahogado.

—Podemos parar cuando tú quieras.

—Vale. Pero ahora no. —Volví a besarlo, y esta vez Oliver dejó caer todas sus defensas.

Anduvo hasta la cama y nos dejó caer despacio, hasta que mi espalda estuvo apoyada sobre el colchón y él, entre mis piernas. Nos miramos durante unos segundos que podrían haber sido horas sin pronunciar palabra, pero diciendo mucho, hasta que Oliver me besó de nuevo y nuestras ansias aceleraron el proceso. Tiré de su

camiseta para poder acariciarle la espalda y los músculos del abdomen mientras él se peleaba por desabrocharme los pantalones de cuero que llevaba. Una a una, nuestras prendas fueron cayendo al suelo hasta que nos quedamos en ropa interior. Tenía la respiración tan acelerada que mis pechos subían y bajaban dentro del sujetador.

—¿Cómo puedes ser tan perfecta?

Acarició mi tatuaje con las yemas de sus dedos y se me erizó la piel más allá de su contacto.

—Tú tampoco estás mal —confesé con la respiración acelerada.

Sonrió con picardía y descendió sobre mi cuerpo para besarme en el cuello. Succionó mi piel, la apretó con los dientes y, al momento, la calmó con la lengua. Aquel gesto fue como si encendiese un interruptor y el calor empezase a incendiarme. Al momento tenía la boca entre mis pechos dibujando un reguero de besos camino de mi obligo. Jadeé, excitada, y él gimió por mi reacción. Mientras sus labios marcaban mi piel, sus manos conquistaban la cúspide de mis pechos. Me removí debajo de él, inquieta y necesitada, y él presionó sus caderas contra mí. Duro, fuerte. Me arqué contra su cuerpo y él empezó a torturar mis pezones por encima de la tela del sujetador hasta que me bajó los tirantes y sentí su lengua, sus dientes y el movimiento de sus labios, volverme loca. Enredé las manos en su cabello, y él se deslizó por mi cuerpo hasta besar la cumbre de mi sexo. Retiró las bragas y, sin dejar de mirarme, lamió mi sexo con lentitud. Paseó su lengua entre mis pliegues y presionó con los dientes hasta que ya no pude soportarlo más.

—Dilo en voz alta —me suplicó.

—Hazlo. —No reconocí ni mi propia voz de lo ronca que la tenía.

Oliver se arrodilló entre mis piernas, sacó un preservativo de su pantalón y se lo enfundó con lentitud. El no tenerlo encima de mí, la ausencia de ropa y lo mojada que estaba por la excitación hicieron que el ambiente frío de la habitación, y del que yo había sido ajena, me produjese un escalofrío.

Lo empujé con suavidad y lo dejé tumbado de espaldas.

—Es mi turno.

Me puse a horcajadas sobre él y comencé a prodigarle besos por sus esculpidos pectorales. Mis pechos se rozaban con su piel y él se movió inquieto debajo de mí. Elevó las caderas contra las mías y siseó de placer.
—Me estás volviendo loco.
Sonreí y resbalé por su cuerpo hasta tener el pene entre mis manos. No pude resistirme a deslizarlo con suavidad una y otra vez mientras me embebía de su imagen torturada y totalmente fuera de control, hasta que me sujetó la muñeca con firmeza y tiró de mí para que cayese entre sus brazos.
—¿Quieres que lo hagamos?
—¿Cuántas veces me lo vas a preguntar?
—No quiero que te arrepientas.
—Jamás me arrepentiría de estar contigo.
Nos hizo rodar y se posicionó encima de mí. Aquello me hizo creer que me penetraría de inmediato, pero me equivoqué. Oliver volvió a tomarse su tiempo con más atenciones. Internó un dedo entre mis pliegues, lo empapó de mi humedad y lo deslizó por mi sexo hasta que me volvió loca de necesidad y anhelo.
—Oliver, por favor… —gemí.
—Dímelo…
Se metió un pezón en la boca y, mientras lo presionaba con sus dientes, me penetró con dos dedos. Los músculos se me tensaron y lo apreté contra mí.
—Hazlo de una vez —le supliqué. El corazón se me saldría del pecho y corría el riesgo de deshacerme allí mismo como aquella placentera locura durara un poco más.
Sentí cómo la punta presionaba la entrada y cómo, poco a poco, la piel se estiraba para darle cabida hasta tenerlo completamente dentro de mí.
—Joder… —murmuró, acalorado—. Quiero vivir dentro de ti toda mi puta vida.
Me mecí debajo de él y Oliver empezó a salir y entrar de mi cuerpo con extremada lentitud. Gotas de sudor perlaban su frente y tenía los ojos nublados por la pasión, pero eso no le impedía mirarme con cada embestida.

Jadeé cuando entró con más fuerza y me uní a su ritmo, frenético y desesperado, hasta que por fin llegué al clímax con un gemido de liberación, que lo catapultó a él al orgasmo.
Agotado, se dejó caer a mi lado mientras intentábamos regular nuestra respiración. No obstante, no tardó en tirar de mí para que apoyase la cabeza en su pecho. Sentía su corazón latir enloquecido contra sus costillas y cerré los ojos para aprenderme aquel ritmo.
—Te quiero —susurré.
Cerré los ojos y me dormí esperando su respuesta.

Capítulo 30

El amor es un sentimiento complejo. Te hace sentir completo, aunque no sea correspondido, porque se alimenta de la esperanza.
Eve

OLIVER

Eve se durmió entre mis brazos y yo la retuve contra mi cuerpo todo el tiempo que pude.
Me había dicho que me amaba, y yo me había quedado callado, incapaz de responder que yo también sentía lo mismo, que la quería tanto que no podía renunciar a ella. Pero es que tenía que solucionar esta situación antes de confesarle mis sentimientos. Se lo debía y me lo debía. En realidad, se lo debía a todos.
En algún momento, de madrugada, debí quedarme dormido, porque deslicé la mano para tocar a Eve y ya no estaba en la cama. Me incorporé de inmediato y la busqué a oscuras por la habitación hasta que escuché el grifo de la ducha y suspiré aliviado. Me apoyé contra el cabezal de madera y me pasé las manos por la cara. Cogí el móvil para ver la hora y descubrí varias llamadas perdidas y algunos mensajes de Mia. Dejé el móvil sobre la mesilla de nuevo y me levanté para beber agua. No advertí que Eve había salido del baño hasta que me rodeó la cintura por detrás y pegó su pecho a mi espalda. Cerré los ojos con fuerza y me agarré a sus brazos.
—Sería maravilloso que pudiésemos quedarnos aquí para siempre —susurró.
—Ojalá —musité.
Aquí dentro solo estábamos ella y yo. Solo existíamos nosotros, nuestras manos, nuestros besos, nuestras palabras… Nuestro universo.
Eve me rodeó para mirarme de frente y sentí un golpe en el pecho que me dejó sin respiración. Tenía el cabello mojado y una toalla

alrededor de sus pechos que apenas le rozaba los muslos. Joder, es que era preciosa. Además de inteligente y demasiado responsable.
—Todavía es temprano para irnos, ¿verdad? —insinuó con coquetería.
Y ya estaba perdido. Solo tenía que sonreírme, respirar y ya estaba a sus pies.
—¿Qué tienes pensado? —pregunté. Me hice el inocente, y ella dio un paso atrás y dejó caer la toalla—. ¿A ti tu madre no te contó el cuento de Caperucita y el Lobo? —le pregunté.
—¿Qué tiene eso que ver ahora?
—El Lobo engañó a Caperucita, la esperó en la cama de su abuela y se la comió.
—¿Vas a esperarme en la cama?
—Te voy a comer, Zanahoria. Hasta que no recuerdes ni tu nombre.
En apenas dos zancadas la tuve sobre mi hombro, la lancé a la cama e hice lo que le prometí, adorarla y hacerla mía tantas veces como pudiese para demostrarle que yo era suyo. Pasara lo que pasase, nos pertenecíamos.

Capítulo 31

Vivir en una burbuja es maravilloso hasta que se rompe.
Oliver

EVE

Marzo y abril pasaron entre la algarabía de trabajos, exámenes y la ansiedad por la espera de las cartas de respuesta de las universidades en las que queríamos estudiar. Esa fue la parte más estresante; la menos estresante fueron las escapadas que hacíamos Oliver y yo para estar a solas. Muchas tardes estábamos en mi casa cuando mi madre estaba en el hospital y Steve en el taller, otras nos perdíamos por la montaña o íbamos a la playa cuando sabíamos que no había nadie conocido cerca. Sin embargo, cada vez me resultaba más difícil ocultar que estábamos juntos y no veía el momento de no tener que escondernos. Por eso, a finales de mayo, mientras el instituto se preparaba para la fiesta de primavera y nosotros nos besábamos desesperados debajo de las gradas de la cancha de baloncesto, me atreví a abordar el tema que tanto me preocupaba.
—¿Cuándo crees que podrás presentarme a tus padres?
Oliver dejó escapar un bufido, que a mí me sentó como una patada en el estómago.
—He pensado que sería mejor esperar a nuestra graduación.
—Bueno, a lo mejor para anunciarles que estamos juntos sí, pero, tal vez, si nos viesen alguna vez en tu casa, no les vendría de sopetón. Aunque fuese para hacer un trabajo —tanteé.
—¿Tan importante es para ti? —Se puso a la defensiva y eso produjo que yo también me alterase.
—¿Para ti no? —me exalté.
—Que mis padres sepan con quién voy o dejo de ir no me parece relevante.

—Si no te parece relevante, ¿por qué no me los presentas y acabamos con esto de una vez?
—¡Porque no puedo! —gritó.
El eco de su voz se escuchó en todo el gimnasio y yo di un paso atrás, dolida. Se pasó la mano por el pelo y me miró arrepentido.
—Lo siento —dijo, mucho más calmado—. Estoy sujeto a mucho estrés. El entrenador dice que al próximo partido vendrán ojeadores, no tengo respuesta aún de Kentucky y en las próximas semanas me jugaré mi futuro profesional. No era el momento para abordar el tema de mis padres.
—Nunca lo es. Creí que era algo temporal, pero lo cierto es que han pasado meses desde que estamos juntos y no pareces tener intención de hacer pública nuestra relación.
—No tienes ni idea de por lo que estoy pasando.
—¡Pues cuéntamelo!
—No lo entenderías.
—Tampoco comprendo lo que está sucediendo ahora. ¿Tanto miedo tienes de que tus padres no me acepten? Si es por eso, ya estoy acostumbrada a los comentarios malintencionados de la gente.
—¡Pero yo no, Eve! —Enlazó las manos en la nuca y me miró con dureza—. Para mí, es importante hacer las cosas bien, y no quiero decepcionarlos.
—¿Insinúas que estar conmigo les disgustaría?
—Joder, no he dicho eso. Estás tergiversando mis palabras.
—Quizá es porque no te estás explicando bien.
—Bueno, pues es como puedo y sé hacerlo —replicó, nervioso.
Nos quedamos mirándonos, con la respiración acelerada, hasta que erguí la cabeza y apreté los puños.
—Pues, para mí, no es suficiente.
Me di la vuelta y salí del gimnasio a toda prisa. ¿Cómo era posible que Oliver no viera el daño que me hacía? ¿Tan difícil era comprender que me hacía sentir menospreciada? ¿Que parecía que se avergonzaba de estar conmigo?
Iba a subir a mi camioneta cuando Adam me sujetó por la mano y me obligó a detenerme.
—Te he estado llamando. ¿No me has oído?

—Lo siento. Iba pensando en otras cosas —me excusé. Quería irme a mi casa cuanto antes, así que me moví inquieta—. ¿Querías algo?
—¿Podemos hablar?
—No sé si ahora es buen momento…
—Por favor. Es importante.
Al final suspiré y lo invité a entrar en el coche. Conduje hasta el centro comercial y fuimos a una de las cafeterías que tenían terraza. Por las tardes ya hacía calor y la mayoría de la gente bajaba a la playa a pasear o refrescarse con la brisa del mar, por lo que estábamos casi a solas.
—¿De qué se trata?
Adam agachó la cabeza y movió la pierna, nervioso.
—Las cosas entre Lauren y yo no están bien.
Levanté las cejas, sorprendida. Lauren no me había dicho nada. Vale que en las últimas semanas todos habíamos ido de culo, pero estaba segura de que, si lo que Adam decía era cierto, mi amiga me lo habría dicho.
—¿A qué te refieres?
—Voy a dejarla —dijo sin más.
—¿Por qué? —exclamé, triste e impresionada—. Si habéis discutido, las cosas se pueden arreglar.
—No tiene arreglo. —Negó con la cabeza.
—Hablando, las cosas se pueden solucionar. Estoy segura de que si os dais una oportunidad…
—Ya no siento nada por ella —me interrumpió. Solté un jadeo de sorpresa y él se explicó—. La quiero, no me malinterpretes, pero más como amiga que como pareja.
Por segunda vez, me quedé boquiabierta.
—¿Se lo has dicho? —dudé.
—Todavía no.
—¿Y por qué me lo cuentas a mí? —Me sentí fatal por tener esa información antes que mi amiga y no me gustó su manera de proceder.
Adam estiró las manos por encima de la mesa y cogió las mías. Me miró a los ojos e inspiró hondo para armarse de valor.
—Eve… Estoy enamorado de ti.

Retiré las manos como si me quemara y negué con la cabeza, confusa.
—No digas tonterías.
—No lo son. Hace tiempo que siento algo especial por ti y no puedo seguir con Lauren. No puedo traicionarla de este modo.
—Si quieres dejar a Lauren para no hacerle daño, no seré yo la que te diga que no. Pero no me pongas a mí como excusa.
—No eres la excusa, eres el motivo. ¿Es que no te has dado cuenta?
Negué con la cabeza y decidí que no podíamos seguir con aquella conversación. Me levanté y puse distancia entre nosotros.
—Lo siento, Adam. Esto no está bien. Será mejor que me vaya.
—¿Es por Lauren?
Se levantó para seguirme, pero yo estiré el brazo para detenerlo.
—¡Claro que es por Lauren! Por ella y por un millón de motivos más.
Me di la vuelta y regresé al coche, totalmente confundida y alterada. Aquello no podía estar pasando. Sabía lo enamorada que estaba Lauren de Adam, las esperanzas que había puesto en que su relación no se viese perjudicada cuando se marchasen a la universidad, los sacrificios que estaba dispuesta a hacer para estar con él, como haber elegido como primera opción la misma universidad. Que iba a sufrir si Adam decidía dejarla era un hecho, pero yo no quería verme involucrada en su decisión ni que ella pensase que había tenido algo que ver. Durante el trayecto hasta mi casa me debatí entre llamarla y decirle la conversación que había tenido con Adam o callarme. La solución la encontré en cuanto llegué y vi a Oliver esperarme montado en su moto. Aparqué la camioneta, se acercó hasta mí y aguardó a que bajase con el rostro descompuesto.
—Lo siento —dijo sin más—. Sé que no es excusa, pero están siendo unos días de mierda y lo he pagado contigo cuando eres lo más importante que tengo.
—Me has hecho daño —le hice saber, compungida.
—Lo sé, y me odio por ello. Es justo lo que he estado evitando todo este tiempo.
—También me duele que pienses que no soy suficiente para que me presentes a tu familia. Que tus padres no me aprobarían. —No quise

que pasase, pero se me rompió la voz y los ojos se me llenaron de lágrimas.
—Joder, Eve. Eso no es cierto. —Estiró el brazo y me arrastró hasta quedar pegada a su pecho. Hasta que sentí su aroma fresco en contraste con el calor de su cuerpo—. Mis padres te adorarán en cuanto te conozcan. Todo esto es culpa mía. Pero lo solucionaré, ¿vale? ¿Confías en mí? —Me apartó para poder mirarme a los ojos y aguardar mi respuesta.
—Si no confiase en ti, no habría depositado mi corazón en tus manos.
Suspiró aliviado, me secó las mejillas de lágrimas traidoras y me besó con dulzura en los labios.
—Te prometo que arreglaré esto.
Yo asentí, porque le creía, porque confiaba en él y porque el amor enmascara la verdad.

Capítulo 32

La traición duele porque viene de la persona menos esperada, y yo fui ese cabrón.
Oliver

EVE

Dos días después de la discusión con Oliver, mi mundo empezó a derrumbarse. En el instituto ya había gente que había recibido la carta de aceptación en la universidad, sin embargo, yo todavía no tenía noticias, y aquello estaba mermando mi paciencia. Mi padre me llamaba casi cada día para saber si tenía respuesta, mi madre revisaba el buzón cada vez que entraba o salía de casa y Oliver tampoco servía para calmarme, porque vivía en la misma incertidumbre que yo.
Aquel día, en cuanto acabaron las clases, recogí mis cosas y me dirigí a la salida. Oliver tenía entrenamiento casi todas las tardes para el partido del fin de semana, en el que se jugaba mucho, y apenas nos veíamos. Las chicas y yo planificamos una tarde de compras para ir a ver vestidos para la graduación e intentar evadir nuestra mente, y eso era lo que íbamos a hacer. Lauren no había venido a clase, por lo que esperaría en el aparcamiento a que Naia y Violet se reuniesen conmigo. No obstante, cuando me acercaba a mi camioneta, vi a Lauren apoyada en ella. Sonreí y me acerqué hasta ella.
—Cuando no te he visto en clase, pensé que no vendrías.
Lauren se irguió delante de mí y aprecié que no tenía muy buen aspecto.
—¿Cuándo pensabas decírmelo?
—¿El qué? —dudé.
—¡Te consideraba mi amiga, pensaba que podía confiar en ti! —se exaltó.

—Soy tu amiga —enfaticé con calma.
—¡No! Mi amiga no le hubiese dicho a mi novio que me dejase porque quería liarse con él.
—Yo no le dije a Adam nada de eso. —El corazón me latía desbocado en el pecho y me sentí casi enferma.
—¡No me mientas!
Estaba tan alterada que, cuando me quise dar cuenta, éramos el centro del espectáculo y un montón de curiosos nos observaba, e incluso grababa, nuestra discusión. Tampoco advertí la llegada de Violet y de Naia, que parecían tan sorprendidas como yo.
—Escucha, Lauren —intenté razonar con ella en voz baja—. Me conoces, yo jamás te haría algo así.
—¿Insinúas que no fuiste con Adam a un café para hablar de esto?
—Sí, fui a una cafetería con Adam, pero no para decirle que cortara contigo porque yo quisiese algo con él.
—Ah, ¿no? ¿Y por qué debería cortar conmigo según tú?
—¡Yo no quiero que corte contigo! —me exasperé.
—No, a lo mejor solo quieres follártelo como te follas a todos los demás.
Aquel fue un golpe bajo que no me esperé de ella y me dolió físicamente, como si me hubiese apuñalado. Escuché risas y silbidos a lo lejos, pero fui incapaz de reaccionar.
—¿Sabes qué te digo? Quédatelo. Sois tal para cual —escupió con inquina, antes de marcharse.
Naia y Violet pasaron por mi lado y, con una simple mirada, entendí que iban a hablar con Lauren. Ojalá ellas tuviesen más suerte que yo.
Maldito fuera Adam y maldita la hora en la que acepté ir a tomar algo con él. No sabía con exactitud qué le había contado a Lauren, pero era más que evidente que no se trataba de la verdad, al menos no toda la verdad, porque, al parecer, la idea de que cortara con ella había sido mía y yo quería tirármelo.
Enfurecida como estaba, pasé en medio de la gente mientras escuchaba gritos de «Eh, Eve, conmigo también puedes follar» y cosas por el estilo por parte de los chicos; y piropos del tipo «zorra» y «puta» por parte de las chicas. Avancé sin detenerme, nublada por

la ira, hasta que llegué al pabellón donde entrenaba el equipo y me detuve a pie de pista. Busqué a Adam entre los jugadores que corrían, botaban y se pasaban el balón hasta que lo encontré al otro lado, haciendo unos ejercicios de estiramiento. Parecía relajado, alegre incluso, y yo lo vi todo rojo. Avancé sin importarme entorpecer el entrenamiento hasta que me planté delante de él.
—Sal de la maldita pista. Tengo que hablar contigo —siseé, rabiosa.
—¿Eve? —Escuché la voz de Oliver a mi lado, pero no desvié la atención de Adam ni un solo segundo—. ¿Qué haces? ¿Qué está pasando?
—Supongo que Lauren ya ha hablado contigo —evidenció Adam. Y tuvo el descaro de parecer avergonzado, incluso cohibido.
—¿Hablar? No, no ha hablado conmigo. Me ha dicho un puñado de mentiras que espero que tú le aclares.
—Le he dicho la verdad —se obcecó, confuso—. Me dijiste que la dejara.
—Eres un hijo de puta. Te dije que, para hacerla sufrir, la dejases. Es algo muy diferente.
—Quedemos para hablarlo en privado, Eve. Lo último que quiero es hacerte daño.
Últimamente no hacía más que oír aquellas palabras. Todo el mundo decía que no quería hacerme daño, pero la jodida, la fastidiada, siempre era yo.
—i¿Qué cojones está pasando aquí?! —intercedió el entrenador—. i¿Y qué cojones haces tú en mitad de mi entrenamiento?! —me reclamó.
Esperé a que Adam me dijera algo, pero, cuando comprendí que no iba a suceder, me di la vuelta y desparecí.
Cuando llegué al aparcamiento de nuevo, la camioneta estaba llena de pintadas insultándome. Me tragué las lágrimas que sentía y conduje hasta una de las gasolineras para limpiarlas antes de ir a casa.

Capítulo 33

Dicen que las malas noticias nunca vienen solas, y yo debo ser un imán para ellas.
Eve

OLIVER

No pude hablar con Adam hasta que el entrenamiento terminó, pero sabía que algo grave había sucedido, porque Eve estaba demasiado alterada y él me evitó hasta que entramos en los vestuarios y ya no pudo esquivarme.
—¿Qué ha pasado con Eve? —Lo intercepté antes de que entrara en las duchas.
—No es de tu incumbencia. Es algo entre ella y yo. —Intentó pasar por mi lado, pero lo retuve de nuevo.
No podía decirle que estaba muy equivocado sin destapar nuestra relación, pero no pensaba dejar las cosas así.
—He oído que ha discutido con Lauren por tu culpa —insistí—. Y no se me ocurre qué puedes haber hecho para interponerte en su amistad.
—Mira, Oliver, no te lo tomes a mal, pero una vez me dijiste que me metiera en mis asuntos cuando corrió el rumor de que tú y Eve teníais algo, así que ahora te voy a pedir lo mismo.
Me empujó y pasó por mi lado. Cuando me giré, Jake ya había salido de la ducha y estaba de brazos cruzados, apoyado en la pared. Estaba serio y le palpitaba un músculo de la mejilla.
—No me gusta —dijo al fin.
—A mí tampoco —convine.
Algunos compañeros empezaron a abrir sus taquillas para vestirse, conversaban entre ellos cuando uno llamó la atención de todos los demás.

—¡Eh, tíos! Mirad esto. —Dio volumen a su móvil y la mayoría se acercaron para ver qué era tan importante.
Yo estaba terminando de desvestirme cuando escuché la voz de Lauren y de Eve a través del teléfono. Me incorporé, despacio, para asimilar lo que oía cuando Adam salió de las duchas y Lion le sonrió.
—¡Qué cabrón! Salías con Lauren y, mientras, te tirabas a Eve Baker.
Jake fue el primero en quitarle el móvil a Lion, ver el vídeo con detenimiento y lanzar el teléfono al suelo.
—¡Tío! ¿Qué coño haces? —Lion lo empujó y Jake se lo devolvió.
Mientras ellos se enzarzaban en su particular pelea, yo fui a por Adam y, con un brazo, lo sujeté contra la pared.
—¡Suéltame! —Quiso apartarme, pero estaba tan cabreado que no me dejé avasallar por los golpes que me propinaba.
—Desmiéntelo —le ordené.
—¡Que me sueltes, joder!
Sentí cómo unas manos tiraban de mí hacia atrás y no pude hacer nada para evitar que Adam se apartase. Los chicos me retenían para que no le hiciese daño, sin embargo, nadie reparó en Jake, que se acercó como un rayo y asestó a Adam un puñetazo que le partió el labio y lo envió directo al suelo.
Todo se desmadró cuando Adam quiso devolvérselo. El alboroto era tal que el entrenador entró en los vestuarios acompañado de sus asistentes y terminó con la pelea.
—¡Todos al banquillo! ¡YA!
Nos sentamos a medio vestir o desvestir, como era mi caso, y aguardamos la bronca del entrenador.
—Me importa una mierda qué ha pasado o lo que sea que desatase este caos. Lo que en verdad me importa es que el sábado nos jugamos mucho. ¡Vosotros! Pandilla de insensatos, os jugáis vuestro futuro si queréis convertiros en *rookies*[2] y tener una oportunidad en la NBA. Sea lo que sea lo que ha provocado que os enzarcéis a golpes, solucionadlo antes del partido del sábado o me encargaré personalmente de que no tengáis ninguna oportunidad de que los ojeadores os capten. ¡¿Me habéis entendido?!
—Sí, señor —respondimos al unísono.

—Ahora, no quiero ver a nadie en mi jodido vestuario. Los que ya estáis listos, a casa y los que no, tenéis cinco minutos antes de que cierre.

Adam se escapó antes de que Jake y yo saliésemos, y no sabía si agradecerlo o lamentarlo. No iba a dejar las cosas así, eso lo tenía claro, pero tal vez fuese mejor retrasarlo hasta después del partido.
Avanzamos camino del aparcamiento, en silencio, hasta que mi primo no pudo aguantar más y me encaró.
—¿Por qué te importa Eve?
—No me ha parecido justo lo que ha sucedido.
—Tu reacción ha ido más allá de la justicia.
—¿Sabías lo de Adam? —intenté esquivar la respuesta.
—¿Te parece que mi reacción ha sido la de alguien que sabía que su mejor amigo quería tirarse a su ex?
Hice un gesto de disgusto y me crucé de brazos.
—¿Qué pasó para que no estéis juntos?
—Es una larga historia que ahora no me apetece recordar.
—Pero tú sigues colgado de ella —evidencié.
—Bueno, no soy el único.
Y no pude más que darle la razón en silencio. Jake me dio la espalda y se marchó, cabizbajo, y yo hice lo único que llevaba rato queriendo hacer: me subí a mi moto y fui a buscar a Eve.

Llamé al timbre de su casa después de que no me contestase a ningún mensaje ni llamada. Steve abrió la puerta y me fulminó con la mirada.
—¿Está Eve en casa?
—Estas no son horas de visita.
—Lo sé, pero es urgente.
Vi su intención de cerrarme la puerta en las narices, pero, por fortuna, Eve bajó las escaleras y me vio. Me preocupó su aspecto cuando advertí lo pálida que estaba y lo hinchados que tenía los ojos y los labios. Pasó por el lado de su padrastro, me tomó de la mano y subimos escaleras arriba de nuevo.
—¡La puerta de la habitación abierta! —gritó Steve.

No obstante, en cuanto entramos, Eve cerró y puso el pestillo.
—¿Estás bien? —dije con tiento.
Ella se acercó, cabizbaja, me rodeó la cintura con los brazos y se pegó a mi pecho. Los sollozos no tardaron en llegar y me dolió en el alma verla así. La apreté contra mí y le di el apoyo silencioso que necesitaba mientras la acunaba y deslizaba las manos por su espalda para calmarla.
—Estoy cansada —admitió entre gimoteos—. Cansada de recibir siempre el desprecio y las malas opiniones de la gente, de que todos se crean con el derecho de hacerme daño…
—Cualquiera que te conozca sabe que lo que te dijo Lauren no es cierto.
—Lauren me conoce, y no ha dudado ni un momento en creer que quería estar con su novio.
—No creo que eso sea así. Está dolida y no ve las cosas con claridad, pero estoy seguro de que, cuando lo medite un poco, comprenderá que estaba equivocada.
Se apartó para coincidir con mis ojos y me miró esperanzada.
—Tú me crees, ¿verdad?
Con los pulgares, borré los restos de lágrimas que bañaban sus mejillas.
—No tengo ninguna duda.
Se lanzó a mis brazos de nuevo y me pareció tan frágil, tan pequeña, tan vulnerable, que la cargué y fui hacia la cama. Me acosté con ella encima de mí, entre mis piernas, mientras intentaba reconfortarla.
—Eres lo más sincero que tengo —susurró.
Y el corazón se me rompió en mil pedazos.

Capítulo 34

Lo notaba en mi piel. La calma que precedía a la tormenta. El miedo. La ansiedad. La certeza de que todo se podía desmoronar en un momento.

Oliver

EVE

No sé cuándo me quedé dormida, pero sí sé que lo hice entre sus brazos, con el latir acompasado de su corazón y sus caricias suaves y tiernas calmándome el alma. Sin embargo, cuando abrí los ojos, era tarde y Oliver se había ido. Miré de reojo el teléfono que tenía sobre la mesilla de noche; lo había apagado en cuanto llegué a casa y todavía no me había atrevido a conectarlo. Me dolía la cabeza horrores por el llanto y bajé para tomarme un analgésico. A oscuras, sentada a la mesa de la cocina, mi madre tecleaba en el móvil. No la había visto en todo el día porque por la mañana yo había estado en clase y ella tenía turno de tarde en el hospital.

Avancé descalza hasta que la tenue luz del móvil delató mi presencia. Mi madre, que sonreía hasta ese momento, soltó un grito ahogado y colocó una mano sobre su pecho.

—Me has dado un susto de muerte, Eve.

—¿Con quién hablabas?

—Con nadie, solo estaba mirando noticias de internet, pero ya me iba. —Se levantó y acercó la silla sin levantar la mirada en mi dirección ni un solo momento.

Me picaba en la punta de la lengua la pregunta que hacía meses que me rondaba por la mente, pero en el último momento decidí que ya había tenido suficientes sofocos por hoy y decidí posponer la conversación que me debía.

—Buenas noches, cielo. —Mi madre me dio un suave beso en la mejilla al pasar por mi lado y siguió su camino.

—Mamá. —La detuve—. ¿Va todo bien?
—Sí, claro —respondió, nerviosa—. ¿Por qué lo dices?
—Estás diferente.
—Bueno, es lo de siempre: el trabajo, la casa, las citas de Zack…
—¿Y con Steve? ¿Estáis bien?
—Claro, no sé por qué me preguntas esas cosas. Ve a descansar, lo necesitas. Tal vez mañana llegue la buena noticia que esperamos.
Asentí y la pantalla del móvil volvió a iluminarse por un mensaje. Aunque mi madre se apresuró a ocultarlo, era demasiado tarde, lo había visto. Me tomé el analgésico y subí a toda prisa a mi habitación. Ya en la cama, conecté el teléfono e hice caso omiso a todas las notificaciones y mensajes que me llegaron, fui directa al chat con mi padre y vi que estaba en línea, luego entré al de mi madre y comprobé que también. No tenía pruebas, pero tampoco dudas de que volvían a estar juntos. Y mi pequeño mundo se resquebrajó un poco más.

Asistir a clase al día siguiente fue un infierno. A cada paso que daba escuchaba murmullos, risas e insultos. No obstante, ya había pasado por esto con anterioridad y sabía que lo mejor que podía hacer era levantar la cabeza e ignorarlos a todos. Estaba en mi taquilla cuando Naia apareció a mi lado.
—Te estuve llamando ayer.
—Apagué el teléfono porque no tenía ganas de ver todo lo que se decía de mí. ¿Estuviste con Lauren? —quise saber, preocupada.
—Violet y yo fuimos con ella a su casa.
—¿Cómo está?
—Dolida, enfadada, triste, decepcionada… Un cúmulo de todas esas cosas.
—Yo no he tenido, tengo ni tendré nada con Adam.
Naia suspiró y se apoyó en la taquilla de al lado de la mía.
—Lo sé, y creo que Lauren, con el tiempo, también lo sabrá. Pero ahora no atiende a razones.
—Comprendo que esté dolida con Adam. Pero ¿qué culpa tengo yo?
—Bueno, el hecho de que él te confiase a ti sus dudas sobre si debía dejarla o no y tú no se lo contases tampoco le ha hecho mucha

gracia. Y ni hablemos sobre que su novio esté enamorado de ti.
—Eso no ha sido así, y no me importa lo que Adam crea que siente o no siente por mí.
—Bueno, a ti no, pero a Lauren es más que evidente que sí.
Dejé ahí la conversación, porque Naia no era la persona con la que debía desmentirlo.
—Ahora Lauren nos necesita —suspiró—. Cuando pueda, pasaré por tu casa. ¿De acuerdo?
Bueno, yo también las necesitaba, pero, al parecer, podía apañármelas sola. Asentí y Naia se fue con una mueca que pretendía ser una disculpa.

Al llegar a clase, Lauren se había sentado en primera fila y estaba arropada por todas las chicas, que le ofrecían su consuelo, empatía y consejos gratuitos. Al verme, empezaron a cuchichear y a lanzarme miradas que parecían puñales. Inspiré hondo y me senté en mi sitio. Ya estaba agotada y el día acababa de comenzar.
La silla que estaba a mi lado se movió, y un montón de murmullos se levantaron a mi alrededor. Cuando giré la cabeza, Adam estaba sentado a mi lado.
—¿Qué crees que estás haciendo? —siseé.
—Ahora que todo el mundo lo sabe y que no tengo que esconderme, no hay motivo para que esté alejado de ti.
—¿Te has vuelto loco? Nadie sabe nada porque no hay nada que saber.
—Quiero estar contigo, dame una oportunidad.
—¡Pero yo no! —Me levanté cuando Oliver entraba. Nos miró a ambos y apretó la mandíbula con firmeza. Avanzó hacia mí, me tomó de la mano y me condujo dos pupitres más allá para que nos sentáramos juntos. Solo entonces pude volver a respirar.
—¿Estás bien? —bajó la voz para que nadie nos escuchase.
—Ahora sí. ¿Y tú? —Oliver parecía tener tan mal aspecto como yo.
—Lo solucionaré.

Oliver no se separó de mí durante toda la semana porque Adam no parecía darse por vencido y no paraba de interponerse en mi

camino. No tenía ni idea de cómo serían los entrenamientos con la tensión que se respiraba entre ellos, pero sabía que Oliver estaba preocupado por el resultado del partido de sábado.
—¿Vendrás a verme?
Era viernes, y estábamos en el mirador del parque Heisler. A nuestros pies crecían las típicas flores de California, grandes, de pétalos suaves y color anaranjado. El paisaje era precioso, pero lo mejor cuando estaba con Oliver siempre era su compañía. Me había recogido después del entrenamiento para estar un rato a solas y solo se escuchaba el rumor de las olas a nuestro alrededor.
—No creo que sea conveniente. —Todo el instituto iba a estar allí y no me apetecía sufrir más de lo que ya lo hacía.
—Significaría mucho para mí, pero entiendo que no quieras. —Se puso a mi espalda y me rodeó la cintura con los brazos, apoyó la cabeza en mi hombro y me besó en el cuello.
—Cuento los días para que se acabe este curso.
—¿Tan malo ha sido? —Rozó con su nariz debajo de mi oreja y me arrancó una sonrisa.
—Lo único bueno has sido tú.
—¿Pese a mi intento de homicidio de la primera vez que nos conocimos?
Solté una carcajada y me giré para rodearle los hombros con mis brazos.
—Te perdono.
—¿Quiere decir eso que ya no tendré que preocuparme por mi vida?
—De momento…
—Eres demasiado vengativa, Zanahoria. Vigilaré mi espalda por si acaso. —Intentó darme un beso, pero lo esquivé—. ¿Ves? Ya estás empezando a desquitarte.
—Sabes que no me gusta que me llames zanahoria.
—Es mi hortaliza preferida desde que te conozco.
Intentó besarme de nuevo y yo volví a evitarlo.
—¿Quieres un beso? —pregunté.
—Eres demasiado cruel. No es que lo quiera, es que lo necesito.
—Pues dime algo bonito. Cada vez me llames zanahoria o hagas algo que me moleste, tendrás que compensarme.

—¿En serio? —fingió ofenderse.
—No bromeo.
—No sé si podré soportar tanta crueldad.
—Habértelo pensado antes.
Lo aparté para pasar por su lado y él tiró de mi mano para volver a encerrarme entre sus brazos.
—Vale, lo intentaré. —Inspiró hondo, conectó su mirada con la mía y se puso serio—. No sé por qué los demás son incapaces de verte como yo te veo, pero quiero que tengas algo claro: no te llegan ni a la suela de los zapatos. Estás muy por encima de su supuesta moralidad, y el hecho de que no lo vean o no quieran verlo dice mucho más de ellos que de ti.
Sentí cómo sus palabras acariciaban la parte más herida y vulnerable que tenía. Fingía todo el tiempo que no me importaba lo que pensaban los demás de mí, cuando la realidad era que aquella frialdad servía para protegerme y simular ser más fuerte de lo que muchas veces era. Y Oliver lo había visto, me había visto.

Medité mucho si ir al partido o no. Esa mañana me levanté convencida de que no debía hacerlo, sin embargo, conforme avanzaba el día, las dudas me acosaban y, al final, decidí que, si lo más bonito y sincero que tenía en mi vida necesitaba mi apoyo, allí estaría yo, contra viento y marea para apoyarlo.
Llegué cuando ya había comenzado el juego y me quedé arriba de todo, en la parte de atrás, pegada a la pared.
Siempre me había fascinado el ritmo de los partidos de baloncesto, iba todo tan rápido que apenas me daba tiempo a saber por qué el árbitro paraba el juego, quién había hecho falta a quién o por qué sacaban unos y no otros. No obstante, en aquella ocasión, me dejé llevar por la efusividad que se respiraba en las gradas y sufrí con cada canasta en contra, me emocioné con los puntos que anotaba Oliver y recé para que el ojeador viera lo que todos tuvieron claro desde el mismo momento en que llegó a Laguna Beach y entró en el equipo, que era el mejor.

Cuando llegó el descanso, el marcador estaba muy ajustado, los jugadores comenzaron a retirarse al vestuario y los espectadores vaciaban las gradas para salir a por refrescos o ir al baño. Permanecí pegada a la pared, aguantando las miradas y los cuchicheos de mis compañeros con estoicismo. Me negaba a esconderme, a avergonzarme por algo de lo que yo no era culpable, pero cada insulto me dolió en el alma. Desvié la mirada y la dejé perdida en la cancha, donde mis ojos se encontraron con los de Oliver antes de que entrase en los vestuarios. Se detuvo mientras sus compañeros pasaban por su lado y el resto del mundo desapareció para nosotros. Sonrió y yo le correspondí. Eso era lo importante, nosotros. El resto del mundo podía consumirse en su odio y envidia.

Capítulo 35

Creía que nuestra relación era un fin. Sin embargo, resultó ser un final.
Eve

OLIVER

Solo tres malditos segundos para el final. Estábamos en tiempo muerto y perdíamos por dos puntos. El entrenador planeaba la jugada sobre su pizarra mientras las gradas rugían, y yo solo era capaz de pensar en que Eve había venido. Se había expuesto por mí.
—¡Grant! —gritó el señor Smith—. ¿Te ha quedado claro?
Asentí, circunspecto.
—Bien. A ver esas manos.
Unimos nuestros puños en medio del círculo, con cuidado de no coincidir la mía con la de Adam. No habíamos vuelto a hablar y dudaba de que lo hiciésemos en un futuro.
Todos gritamos «Dolphins» y salimos a la pista para intentar revertir el resultado. Jake se puso a mi lado, miró hacia las gradas y giró la cabeza en mi dirección. Sus ojos azules se anclaron a los míos con seriedad.
—No lo jodas —dijo sin más.
—Gracias por aligerar la presión que siento en estos momentos —repliqué con ironía.
—Me importa una puta mierda el resultado del partido. Me refiero a ella. —Con la cabeza, señaló a Eve—. Sabía que acabarías cayendo, como todos, pero tenía la esperanza de que a ella le fueras indiferente. Sin embargo, aquí está.
El tiempo se ralentizó desde el momento en el que los árbitros se posicionaron, nosotros ocupamos el lugar en la pista y la afición de ambos empezó a rugir. Cerré los ojos, inspiré hondo y me dije que lo

iba a conseguir. Jamás me había dado por vencido en nada y esta no iba a ser la excepción.
Oí el silbato, Ethan sacó, se la pasó a Jake y este me hizo un pase picado que desconcertó a nuestro oponente, esquivé al defensa y, en el último segundo, lancé desde la línea de triples. La bocina sonó cuando la pelota todavía estaba en el aire. El silencio resultó casi más atronador que los gritos que habíamos escuchado durante todo el partido hasta que la bola dio en el tablero, giró alrededor del aro y por fin se decantó hacia el interior de la canasta.
El rugido de alegría explotó en el pabellón. Mis compañeros de equipo se abalanzaron sobre mí y por fin pude respirar. Lo habíamos conseguido, habíamos ganado por un punto y yo había hecho uno de los mejores partidos de mi vida. Estaba seguro de que, si todavía no tenía asegurado el pase a Kentucky, aquel partido me había otorgado la llave.
Cuando me dejaron levantar cabeza un momento, miré hacia el lugar en el que Eve había estado, pero no la encontré. Volvieron a zarandearme, darme palmadas en la espalda y felicitarme hasta que, como si de una coreografía se tratase, todos se apartaron y la vi. Sonrió. Me sonrió. A mí. Como si yo fuese lo más hermoso que tenía en su vida. Avanzó sin que yo pudiese ni siquiera moverme y se lanzó a mis brazos.
—Sabía que lo conseguirías.
Lo recuerdo todo como si fuese un sueño. En medio de la neblina de los nervios, la ansiedad y la certeza de que ya no había nada que esconder, me quedé allí parado; con ella entre mis brazos, con sus labios sobre los míos. Me besó y yo la dejé que lo hiciese. Cuando se apartó, descubrí a mis padres mirarme con orgullo y un poco más allá, pálida, confusa y desconcertada, estaba Eve.
—Te dije que no lo jodieses —siseó Jake a mi lado. Me empujó con el hombro y se encaminó hacia los vestuarios.

Capítulo 36

Puta vida.
Oliver

EVE

Algo golpeó mi pecho con tanta fuerza que me dejó sin respiración. Esa misma fuerza constriñó mi garganta y me produjo un dolor tan fuerte que los ojos se me llenaron de lágrimas. Necesitaba inhalar, moverme, irme, procesar lo que veía, entender lo que estaba sucediendo, pero no era capaz de hacer ninguna de todas esas cosas.

—Eh, Eve. Venga, vámonos.

Escuché una voz en la lejanía y solo cuando me zarandeó un poco del codo fui consciente de que me había estado sujetando todo el rato. Giré la cabeza y vi Jake a mi lado. Debía estar en un universo paralelo en el que el chico del estaba enamorada se besaba con otra y el indeseable de mi ex se preocupaba por mí.

—Escucha, tienes que salir de aquí.

Me empujó con suavidad y mis pies avanzaron uno delante del otro hasta que dejamos atrás el pabellón y llegamos al coche de Jake. Me abrió la puerta y me ayudó a entrar, dio la vuelta al vehículo, tomó asiento y me sacó de allí a toda velocidad. Las luces de la ciudad pasaban a mi lado difuminadas como estelas, cada vez más borrosas, hasta que una gota cayó sobre mi mano y me di cuenta de que estaba llorando. Jake no dijo nada y yo tampoco pude hacerlo. Me dejé llevar allá donde él quisiese hacerlo.

Cuando detuvo el vehículo, la oscuridad nos rodeaba. Parpadeé y miré más allá de la luna delantera.

—Tu teléfono no ha dejado de sonar.

La voz de Jake sonó como un trueno en mitad del silencio del coche.

—¿Lo sabías? —Ni siquiera reconocí mi voz. El tono bajo, suave y lento me sonó ajeno.
—¿Que acabaríais liándoos? Sí. Desde que aquel primer día en la playa vi cómo te miraba. ¿Que te colgarías por él? Esperaba que no. Llámame imbécil.
Guardé silencio de nuevo mientras por dentro me derrumbaba. Jake me acompañó en mi dolor solo con su presencia. Ni siquiera intentó cogerme una mano, limpiarme las lágrimas u ofrecerme palabras de consuelo. Tal vez porque era consciente de que no las había, tal vez porque no sabía qué decir, pero se lo agradecí.
—¿Quién es ella?
Escuché a Jake suspirar y, de reojo, lo vi apoyar el antebrazo en la ventanilla. Se frotó la frente con la mano y me di cuenta de que todavía llevaba la equipación de juego.
—No creo que deba ser yo el que te dé explicaciones —dijo con suavidad.
—¿La conoces? —insistí.
—No demasiado.
—¿Qué sabes de ella?
—¿Por qué te haces esto? —Se giró para mirarme y nuestros ojos coincidieron.
—Porque necesito saber. Necesito encontrarle un sentido. —Sollocé, y aquel sonido pareció enfurecerlo todavía más.
—¡Maldita sea! No, no es eso lo que quieres. Estás buscando una explicación, por ilógica que sea, porque te niegas a creer que Oliver haya sido capaz de traicionarte de ese modo, pero lo cierto es que lo ha hecho, y duele. Y es jodido. Y una puta mierda. Pero es mejor asumirlo que engañarte. Te lo digo por experiencia.
Jake tenía razón. Ambos lo sabíamos. Si me hubiese dicho que esa chica era familia, me lo hubiese creído, aunque los había visto besándose. Y lo habría hecho porque asumir la verdad era demasiado doloroso y me hacía plantearme demasiadas cosas para las que todavía no estaba preparada. Agaché la cabeza y retorcí los dedos sobre mis muslos.
—Yo jamás te engañé con otro —dije después de unos momentos.

—No, pero me rompiste el corazón. Me dejaste sin opción a explicarme.
—¿Qué explicación podría haber al hecho de que compartieses nuestras imágenes y vídeos privados?
—¿Se te ha pasado alguna vez por la mente que yo no fuera? —me recriminó, dolido.
—El único que los tenía eras tú —lo ataqué.
—Y estaba tan jodidamente loco por ti que decidí mandarlo todo a la mierda para que me dejases.
Visto de ese modo, tuve que admitir que Jake tenía razón.
—Entonces, ¿quién lo hizo?
—Ojalá lo supiese —admitió, derrotado.
—Bueno, ahora ya no tiene sentido que le demos más vueltas.
Había empezado a dolerme la cabeza a rabiar y no quería ni estaba preparada para tener más preocupaciones.
El teléfono de Jake sonó; él miró la pantalla y apretó la mandíbula. Conocía ese gesto, solía tenerlo cuando algo lo enfurecía o indignaba.
—¿Qué quieres? —escupió—. No. No es problema tuyo. Te dije que no lo jodieras y, joder, tío, te has cubierto de gloria.
Escuché el tono de voz de Oliver al otro lado. No sabía qué decía, pero, sin lugar a dudas, supe que era él. Mientras Jake le daba largas, saqué mi móvil y revisé todas las notificaciones. Tenía más de diez llamadas de su parte y otros tantos mensajes.
«Eve, tenemos que hablar», «Coge el teléfono, por favor», «Deja que te lo explique», «¿Dónde estás?».
Cerré la aplicación cuando las lágrimas no me dejaron ver la pantalla.
—No quiere hablar contigo. —Escuché que decía Jake a mi lado—. Si quisiese, ya te habría contestado al puto teléfono. Ahora, vete a la mierda.
Colgó, lanzó el teléfono al asiento trasero y miró hacia delante.
—¿Quieres que te lleve a algún sitio? —preguntó con suavidad.
—No tengo a dónde ir.
—¿Ni a casa de Naia? —tanteó.

En otras circunstancias, le habría hecho notar que no se había equivocado al decir su nombre, pero ahora me limité a negar con la cabeza.
—Está con Lauren y no soy bien recibida.
—Bueno, pues yo tampoco tengo prisa. —Se estiró en el asiento de manera despreocupada, se cruzó de brazos, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.
—¿Por qué me estás ayudando?
—Porque soy un tío de puta madre.
—No me lo parecías cuando me llamabas zorra e ibas diciendo por ahí que me acostaba con todo el mundo.
—No me culpes por necesitar odiarte.
Suspiré y me acomodé tal y como Jake había hecho. No fui consciente de que el agotamiento psicológico me hizo cerrar los ojos hasta que escuché la puerta abrirse y levanté la cabeza, sobresaltada. Jake se sentó de nuevo tras el volante.
—Siento haberte asustado. Necesitaba estirar las piernas.
—¿Qué hora es?
—Las tres de la madrugada.
—i¿Cuánto he dormido?!
—Mucho, Bella Durmiente.
Miré el móvil para asegurarme, pero se había quedado sin batería.
—Creo que ya es hora de que volvamos.
Al igual que ocurrió cuando nos marchamos del partido, regresamos en silencio hasta que llegamos a Laguna Beach.
—¿Quieres que te lleve a casa o prefieres ir al pabellón a por tu coche?
Tras pensarlo durante unos instantes, decidí que lo mejor sería recoger mi furgoneta para encerrarme en casa y no volver a salir hasta que estuviese preparada.
Era el único vehículo que quedaba cuando Jake entró en el aparcamiento y se detuvo junto a él.
—Gracias —verbalicé con sinceridad.
Él se limitó a asentir, pero, cuando estaba a punto de cerrar la puerta, me detuvo.
—Llámame si me necesitas.

Asentí y marché. Por extraño que pareciese, tanta amabilidad por su parte me hacía sentir mucho más vulnerable.
Si hubiese sospechado lo que me esperaba, habría pedido a Jake me llevase al fin del mundo.

Capítulo 37

Cuando lo quieres todo, te arriesgas a quedarte sin nada.
Oliver

EVE

Cerré la puerta con cuidado, me descalcé y subí despacio los escalones que llevaban a mi habitación.
—¿Dónde has estado? —me sobresaltó una voz a mi espalda.
—Por ahí —dije sin más. Ni siquiera miré a mi padrastro, pero sí lo sentí seguirme.
—Habría sido un detalle que avisaras de que no venías a cenar —me recriminó.
—No sería la primera vez.
Ante mi insolencia, me sujetó con fuerza del brazo y me obligó a darme la vuelta.
—Tu madre ha sido demasiado condescendiente contigo durante estos años.
—Házselo saber a ella.
Me zafé de su agarre y me dirigí a mi habitación con pasos más apresurados.
—Lo estoy hablando contigo —alzó un poco más la voz—. Deberías tener más consideración con tu familia.
—Despertarás a Zack —advertí.
—¿Ahora te preocupa tu hermano? ¿Dónde estabas mientras ha tenido una crisis y se ha autolesionado?
El corazón me dio un vuelco. Pocas veces Zack actuaba de ese modo, pero, cuando lo hacía, resultaba muy difícil de controlar y redirigir. En cuanto Steve me dejase en paz, iría a su habitación a verlo.
—¿Qué hacías hasta las tres y media de la madrugada? —insistió—. ¿No vas a decir nada? ¿Quieres que te lo diga yo? Seguro que

estabas retozando con el chulito ese que lo único en lo que piensa es en meterse dentro de tus bragas.
—Ese no es tu problema. Puedo hacer lo que me dé la gana con quién me dé la gana y tantas veces como me apetezca —estallé, enfadada—. Y, con respecto a Zack, no soy su madre. No es mi responsabilidad, y resulta demasiado rastrero por tu parte culpabilizarme a mí de tus obligaciones. Si no sabes cómo tienes que actuar con tu hijo, tal vez tendrías que asumir que te queda grande el papel de padre.
La bofetada me llegó sin que hubiese sido capaz de anticiparla. Primero sentí sorpresa y luego el dolor punzante en la mejilla y la sensación de que me estallaría el ojo.
Con la mano sobre el pómulo, todavía incrédula, giré el rostro para verlo con la sensación de que no conocía de nada a ese hombre.
—Tú me has obligado —se justificó. Una sombra de arrepentimiento oscurecía sus ojos, pero ya era tarde para lamentar el golpe.
—No vuelvas a ponerme la mano encima —le advertí—. No me hables, no me dirijas la palabra, ni siquiera me mires.
Corrí hacia mi habitación y me encerré allí con la certeza de que ya no estaba segura ni en mi propia casa. El mundo había cambiado y yo no parecía encajar en esta nueva versión.
Me deslicé con la espalda apoyada en la puerta hasta que quedé sentada en la oscuridad de mi cuarto. Aquella sensación de irrealidad me rodeaba y no me dejaba respirar. Apreté mi pecho y me lo froté para ver si así conseguía inspirar más hondo y alejaba de mí la sensación de que me ahogaría en cualquier momento. El corazón me bombeó con mucha más fuerza y temí que aquel fuese mi final. Solté un sollozo angustiado, después otro y le siguieron varios más a la vez que mis pulmones reclamaban el aire que les había robado.
—Eve, escucha. Abre la puerta. Lo siento, no tenía que haber reaccionado así. Abre, por favor —insistió, mientras movía la manivela de mi puerta.
No contesté ni me moví, estaba demasiado ocupada intentando respirar.

—Oye, no hace falta que le digamos nada a tu madre, ¿de acuerdo? No le comentaré nada de tu falta de respeto.
Dejé de escuchar cuando el cuerpo comenzó a pesarme y la cabeza, a darme vueltas. Me acosté sobre el suelo de madera y cerré los ojos con la esperanza de que, cuando despertase, ese día no hubiese ocurrido.

Cuando abrí los ojos, tenía el cuerpo entumecido por el frío, no se escuchaba nada y todavía no había amanecido, porque no entraba luz por la ventana. Me incorporé y abrí despacio la puerta para ir hasta la habitación de Zack. Mi hermano dormía plácidamente y yo tuve la necesidad de sentirlo junto a mí, de tener a mi lado a alguien que en verdad me quisiese. Porque yo sabía que Zack me quería, con su particular manera de demostrármelo, pero no tenía duda de que era el amor más sincero que tenía. Aquel pensamiento hizo que las lágrimas brotaran de nuevo de mis ojos. Me tumbé con cuidado al lado de mi hermano y lo abracé por la espalda. En aquel momento, solo Zack era mi ancla.

Sentí una caricia suave en mi mejilla, cómo se apartaba el pelo de mi frente y unos dedos se deslizaban de nuevo por mi rostro. Cuando abrí los ojos, mi madre me miraba preocupada.
—¿Estás bien, Eve? —susurró con ternura.
No, no estaba bien. Volvía a ser injustamente la zorra del instituto, la gente se metía conmigo y me enviaba mensajes obscenos o con insultos, mis amigas me habían dejado de lado, el chico del que estaba enamorada me había engañado y, donde creía que era única, resultaba ser la otra. Mi padrastro me había golpeado y mi madre tenía una aventura con mi padre.
—¿Es por la solicitud de Columbia?
Sí, claro. También estaba eso. No tenía respuesta y, hoy por hoy, ni perspectivas de futuro.
—Eve… —insistió mi madre.
—Sí —me limité a decir con voz ronca.
—¿Estás segura de que solo es eso? Puedes contarme lo que quieras. Te prometo que no te juzgaré, solo te escucharé.

—Ahora no, mamá. —Giré la cabeza y la volvía a apoyar sobre la almohada de Zack.
—Vale, está bien —claudicó—. Si me necesitas, estaré en mi habitación descansando. Ha sido una noche jodida.
Que me lo dijera a mí…
Cerró la puerta y me abracé a la colcha de mi hermano. No tenía ganas de salir, pero tarde o temprano Zack reclamaría su habitación. Arrastré los pies hasta el cuarto de baño, me di una ducha para intentar quitarme de encima aquella sensación de pesadez y borrar el rastro de las lágrimas con nuevas que dibujaron el mismo camino, y volví para encerrarme en mi habitación. Pero, al entrar, me sobresaltó descubrir a Naia sentada en mi cama.
—Steve me ha dicho que podía subir.
—¿A qué has venido? —Pasé por su lado y me vestí con rapidez con un pantalón corto y una camiseta de tirantes.
—Si hubieses mirado el móvil en algún momento, habrías visto todos mis mensajes y mis llamadas.
—No quiero mirarlo.
Naia suspiró.
—Estoy preocupada por ti.
—Supongo que eso significa que ya te has enterado de la sorpresa de ayer.
—¿Cómo te encuentras? —Con esa pregunta, confirmó mi aseveración.
—Ridícula, herida, desconcertada, enfadada, triste…
—Vamos, hecha una mierda —resumió—. Me hubiese gustado estar contigo cuando sucedió.
Me senté a su lado y miré al suelo, a la alfombra de tonos rosados, y me concentré en los dibujos concéntricos que hacía la tela.
—A mí también me hubiese gustado que estuvieras.
—Tendrías que haberme llamado, habría ido contigo sin dudarlo. Me ha torturado durante toda la noche la idea de que estuvieses sola.
—No lo estuve. Desde que vi a Oliver besándose con esa chica, he tenido la sensación de haber entrado en una realidad paralela. Y el hecho de que fuese Jake quien me sacara de allí y me ofreciera el consuelo que necesitaba no hizo más que acrecentar esa sensación.

—¿Te fuiste con Jake? —repitió, sorprendida.
—Eso he dicho. Me sacó del pabellón, me llevó hasta su coche y condujo hacia las afueras. No me preguntes a dónde me llevó, porque no tengo ni la más remota idea. El caso es que me ofreció lo que necesitaba, la compañía y la libertad de llorar en silencio sin juzgarme.
—Supongo que era la oportunidad que ha estado esperando durante todo este tiempo.
Levanté la cabeza y busqué en sus ojos grandes y expresivos una respuesta a la decepción que intuí en su voz, pero, cuando iba preguntar a qué se refería, Naia soltó un grito ahogado.
—i¿Qué te ha pasado en la cara?! —Rozó con suavidad mi pómulo dolorido.
—Me golpeé con la pared cuando llegué a casa —mentí, y Naia supo que lo hacía, pero no me dijo nada, se limitó a observarme en silencio.
—¿Qué vas a hacer ahora?
—Lo que he hecho siempre: seguir adelante.
—No lo he dudado en ningún momento, pero ya sabes a lo que me refiero. ¿Vas a hablar con Oliver?
—No creo que tengamos nada más de lo que hablar.
—¿Y qué tal porque te mereces una explicación?
—¿Crees que puede haber algo que justifique el hecho de que tuviese una novia en Chicago y se liase conmigo aquí? ¿Que me lo ocultase?
—No lo sé, Eve. Tal vez. Pero eso es algo que tendría que aclararte él.
—Nada de lo que diga cambiará el hecho de que me ha traicionado.
—No, ya lo sé. Pero al menos podrás quedarte tranquila porque le habrás dicho la clase de tío que es.
—Es un mentiroso.
—Y un cabrón —añadió Naia.
—Egoísta.
—Rastrero.
—Cruel.
—Canalla.

—¿Estamos en el siglo XIX o qué? —me burlé por su adjetivo, y aquello arrancó mi primera sonrisa en horas.
Naia soltó una carcajada y se dejó caer en la cama, arrastrándome a mí con ella.
—Que se joda —dijo con suavidad.
—Preferiría que nadie quisiera joderlo. Que se volviese impotente, que se le cayese el pelo, le saliesen verrugas y engordase tanto que no pudiese jugar más al baloncesto.
Naia silbó.
—Prométeme que siempre seremos amigas, no quisiera enfrentarme a tu ira.
—Te lo prometo.
Me abrazó y, con su dulzura, envolvió mi cuerpo y mis sentimientos heridos. El mundo sería mucho mejor si estuviese lleno de personas como Naia.

Capítulo 38

Cuando sientes que no perteneces a ningún lugar,
es porque no estás en el sitio adecuado.
Eve

OLIVER

—Sé que algo te pasa, Oliver. Has estado muy raro —me tanteó Mia, de camino al aeropuerto.
—Ha sido un fin de semana intenso —respondí, esquivo. Me centré en la carretera y evité el tipo de conversación que debíamos tener para concentrarme en las indicaciones que me llevaban al aparcamiento.
—Tal vez no fue buena idea que me presentase para verte jugar sin avisarte, pero pensé que te alegraría que estuviese a tu lado.
—No es eso, Mia.
—Entonces, ¿qué es? Puedes decirme lo que sea.
Lo que fuera menos la verdad. Había intentado hablar con ella sobre mis sentimientos, pero, ya fuera consciente o inconscientemente, había evitado la conversación.
—A John también le hubiese gustado venir, pero tenía partido este fin de semana —dijo para entablar conversación de manera más distendida.
—Sí, eso me dijiste.
El silencio volvió a erigir un muro entre nosotros.
—De verdad, Oliver, ¿qué te pasa? Estás diferente.
Suspiré y detuve el vehículo en el primer lugar que encontré para aparcar. Apagué el motor y la encaré. No quería herirla, no se lo merecía y sabía que sufría por la muerte de su madre, pero yo no era la tabla de salvación que ella creía. Y, si se aferraba a mí, corríamos el peligro de hundirnos los dos.
—¿Quieres saberlo?

—¿Me vas a hacer daño? —susurró, nerviosa.
—Es lo último que querría, pero, si no te cuento la verdad, nos lo estoy haciendo a los dos.
—No será lo que yo estoy pensando…
No dije nada y esperé.
—¿Te has enamorado de otra?
—Sí —dije sin más.
—¿Desde cuándo sientes algo por ella?
—No lo sé. Creo que me gustó desde la primera vez que la vi, pero ha sido al conocerla cuando mis sentimientos por ella han ido creciendo.
—¿Te has liado con ella?
Asentí y ella jadeó, indignada.
—Eras lo único que me quedaba. Confiaba en ti…
Una lágrima resbaló por la mejilla de Mia y yo me sentí como el más ruin de todos los hombres. Desde luego, ese fin de semana me estaba coronando.
—Mia, tú y yo ya no estábamos juntos cuando me vine a Laguna Beach —expliqué con tiento—. Luego sucedió lo de tu madre y me pediste que no te dejara, y yo fui incapaz de hacerte más daño.
—Y me engañaste. Mientras yo creía que todo seguía como antes de marcharte, te veías con otra.
—No pude evitarlo —me defendí con culpabilidad. Tampoco quise evitarlo, pero eso no se lo dije.
—¿Tanto te importa? —quiso saber, dolida.
—Sí —respondí sin más.
—¿Ella sabía de mi existencia?
—No hasta este fin de semana.
—Así que nos engañaste a las dos —me echó en cara—. Enhorabuena, Oliver. Te has convertido en el cabrón más grande que he conocido.
Mia salió del coche y dio un portazo. La seguí hasta el maletero para que sacase la pequeña maleta de cabina, pero no me dejó que tocara nada que le perteneciese. Agarró el asa y empezó a caminar con decisión. La seguí unos pasos por detrás porque sí, era un

imbécil mentiroso, pero no iba a dejar que se fuese sola hasta que hubiese cruzado el control de seguridad.
—Dime una cosa. —Se detuvo con brusquedad dentro de la terminal, cerca del control de seguridad y me fulminó con la mirada cargada de lágrimas y dolor—. Si no te hubiera preguntado, ¿me habrías dicho que estás con otra?
—Hacía tiempo que quería tener esta conversación contigo.
—Eso no responde a mi pregunta.
—Tal vez sí.
—¿Y por qué no lo hiciste?
—Porque lo de tu madre estaba demasiado reciente y cada vez que hablábamos me decías cuánto me necesitabas.
—Sí, Oliver, te necesitaba —confirmó con la voz rota y las mejillas teñidas de lágrimas—. Porque pensé que eras el mismo chico del que me enamoré, pero es evidente que estaba equivocada. Ese chico ya no existe.
—Mia, por favor, no soportaría perder tu amistad.
—Tendrías que habértelo pensado antes de engañarme, Oliver. Ojalá que esa chica no te perdone. Ojalá sientas lo que es que te rompan el corazón en mil pedazos y te cueste hasta respirar. Ahora, deja de seguirme y vete. No quiero verte.
Hundí los hombros y la dejé marchar.
—Ojalá y no estés en el cierto —musité cuando pasó el control de seguridad.
Corrí hacia el coche y conduje como un loco hasta la casa de Eve. No me había contestado a ninguno de los mensajes, atendido a ninguna llamada ni se había puesto en contacto conmigo. Y sí, lo merecía y habían sido las putas veinticuatro horas más jodidas de mi vida, pero no sería nada comparado a cuando me enfrentase a sus ojos y viese en ellos la decepción en la que me había convertido para ella.

Capítulo 39

Dicen que el primer amor no se olvida, pero nadie te cuenta el porqué.
Oliver

EVE

Me vino bien salir con Naia a dar un paseo por la playa y despejarme. La brisa del atardecer, el rumor de las olas y caminar descalzas por la arena casi fue catártico. Casi, porque no podía evitar recordar las veces que Oliver y yo habíamos estado en aquella playa. Primero, por el programa de regeneración y, luego, porque desde que apareció en mi vida, tenía la sensación de que todo había empezado a girar a su alrededor.
—Estás muy callada —me hizo saber Naia.
Estábamos sentadas en la arena y paseaba mis dedos por ella haciendo dibujos.
—¿Sabes esa sensación de que tienes tanto ruido en la cabeza que no deja espacio para que se creen pensamientos coherentes? Pues eso me pasa.
—Bueno, a mí siempre se me ha dado bien deshacer los nudos en las madejas de lana de mi madre. ¿Qué harás cuando vaya a buscarte? Porque irá.
—No hay nada que pueda decir que justifique lo que ha hecho.
—Si te pide perdón y al final sí que hay algo racional que lo justifique, ¿volverás con él?
—No —respondí con rotundidad. Necesitaba creérmelo casi tanto como respirar.
—¿Sabes? Tal vez sea lo mejor. Pronto cada uno se marchará a una parte del país para estudiar, y tener una relación a distancia debe ser una mierda.

—Es posible, pero ayer, antes de haberlo visto con su novia —casi me atraganté con esa palabra y me tembló la voz, pero seguí adelante—, habría apostado todo a que a nosotros nos habría ido bien.
—Yo también habría apostado por ello.
—¿Y tú qué harás cuando te vayas a la universidad?
Naia ya había recibido la carta de aceptación para estudiar en el MIT y se marcharía a Massachussets a finales de verano.
—Es posible que desmelenarme y acostarme con algún tío bueno. No, con alguno no: con más de uno.
Aquella confesión tan vehemente me arrancó una sonrisa.
—Quiero mucho a mis padres, pero necesito volar sola —se justificó.
—Lo sé.
—Prométeme una cosa. —Naia se sentó sobre sus talones enfrente de mí y me tomó de las manos—. Nuestra relación jamás se verá afectada por la distancia.
—Te lo prometo —dije al momento. Y no tenía ninguna intención de faltar a mi promesa.

Horas después, cuando llegué a casa, mi madre me interceptó cuando ya me disponía a subir por la escalera. Sonreía, emocionada, y me tomó de la mano para conducirme hacia el salón.
—¿Qué pasa? ¿Por qué tanta prisa? —quise saber, confusa, mientras la seguía trompicones.
—Es maravilloso, Eve. Zack lo ha recibido y acompañado, interactúa con él, juega, no me lo puedo creer.
—¿Con quién?
Sin embargo, mis pies se quedaron anclados en el suelo cuando descubrí en la alfombra de mi salón a Oliver jugando con Zack. El aire de mis pulmones se evaporó, los oídos comenzaron a zumbarme y la voz me salió fina como un hilo de seda, suave pero a la vez cortante.
—¿Qué haces aquí?
Oliver se levantó de inmediato y un millón de sentimientos bombardearon mi cuerpo cuando sus ojos conectaron con los míos.

Nos observamos en silencio hasta que mi madre intuyó que algo extraño pasaba y se llevó a Zack.
—Estaremos en el jardín trasero —dijo sin más.
De nuevo, el silencio nos envolvió, cargado de reproches y de dolor.
—Te he estado llamando. —Su voz ronca vibró por todo mi cuerpo y me erizó la piel.
—¿Para qué?
Avanzó un paso y yo retrocedí. Un reflejo de dolor cruzó su rostro, puso las manos en los bolsillos delanteros de su vaquero como si así pudiese impedir tocarme y me miró con desesperación.
—Tendría que haberte hablado de ella hace tiempo, pero no pude o no supe hacerlo. Fui un cobarde.
—Y un mentiroso —agregué, dolida. La sutil esperanza de que hubiese malinterpretado la situación con esa chica se esfumó.
—Me lo merezco, lo sé. —Suspiró y negué con la cabeza—. Mia y yo estábamos juntos antes de que mis padres y yo viniésemos a vivir a Laguna Beach. Lo dejamos cuando me trasladé, porque entendimos que la distancia nos haría daño. Te conocí y descubrí que me encantaba sacarte de quicio. Poco a poco, me encantaron otras muchas cosas de ti.
—¿Esto será mucho más largo? —lo interrumpí con dureza. Necesitaba que se fuese casi tanto como que me abrazase, me besase y me dijese que todo había sido una broma de mal gusto.
—La madre de Mia murió en un accidente hace unos meses y me dijo que me necesitaba, que no podía perderme a mí también, y fui incapaz de decirle que estaba contigo y de hacerle más daño.
—Y decidiste hacérmelo a mí.
—Iba a solucionarlo todo antes de que te enterases.
—¿Cuándo, Oliver? —me exasperé—. Durante meses has estado con las dos, ¿qué esperas ahora de mí?
—Solo quiero que me des la oportunidad de arreglar lo nuestro.
—No se puede. Ya no hay un «nosotros».
—¡Sí lo hay! —Se acercó de nuevo y me acorraló contra la pared del salón.
Su estatura y la fuerza de sus brazos apoyados contra la pared impidieron que me moviese.

—La preferiste a ella antes que a mí.
—¡No! Maldita sea, quería estar contigo. —Apoyó su frente contra la mía y me estremecí por la cercanía de sus labios—. Quiero estar contigo —matizó. Inclinó la cabeza para acariciarme con suavidad el contorno de mi rostro con sus labios hasta lanzar un tenue suspiro sobre los míos—. Eve, por favor…
Cerré los ojos con fuerza y apreté los puños contra mis piernas para evitar abrazarlo, como mi cuerpo me pedía que hiciese. Sabía a dónde conducía todo aquello, lo había visto en mis padres. Había sido testigo del sufrimiento de mi madre por su engaño y de los intentos desesperados de mi padre por conseguir su perdón. Y no. Yo no quería pasar por eso. Me negaba a seguir el mismo patrón, a sufrir y a consumirme en un mar de porqués que no me llevarían a ningún sitio. Tenía que pasar página. Tenía que alejarme de Oliver y de todo lo que me rodeaba.
—Demasiado tarde. —Me zafé de su agarre y me alejé hacia el otro lado del salón, donde no sentía su calor ni me invadía su aroma.
—Dime que no me quieres.
Solté una risa sarcástica que no pude evitar.
—Aquí el problema no soy yo, Oliver. Creía que eras diferente a los demás, pero me has demostrado que querías lo mismo que todos. Una chica fácil con la que pasar el tiempo mientras mantenías a la buena, a la que tus padres aprobaban, bien resguardada.
—Yo jamás te he tratado como todos esos imbéciles —se defendió.
—Ahora sí. —Sollocé sin poder evitarlo y me rodeé la cintura con los brazos. Estábamos a finales de mayo y, sin embargo, yo sentía frío. Recorría mi cuerpo un estremecimiento helado que me hacía sentir enferma.
—Jamás creí los rumores que hablaban sobre ti. Te vi, Eve. Vi cómo eres y… ¡Joder! Cúlpame si quieres, pero no pude hacer otra cosa que enamorarme de ti.
—Tomaste el camino fácil. Podrías haber sido sincero conmigo desde el principio.
—¿Fácil? No tienes ni idea de la presión que he tenido que soportar. Por parte de Mia, de mis padres…

—Por eso no querías presentármelos —lo interrumpí—, porque estabas con ella. Y yo, como una imbécil, creí que tal vez no era suficiente para ti, cuando el que claramente no estaba a la altura de la situación eras tú. Una vez te dije que no podías contentar a todo el mundo, Oliver, y elegiste hacerme daño.
—Yo nunca he querido herirte. Mi único pecado fue no poder alejarme de ti y ser incapaz de renunciar a tenerte a mi lado. Te quiero, Eve. Dime que podemos solucionar esto.
—La falta de confianza, cuando se pierde, es muy difícil de recuperar. Ahora mismo, no puedo creer nada de lo que me digas.
—Te lo demostraré —resolvió, convencido.
—Puedes hacer lo que quieras, pero ahora márchate.
Odié que esta conversación se hubiese dado en el salón de mi casa porque, grabado en esas paredes, estaría nuestro adiós, nuestro fin.
—Conseguiré que me perdones —prometió, antes de encaminarse hacia la puerta. Segundos después, escuché el característico sonido al cerrarse. Entonces, y solo entonces, me derrumbé y caí de rodillas en el suelo, me permití llorar como lo había estado deseando desde que lo descubrí en mi salón y me juré que aquella sería la última vez.
—Eve. —Escuché a mi madre hablarme con dulzura—. ¿Qué pasa? —Se sentó junto a mí y me acarició los mechones anaranjados de mi cabello—. ¿Estás así por ese chico? ¿Te ha hecho algo?
Jamás había hablado con mi madre sobre temas personales. Pasé sola el trago de que se filtrasen imágenes mías con Jake bastante comprometidas y que, desde entonces, casi todos los tíos del instituto pensasen que podían acostarse conmigo y que tenían derecho a hacerme insinuaciones. Tampoco le hablé de mi primera vez ni de lo decepcionante que fue. Tenía las expectativas demasiado altas y poca experiencia, por lo que gran parte del fracaso estaba garantizado. Sin embargo, ahora, quizá porque me sentía débil o porque intuía que mi madre podría comprenderme, le abrí mi corazón por primera vez.
—Estaba con otra chica mientras salía conmigo —dije al fin.
Los dedos de mi madre se detuvieron y yo levanté la cabeza para mirarla a los ojos. Sabía lo que iba a ver, lo que me encontraría, el

recuerdo de la traición de mi padre, el dolor que le causó y los meses, más bien años, de angustia posterior. Pero necesitaba sentirme atada a ella, estar unidas por la maldita casualidad y reconfortada por su comprensión.
—¡Oh, Eve! Mi niña, lo siento tanto. —Los ojos se le llenaron de lágrimas y me abrazó con firmeza—. Sé cómo te sientes. —Enjugó mis lágrimas con sus dedos y enmarcó mi rostro con sus manos—. Como también sé que, por mucho que haya querido explicarte o darte una razón que justifique sus actos, no existe nada que pueda decir para calmar el dolor que te está causando.
—Por eso tú no pudiste perdonar a papá —evidencié.
—La confianza es como un jarrón: cuando se rompe, puedes recomponer las piezas, pero siempre se verán las grietas y será mucho más fácil que se vuelva a romper con cualquier mínimo golpe, por insignificante que sea.
Durante años, me costó mucho comprender por qué mi madre no perdonaba a mi padre y volvíamos a estar los tres juntos. La culpé por no disculparlo y olvidar lo ocurrido cuando en las noches la oía llorar desconsolada y no me quería a su lado, o en las mañanas en las que no se podía levantar, incluso cuando yo tenía que cocinar para las dos y aprender a lavarme la ropa si no quería ir sucia al colegio, porque ella no era capaz de cuidarse ni a sí misma… Ahora podía atisbar el dolor que había sentido, la necesidad de encerrarse en sí misma con su pena e intentar asimilarla, pero, del mismo modo, me enfadé. ¿Cómo podía estar de nuevo con él después de lo que pasamos?
—Pero ahora sí lo has perdonado —solté con inquina.
Mi madre se sorprendió por mi inesperado comentario y la confusión bailó en sus ojos.
—Sé que no te fuiste a una convención de enfermería. Sé que habéis estado hablando de nuevo y sé que te has vuelto a ilusionar con él —confesé.
Mi madre se levantó y comenzó a pasear por el salón visiblemente alterada.
—No es lo que imaginas —titubeó.
—Por favor, no me mientas. Tú no.

—Es más complicado de lo que parece, Eve.
—Desde luego que lo es. ¿Qué pasa con Steve? ¿Y con Zack? Le estás haciendo a tu marido lo mismo que papá te hizo a ti.
—Eve, no podemos hablar de esto ahora —intentó convencerme—. Steve está a punto de llegar de ver el partido y…
—¿Todavía lo quieres? —la interrumpí—. A papá. ¿Has dejado de quererlo alguna vez?
Los ojos se le llenaron de lágrimas y comenzaron a derramarse por su rostro. Sabía la respuesta antes incluso de que me la dijera.
—Jamás he dejado de hacerlo. Me hubiese gustado tanto olvidarlo… Habría sido todo mucho más fácil. Pero me quedé aquí, en esta casa donde todo me recordaba a él, donde tú me recordabas a él…
Asentí y me levanté del suelo. La comprendía. Entendía a qué se refería.
—Entonces, ahora sé qué es lo que tengo que hacer.

Capítulo 40

Cualquier paso hacia adelante, por pequeño que sea, ya es avanzar.
Eve

OLIVER

Jake se sentó a mi lado en mitad de la cancha de baloncesto que había en mi casa. Había estado entrenando sin cesar, agotando mi cuerpo para que mi mente dejase de protestar y mis músculos no me pidiesen correr en busca de Eve. Antes de hacerlo, tenía que tener un plan.
—¿Qué pasa, hombre del año? —Jake tenía las rodillas flexionadas y los antebrazos apoyados en ellas—. Ya me he enterado de que Kentucky te quiere.
—Sí. Parece que son los únicos.
Mia me odiaba, John me había dicho por teléfono cuánto lo había decepcionado después de que su hermana le contara nuestra conversación, mis padres se habían mostrado desilusionados conmigo y me miraban como si no me reconociesen, Eve no quería ni verme y allí estaba Jake, quien no me cabía duda de que había venido a verme para hacer leña del árbol caído.
—¡Oh, pobre Oliver! —se burló.
—¿A qué has venido, Jake?
—A decirte que, ahora que estás fuera de juego, voy a intentarlo de nuevo con Eve.
Apreté tanto las manos contra el balón que sostenía entre mis dedos que me dolieron las muñecas. Me levanté para alejarme de él y lancé varios tiros al aro para ganar algo de tiempo y poder hablar con calma.
—Entonces, tienes que saber que no me voy a dar por vencido —le advertí.
Cuando la pelota rebotó, Jake la cogió y la botó.

—Me lo imaginaba. Pero, tío, te has lucido. No creo que tengas ninguna oportunidad.
—¿Te lo ha dicho ella? ¿Te lo contó cuando te la llevaste del pabellón? —quise saber. Estaba celoso sin motivo, pero fue algo que no pude controlar, lo que todavía me hizo sentir más miserable y más egoísta.
—No. Cuando la saqué de allí, no podía ni hablar.
—Supongo que aprovechaste la oportunidad para acercarte más a ella.
—Soy un caballero andante, ya lo sabes.
—Eve no necesita que nadie la salve —repliqué.
—No, es cierto. Necesita que alguien la quiera y la respete.
—¿Como hiciste tú al filtrar imágenes íntimas suyas?
Jake lanzó la bola y me cogió de la camiseta, yo lo empujé con fuerza y ambos nos miramos con rencor.
—Yo no filtré una mierda. Jamás habría hecho nada que la alejase de mí.
—Claro, tal vez se enviaron solas —ironicé—. Admite que no pudiste evitar fanfarronear de que tenías esas jodidas fotos. Vamos, Jake. Aquí estamos solos tú y yo —lo presioné.
—De lo único que soy culpable es de haberle hablado de ellas a Adam. Ni siquiera se las enseñé.
En cuanto terminó la frase, estuve seguro de que ambos habíamos llegado a la misma conclusión. Tal vez la obsesión de Adam por Eve venía de mucho más atrás de lo que creíamos.
—Lo mataré —siseó Jake. Se dio la vuelta para marcharse y, después de dar un par de zancadas, se giró y me señaló—. No te la mereces.
—Dime algo que no sepa.
—Déjala en paz.
—No puedo hacerlo—admití.
—Entonces, confío en que Eve no pueda perdonarte.
Jake se dio la vuelta y salió de mi casa. No tenía ninguna duda de a dónde se dirigía, solo esperaba que Adam acabase pagando todo el daño que le había hecho a Eve.

Capítulo 41

Cuando el tiempo juega en tu contra, no tienes margen para planificar la jugada: te arriesgas y vas con todo.
Oliver

EVE

Cuando llegó el día de la graduación, los nervios estaban a flor de piel. Mi padre me había dicho que vendría, y mi madre no podía ocultar la emoción y, al mismo tiempo, la preocupación que le causaba su visita. Desde nuestra conversación, la relación entre mi madre y yo no había sido la misma. Parecía avergonzada y se mostraba distante. Steve también parecía haberlo advertido, pero se cuidó de no dirigirme la palabra, tal y como le había pedido. En medio de aquel desorden familiar estaba yo. Lo único bueno que me había ocurrido a lo largo de aquellos días de principios de junio fue recibir la confirmación de Columbia para cursar allí Periodismo. La noticia llegó para echarme una mano y sacarme del lodo en el que estaba hundida. Así que, mientras todos terminaban de arreglarse, yo colocaba las últimas prendas en la maleta. Después de la graduación me marcharía con mi padre a Nueva York para quedarme.
Mi madre entró en mi habitación cuando estaba terminando de maquillarme. A través del espejo de mi tocador, vi cómo miraba la maleta que había sobre la cama. Suspiró y caminó hacia mí, cogió el cepillo y comenzó a modelar mis ondas.
—No he sido la mejor madre del mundo y no sabes cuánto lo siento.
—Bueno, supongo que no nacemos con un carnet de madre en el bolsillo. Se aprende con la práctica.
—Te voy a echar muchísimo de menos, Eve.
Un nudo se instaló en mi garganta y pestañeé para evitar llorar.
—Yo también a ti y a Zack.

Mi madre me rodeó y se acuclilló a mi lado.
—Estoy muy orgullosa de ti, Eve. De la mujer en la que te has convertido. De lo fiel que eres a tus ideales y de lo comprometida que has estado siempre conmigo y con Zack. Eres el pilar que nos ha sustentado y estaremos a tu lado, siempre. Pase lo que pase.
Me lancé a los brazos de mi madre y cerré los ojos. Solo necesitaba sentirla junto a mí, llevarme el recuerdo de sus brazos alrededor de mi cuerpo y atesorar la sensación de que era el único lugar en el que te sientes a salvo.
—Bueno, ya basta o terminaremos hechas unos trapos. —Se levantó, alisó su vestido de flores en color malva y cuadró los hombros—. Vamos a por tu título.
El escenario se encontraba en el campo de fútbol del instituto. Había sido adornado con globos de colores azules y blancos, los colores de nuestros equipos, y frente a él habían colocado las sillas donde nos sentaríamos a esperar nuestro turno para subir y recibir nuestro diploma.
Entre la cantidad de compañeros y familiares, lo primero que vi al llegar fue a mi padre, vestido con unos pantalones grises de vestir y una camisa blanca, esperarme delante de la alfombra azul que habían dispuesto en el pasillo. Sonrió al verme y yo hice lo mismo. Lo abracé con fuerza y él me correspondió de igual manera.
—¿Preparada? —susurró en mi oído. Sabía que no se refería solo a aquel acto, sino también al hecho de que me marcharía con él.
—Más que nunca —acepté.
Mis padres se miraron con tantas palabras no dichas que me sentí incómoda y decidí dejarlos a solas. Apenas había avanzado unos pasos cuando Jake se puso frente a mí. Estaba muy guapo —bueno, siempre lo había sido—, pero ahora, vestido con un traje de color azul marino, parte de esa aura de surfista perdonavidas se había esfumado.
—¿Cómo estás, Eve?
—Nerviosa. —Le sonreí con afecto y él me correspondió.
—No me refería a eso.
—Ya lo sé, pero es lo único que te puedo decir por ahora. Me tiemblan las rodillas y el corazón me va a mil.

—Bueno, entonces, deja que te acompañe hasta tu sitio. —Me ofreció el brazo y yo titubeé si aceptarlo o no. Al final, decidí que Jake merecía ese gesto por mi parte por haberme ayudado cuando más lo necesité.
Tome su brazo y caminamos juntos por el pasillo central. Nuestros pasos desataron miradas y cuchicheos que no pasaron desapercibidos para ninguno de los dos.
—Me encanta que nos miren —confesó.
—Yo estoy un poco harta de ser el centro de atención —admití.
Jake giró apenas la cabeza hacia el lado izquierdo y esbozó media sonrisa antes de acercarse a mi oído y susurrar:
—No lo serás por mucho tiempo.
Dirigí la mirada hacia el mismo punto y descubrí a Adam, acompañado por sus padres.
—¡Madre mía! ¿Qué le ha pasado? —exclamé.
Adam tenía el labio partido, un ojo morado y el pómulo hinchado. También llevaba la muñeca vendada y cojeaba de un pie.
—Nada que no se mereciese —replicó Jake con sobriedad.
Llegamos a la silla que yo debía ocupar y Jake me tomó de la mano antes de dirigirse hacia la suya.
—¿Vendrías al baile de esta noche conmigo?
Yo dejé escapar un suspiro cansado de entre mis labios y negué con la cabeza.
—No voy al ir al baile, Jake.
—Es nuestra última noche. Luego, cada uno hará su vida. Nos marcharemos a la universidad y nos convertiremos en antiguos compañeros que solo se reencontrarán en las cenas de exalumnos. Piénsatelo, ¿vale? Y me das una respuesta después.
Me besó en la mano y se marchó a su sitio. Fue cuando Jake se apartó que descubrí a Oliver taladrándonos con la mirada. Estaba guapísimo con aquel traje negro. La camisa blanca hacía resaltar más aún el tono bronceado de su piel, pero eran sus ojos, aquella mirada capaz de robarme la respiración, lo que hizo que el mundo girase más deprisa. El corazón me dio un vuelco cuando empezó a caminar hacia mí, las rodillas me cedieron y me senté en mi silla, dispuesta a ignorarlo. Los asientos estaban reservados por orden

alfabético, así que el suyo estaría un par de filas más atrás. Tal vez solo se dirigía hacia mí porque le pillaba de paso y no tenía nada de lo que preocuparme, pero, cuando sus zapatos entraron en mi campo de visión, supe que mis esperanzas habían caído en saco roto.
—Eve, estás preciosa —afirmó con voz ronca.
Fui incapaz de contestarle, pero, para mi desconsuelo, no se rindió.
—¿Podemos hablar cuando terminemos, por favor?
—Me iré con mis padres a comer.
—Puedo ir a buscarte esta tarde.
—No sé a qué hora llegaré.
—Esta noche, entonces.
La voz del director Moore empezó a escucharse por los altavoces, invitándonos a tomar asiento, y pronto nos vimos rodeados de gente. Una chica pidió permiso a Oliver para que la dejase sentarse y él no tuvo otra opción que apartarse de mí.
—Encontraré el momento y el lugar para hablar contigo —prometió antes de irse.
Dejé escapar un suspiro y me sequé las manos en la toga.

La ceremonia se me hizo eterna. Lo único que me arrancó una sonrisa e hizo que me emocionase hasta las lágrimas fue el discurso de Naia. Entusiasmada, fue la primera en lanzar el birrete, y todos los demás la seguimos. A partir de ahí, fue un desfile de compañeros, padres, fotos y demás convencionalismos que acabaron por agotarme.
—Eve. —Escuché a mi espalda cuando ya me marchaba.
Al girarme, descubrí a Lauren.
—Todavía estoy enfadada contigo por no haberme contado la conversación con Adam —me dijo—, pero muchísimo menos. Lamento haber desconfiado de ti y haberte culpado. No te lo merecías.
—No, no me lo merecía. Me hiciste daño. Me atacaste donde más vulnerable era. Tú, que sabías por todo lo que había pasado por los malditos rumores…
—Tienes razón. Y de verdad que lo siento. Fui una zorra despiadada.

Asentí porque sí, lo había sido.
—¿Crees que podrás perdonarme?
Me encogí de hombros.
—Tal vez con el tiempo.
—Esperaré, entonces. —Me sonrió.
A nosotras se unió Naia y, de inmediato, Violet. Aquello se parecía tanto a una despedida… El círculo se estaba cerrando y mi etapa en Laguna Beach llegaba a su fin. Solo faltaban dos personas a las que debía decir adiós definitivamente. Y no sería fácil.

Steve y Zack no nos acompañaron a la comida y, aunque eché de menos a mi hermano, sabía que no era conveniente que mi padre y el actual marido de madre coincidiesen. Bromeaban entre ellos, se reían y tenían movimientos, pequeños roces cómplices que estos años separados no habían conseguido borrar. No sabía cómo acabaría su relación, pero si algo tenía claro era que esta vez no iba a estar en medio. En esta ocasión, serían ellos y sus circunstancias, y por lo que pude intuir, era muy probable que el matrimonio de mi madre con Steve llegase a su fin.

Cuando mi padre nos dejó en casa, quedó en pasar a recogerme para ir al aeropuerto. Apenas me quedaban unas horas y no quería marcharme como una cobarde. Sin pensarlo más veces, tecleé un mensaje para Jake.
«Iré contigo».
Y otro para Oliver.
«Estaré en el baile».
Subí a mi habitación y me cambié el vestido por otro corto de color negro. Apenas había pasado media hora cuando Jake se presentó en mi puerta.
—Todavía no es la hora.
—Bueno, no iba a darte más tiempo para que te echases atrás. ¿Preparada?
Asentí y salí de casa con él.
Jake conducía su deportivo hacia el gimnasio del instituto como lo hacía todo, con impulsividad y brío, sin embargo, no daba la

sensación de peligro. Al contrario, me sentía segura.
Ambos guardábamos silencio cuando él lo rompió para sorprenderme con una confesión.
—Fui yo el que golpeó a Adam.
—i¿Por qué lo hiciste?! Sois amigos…
—Éramos —me interrumpió—. Descubrí que fue él quien hizo públicas las jodidas fotos.
—¿Mis fotos? —dudé. No podía ser que Adam me hubiese hecho aquello—. ¿Se las pasaste?
—No —replicó de inmediato—. Le conté que nos habíamos hecho fotos, pero jamás se las enseñé. A base de golpes, confesó que me cogió el móvil y las compartió.
—Pero ¿por qué? ¿Para qué? —Estaba tan confusa que no entendía nada.
—Para que me dejases.
—¿Y qué ganaba él con todo eso?
Jake se encogió de hombros.
—Supongo que tener una oportunidad contigo. Tú me culparías, me dejarías y él podría intervenir.
—Yo jamás tendría nada con Adam. Ni antes ni ahora ni nunca —repetí por enésima vez.
—Me alegra oír eso. Uno menos.
Llegamos al aparcamiento del instituto y Jake detuvo el coche.
—Jake. —Le sujeté del brazo para que no bajase todavía y él se giró en el asiento para mirarme de frente—. Para lo nuestro hubo un tiempo y un lugar. He aceptado venir contigo porque creo que necesitamos reconciliarnos con lo que pasó y dejarlo atrás, pero no quiero que malinterpretes las cosas. Podemos ser amigos.
—Si me dieses otra oportunidad…
—No puedo hacerlo.
—¿Por Oliver?
—Por mí —especifiqué.
Jake pareció desilusionado, pero, al momento, dejó aflorar su sonrisa de medio lado, salió del coche y lo rodeó para abrirme la puerta.

—Bueno, la noche aún es joven. Repítemelo cuando te lleve de vuelta a casa.

Lean On sonaba por los altavoces cuando entramos y Jake se animó de inmediato. Nos llevó a la pista y bailamos como si no hubiese un mañana. Una canción tras otra saltamos y nos dejamos llevar hasta que Ellie Goulding con su *Love Me Like You Do* comenzó a sonar y las parejas se unieron para bailar pegados. Jake acababa de rodearme la cintura cuando escuché su voz a mi espalda.
—Ahora es mi turno —nos interrumpió Oliver.
—Llegas tarde —intentó disuadirlo Jake.
—Eve. —Oliver me tendió la mano y yo la acepté.
—Gracias, Jake. Por todo —susurré.
Oliver me arrastró a sus brazos y Jake avanzó un paso, pero yo negué con la cabeza. No era el momento de montar un espectáculo. Sabía que Oliver vendría a buscarme. Aquella noche sería nuestra última noche porque allí, en aquel lugar, acabaría todo.
—¿Tenía que ser con Jake? —preguntó junto a mi oído, a la vez que me apretaba contra su cuerpo—. ¿Es una especie de castigo para que me vuelva loco? Porque tengo que decirte que lo estás consiguiendo, estoy perdiendo la razón por ti. No sé qué demonios hacer para recuperarte, para convencerte de que te quiero, y eso me está matando.
—Solo somos amigos.
—¿Y él lo sabe?
—Sí.
Su agarre se aflojó un poco y lo sentí suspirar junto a mi pelo. Me dejé llevar en sus brazos, me abandoné a su contacto, a sus caricias lentas y sutiles sobre mi espalda, a su aroma tan suyo y que mi cuerpo reconocía. Me permití un momento de debilidad y apoyé la cabeza en su pecho. Sentí el latir desbocado de su corazón e intenté memorizar el ritmo para recordar todos y cada uno de esos instantes cuando la distancia fuese insoportable.
Levanté la cabeza y le rodeé los hombros con mis brazos. Nuestros labios quedaron a escasos milímetros; cerré los ojos y vencí la distancia que nos separaba. Aquel sería nuestro último baile,

nuestras últimas caricias, nuestro último beso y nuestro adiós definitivo.
Oliver bebió de mis suspiros, apoyo una mano en mi nuca para inclinarme la cabeza y profundizó el beso con la lengua como si quisiese devorarme. Y yo me entregué a ese frenesí. Le di todo lo que había sido y todo lo que era en ese momento, porque lo que sería ya no podría ser. Cuando nos separamos, ambos respirábamos con dificultad.
—Vámonos de aquí —sugirió.
Yo asentí porque sí, porque había llegado el momento de irme. Los ojos se me llenaron de lágrimas y Oliver enmarcó mi rostro con sus manos.
—¿Estás bien?
Negué con la cabeza y Oliver se movió inquieto. Tenía que decirle que me iba, que se acabó, pero las palabras se negaban a abandonar mi boca.
—¿Qué necesitas? ¿Te traigo agua?
Noté el móvil vibrar en mi pequeño bolso y sabía lo que eso significaba. Cerré los ojos y supe no podría despedirme de él. No al menos en persona. Toda la valentía de la que quería hacer gala la absorbieron sus besos.
—Sí, por favor —acepté con la voz rota.
Oliver me acompañó a un lado de la pista de baile y me sentó en una de las sillas.
—¿Estarás bien?
—Ve, Oliver. Estaré bien.
En cuanto se marchó, cerré los ojos, inspiré hondo y salí del instituto. Me monté en el taxi en el que me esperaba mi padre y nos fuimos al aeropuerto. Aquello fue el fin de nuestra historia y el principio de mi nueva vida.

Parte 2

Capítulo 42

La vida da tantas vueltas que puede llegar a marearte y dejarte caer en el lugar menos esperado.
Eve

OLIVER

Diez años después
Nueva York

—¡Señor Grant, mire aquí!
—¡Aquí, Grant!
—¡Mira hacia aquí!
—¡Enséñanos la camiseta!
—¡¿Estás satisfecho con las condiciones de tu fichaje?!
—¡¿Darás una rueda de prensa?!
—¡¿Habrá reportaje?!
—¡Por aquí!
—¡Sonríe!
El sonido de los obturadores de las cámaras de fotos y las luces intermitentes de los *flashes* no pararon de lanzar ráfagas en mi dirección mientras sostenía la camiseta de los New York Knicks con el número cincuenta. Había sido mi número desde el instituto y lo había mantenido en todos los equipos por los que había pasado esperando este momento.
—Muchacho, estoy seguro de que amortizarás cada millón de dólares que te hemos pagado. Bienvenido a los New York Knicks. —Leon Rose me chocó la mano mientras los fans, enardecidos, gritaban mi nombre.
Sonreí satisfecho. Por fin estaba en Nueva York, y había llegado para conquistar la ciudad.

Capítulo 43

En esta vida siempre me ha gustado jugar.
Oliver

EVE

Revista The Question
Nueva York

—Eve, ven a mi despacho.
Frank Roman, el editor jefe de la revista, estaba delante de mi escritorio con su habitual porte de superioridad. Su pelo pajizo, normalmente alborotado, sus gafas de montura de pasta oscura, los ojos pequeños ocultos tras los cristales y su nariz ancha le daban el aspecto de boxeador venido a menos. En algún tiempo estaba segura de que habría tenido un cuerpo musculoso e imponente. Ahora, intimidaban mucho más sus palabras, sus comentarios ácidos y su falta de empatía que su apariencia.
Cogí mi tableta y lo seguí sin dilación.
Su despacho daba a la calle, y los cristales no podían repeler todo el sonido que se filtraba desde el exterior. Los muebles eran antiguos y los archivadores de metal habían visto tiempos mejores, pero Frank se negaba a cambiar el mobiliario y a darle un toque más moderno.
Señaló la silla que había frente a su escritorio para que tomase asiento y lo hice con la espalda recta y el temor de que aquel fuese mi último día en la revista.
Frank se sentó tras su mesa y apoyó la espalda en su silla de cuero —que protestó con un chirrido cuando se vio obligada a soportar su peso—, enlazó las manos sobre su pecho y me miro con aquellos pequeños y astutos ojos.
—Neith Holland —dijo sin más.
Suspiré y cuadré los hombros, dispuesta a defenderme.

—Es un impresentable con ínfulas de estrella que cree que puede hacer lo que quiera con quien quiera.
—Es que puede hacer lo que quiera. Es el actor juvenil de moda, se lo rifan todos los medios y, cuando muevo los hilos, muchos hilos —especificó—, para que seas una de las primeras en entrevistarle, lo jodes todo por una tontería.
Apreté los dientes y mis dedos se cerraron sobre la tableta con fuerza.
—No me pareció una estupidez que se tomase la libertad de toquetearme. Al parecer, pensó que tenía derecho a mucho más que a un simple y llano cuestionario y una sesión de fotos.
—Muchas se hubiesen sentido halagadas en tu situación.
Tuve que contenerme para no soltar un jadeo de indignación. Sabía que mi rechazo no se quedaría ahí y que Holland tomaría medidas. Era demasiado hedonista y orgulloso para dejarlo pasar. Y más, después de varias negativas por mi parte y de que finalmente le dejase claro que me parecía un niñato consentido. Por supuesto, su representante no tardó en llamar a mi editor y ahora mi puesto estaba en la cuerda floja.
Era irónico que durante mi etapa de estudios en secundaria tuviese fama de fácil y ahora mi jefe pensase que era demasiado puritana por un par de insinuaciones que, según él, no llevaban a ningún sitio.
—Todo ese movimiento feminista del que hacéis alarde, ese rollo de la sororidad y esas mierdas, no sirve para nada si quieres tener trabajo. Tienes que curtirte la piel, y si toca soportar a un niñato que quiere meterte la mano debajo de la falda, sonríes y adelante. ¿A que eso no te lo enseñaron en Columbia? Pues bienvenida al mundo real.
—El acoso es delito —escupí con rabia.
—Siempre y cuando puedas demostrarlo.
Tuve la tentación de levantarme y dejar el trabajo, pero no podía permitírmelo. Tenía que seguir haciendo currículum si quería encontrar mi lugar en este mundillo. Tal vez, si no hubiese hecho las prácticas en la revista *People,* no tendría esa ansia por superarme y llegar a formar parte de una de las mejores publicaciones del país.

Mis estándares estaban altos y estaba dispuesta a alcanzarlos. Estaba convencida de que me quedaría al terminar mi periodo de prácticas, pero no fue así y ahora tenía que demostrarles que era muy capaz de trabajar para ellos.
—Estás fuera de la sección de sociedad —me informó Jack sin contemplaciones—. Vas a estar una temporada en deportes. A ver si eres capaz de soportar trabajar en un mundo que es eminentemente de hombres y comprendes que lo de Holland ha sido una chorrada.
No sabía qué era peor, si el despido o esto.
—Supongo que ya sabrás quién es el hombre de moda —continuó hablando.
—¿Trump? —cuestioné con ironía.
—Muy graciosa. —Giró la pantalla de su ordenador y el corazón amenazó con salírseme del pecho—. Él. Este tío será tu prioridad ahora. Es uno de los fichajes más caros de la historia de los Knicks y tú eres la encargada de conseguir una entrevista.
—No puedo… —musité con nerviosismo. Los oídos comenzaron a zumbarme, la boca se me secó y las palmas de las manos me sudaban tanto que temí que todo lo que sujetaba resbalase hasta el suelo.
—Mira, querida. O lo tomas, o lo dejas. Si lo tomas, levanta ese precioso culo y ve a por él. Si lo dejas, no te molestes ni en recoger tus cosas.
Inspiré hondo y me incorporé para salir de allí lo más rápido posible.
—Me pondré a ello de inmediato.
—Eso es lo que quería oír.

Me fui al baño directa y allí me apoyé sobre el lavabo mientras hiperventilaba. Abrí el grifo y me mojé el rostro para sentir el agua fría y concentrarme en esa sensación, no en la de que mi mundo acababa de girar en la dirección de la que había huido hacía diez años.
Cuando volví a mi sitio, Christian, el fotógrafo que casi siempre me acompañaba en los reportajes y mi mejor amigo, no tardó en sentarse en la esquina de mi mesa y mirarme con escepticismo.
—¿Tengo que organizarte una fiesta de despedida?

—De momento no, pero no lo descartes a corto plazo.
—Si no te ha despedido, ¿qué es lo peor que te podría pasar? ¿Que te enviase a deportes?
Le dediqué una mirada elocuente y él abrió la boca, sorprendido.
—No me jodas… ¿Te ha enviado a deportes?
Evité responder, conecté la pantalla de mi ordenador y empecé buscar los próximos eventos en los que Oliver iba a participar. Christian se asomó para ver en qué estaba basando mis búsquedas y silbó.
—¿Oliver Grant? ¿En serio? Ese tío no está a tu alcance.
Como si yo no lo supiese.
—Me encanta tu sinceridad y confianza en mí —protesté.
—Pero puedo ayudarte.
Sacó el móvil del bolsillo y empezó a hacer llamadas. Durante el tiempo que llevaba en la revista, Christian había sido mi mano derecha. Me caía bien, era profesional y se podía considerar de los pocos amigos que tenía en la ciudad.
—Vale, tiene concertada una sesión de fotos para *People* dentro de dos días en el Madison Square Garden.
—Bueno, por fin algo de suerte —musité. Si es que podía considerarme afortunada por volver a encontrarme con Oliver.
Ahora fue mi turno de sacar el móvil y llamar a mis contactos.

Jamás el Madison Square Garden me había parecido tan imponente como ahora. De pie frente al gran edificio, me envolvió la sensación de expectación, ansiedad y miedo que había intentado controlar durante estos dos días que habían supuesto la cuenta atrás para volver a verlo. No estaba segura de tener el suficiente temple para enfrentarlo. Tenía los nervios a flor de piel y un dolor de barriga casi incapacitante. Tal vez estaba exagerando y Oliver ni siquiera se acordase de mí. Pero descarté esa idea, porque no me gustó. No cuando su recuerdo anidaba en mi mente y todavía era capaz de acelerarme el pulso. Durante este tiempo me consoló pensar que lo que tuvimos significó algo para él, así que, si había algo peor que su rabia contra mí, eso sería su indiferencia.

—¿Preparada? —Christian me empujó con el hombro y yo me limité a asentir.
Caminé con el sonido de mis latidos retumbando en los oídos mientras Christian enseñaba el carnet de prensa al de seguridad y este contrastaba la lista, en la que mi excompañero de la revista *People* nos había añadido. Cuando por fin nos cedió el paso, recorrimos el pasillo uno al lado del otro y, a cada zancada, sentí la necesidad de detenerme, darme la vuelta y salir corriendo en dirección contraria.
—Ese tío lo tiene todo —susurró Christian—. Es guapo, rico y famoso. Y ahora mismo el caramelito que ansían todas las revistas. Es una suerte que los de *People* nos hayan dejado colarnos.
—Lo sé —admití con la garganta seca.
Detrás de una esquina, divisé la puerta que daba acceso a la cancha. La luz blanca y brillante lamía parte del corredor y me incitaba a acercarme tanto como a echar a correr.
—Pues vamos allá. —Christian avanzó delante de mí y yo me permití unos segundos para prepararme un poco más, pero ni todos los segundos del mundo hubiesen sido suficientes para la impresión que me causó ver a Oliver en persona por primera vez después de diez años.
El tiempo se detuvo en el momento exacto en el que nuestros ojos coincidieron. Sonreía por algo que comentaba el hombre que tenía al lado hasta que me vio y su gesto demudó. Nos quedamos en silencio, uno frente al otro, absorbiendo los cambios que estos años habían obrado en nosotros. Si el Oliver del instituto me pareció atractivo, este quitaba el sentido. Tenía las facciones más marcadas, más definidas. Su envergadura era más imponente, más ancha, más formada… En general, era mucho más. Y yo me sentí muy pequeña frente a su mirada. Una que no supe identificar.
—Señor Grant, soy Christian Walker y ella es mi compañera, Eve Baker. Somos de la revista *The Question* —explicó mi compañero ante mi mutismo.
Oliver ni siquiera desvió la mirada hacia él.
—Nos gustaría saber si podría contestarnos a unas preguntas —insistió.

Por fin, dejó de mirarme, y yo pude tomar un poco de aire para no ahogarme por su intensidad.
—Creía que la entrevista de hoy sería con la revista *People* —objetó. Su voz grave y pausada envolvió mi cuerpo.
—Y así es —contestó el hombre que estaba a su lado—. ¿Quién les ha dejado entrar?
Tenía que hablar, tenía que decir algo si no quería que nos echaran a patadas y acabar con mi culo en la calle, sin trabajo y con el corazón aún más roto.
—Trabajé para *People* durante un tiempo y…
—Pero ahora no —me interrumpió Oliver.
—No. Ahora, como te ha dicho mi compañero, trabajo para *The Question*. ¿Podrías responder a unas preguntas? Serán pocas —insistí con cierto desespero.
—Lo cierto es que no, señorita Baker —enfatizó el trato de cortesía como reproche a la familiaridad con la que me había dirigido a él.
—Siento el retraso. —Alexander, mi antiguo compañero en *People*, llegó en ese momento y se puso a mi lado. Tendió la mano a Oliver y, con la otra, me apretó con cariño la cintura como disculpa. Los ojos de Oliver se dirigieron a ese punto en concreto y volvió a levantar la mirada para fijarla en mis ojos.
—¿Ella participará en el reportaje? Creía que la entrevista sería en exclusiva para su revista. —Oliver se cruzó de brazos y la tela de su camiseta abrazó sus músculos.
—Bueno, no exactamente —dudó Alexander—. Se trata de una pequeña colaboración entre Eve y…
—Entonces, no hay más que hablar —decretó sin dejarlo terminar—. Si su amiga quiere esa entrevista, que se ponga en contacto con mi agente.
Apreté tan fuerte los puños que me clavé las uñas en las palmas de las manos. Él debería saber, igual que yo, que una revista como la mía jamás tendría la oportunidad de una reunión como esta.
—¿Podemos tomarle una fotografía, aunque sea? —insistió Christian a la desesperada.
—Si me sobra algo de tiempo después del reportaje, les concederé dos minutos.

El tipo que había al lado de Oliver se colocó frente a nosotros y nos hizo un gesto con la mano para que abandonáramos la pista. Lo miré por última vez antes de darme la vuelta.
—Esperaremos —aseguré lo suficientemente alto como para que Oliver me escuchase.
—No creo que podamos confiar en su palabra, señorita Baker —replicó con dureza.
La puerta se cerró y yo suspiré, cansada. Me temblaban las piernas y el corazón se me salía por la boca, me dejé caer en el suelo y apoyé la espalda en la pared.
—¿Qué ha sido eso? —Christian se puso frente a mis pies, pero fui incapaz de levantar la cabeza para afrontarlo—. Y no me digas que nada o te salgas por la tangente. He visto cómo el semblante de ese tío cambiaba cuando te veía. Así que repito: ¿qué ha sido eso?
—El pasado, cerrándome la puerta en las narices.
—¡Hostia puta, no me jodas, Eve!
—Fue hace muchos años. Estábamos en el último año de instituto —confesé de manera apresurada.
—Pues él no se ha olvidado de ti ni tú tampoco de él. ¿Qué pensabas que iba suceder cuando te viera?
Me encogí de hombros y mi amigo se sentó a mi lado.
—¿Qué le hiciste para que esté tan resentido contigo?
—Me marché sin mirar atrás.
Christian silbó y apoyó la cabeza en la pared.
—Pues estamos jodidos.
No sabía cuánto.

Capítulo 44

Qué difícil es tragarse el orgullo.
Eve

OLIVER

De todas las veces que me había imaginado encontrándome a Eve en Nueva York, jamás pensé que sería ella la que vendría a buscarme. También estaba convencido de que, cuando la viese, me sería indiferente y podría afrontarla sin el rencor del pasado. Era evidente que estaba equivocado. En todo. ¿Cómo alguien a quien no veía desde hace diez años podía robarme el aliento de ese modo?
—Nos gustaría fotografiarlo lanzando al aro.
Pestañeé para salir de mi ensimismamiento y asentí. Llevábamos casi tres horas con aquella maldita entrevista. Tres horas pensando que ella estaba al otro lado de esa puerta. Tres horas odiándome por pensar en ella. Seguro que se había marchado. Había sido lo bastante borde como para espantarla y deseaba a partes iguales confirmar que se había ido casi tanto como que estuviese esperándome.
—Cuando quiera, señor Grant —insistió el fotógrafo.
Lancé desde varios ángulos, tal y como me sugirió, machaqué el aro e incluso lancé desde medio campo hasta que estuvieron satisfechos.
—Gracias, señor Grant. Lamento haberle incomodado al principio —se disculpó el tal Alexander.
—¿Conoce bien a la señorita Baker? —En cuanto formulé la pregunta, me odié por ello.
—Bueno, trabajó de becaria para nosotros. Todos en la sección creímos que al final se quedaría, es buena en su trabajo, pero mi jefe le dijo que todavía era demasiado impulsiva y necesitaba algo más de rodaje. Una lástima.

No dije nada más, no consideré que fuese necesario. En cuanto me dejaron solo, mi agente se acercó.
—¿Hago pasar a los otros periodistas? —dudó Rod.
Me hubiese encantado decirle que no. Que les dijese que me había quedado sin tiempo y dejarla plantada, pero las ganas de verla de nuevo ganaron la batalla.
—Hazles pasar.
Necesité mantenerme ocupado para no quedarme mirándola como un imbécil, así que me concentré en lanzar una y otra vez. Como si por el rabillo del ojo no hubiese percibido el color de su pelo ni hubiese escuchado sus pasos sobre la pista…
—Gracias por atendernos, señor Grant. —La voz de Eve se me metió debajo de la piel. Me giré y su imagen volvió a robarme el aliento. Joder, ¿cómo podía estar todavía más preciosa?
—Solo será una foto —respondí, escueto. Enfadado conmigo mismo por mi debilidad.
—Por supuesto.
—¿Cómo quieren hacerlo?
Eve miró a su compañero y este señaló hacia los vestuarios.
—Supongo que para *People* habrá posado haciendo alarde de todos los lanzamientos posibles. A nosotros nos gustaría verlo después, en el vestuario.
—¿Quieren fotografiarme mientras me ducho? —Miré a Eve y las mejillas se le encendieron. Y eso me gustó. Demasiado.
—No creo que sea necesario. Se trata de saber si se sienta y reflexiona después de los partidos o si, por el contrario, es de los que tienen prisa en ducharse y abandonar el campo.
—En los vestuarios. Está bien.
Comencé a caminar sin mirar atrás. No me hacía falta, sabía que me seguía. Notaba sus ojos fijos en mí y la escuchaba hablar en susurros con su compañero.
Una vez dentro, me acerqué al asiento que tenía mi nombre, me quité la camiseta y la lancé a mi bolsa. No, no era necesario desprenderme de ella, pero lo hice para que Eve me mirase. Para llamar su atención y asegurarme de que, cuando me girase, repasaba mi cuerpo, tal y como yo me la había imaginado. Cuando

sus ojos llegaron a los míos, no pude evitar sonreír con socarronería. Sí, no le era indiferente.
Eve carraspeó y se dirigió a su compañero.
—Tal vez sea mejor que actúe como lo hace siempre.
—Sí, claro. Podemos tener una foto más informal. ¿Qué suele hacer cuando llega al vestuario? —preguntó el fotógrafo.
—Me desnudo.
—Quizá no tan informal —objetó ella.
Comencé a desabrocharme las zapatillas. El sonido de la cámara no paró mientras yo me descalzaba, me pasaba la toalla por el pelo y me la colocaba sobre el cuello.
—Mierda, me he dejado la bolsa con los otros objetivos fuera. Será un momento, vuelvo enseguida.
Eve lo miró con pánico, pero eso no impidió que el tal Christian se fuese y nos quedáramos los dos solos. Enlazamos nuestras miradas con tanta intensidad que desapareció todo a nuestro alrededor.
—Siento haberte abordado de este modo —susurró, nerviosa.
—¿Eso es lo único que sientes?
—¿Tiene sentido hablar de otra cosa ahora?
—Si no es ahora, ¿cuándo?
—Oliver, han pasado diez años…
Escuchar mi nombre brotar de sus labios me puso todavía más cardíaco.
—Dime algo que no sepa.
—Mira, si mi trabajo no peligrase, jamás me habría interpuesto en tu vida de nuevo.
—Vaya, me halagas.
El fotógrafo regresó y ambos, incómodos, guardamos silencio.
—He pensado que estaría bien un primer plano de… —empezó Christian.
—Hemos terminado —zanjé, incapaz de seguir con aquella pantomima por más tiempo.
Eve y yo no éramos desconocidos, de hecho, hubo un tiempo en el que lo fuimos todo el uno para el otro. Volver a verla me había hecho sentir como si todavía fuese el imbécil que fue a buscar un vaso agua en la fiesta del instituto y al regresar descubrió que Eve

se había marchado. La busqué como un loco, fui a su casa y su madre me dijo que se había marchado a Nueva York, pero no la creí. No podía ser que hubiese desaparecido de mi vida sin decir adiós. La llamé infinidad de veces sin obtener respuesta, volví a su casa otras tantas más y me sumí en una total desesperación hasta que el tiempo, ese que parecía andar en círculos, me demostró que la había perdido. Hasta hoy.

Me dirigí a la ducha sin ni siquiera mirarlos, me desnudé y me puse debajo del agua caliente, casi ardiendo y luego cambié a fría. Cualquier cosa que me hiciese no pensar en todo lo que había sentido estando de nuevo con ella.

—¡Joder! —exclamé a la vez que daba un puñetazo en la pared. ¿Cómo cojones iba a poder olvidarme de ella ahora?

Capítulo 45

Siempre he sido consciente de que ella ha sido mi debilidad.
Oliver

EVE

Hacía tres días de mi encuentro con Oliver y todavía no me había recuperado de la impresión. Dormía poco y mal, estaba más despistada que de costumbre y, sí, también más irascible. No sé qué esperaba por su parte cuando nos encontráramos, pero me dolió el rencor que destilaban sus ojos y la frialdad con la que me trataba, como si le molestara y quisiera que desapareciese lo más rápido posible de su vida. Tal vez no actué bien, pero fue él quien me engañó.

—¿Otra vez en las nubes? —Christian se sentó en mi mesa y chasqueó los dedos frente a mi cara.

Me pasé las manos por el pelo y dejé caer la cabeza hacia atrás.

—Si vienes a meterte conmigo, no estoy de humor.

—Pues siento decirte que el jefe quiere hablar contigo.

—¿Me va a despedir? —me asusté.

No se había tomado nada bien que no consiguiese esa entrevista, pero conseguí capear el temporal con la promesa —falsa— de que Oliver se había ofrecido contestar a algunas preguntas cuando hubiese salido su reportaje en *People*.

—No lo sé. Todavía no me he comprado la bola de cristal. Pero yo que tú, no lo haría esperar.

Me levanté, me alisé el vestido de punto que llevaba e inspiré hondo. El otoño había llegado a Nueva York cargado de lluvias y vientos, que dejaban un tapiz de hojas en los parques a la vez que un revitalizante frío te calaba hasta los huesos. O tal vez fuera el miedo.

—Deséame suerte.

—No la necesitas. —Christian me guiñó un ojo y yo me encaminé hacia el despacho de mi jefe.
Llamé con decisión y asomé la cabeza con mucha más entereza de la que sentía.
—Frank, ¿querías hablar conmigo?
—Sí. Pasa, cierra y siéntate.
Hice paso a paso lo que me había dicho y me mantuve con la espalda recta, a la espera de lo que tuviese que decir. Frank me miró largos segundos hasta que arrastró sobre la mesa, hacia mí, un sobre con mi nombre.
—¿Qué es eso? —La voz me tembló.
—Ha llegado para ti hoy. Ábrelo.
Con dedos trémulos, destapé el sobre y descubrí dentro un pase de prensa para la entrevista que se llevaría a cabo después del partido de los Knicks con los San Antonio Spurs.
—Al parecer, has causado buena impresión al jugador estrella de los Knicks. El agente de Oliver Grant lo ha enviado hoy. Ha insistido en que fueras tú la que acudiese.
No supe qué decir, sentí como si el corazón se me ensanchase en el pecho y los ojos me escocieron de la emoción. Pese a todo, Oliver me echaba una mano.
—No la cagues, ¿me oyes?
—No lo haré —prometí, emocionada.
—Ahora, lárgate a preparar las preguntas, y atenta al partido. Si necesitas que algún entendido en deporte te dé algunos consejos, mandaré a alguno de los chicos contigo.
—No es necesario.
Me miró con escepticismo, pero al final hizo un gesto con la mano y me echó de su despacho.
Cuando regresé a mi mesa, Christian no tardó ni un minuto en acudir a mi lado.
—¿Y?
Levanté el sobre y lo moví frente a su cara.
—¿Te ha despedido?
—Tengo un pase para la rueda de prensa de los Knicks después del partido de mañana.

Christian silbó y yo le ofrecí la sonrisa más sincera que tenía.
—Parece ser que Grant guarda ciertas intenciones… —insinuó.
—Solo echarme un cable.
—Y un polvo.
Me sonrojé y lo golpeé con fuerza en el muslo. No podía pensar en Oliver en esos términos, ahora estaba más fuera de mi alcance que nunca.
—Donde hubo fuego… —insistió.
—Huele a humo —zanjé así el camino que tomaba la conversación. Sin embargo, me sentía como una adolescente otra vez. Con la misma emoción, ansiedad y miedo de volver a verlo que la primera vez que tuve una cita con él. Aunque eso no era una cita, era trabajo, y a eso tenía que limitarse nuestra relación.

Accedí al estadio por la zona de prensa y busqué el lugar que tenía asignado. La mayoría de los asientos estaban ocupados por hombres que se conocían entre sí y bromeaban con familiaridad. Recibí las miradas curiosas de muchos de ellos y escuché cuchicheos, pero los años me habían enseñado a no ceder terreno y a no dejarme intimidar. Con la cabeza alta, tomé asiento y saqué mi cuaderno. En él llevaba algunas preguntas para la rueda de prensa y tenía intención de apuntar algunas más conforme se fuera desarrollando el partido.
—¿Y tú eres…? —escuché a mi lado—. No te había visto en ninguno de los partidos.
El tipo en cuestión vestía la camiseta de la Knicks y llevaba colgada al cuello su acreditación.
—Siempre hay una primera vez. —Le tendí la mano y lo miré a los ojos—. Eve Baker.
—Allan McBride. —Aceptó mi gesto y sonrió—. Espero que no sea la última vez. Las mujeres no acostumbran a cubrir esta clase de eventos, estaría bien que se renovara la plantilla.
No sabría decir por qué, pero supe que Oliver me estaba mirando. Mi piel lo sintió cuando un pequeño escalofrío me recorrió como una sutil descarga eléctrica. Mi corazón aceleró su ritmo, mis oídos dejaron de escuchar el ensordecedor murmullo que había alrededor

y mis ojos lo buscaron por la pista. Y ahí estaba. En la cancha. Parado frente a mí, botaba el balón mientras sus ojos me taladraban. Levanté la mano con timidez y le ofrecí una sonrisa a conjunto con mi gesto. No obstante, no pareció agradarle; entrecerró los ojos y me dio la espalda. Dejé escapar el aliento que había estado reteniendo y me prometí centrarme en el partido, no en él. O eso intenté.

Tres horas después, estaba sentada en la sala de prensa que tenía el Madison Square Garden. Había sido un partido emocionante en el que los Knicks habían superado en intensidad y eficacia a los San Antonio Spurs. Y Oliver había sido la estrella indiscutible. En su debut con el equipo, se había metido a todos los hinchas en el bolsillo.

Las puertas se abrieron y, de inmediato, se sucedieron los *flashes* para acompañar a Oliver hasta su sitio. Una vez sentado, con el pelo mojado de la ducha y vestido con ropa de deporte, barrió la sala hasta que me encontró. Estaba sentada ni muy cerca ni muy lejos, lo bastante escondida como para sentirme arropada por aquella jauría masculina que destilaba testosterona y ganas de imponerse a sus rivales para conseguir la respuesta que tuviese más repercusión.

—¿Quién quiere empezar? —Su agente dio comienzo y las manos se levantaron con rapidez.

Uno tras otro, Oliver fue dando paso a algunos de ellos sin ofrecerme la oportunidad que yo le pedía con mi brazo cada vez más estirado.

—Última pregunta —anunció el agente.

—i¿Por qué los New York Knicks?! —grité, a la vez que me ponía de pie.

A mi alrededor se sucedieron las risitas condescendientes de algunos de mis «colegas», como si ellos supiesen el motivo por el cual, de todos los equipos que se lo rifaban, Oliver había decidido aceptar la oferta de Nueva York.

Los murmullos se fueron apagando conforme Oliver los miraba en silenciosa reprimenda hasta que sus ojos se volvieron a encontrar con los míos.

—Los Knicks me ofrecían la oportunidad de recuperar algo que perdí hace mucho tiempo.
El corazón me latió desbocado y el cerebro mandó la orden mucho antes de que pudiese detenerlo.
—¿El qué? —quise saber, casi como una súplica.
—Era la última pregunta, señorita Baker. Guárdesela para la próxima oportunidad.
Oliver se levantó y abandonó la sala de prensa a la vez que yo me dejaba caer en mi silla como si mis huesos fuesen plastilina.

Capítulo 46

¿Puede un sentimiento permanecer aletargado y despertar para arroyarlo todo como un sunami?
Eve

OLIVER

Los Knicks brillan en casa y superan a los Spurs.
En una noche mágica en el Madison Square Garden, los New York Knicks vencieron a los San Antonio Spurs 112-105 en un emocionante encuentro lleno de intensidad, talento y una gran actuación de su estrella principal. El Garden vibró con cada jugada, demostrando una vez más por qué es considerada la Meca del baloncesto.
Desde el primer cuarto, los Knicks mostraron sus intenciones. Oliver Grant lideró la ofensiva con una combinación de visión y precisión desde el perímetro, anotando doce puntos en los primeros minutos. Julius Randle se impuso en la pintura, dejando claro que la batalla en la zona sería suya. Por su parte, los Spurs, liderados por Víctor Wembanyama, el joven prodigio francés, respondieron con un juego dinámico que mantuvo el marcador parejo hasta el descanso, al cual los Knicks llegaron con tan solo dos puntos de ventaja.
El tercer cuarto fue el punto de inflexión. Oliver Grant incendió al público con dos triples consecutivos, que rompieron la defensa rival y obligaron al entrenador Gregg Popovich a solicitar un tiempo muerto. A pesar de los ajustes tácticos de los Spurs, los Knicks mostraron una defensa impenetrable, con Grant dominando los tableros y neutralizando los intentos de Wembanyama de llevar el partido a su terreno.

Lancé a un lado el periódico y me levanté para mirar por la ventana. El artículo lo firmaba ella, pero no la reconocí en aquellas palabras. Tampoco sabía bien qué esperaba. No iba a hacer ninguna valoración personal del partido, eso era evidente, pero tampoco tiró del hilo de mi respuesta. Quizá, no le dio importancia. Quizá, ella me había superado mucho antes que yo a ella. Quizá, era el único al que todavía se le aceleraba el corazón y le hormigueaban las manos por la necesidad de tocarla. O, tal vez, ya no la conociera después de

todo. Pero algo me decía que la chica con la coraza de hierro y el corazón de algodón de azúcar que conocí una vez seguía allí, dentro de aquellos ojos grandes y expresivos capaces de doblegarte, de esos labios apetitosos y bajo esa piel cremosa que deseaba tocar… Pero no lo iba a hacer. Eve Baker se había terminado hacía mucho. Y me lo tenía que demostrar.

Moví el móvil entre los dedos, indeciso, hasta que suspiré y me decidí a mandar el mensaje.

«Si todavía quieres esa entrevista, mañana a las 19:00 en el Hudson Yards 10».

Sentado en el sillón, frente al *skyline* de Nueva York, me dediqué a mover el pie con nerviosismo a la espera de su respuesta. Cuando el móvil sonó, el corazón me golpeó en el pecho con fuerza mientras abría la aplicación y leía el mensaje.

«¿Cómo tienes mi número?».

Sonreí y me recosté sobre el respaldo.

«Todas las respuestas, mañana».

Vi cómo escribía y borraba varias veces hasta que el mensaje llegó.

«¿Cómo sé que eres quien creo que eres?».

—Chica lista. —Sonreí.

Fotografié el tatuaje que llevaba en el lado izquierdo, debajo de las costillas, con la pelota de baloncesto rodeada de los anillos del planeta de Saturno, y le envié la foto. Después de lo que me pareció una eternidad, contestó.

«Allí estaré».

Capítulo 47

Cuando los recuerdos no son suficientes, tienes que empezar a crear nuevos.
Oliver

EVE

Llegué al Hudson Yards 10 cinco minutos antes de la hora acordada, con el pulso latiendo desbocado en mis oídos y una inquietud que hacía años que no sentía. Miré hacia arriba, hacia uno de los edificios más lujosos de Manhattan en uno de los barrios más exclusivos de la ciudad, e inspiré hondo para armarme de valor. Al menos, si Christian me hubiese acompañado, no tendría esa sensación de imprudencia por meterme de lleno en la boca del lobo. Pero Oliver había sido tajante al respecto: si quería la entrevista, tenía que ir sola. Pues bien. Allí estaba.
Después de mostrar mi documento acreditativo y de que el portero certificara en el listado que estaba autorizada, subí en el ascensor y pulsé la última planta. Me alisé con nerviosismo la falda entubada de color pizarra y me acomodé la blusa blanca dentro de la cinturilla una vez más. Todavía no sabía por qué no me había puesto unos vaqueros y un suéter; bueno, en el fondo sí que lo sabía: quería dar imagen de profesionalidad y de ser competente para esconderme detrás de ese papel. Necesitaba dejar atrás cualquier emoción o pensamiento que me trasladase a años atrás. Oliver ya no era el joven del que me enamoré y que me rompió el corazón. Y yo tampoco era la joven perdida que se sintió especial a su lado.
El sonido del ascensor al llegar a su planta me hizo erguir la espalda. Inspiré hondo y cuadré los hombros. La puerta del apartamento estaba abierta, pero, aun así, llamé antes de entrar.
—¿Hola? —titubeé.

Escuché música a lo lejos y avancé despacio. Aparte de la canción de fondo, solo se oía el repiqueteo de mis tacones y mi respiración alterada. Cuando llegué al salón, la enorme cristalera que ocupaba toda la pared frontal ofrecía una panorámica preciosa de las luces de Nueva York. Sin embargo, no había ni rastro de Oliver.

—¿Oliver? —llamé con tiento, sin obtener respuesta.

Avancé y me recreé en la decoración del salón, el enorme sofá de color blanco y los muebles sencillos, de líneas rectas, pero que no tenía ninguna duda de que eran de diseño y costaban más que mi sueldo de todo un año.

Despacio, me desplacé hasta la estantería del fondo. Era el único mueble oscuro que había, pero estaba lleno de fotografías. Reconocí a sus padres, orgullosos y sonrientes, junto a un Oliver emocionado por su primer fichaje en el Draft por los Miami Heats. Sabía que había estado en California porque Naia me lo había dicho, pero le rogué que no me contase nada más y había mantenido su palabra. Sin embargo, ahí estaba la prueba de que siguieron teniendo contacto. Aparté un par de marcos y descubrí una foto, después de una noche de fiesta, en la que Oliver abrazaba a Naia y a Violet mientras Jake gritaba con una botella en la mano. Todos reían y, por alguna extraña razón, me dolió ver que sus vidas habían continuado como si nada después de mi marcha.

—¿Te has cansado ya de cotillear o quieres que te abra mi armario también?

Sobresaltada, me giré al escuchar su voz a mi espalda.

—Lo siento —me disculpé con premura. Dejé el marco donde estaba y me sujeté el bolso con firmeza.

—Tu arrepentimiento llega tarde.

Nos mantuvimos la mirada, ambos conscientes de a qué se refería, hasta que Oliver hizo un gesto con la mano y me indicó el sillón que había frente al sofá.

—Te agradezco que me hayas dado la oportunidad de entrevistarte.

Oliver no contestó, se limitó a mirarme como si sus ojos pudiesen traspasarme y leer qué me pasaba por la mente. Se sentó frente a mí y una sensación de pequeñez e insignificancia me abordó. Colocó los brazos sobre el respaldo del sofá y apoyó un tobillo sobre la otra

rodilla. Era una demostración de superioridad y de poder que daba a entender que controlaba la situación. Algo de lo que no le hacía falta alardear, porque era más que evidente que así era.
Carraspeé y saqué la libreta y una grabadora.
—Espero que no te moleste que te grabe.
—Preferiría que no.
Asentí y la volví a dejar en el bolso.
—¿Sigues teniendo contacto con ellos? —pregunté, a la vez que señalaba con la cabeza la foto.
Oliver entrecerró los ojos, confuso.
—Con Jake, Naia, Violet… —expliqué.
—¿Esa es la primera pregunta de tu entrevista?
—No.
—Entonces, será mejor que nos ciñamos al terreno profesional. En lo personal no nos fue demasiado bien.
Suspiré y miré de nuevo mis preguntas. Había intentado que no fuesen demasiado íntimas, pero al Oliver Grant jugador de baloncesto profesional lo conocía todo el mundo. Yo quería aportar algo diferente a mi entrevista y me había arriesgado. Tal vez demasiado, porque me acababa de dejar claro que no pensaba hablarme de su vida privada.
—Me gustaría que los lectores supiesen algo más sobre ti como persona: tus gustos, prioridades en la vida…
—No me gusta hablar de mi vida privada.
—No voy a preguntarte sobre tus conquistas, solo…
—Basta con que sepas que han sido muchas.
—No lo he dudado. Solo quería que te conociesen como el hombre que está detrás de la estrella.
—Entonces, ¿de qué irá esto?, ¿de saber si tomo café con leche?
Suspiré y cerré la libreta.
—Tal vez no haya sido buena idea. Fui al partido y a la rueda de prensa porque pensé que querías ayudarme, pero ni siquiera me diste la oportunidad de que te formulara mis preguntas. Y ahora tampoco creo que quieras. ¿Qué hago aquí, Oliver? ¿Para qué me has hecho venir?
Se incorporó despacio y apoyó los antebrazos sobre las rodillas.

—Tú necesitas esta entrevista de mí y yo, algo de ti. Tal vez podamos conseguir lo que cada uno quiere con un *quid pro quo*.
—¿Te refieres a una pregunta de mi parte por otra de la tuya?
—Más o menos.
—¿Cómo influyeron tu infancia y tu adolescencia en tu carrera como jugador de baloncesto profesional? —pregunté de inmediato.
—Lo tuve claro desde muy pequeño. Me gustaba, se me daba bien y resultaba catártico. Mi familia me apoyaba y yo me enfoqué en cumplir mi sueño como jugador profesional.
—Si no hubieses podido conseguirlo, ¿qué habrías hecho con tu vida?
—No contemplaba esa opción. De todas formas, es mi turno. ¿Estás con alguien?
Me sonrojé tanto que sentí cómo mis mejillas se calentaban y el calor me subía hasta la raíz del pelo.
—No esperaba ese tipo de preguntas.
—¿Eso es un sí o un no? —insistió, inflexible.
—Nadie importante —le hice saber. Había tenido mis rollos durante estos años, pero jamás había llegado a enamorarme. Sus ojos se oscurecieron y vi cómo le palpitaba un músculo en la mandíbula—. ¿Y tú? ¿Tienes alguna persona importante en tu vida?
En cuanto las palabras escaparon de mi boca, el corazón empezó a brincarme contra las costillas con tanta fuerza que temí que lo escuchara.
—Ya no —confesó al fin.
—¿Quieres decir que la hubo?
—¿Te importaría?
Negué con la cabeza. No tenía derecho a sentirme defraudada, triste, traicionada y un montón más de adjetivos que pasaron por mi mente. Lo nuestro había acabado hacía años y, pese a que jamás volví a querer como lo quise a él, con entrega, confianza y fe ciega, era consciente de que yo era la única responsable de mis sentimientos.
—¿Qué es lo que más te gusta hacer cuando no estás jugando o entrenando? —Intenté reconducir la conversación a mi entrevista,

donde mínimamente pudiese encontrarme más cómoda, pero Oliver no me dejó.
—¿Quieres una copa? ¿Una cerveza?
—No creo que deba.
—Yo sí que quiero. —Se levantó.
—Creí que no bebías alcohol.
Se detuvo y me miró sobre el hombro.
—Deberías empezar a desechar todo lo que crees que conoces sobre mí. —Y desapareció por una puerta que había a la derecha.
Aproveché su ausencia para volver a llenar mis pulmones de oxígeno e incitarme a la calma. Estaba segura de que no saldría de allí indemne, pero, al menos, esperaba llegar a casa para romperme del todo.
—¿Te arrepentiste alguna vez de haberte marchado como lo hiciste? —Oliver volvió a tomar asiento y bebió del botellín de cerveza. Mi mirada recorrió el movimiento de su garganta y ascendió de nuevo hacia sus labios.
—¿Cambiaría algo las cosas?
—Pues no lo sé. Tal vez tu respuesta me demuestre que no fuiste la zorra insensible que creí que eras.
Aquello me pilló por sorpresa.
—Has sonado como Jake —le recriminé.
—Quizá, porque me dejaste tan jodido como a él. O más.
—Tal vez deba recordarte que fuiste tú el que me engañó con otra, me ocultó a su familia y me mintió —repliqué, molesta.
—Sí, al parecer, soy un cabrón desalmado.
—No seré yo la que te contradiga.
—Vale, entonces, ¿qué te parece si contesto a todas tus preguntas y pasamos página?
—Sería lo…
—A cambio —me interrumpió— de que follemos.
Fue como si me hubiese asestado una puñalada en el corazón. El dolor me robó el aliento, la libreta se resbaló de mis manos hasta el suelo y el sonido que produjo al caer sentenció el momento. Mi cerebro me decía que saliese de allí de inmediato, pero no estaba segura de que las piernas me sujetasen.

—No estás hablando en serio —balbuceé.
—¿Por qué no? Siempre has estado buena, pero ahora tengo que reconocer que estás impresionante. Y yo no digo que no a un cuerpo bonito.
Me levanté con torpeza, recogí la libreta y la metí como pude dentro del bolso.
—Esto ha sido una pésima idea.
—Además, tampoco es que tu fama fuese de mojigata, ¿no? —insistió—. ¿O los años te han cambiado?
La desilusión se mezcló con la rabia y ataqué como la leona herida en la que él me acababa de convertir.
—¿Sabes qué, Oliver? Cuando vine a Nueva York, me sentí sola y desgraciada durante mucho tiempo. Te eché de menos cada segundo de cada minuto que pasé lejos de ti, pero me convencí de que el dolor pasaría y de que mi marcha era lo mejor para los dos. He cargado durante mucho tiempo con la culpa y la incertidumbre de si al final hubiese podido existir un «felices para siempre» para nosotros. Ahora me acabas de confirmar que tomé la decisión correcta. Si lo que quieres es follar, seguro que tendrás una lista larga y detallada de mujeres dispuestas a ser protagonistas de tu vida por una noche. Yo no soy esa. Jamás lo he sido —reivindiqué, dolida—. Ahora sí me voy, Oliver. Y esta vez sí hay despedida. Adiós.
Salí a escape del edificio, aguanté hasta que llegué a la calle y sollocé sin poder controlarlo. En otras circunstancias, habría cogido el metro, pero no me sentí con fuerzas; detuve el primer taxi que pasó y me fui a casa.

Capítulo 48

Cuando se está rota, es más fácil que escapen los sentimientos.
Eve

OLIVER

Lancé la cerveza contra la pared con tanta fuerza que saltaron cristales por todas partes. Había sido un completo imbécil, un impresentable, un cabrón y un montón de insultos más que podrían aparecer en el diccionario al lado de mi nombre. No sabía qué me pasaba con ella, pero tenía claro que Eve tenía la habilidad de metérseme bajo la piel y alterar todos mis sentidos desde la primera vez que la vi. Ahora, años después, seguía siendo mi debilidad. Y no debería. Ella desapareció de mi vida, no quiso saber nada de mí y me dejó sumido en la más oscura desesperación. Tuve la tentación de mandarlo todo a la mierda, de no ir a la universidad y correr a Nueva York a buscarla. Y lo habría hecho, joder, habría hecho cualquier cosa por ella, por estar con ella de nuevo, por tenerla entre mis brazos, acariciarle el pelo, aspirar su aroma y volver a besarla. Descargué toda mi frustración con mis padres, con mis amigos, y me castigué a mí mismo maltratándome. En la primera borrachera que pillé, le partí el labio a Jake. Cogí la moto, fui demasiado rápido, perdí el control y me estampé contra una valla publicitaria. Afortunadamente, solo tuve contusiones y rasguños por todo el cuerpo, que me tuvieron convaleciente casi tres semanas. Mi padre consiguió que no hubiese ningún cargo por conducir ebrio y que no quedase registrada una denuncia que pudiese entorpecer mi futuro en el baloncesto. No recuerdo haber estado tan hecho polvo en la vida, y ahora me la volvía a encontrar y ella pretendía que actuásemos como si nada. Pues no, no podía.
Me acerqué a la ventana y miré el cielo sin ver. Me picaban los dedos por la necesidad de marcar su número y disculparme, pero, al

mismo tiempo, no estaba seguro de qué le diría. Así que hice lo único que se me ocurrió: respiré hondo, apreté el contacto y esperé.
—Pensé que lo nuestro significaba algo para ti, pero te has olvidado de mí.
—La he visto —confesé sin más.
Oí su suspiro al otro lado del teléfono y pude presentir la tensión entre nosotros.
—¿Y?
—Ha sido como si no hubiesen pasado diez putos años.
—Eres el único que tenía dudas al respecto.
Escuché a Jake susurrar algo y, después, sus pasos antes de cerrar la puerta.
—Estaba convencido de que había pasado página —me quejé.
—Puede que hayas pasado página y escrito nuevos capítulos, pero sigues en el mismo libro.
—Bueno, tal vez hoy haya escrito la palabra fin. Porque la he jodido pero bien. Eve me ha mandado a la mierda, y no es para menos.
—¿Qué has hecho? —me recriminó.
—Le dije que viniera a mi casa para ofrecerle una entrevista. Sé que la necesitaba para su revista y me he aprovechado de ello. Pero verla, tenerla cerca… me ha afectado demasiado. Sobre todo, porque parecía que yo no la alteraba lo más mínimo.
—¿Y?
Joder, me avergonzaba tanto de lo que había hecho que las palabras se me atascaban en la garganta.
—Le he dicho que contestaría a sus preguntas si se acostaba conmigo.
El silencio se interpuso entre nosotros hasta que Jake lo rompió.
—Bueno, no soy el más indicado para sermonearte al respecto. Yo tampoco fui un dechado de virtudes con ella cuando me dejó.
—Lo sé, por eso te he llamado. Sabía que me entenderías.
—Pero yo tenía dieciocho años, capullo. ¿Cuántos tienes tú ahora?
—También sabía que no te quedarías callado.
—¿Es eso lo que querías? ¿Cerrar la historia? Porque si es así, enhorabuena. Ahora, si no vas a poder empezar otro puto libro, más te vale darle un giro a la trama.

—No creo que pueda olvidarla nunca. Si no he podido hacerlo durante diez años, ¿cómo demonios voy a poder hacerlo ahora que la he vuelto a ver? ¿Cómo cojones voy a poder estar alejado de ella si la echo de menos hasta cuando está a un metro de distancia de mí? Pero, al mismo tiempo, siento demasiado rencor.
—Pues más te vale comprar todas las malditas rosas de la ciudad, porque Eve no te va a perdonar así como así.
—Tampoco sé si yo puedo perdonarla a ella por nuestro pasado.
—Tal vez lo que necesitas es conocer sus motivos para actuar como lo hizo. Una vez tengas toda la información, sabrás si merece la pena volver a intentarlo o no.
—¿Cuándo te has vuelto el más sensato de los dos?
—Cuando fui lo bastante maduro como para saber lo que quería e ir a por ello.
—Que te jodan.
—Mira, eso voy a hacer ahora mismo.
Me colgó sin esperar respuesta, lo que me arrancó una ligera sonrisa. Jake tenía razón. Había llegado el momento de jugar el partido más importante de mi vida.

Capítulo 49

¿Cuántas posibilidades había de tener otra oportunidad con ella?
Oliver

EVE

Llovía a mares cuando llegué a la revista. Había sido un fin de semana de mierda por culpa de mi discusión con Oliver y el día no auguraba un cambio significativo en mi estado de ánimo. Es más, corría el riesgo de empeorar todavía más cuando entrase a hablar con Frank y le dijese que no tenía la maldita entrevista. Me había amenazado por segunda vez en un mes con despedirme si no me ponía las pilas y, joder, yo quería ofrecer lo mejor de mí. Sabía que podía hacerlo, pero, cuando se trataba de Oliver Grant, me sentía demasiado vulnerable.

Llegué a mi mesa, concentrada en alejar el chubasquero de mí y evitar que me mojase todavía más, por lo que no reparé en el inusual revuelo que había a mi alrededor hasta que Christian se sentó en la esquina de mi mesa con una sonrisita enigmática. Tenía tantas ganas de saber a qué se debía ese gesto como miedo a lo que pudiese decir.

—¿Qué? —dije al fin.

—¿Tienes algo que contar?

—No, que yo sepa.

—Entonces, no sabrás decirme qué hace el representante de Oliver Grant, junto con su séquito, sentado en el despacho de Frank, ¿no?

Me levanté de inmediato como si la silla quemase, me puse de puntillas para mirar sobre las cabezas de mis curiosos compañeros hacia la cristalera que separaba el despacho del editor jefe del resto de los mortales y los vi. Reconocí a su representante, pero al resto de la comitiva no la conocía. Se me doblaron las rodillas y volví a dejarme caer en la silla.

—¿Qué hacen aquí? —musité.
—No lo sé. Dímelo tú.
—Yo tampoco lo sé, pero no habrán venido para nada bueno.
Seguro que habían venido a quejarse sobre mi supuesta falta de profesionalidad y, ahora sí, ya podía empezar a buscar trabajo.
El teléfono de mi mesa sonó y no me hizo falta mirar la extensión para saber de quién se trataba.
—A mi despacho, Baker.
Me abrí paso entre mis compañeros al tiempo que escuchaba cuchicheos sobre Oliver por parte de las mujeres de la revista. Sobre que había sido una pena que no hubiese venido, sobre lo guapo que era, lo alto, lo simpático que habían oído que era con la prensa y lo que darían por tener una cita con él…
—Cuando salga su representante, pienso acercarme y darle mi teléfono para que se lo dé —sonrió Linda, la encargada de la sección de gastronomía.
—Es gay —dije de inmediato.
Me miró de arriba abajo.
—¿Y tú cómo lo sabes? —se molestó por inmiscuirme en su conversación.
—Secreto profesional.
—Pues menuda mierda de secreto si nos lo acabas de contar.
Hice oídos sordos, encogí los hombros y llamé a la puerta.
Me gustaría decir que, cuando entré, lo hice con entereza, pero me sentía demasiado insegura.
—La señorita Baker acaba de entrar —informó el representante de Oliver al teléfono—. De acuerdo.
Se mantuvo al teléfono, sin decir palabra, mientras Frank llamaba mi atención.
—Eve, el señor Grant, a través de su agente, confirma que está de acuerdo con que hagas un especial sobre su primer mes en los Knicks y, bueno, en Nueva York.
—¿Que qué? —dudé.
—De acuerdo —interrumpió de nuevo el representante—. Le he contado a Frank, puedo llamarte Frank, ¿verdad? —Por supuesto, mi jefe asintió—. Bueno, como iba diciendo, señorita Baker, le he

contado la idea que tuvo sobre hacer un especial para su revista que tratase sobre las rutinas, gustos, aficiones… —hizo un gesto vago con la mano— del señor Grant, tal y como él me ha indicado que hiciese.
—Por supuesto, nosotros supervisaríamos toda la información que se va a publicar. —El hombre que estaba junto a la ventana se acercó hasta mí y me tendió la mano—. Allan Reed, jefe de prensa de los Knicks.
—Encantada —musité.
—William Payne —se presentó el otro hombre—. Hago el seguimiento periodístico de los Knicks esta temporada y de nuestra estrella en particular durante los primeros meses. Digamos que soy el enlace entre la NBA y el club —aclaró al ver mi cara de circunstancia—. Pasaremos mucho tiempo juntos —sonrió.
—Por supuesto, por contrato, no pueden publicar nada sin que sea supervisado por el equipo. Peter Lance —explicó—, abogado de los Knicks.
Decir que estaba abrumada sería quedarme corta. Los miré a todos de hito en hito hasta que Frank intervino.
—Tu función será acompañar al señor Grant a los entrenamientos, partidos y demás actividades que tenga en la agenda para conocerlo de manera más personal durante el primer mes. ¿Era así, Rod? —Jack trató al agente de Oliver con la misma cortesía con la que este lo había tratado a él.
—¡¿Un mes?! —exclamé.
—Así afirma mi cliente que lo acordaron. Un segundo. —Todos permanecimos atentos a la conversación que tenía al teléfono hasta que por fin habló de nuevo—. El señor Grant dice que, si le parece poco, siempre podemos renegociar las condiciones y ampliar el plazo —confirmó con absoluta impunidad la mentira que se había inventado.
El abogado sacó una carpeta con el membrete de uno de los mejores bufetes de abogados de Nueva York y me la tendió.
—Este es el contrato de confidencialidad. Puede leerlo tranquilamente, pero no podrá empezar su trabajo hasta que no lo firme.

Tomé la carpeta con manos trémulas y lo hojeé por encima. No había nada excepcional y, si lo había, no supe verlo o no estaba en condiciones de advertirlo.

—Enhorabuena, Baker. Tienes una oportunidad de oro —intercedió Frank con la clara advertencia de «no la cagues».

Pocas veces en los últimos años me había quedado sin habla, pero aquella ganaba en el *ranking* por goleada. Boqueé como un pez, me zumbaban los oídos y un millón de pensamientos se atropellaron en mi mente. Pero uno sobresalió por encima de todos. No podía hacerlo. No podía estar todos los días, varias horas, con Oliver. Si eso suponía mi despido, tendría que asumirlo.

—No sé si…

Frank me arrebató el contrato y buscó el sitio exacto donde debía estampar mi firma.

—Venga. Estos señores tendrán prisa —insistió.

—No voy a firmar nada sin haberlo leído.

—Léalo atentamente —afirmó el abogado—. En cuanto lo tenga, envíemelo a la dirección que aparece en la carpeta. Me aseguraré de que reciba una copia.

Sentí la presión de la mirada de aquellos hombres sobre mí y un millón de ideas pasaron mi cabeza. Desde la de dimitir en aquel momento hasta la de matar a Oliver por aquella encerrona que no sabía a qué venía ni con qué propósito.

—De acuerdo —acepté.

El abogado se dirigió hacia la puerta con su maletín y aquello pareció marcar el pistoletazo de salida.

—Estamos en contacto, señorita Baker.

Asentí y me mantuve en el sitio mientras se despedían unos de otros.

—Todo según lo previsto. —Escuché al agente de Oliver al teléfono.

—Sí, claro, por supuesto. Váyanse —convino Frank Roman—. En cuanto mi chica firme el contrato, no se separará de su hombre.

Acompañó a la comitiva fuera del despacho y yo me tragué todos los improperios que tenía en la punta de la lengua para cuando Oliver y yo estuviésemos a solas.

En cuanto Frank volvió, todo rastro de amabilidad y paciencia se había esfumado.
—¿A ti qué te pasa?
—No he dicho que no lo fuera a hacer —me defendí.
—Solo hubiese faltado eso. ¡Maldita sea! Solo tenías que estampar tu jodida firma y ya estarías camino del Madison.
—Da igual unas horas más que menos, prefiero ir sobre seguro.
—¿Sí? Pues tienes exactamente una para firmar el puto contrato si no quieres el despido.
—Una hora no sé si será suficiente.
—¡Más vale que lo sea! Ahora, largo. —Señaló la puerta y yo no esperé ni un segundo más.
Con pasos enérgicos, caminé hacia mi mesa. Me dejé caer en la silla y apoyé la frente sobre las manos. ¿Cómo era posible que la vida se me hubiese complicado tanto? Inspiré hondo e hice lo que sabía que debía hacer. Marqué el número y esperé varios tonos hasta que contestó al otro lado de la línea.
—Papá…
—¿Pasa algo? No sueles llamar a estas horas.
Lo cierto era que no solía llamar, así sin más. Pero las pocas veces que lo hacía era por la noche.
—Necesito que le eches un ojo a un contrato que tengo que firmar.
—No tenía tiempo de andarme por las ramas ni supuse que fuese necesario.
—Envíamelo al correo y, cuando pueda, le echaré un ojo.
—Necesito que sea ahora. Solo tengo una hora para aceptarlo…
—Eso es coacción.
Sí, estaba segura de que sería ese y un montón de delitos más si reproducía mi conversación con mi jefe, pero no tenía tiempo para aquello.
—¿Me puedes ayudar o no?
Lo escuché suspirar y supe que no me dejaría en la estacada.
—Pásamelo en PDF al móvil.
—Gracias, papá —suspiré con sinceridad.
Escaneé el documento y se lo pasé. Mientras esperaba su mensaje, me paseé inquieta por delante de mi escritorio. A través de la

cristalera, Frank que fulminaba con la mirada y se señalaba el reloj para añadir más presión. Cuando por fin apareció el nombre de mi padre en la pantalla, contesté con rapidez.
—Dime.
—¿Oliver Grant? ¿De verdad?
—¿Hay algún motivo por el que no deba aceptar? —lo interrumpí.
—Legal, no. Es un contrato bastante sencillo en el que lo más importante es cumplir con las condiciones de privacidad. Ahora, moralmente es otro tema…
—La ética no te da de comer. Tú lo sabes mejor que nadie.
—Periodistas y abogados… somos de lo mejorcito.
Sonreí a mi pesar.
—Entonces, supongo que no tengo ninguna excusa para negarme —dudé una vez más.
—No necesitas ningún pretexto para evitar hacer algo que no quieras o te disguste.
—Es una buena oportunidad profesional.
—No te lo discuto.
—Sabré sobrellevarlo.
—Si tú lo dices, yo te creo. De todas maneras, si las cosas se ponen complicadas, sabes que puedes contar con nosotros.
—Lo sé. Saluda a mamá de mi parte. Ahora, tengo que colgar.
—Claro. Te quiero, Eve.
—Y yo. —Colgué con rapidez para no alargar más la parte sentimental de la conversación.
Hacía diez años que mis padres volvían a estar juntos y yo no estaba segura de haberlos perdonado.
Cuando desvié los ojos a la mesa, ahí estaba la dichosa carpeta negra. Podría seguir dándole vueltas y dejar pasar el tiempo, pero estaba claro lo que tenía que hacer. Sin darme más tiempo a pensar, firmé en todos los huecos donde ponía mi nombre y entré al despacho de Frank para informarle.
—Bien, ahora mueve el culo al Madison.

Fue una odisea llegar al estadio. Tenía la teoría de que los días de lluvia toda la gente con problemas de ira salía a la calle para

desquitarse. No pude encontrar ni un maldito taxi, el metro iba hasta los topes y, cuando por fin pude llegar, lo hice con más de una hora de retraso. Aunque, si solo hubiese sido eso, podría haberlo gestionado bien. No era la primera vez que el día se me complicaba por la lluvia. El problema fue que, al llegar, el guardia de seguridad no me quiso dejar entrar, porque no tenía autorización. De nada sirvió que le dijese que era periodista, que le mostrase mi pase de la revista y que me vería más días por allí porque iba a cubrir el primer mes de Oliver en los Knicks.

—Mire, Ben —leí su nombre en la chapa identificativa—, llame a Oliver Grant. Él le confirmará lo que le estoy diciendo.

—El señor Grant está entrenando y no se le puede molestar.

—Para esto, sí.

—Para nada —se obcecó.

—¿Sabe? Cuando se entere de que no me ha dejado entrar para hacer mi trabajo, se va a cabrear. Hagamos una cosa: llame a Rod, su agente. Si no, a Peter Lance; es el abogado de los Knicks. Cualquiera de ellos le confirmará lo que le estoy diciendo.

El guarda me miró con recelo, pero el hecho de que yo hablase de aquellos hombres con tanta convicción lo hizo dudar. Se alejó unos pasos y empezó a hablar por el dispositivo que llevaba para comunicarse con el interior. Me regodeé cuando le cambió el semblante y, circunspecto, volvió hacia mí.

—Pase —dijo sin más.

—Gracias —canturreé con ironía.

Estaba calada hasta los huesos y me moría por tomarme un chocolate caliente que me templara el cuerpo.

Avancé por el enorme corredor hasta que encontré el aseo de mujeres. Me deshice del chubasquero y coloqué la cabeza debajo del secamanos para no tener el pelo tan mojado. Cuando terminé, parecía que me hubiese peinado un gato. Me lo recogí en un moño alto, me retoqué el maquillaje y al salir, me encontré con Oliver apoyado en la pared de enfrente.

—Llegas tarde.

—Da gracias a que he llegado —mascullé—. ¿Cómo sabías que estaba aquí? Debe haber como cien baños.

—Las cámaras de seguridad —explicó sin más.
—Vale. Bueno, ya estoy aquí. ¿Ahora qué?
—No sabía que tenía que decirte cómo tienes que hacer tu trabajo.
Respiré hondo para mantener mi profesionalidad.
—Esto no es buena idea, Oliver.
—Probablemente —convino—, pero es la única que se me ha ocurrido —murmuró para sí mismo.
Pero lo escuché y no pude evitar preguntarme por enésima vez qué quería de mí. Comenzó a caminar y yo lo seguí.
—No voy a acostarme contigo para poder hacer mi trabajo —me obligué a decir.
—Me parece bien que no sea por ese motivo. —Llegamos al acceso a la pista y me señaló las gradas de la derecha—. Quédate por aquí, si eres capaz de no desaparecer…
Tenía dos opciones: mandarlo a la mierda y quedarme sin trabajo, o aceptar aquel disparate y conseguir la oportunidad que deseaba para volver a *People* con la cabeza bien alta.
Respiré hondo para mantener mi profesionalidad.
—Me quedaré por aquí. Tal vez por allí tengas a otra periodista a la que le has ofrecido lo mismo y me lo estás ocultando.
Nos fulminamos con la mirada hasta que sonrió de medio lado y se alejó al otro lado de la pista. Supe, sin lugar a dudas, que no saldría indemne de aquel artículo.

Capítulo 50

Me sentía en todo momento como si me hubiesen pitado cuatro faltas y estuviese a una para que me sacasen del partido.
Oliver

EVE

El entrenamiento me resultó aburridísimo. Más de una vez me salí de la cancha para tomar algo y estirar las piernas. Ya sabía que Oliver era metódico y que se tomaba muy en serio su trabajo. Ya lo hacía cuando jugaba en el instituto, ¿cómo no lo iba a hacer ahora? Pero descubrí que, además, era buen compañero y que se esforzaba por hacer fácil lo que a mí me parecía sumamente complicado.
—Algo me dice que no eres una forofa del baloncesto. —William Payne se apoyó a mi lado en la pared del pasillo.
—De ningún deporte en realidad —admití.
William sonrió.
—¿Y qué haces en la sección de deportes?
—Estoy castigada. —Me encogí de hombros.
—Así que eres una chica mala…
No pude evitar hacer una mueca.
—A veces, no tiro el papel en la papelera de reciclaje.
La carcajada de William retumbó en el corredor.
—No quiero ni saber lo que harás cuando estés enfadada.
—Haces bien.
William era un tipo agradable que tuvo la deferencia de sentarse a mi lado en las gradas y explicarme en qué consistían, y para qué se hacían, los distintos ejercicios que practicaban los jugadores. Si notó que la atención de Oliver se desviaba muy a menudo hacia nosotros, no hizo ningún comentario.
Cuando por fin terminó el entrenamiento de la mañana, estaba muerta de hambre. Había escuchado al entrenador despedirse de los

jugadores hasta las cuatro, así que tenía casi tres horas para comer y estructurar los apuntes que había tomado.
—¿Comemos juntos? —ofreció William.
—Yo elijo restaurante.
Levantó las manos y negó con la cabeza.
—Vale, vale. Pero no te enfades.
Aquello me hizo reír, gesto que llamó la atención de muchos de los jugadores, pero sobre todo de uno.
—¡Eh, Payne! Tendrás que agradecerle a Grant la compañera que te ha puesto —bromeó uno de los compañeros de Oliver.
—¿No os habéis fijado en que hoy parece más contento? —se unió otro.
—Ya querríais vosotros estar en mi lugar —los vaciló William.
—Tranquilos —intercedí. Me negaba a que hablasen de mí como si no estuviese presente o fuese un mero artículo de decoración—, tengo once meses más disponibles para dedicaros un artículo a cada uno.
Todos se rieron y empezaron a reservarse meses. Menos Oliver, que permaneció mortalmente serio. Salió de la cancha el primero y no lo volví a ver hasta que regresé por la tarde. El guarda de la puerta me la abrió sin objeciones y yo le tendí un vaso de cartón con un café con chocolate caliente.
—Toma, Ben. —Le guiñé un ojo.
Me sonrió y supe que me había ganado a un amigo. Si algo había aprendido fuera de la universidad, era que había que tener contactos hasta en el infierno.
—Ni uno se va a salvar —gruñó alguien detrás de mí.
Oliver se detuvo a mi espalda, demasiado cerca. William nos miró de hito en hito y decidió retirarse con discreción para dejarnos solos.
—Creí que tu función era no separarte de mí —me recriminó.
—He cubierto tus primeras cuatro horas de entrenamiento, me merecía un descanso.
—Si tan aburrido te resulta, puedes irte. No creo que sea necesario que te quedes esta tarde.
Parecía molesto por el hecho de que me disgustase estar allí, pero no iba a desaprovechar la oportunidad de largarme y digerir todos

los acontecimientos del día en la soledad de mi apartamento.
—Sí. Será lo mejor. —Me di la vuelta para marcharme y Oliver me detuvo de nuevo.
—Mañana tengo una campaña de *marketing* para Experience Abu Dhabi. Te enviaré la dirección y la hora.
Asentí, le di la espalda y salí del estadio.

Capítulo 51

Profesionalidad ante todo.
Eve

OLIVER

No sabía si estaba loco o si era masoquista por haberme inventado aquel disparate para estar cerca de ella, pero lo único de lo que estaba seguro era de que me gustaba que estuviese allí, donde la pudiese ver. Aunque se hubiese pasado el día anterior disgustada por la encerrona, apretase los labios con disgusto y retorciese las manos sobre su regazo. Aunque me fulminase con la mirada cada vez que nuestros ojos coincidían. Aunque tuviese ganas de matarme… Sí. Debía estar mal de la cabeza.

Llegué al 19 de Washington Square conduciendo mi propio coche, pero la policía ya había acordonado la zona y un montón de estudiantes de la NYU Abu Dhabi se agolpaban detrás de las vallas de seguridad. Me recondujeron hacia el *parking* que habían despejado para mí y, cuando salí del vehículo, un montón de gritos y voces llamándome me ensordecieron. El director de *marketing* de Experience Abu Dhabi fue el primero en recibirme; detrás de él, el rector; y, después, un montón de personalidades más, a las que no presté atención porque un pelo naranja reclamó mi interés.

Eve estaba junto a William en la entrada del edificio y me encaminé hacia allí. Cuando la tuve enfrente, me embebí de su imagen. Llevaba un vaquero ajustado y una chaqueta de cuero encima de una blusa negra con trasparencias. Y, joder, estaba preciosa.

—Hoy será un día intenso. ¿Preparada?

—Siempre.

Fuimos hasta el salón de actos, donde había lista una firma de camisetas y algún que otro sorteo y vídeo promocional. Me acerqué hasta una mesa donde había botellines de agua y regresé junto a

Eve para darle uno. La había oído toser un par de veces y la había visto meterse un caramelo en la boca.
—Gracias —aceptó—. ¿Te gusta hacer estas cosas? —me preguntó.
—¿Traerte agua?
Vi un amago de sonrisa en sus labios y el pecho se me expandió. Parecía abrumada por la cantidad de gente que se agolpaba en la puerta.
—Si la duda es si me gustaría estar en otro lugar, la respuesta es sí. Pero también disfruto cuando siento el cariño de la gente. Soy consciente de que es el precio que tengo que pagar por dedicarme a lo que más me gusta.
—¿Y qué hay de tu privacidad?
—Siempre he sido bastante discreto con todo lo que no tiene que ver con el baloncesto. Muestro a la prensa lo quiero que vea y no permito que se inmiscuyan en mi vida.
—Eso suscitará todavía más interés.
—Puede, pero tengo muy claro que soy un personaje público en la cancha; fuera de ella, soy un hombre normal al que le gusta hacer lo mismo que a todos los demás.
—¿Y eso es…?
No me dio tiempo a responder a la pregunta, porque de inmediato tuve que subir al escenario. Me senté en la mesa y comenzó el desfile de gente.
Casi tres horas después, nos hacíamos las fotos de rigor y salíamos a comer hacia Kubeh, uno de los restaurantes más selectos especializados en comida de Oriente Medio. Me giré para decirle a Eve que viniese en mi coche, pero ella se me adelantó.
—Nos vemos allí.
Como un imbécil, me quedé mirándola mientras se marchaba con William. Aquello no estaba yendo ni remotamente parecido a como me lo había imaginado.
Durante la comida, tampoco tuve la oportunidad de estar con ella. Estuve rodeado en todo momento por los patrocinadores y envuelto en conversaciones tediosas mientras veía a Eve compartir sonrisas con el jodido William.

No fue hasta que terminó la comida que por fin conseguí su atención y anticiparme a que se marchase otra vez sin mí.
—Tengo que hablar contigo —dije sin más.
—Bueno, pues nos vemos mañana —se despidió William. Le choqué la mano y se despidió de Eve con un beso en la mejilla.
Ella le regaló una sonrisa sincera, que hizo que la comida se me revolviese en el estómago.
—Hasta mañana, Will.
Una vez solos, me puse frente a ella y me crucé de brazos.
—¿Will?
—¿De qué querías hablar, Oliver?
—Tenéis mucha complicidad para haberos conocido hace veinticuatro horas.
—Supongo que tenemos muchas cosas en común.
—¿Como qué?
—Estamos los dos aquí por trabajo, somos periodistas, estudiamos en la misma universidad…
—Todo ello, cosas circunstanciales.
—Bueno, vale, lo que tú digas.
Parecía cansada y me fijé en que tenía las mejillas rojas y los ojos vidriosos.
—¿Te encuentras bien?
—Me duele la cabeza. ¿A qué hora tenemos que estar en el entrenamiento?
Levanté la mano y la puse sobre su frente. Fue un impulso que nos sorprendió a ambos, porque ella se quedó rígida como un palo y yo, petrificado. No obstante, y pese a que me retiré rápido, pude advertir que estaba ardiendo.
—Tienes fiebre —evidencié.
—Eso explicaría muchas cosas.
Estaba claro que no se encontraba bien.
—Vamos, te llevaré a casa.
—No hace falta, me tomaré un analgésico y…
—Eve, en el coche podrás hacerme todas las preguntas que quieras.
Lo meditó durante unos segundos y al final aceptó. Puse en el GPS del coche la dirección que me dio y me incorporé a la circulación.

Tras diez minutos de silencio incómodo, Eve decidió romperlo.
—¿Cómo has conseguido que tu representante y los de tu equipo accedan a que una mindundi como yo realice este tipo de reportaje?
Lo cierto era que había sido un puto infierno. Me había pasado el fin de semana discutiendo con mi representante y, luego, con el gabinete de prensa, que tampoco estaban de acuerdo con que una periodista sin repercusión me cubriese. Al final, logré convencerlos a cambio de más apariciones públicas y más eventos con patrocinadores de los que estaban en el contrato. Como aquel al que acabábamos de acudir.
—Solo he tenido que decir que eran excentricidades de una estrella del baloncesto como yo —mentí.
Eve resopló y yo sonreí de medio lado.
—¿Y tienes muchas excentricidades como esa?
—Las típicas. Me baño en leche de burra, solo bebo agua Bling 'Golden Throne'… ¿La conoces? —Negó y yo continué—: Es de un manantial de las montañas de Dandridge, en Tennessee, microfiltrada nueve veces y sometida a un tratamiento de ozono para mejorar su calidad. Pero realmente lo hago porque su botella tiene incrustados auténticos cristales Swarovski.
—No me lo puedo creer…
Sonreí y giré hacia Hudson Square. El navegador me decía que estábamos a cinco minutos, y tuve la tentación de «equivocarme» para pasar más tiempo con ella. Por suerte, se impuso la razón.
—Pues no es solo eso —le hice saber cuando aparqué delante de su edificio.
—No sé si quiero saber más.
—Seguro que sí. Los periodistas sois demasiado curiosos para dejarlo pasar.
—Venga, sorpréndeme. —Eve se giró en el asiento para mirarme y, a mí, el ridículo espacio que había entre nosotros todavía me pareció demasiado grande.
—La gente que trabaja conmigo o para mí debe llevar siempre ropa interior de color negro. Si son mujeres, preferiblemente con algo de encaje. ¿Tú la llevas? No importa, no me contestes; tendré que verificarlo de todos modos para quedarme tranquilo.

Vi la alarma en sus ojos antes de darse cuenta de que todo era una mentira y me maldijese por primera vez en voz alta, pero estaba seguro de que por enésima en su interior.
—¿No te da vergüenza burlarte de una pobre enferma?
—Vamos, Eve, me conoces. ¿Cómo has podido pensar que era cierto?
—No voy a creer nada de lo que me cuentes. De hecho, lo primero que voy a decir en el artículo es que eres un mentiroso.
Aquel adjetivo nos dejó mudos a los dos.
—Solo te mentí una vez —admití, ya en serio. Estábamos muy cerca y no se escuchaba nada más que el eco de nuestras respiraciones—. Y lo pagué muy caro.
Vi en sus ojos un dolor parecido al que yo tenía enquistado y, por primera vez desde aquella maldita noche, me planteé que para ella tampoco había sido fácil y quise saber qué fue lo que la llevó a dejarme de ese modo.
Unos golpes en el cristal de la puerta nos sacaron de la burbuja en la que estábamos metidos. Me giré y vi a un policía con cara de pocos amigos. Tras bajar la ventanilla, no se anduvo con tonterías.
—Carnet de conducir y permiso de circulación.
—¿Pasa algo, agente?
—Aquí no puede aparcar.
—No estaba aparcado, ha sido una parada técnica. Ya me iba —se apresuró Eve a intervenir.
—Lleva más de diez minutos obstaculizando el tráfico.
—Está bien… —Saqué la cartera y le di la documentación.
Sabía lo que venía a continuación.
—¿Oliver Grant? —Se quitó las gafas—. ¿Es usted el Oliver Grant jugador de los Knicks?
Asentí con media sonrisa.
—¿Podría hacerme una foto con usted?
—Por supuesto. —Antes de salir del vehículo, escuché a Eve resoplar. No obstante, ella también abandonó el vehículo.
—¿Le importaría tomarla usted? —El policía le dio el teléfono a Eve.
—Por supuesto.
Posé con el policía hasta que Eve le entregó el móvil.

—Gracias —aceptó el agente—. Siento haberle…
—No se preocupe —lo interrumpí, comprensivo.
—Me alegro de que lo entienda.
Ante mi asombro, extendió una multa.
—Creía que era fan de los Knicks —me quejé.
—Lo siento, voy con los Nets a muerte. Que tengan un buen día.
Lo que me sacó de mi estupefacción fueron las carcajadas de Eve.
—No te rías —advertí, señalándola con un dedo.
—Será una anécdota divertidísima para el artículo.
—No te atreverás…
—Hasta mañana, Grant —se despidió con rapidez.
—¡Eve! —la llamé, pero entró en el edificio y desapareció de mi vista —. Hasta luego, Zanahoria.

Capítulo 52

La paciencia no es una virtud de la que pueda hacer alarde.
Oliver

EVE

Hacía años que no cogía un resfriado tan fuerte. Me dolía todo, desde la raíz del cabello hasta las puntas de los dedos de los pies. En cuanto subí al apartamento, me di una ducha caliente, me puse el pijama y me acosté en el sofá con una taza de cacao casi hirviendo y una manta. Después, debí caer en la inconsciencia, porque no recuerdo nada más hasta que el timbre de la puerta sonó. Me quejé cuando intenté mover los músculos y, como el sacrificio era demasiado grande, preferí cerrar los ojos de nuevo. Tenía demasiado frío para moverme; quien fuera, que volviese en otro momento. Pero no tuve esa suerte: al momento, fue el móvil el que no me dejó descansar. Ni siquiera miré la pantalla, pulsé el botón y gruñí algo parecido a «hola».

—No has venido hoy.

La voz de Oliver fue lo que hizo que me despejara lo suficiente para apartar el móvil de mi oreja y mirar la hora.

—¡Mierda! —exclamé cuando vi que eran las dos del mediodía.

Tenía un montón de notificaciones, muchas de ellas de Oliver, casi todas en realidad.

—Abre la puerta, Eve. —Parecía enfadado, pero no era algo que me sorprendiese. Desde que nos habíamos reencontrado no había visto otras de sus muchas facetas hasta ayer, que bromeó conmigo por primera vez.

—Me has llamado al teléfono —le hice notar, confusa.

—Puedo hacer magia y aparecer en la puerta de tu casa. De hecho, escucha.

El timbre volvió a taladrarme la cabeza y llegó a algún punto de mi mente que me hizo entender que él estaba allí, al otro lado. A trompicones y cubierta con la manta, abrí solo una rendija de la puerta para excusarme por mi ausencia y despacharlo. Estaba segura de que parecería la loca de los gatos, con el pelo enmarañado, los ojos rojos y la marca de la manta del sofá en la mejilla.
Oliver me miró con su habitual seriedad.
—Estás hecha un desastre. —Empujó despacio la puerta para abrirla del todo y yo di un paso atrás.
—Es lo que toda mujer desea oír.
—No estoy aquí para regalarte los oídos.
—Lamento no haber ido ni haber avisado, pero…
De pronto, solté un suspiro de alivio cuando la mano fría de Oliver se posó en mi frente.
—Eres una inconsciente.
—Vamos mejorando con los cumplidos… —ironicé.
—¡Estás ardiendo, joder!
—¿Ves? Eso ya nos pone más.
Chasqueó la lengua y se adueñó de la situación, algo que agradecí porque sentía tal debilidad que estuve a punto de sentarme en el suelo.
—A la cama —ordenó.
—¿Así, sin más? ¿Sin preliminares?
—Creo que me gusta más la Eve enferma —masculló de malos modos—. ¿Dónde está tu habitación?
Caminé arrastrando los pies delante de él hasta llegar a la cama. Oliver apartó las sábanas, me sujetó por los hombros y me ayudó a acostarme. Enseguida empecé a tiritar de frío y a quejarme por haberme obligado a soportar esa tortura. Yo era feliz en mi sofá, enroscada en la manta.
—¿Dónde tienes los analgésicos?
Me cubrí hasta la cabeza con la colcha, solo quería cerrar los ojos.
—Venga, Zanahoria —susurró—, ahora podrás descansar, pero tómate la medicina.
—En el baño —me obligué a decir—. En el segundo cajón.

Estaba muerta de frío, tenía la garganta seca y me escocían los ojos. Me acurruqué todo lo que pude para mantener el calor y apreté los párpados.
—Ya estoy aquí.
Sentí su cercanía antes incluso de que me tocara. Así que, cuando me rodeó el cuello con su brazo para incorporarme, me estremecí.
—Toma, bébetelo todo. —Me tendió un vaso de agua y una pastilla.
No protesté, no tenía fuerzas. Obedecí y volví a ponerme en posición fetal.
—No puedo parar de tiritar —me quejé.
El colchón se hundió detrás de mí y el cuerpo de Oliver envolvió el mío. Un gemido de alivio brotó de mis labios y me pegué más a él.
—No te muevas, Zanahoria, que no soy de piedra —aseguró con voz grave.
—No me llames zanahoria —me quejé medio dormida.
—¿No?
—Ya sabes lo que tienes que hacer —musité.
—Ilumíname.
—Dime algo bonito —pedí en apenas un susurro.
Contuvo la respiración, pero al momento su pecho subía y bajaba a mi espalda.
—No he podido olvidarte.
Sonreí por lo hermoso que estaba siendo mi sueño y me abandoné a él.

Cuando desperté, estaba sola y bañada en sudor, pero me encontraba muchísimo mejor. Si no hubiese sido porque la cama estaba deshecha en el lado opuesto al mío, no tendría ninguna duda de que la presencia de Oliver había sido una consecuencia de mi sueño febril.
Fui hasta el baño y me di una ducha, que me sentó a gloria bendita. Me sequé el pelo, me lo recogí en una coleta alta y me vestí con la ropa cómoda que utilizaba para estar en casa. Cuando entré en el salón, no esperaba verlo todavía allí. Estaba delante de la ventana, hablaba por teléfono y parecía no haber advertido mi presencia. Por ello, me permití pasear los ojos por su espalda y el trasero

enfundado en aquellos vaqueros que parecían confeccionados solo para él.
—Os enviaré el pase para esta temporada. —Esperó a que le contestasen y volvió a hablar—. Ya sabéis que podéis venir cuando queráis. Mamá, tengo que dejarte.
Guardó el teléfono en el bolsillo, pero no se movió.
—¿Estás mejor?
Me sobresalté, porque no creía que me hubiese descubierto.
—Sí. Gracias. —Avancé hasta colocarme en el centro del salón—. Pensé que ya te habrías ido.
Oliver se volvió y me acarició con su mirada lo suficiente para acelerar mis latidos.
—Quería comprobar que eras capaz de cuidar de ti misma antes de marcharme.
—¿Debo añadir *exagerado* como otra de tus cualidades en mi artículo?
—Si hubieses avisado de que no vendrías a trabajar, no estaría aquí.
—Estabas preocupado —sonreí, complacida.
—Por supuesto. Me tomo muy en serio mi trabajo, y ese artículo es importante. Si crees que necesitas unos días para descansar, hazlo. Pero avísame.
«Vale, Eve, te lo tienes merecido por suponer que significabas algo para él».
—No te preocupes. Mañana estaré al pie del cañón.

Un inoportuno rugido de mis tripas nos interrumpió. Oliver levantó una ceja y señaló con la cabeza la cocina.
—¿Cuánto llevas sin comer? —Ante mi mutismo, comprendió que demasiado—. Ya veo.
Resopló de fastidio y pasó por mi lado. Lo seguí, desconcertada, y más cuando abrió el refrigerador.
—Veo que estás preparada para el invierno. De tu nevera se podría alimentar todo un comedor social.
—Aunque no lo creas, sé cuidar de mí misma.
—Lo dudo.
Al momento, empezó a sacar ingredientes.

—¿Qué haces?
—Voy a prepararte un caldo de pollo con verduras.
Me gustaría decir que decliné su oferta y que le dije que podía hacerlo yo sola, pero lo cierto era que no quería que se fuese. Me puse a su lado y comencé a pelar las verduras, codo con codo con él, en un silencio extraño, íntimo y, a la vez, embarazoso.
—¿Siempre has vivido en este apartamento? —quiso saber.
—No… Durante los primeros años de universidad, viví en una residencia de estudiantes en el campus. Después, cuando mi padre se marchó definitivamente, me vine a este piso —le expliqué.
—Entiendo.
El silencio nos envolvió de nuevo y decidí que no debería tener cabida entre nosotros. Al fin y al cabo, lo único que nos había aportado habían sido problemas.
—¿Vas mucho a Laguna Beach?
—Menos de lo que me gustaría, pero sospecho que, aun así, más que tú.
—Solo he ido un par de veces al año desde que me mudé. Es complicado para mí —admití.
—Imagino. Todo lo que tiene que ver contigo lo es.
—¡Oye! —protesté.
Oliver sonrió y su discreción al no preguntar me invitó a explicarme.
—Mi madre dejó a Steve y volvió con mi padre.
—Lo sé —admitió para mi sorpresa.
—¿Lo sabes? ¿Cómo lo sabes?
—Fui muchas veces a tu casa a preguntar por ti. En una de tantas, conocí a tu padre.
Sentí sus palabras como golpes en el pecho que me dejaron sin respiración.
—¿Qué te dijeron? —susurré.
—Nada. Que tú habías dicho que no me dieran información y que ellos te lo debían.
Puso todos los ingredientes en la cazuela y se limpió las manos.
—Fue una época muy difícil para mí —expliqué con un hilo de voz.
Él apoyó las manos sobre la encimera y agachó la cabeza. Parecía estar inmerso en un debate interno, hasta que suspiró y se puso

frente a mí. Tuve que inclinar el cuello hacia atrás para poder mirarlo y conectar nuestros ojos.
—Cuéntamelo —me pidió—. Necesito saberlo.
Y yo supe que se lo debía. Nos lo debía.

Capítulo 53

Dije adiós al peso que aplastaba mi corazón y este decidió volar de nuevo.
Eve

OLIVER

Esperé, paciente, a que decidiese si contármelo o no, pero supe que, si decidía no hablar, no habría más oportunidades para nosotros y debería cerrar ese libro de una vez por todas, tal y como Jake me había dicho. El pulso me latía tan fuerte que estaba seguro de que Eve lo oía a la perfección. Y es que estar cerca de ella me mataba y me daba vida a partes iguales, pero prefería morir a su lado que vivir sin ella.
Cuando por fin empezó a hablar, me contuve para no suspirar de alivio.
—Me vi superada por todo lo que me estaba ocurriendo. Descubrí que mi madre nos mentía por una llamada del trabajo; se suponía que estaba en un congreso y resulta que estaba engañando a Steve con mi padre. Zack cada vez tenía más crisis y Steve no sabía qué hacer con él. Una vez, se puso tan nervioso que me golpeó.
—¿Zack? —dudé. Pero cuando ella negó con la cabeza, lo vi todo rojo—. ¿Cómo dices? —Apreté los dientes cuando la ira me recorrió. Todos mis músculos se tensaron y deseé encontrarme con el dichoso Steve cuando fuese a visitar a mis padres.
—A partir de ahí, nuestra relación fue a peor —continuó.
—¿Por qué no me lo dijiste?
Se encogió de hombros y apartó la mirada, como si estuviese avergonzada, como si hubiese sido culpa suya.
—Luego estaba el problema con Lauren, la obsesión de Adam conmigo y, finalmente, estabas tú —acabó en un susurro—. Para una

chica de dieciocho años, fue demasiado. No hubo ni una parcela de mi vida que no se desmoronase. Y no pude gestionarlo.
—Yo habría estado a tu lado.
Eve se alejó y fue hacia el salón. No concebí otra opción que seguirla.
—¿Cómo podía fiarme de ti después de lo que acababa de descubrir?
Aquello fue un golpe bajo, pero entendía que dudase de mí.
—Solo necesitábamos tiempo para volver a confiar el uno en el otro.
—Pero no lo teníamos. Yo no podía seguir viviendo en mi casa con Steve y tampoco soportaba que mi madre me estuviese mintiendo. Tampoco quería estar con mi padre, sufrimos mucho cuando nos dejó, pero, al fin y al cabo, tenía que venir a Nueva York. Por eso decidí que lo mejor era quedarme en la residencia. Aún a día de hoy, me cuesta creer que estén juntos después de todo…
—¿Y lo nuestro? ¿Dónde quedábamos nosotros?
—Dejó de existir un nosotros cuando descubrí que me habías mentido.
—Y pasaste página como si nada —le reproché.
—Creo que ambos lo hicimos.
Un silencio tenso se instaló entre nosotros, y lo lamenté. Hasta hacía unos minutos, había llegado a creer que era posible que entablásemos una conversación cordial. Ahora, tenía claro que no. Tal vez ella hubiese pasado página, pero yo tenía enquistado nuestro pasado y me seguía jodiendo.
—Supongo que tienes razón —respondí a la defensiva.
Alcancé la chaqueta, que había dejado sobre el respaldo del sofá, y me la puse.
—Que sea la última vez que me dejas colgado sin avisar. A la próxima, no me importará cederle el reportaje a otra revista.
Vi pasar por sus ojos infinidad de sentimientos: sorpresa, desilusión, dolor, enfado…
—Tenemos un contrato —se defendió.
—Que tú hoy has incumplido.
Me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta.
—No volverá a suceder —la escuché a mi espalda.

—Eso tendrás que demostrarlo.
Cerré la puerta y me largué, cabreado con ella, pero sobre todo conmigo. Por el hecho de que todavía me jodiese nuestro pasado y afectase de aquel modo a mi presente.

Capítulo 54

A aquel juego sabíamos jugar los dos.
Oliver

EVE

Al día siguiente, antes de salir de casa, recibí un correo electrónico del representante de Oliver con el calendario de partidos dentro y fuera de casa. Además, también adjuntaba los billetes de avión para los destinos en los que los Knicks jugarían fuera de Nueva York. Aquello me produjo mucho más vértigo del que debería. El hecho de tener que viajar con él y hospedarme en el mismo hotel me ponía de los nervios. No obstante, el día anterior había quedado claro que tenía que demostrar mi profesionalidad y que no estaba dispuesta a que nadie la cuestionase.

Cuando llegué al Madison para el partido de aquella noche, William ya me esperaba en la puerta habilitada para la prensa. No lo había visto durante todo el día porque había tenido varias reuniones con compañeros que cubrían otros equipos y directivos de la NBA, pero sí me había enviado un mensaje para darme las indicaciones de por dónde debía entrar y decirme que me estaría esperando. En cuanto me vio, me sonrió con afecto, y yo le correspondí.

—¿Preparada? El partido de hoy será intenso.

—¿No lo son todos? —cuestioné, mientras avanzábamos por el pasillo.

—Pero este lo vivirás de un modo diferente.

Estaba a punto de preguntar a qué se refería cuando pasó de largo las escaleras que llevaban a los asientos de la prensa.

—¿A dónde vamos?

William se limitó a guiñarme un ojo y yo comencé a ponerme nerviosa cuando me di cuenta de que accedíamos a pie de pista. En

las gradas estaba cómoda, se podía decir que era mi zona de confort; allí no lo estaba tanto.
Los jugadores todavía no habían salido a la pista y las Knicks City Dancers amenizaban con sus bailes a la afición hasta que empezase el partido.
—Este será nuestro sitio —señaló William.
Estábamos literalmente detrás de los jugadores.
—¿Por qué aquí?
—Porque ahora no cubres el partido, lo cubres a él. —Desvió la mirada hacia el túnel de acceso de los jugadores y Oliver apareció detrás de sus compañeros.
Las gradas empezaron a rugir y él se dedicó a lanzar tiros a canasta, impertérrito a todo y a todos.
Me dejé caer en la silla y suspiré. Estaba claro que no iba a tener ni un respiro.
Cuando el entrenador los llamó al banquillo, me saludaron todos los compañeros de Oliver menos él.
—¡Eh, pelirroja! Estoy seguro de que nos vas a dar suerte —sonrió Kamal. Era el más joven del equipo, y se notaba en su vitalidad y sus ganas de bromear.
—Vosotros meted más canastas que los Wizards y veréis cómo os doy suerte.
—Te dedicaremos la victoria —aseguró Mitchell.
El entrenador llamó al orden y yo me dediqué a aquello para lo que estaba allí, a observar a Oliver e interpretar sus gestos.
Después del primer cuarto, los Knicks perdían por catorce puntos. Según William, que había estado atento a explicarme cada jugada, estábamos sufriendo la intensidad ofensiva de los Wizards. Además, se sumaba su acierto impecable desde el perímetro con varios triples.
Al llegar a la mitad, la cara de Oliver lo decía todo. Estaba serio, fruncía el ceño y apretaba la mandíbula. Lo conocía lo suficiente como para saber que estaba frustrado, preocupado y, a la vez, ansioso por revertir el resultado.
Mientras se retiraban a los vestuarios para preparar la segunda parte, las bailarinas pasaron junto a los jugadores para tomar la

pista. Un dato sin importancia si no hubiese visto cómo una de ellas acariciaba el brazo de Oliver y este le correspondía con una sonrisa. Y, no sé por qué, la respiración se me detuvo y el corazón me dejó de latir durante algunos segundos.

—¿Te encuentras bien? —se interesó William—. Te has quedado pálida.

—Sí. No es nada. Voy a salir un momento al baño. Enseguida vuelvo —me excusé con atropello.

Me escapé hacia los pasillos, pero estaban repletos de gente. Ni siquiera intenté acceder al servicio: salí del Garden por la puerta de prensa y respiré el aire frío del otoño. Dudé si llamar a o no, pero, al ver una llamada perdida de Zack, me decanté por hablar con mi hermano. Contestó al tercer tono, como siempre, y no se anduvo por las ramas.

—Te he visto detrás del banquillo de los Knicks.

—No sabía que también seguías los partidos de la Conferencia Este —sonreí.

—Sigo a Oliver Grant. El entrenador tendría que haberlo sacado más. No está aprovechando su potencial.

—Es posible —dudé. Lo último que quería era hablar de Oliver ahora —. ¿Cómo te va en las clases?

Estaba haciendo un curso de electromecánica y estaba entusiasmado con él. Por ello, supuse que sería una buena opción para cambiar de conversación.

—Bien. Tienen que cubrir mejor a Kyle Kuzma y Jordan Poole.

Suspiré, porque Zack estaba ahora centrado en el partido y nada lo sacaría de ahí.

—Seguro que en la segunda parte subsanan todos los errores.

—Ya empieza. Adiós. —Zack colgó sin esperar mi respuesta, y yo no pude hacer otra cosa que sonreír.

Guardé el teléfono y me preparé para volver a entrar. Una cosa era saber con certeza ciega que Oliver había tenido sus más y sus menos con las mujeres, y otra muy distinta era ser testigo de sus coqueteos.

Cuando tomé asiento al lado de William, este me miró con preocupación.

—¿Todo bien?
—Sí. Tenía que hacer un par de llamadas. —Miré el marcador y vi que los Knicks habían recortado la diferencia en diez puntos.
Oliver estaba en la cancha y dominaba el juego. Su seguridad a la hora de jugar contagiaba a sus compañeros, y eso se vio reflejado en el resultado. Cuando llegó el último tiempo, los Knicks ganaban por cinco puntos.
El entrenador decidió dejar descansar a Oliver y, tras chocar la mano a sus compañeros, se sentó delante de mí. Me fijé en la tensión de sus hombros, en el perfil perfecto de su rostro, en la forma en la que se mordía el labio inferior cuando los Wizards se acercaban a la canasta y en cómo apretaba las manos… Hasta que se giró de golpe y me miró.
—Si me sigues mirando así, me arrepentiré de haberte reservado este sitio.
Me sonrojé, porque en todo momento pensé que estaba tan ocupado con el partido que ni siquiera había advertido mi presencia.
—Creí que estaba aquí para eso —me excusé con rapidez.
—Entre muchas otras cosas —masculló.
Quedaban cinco minutos para que terminase el partido y los Wizards iban uno por arriba en el marcador cuando el entrenador llamó a Oliver para que saliese a la pista.
—Bueno, creo que con esta acción queda claro quién es la estrella del equipo —apuntó William.
Y Oliver así lo demostró después de remontar con una bandeja acrobática que empató el partido y, luego, con un triple letal a falta de quince segundos, que dejó sin respuesta a su rival.
Las gradas se vinieron abajo de la emoción. William se marchó hacia la zona de prensa y yo aproveché cuando los jugadores se retiraban para escabullirme antes de que la marabunta dejara el Madison. Me desvié hacia los vestuarios para esperar en la salida y cubrir la rueda de prensa, y aguardé lo que me pareció una eternidad hasta que el representante de Oliver se paró frente a mí y me hizo un gesto con la mano para que nos apartásemos.
—Ya puede marcharse, señorita Baker. Oliver no participará en la rueda de prensa.

—Todavía no he terminado —objeté.
—Mi representado no atenderá a los periodistas. Tiene planes para esta noche y ya no la necesita.
No quise saber más, me podía imaginar el tipo de planes que tenía.
—Estupendo —me obligué a responder—. He estado perdiendo el tiempo aquí para nada.
—Recuerde que mañana tiene un vuelo a Milwaukee. Un taxi la recogerá en su casa y la llevará hasta la terminal.
—Sé hacer mi trabajo.
—Y yo el mío, señorita Baker. Buenas noches.
Cuando salí del Madison, tenía ganas de gritar. ¿Quién se había creído Oliver que era para actuar conmigo de ese modo? Estaba tan enfadada que tuve la tentación de escribirle un mensaje para desahogarme, pero, por suerte, me contuve a tiempo. Aquello solo le demostraría que me afectaba lo que hacía y no estaba dispuesta a volver a caer en aquel juego.
—¡Eh, pelirroja! —Un deportivo de color negro se detuvo delante de mí y Kamal asomó su cabello afro por la ventanilla—. Los chicos y yo vamos a celebrar la victoria. Ya que te la hemos dedicado, nos preguntábamos si te apuntarías.
Tenía dos opciones: o marcharme a casa y no dejar de pensar en lo que estaría haciendo Oliver, o aceptar la invitación y disfrutar de la noche. Abrí la puerta del copiloto y me senté.
—¿A dónde vamos?
Kamal soltó una carcajada y apretó el acelerador como si estuviésemos en una película de acción y nos persiguiesen.
Llegamos a Nebula, uno de los clubes más exclusivos de Nueva York, y accedimos a la zona vip, donde ya nos esperaban un buen número de jugadores. No recuerdo quién fue el primero en poner un chupito en mi mano, pero sí sé que no fue el único que bebí aquella noche. Bailé, reí y bromeé con aquellos hombretones hasta que me dolió todo el cuerpo.
—Mañana os va a caer una buena bronca como no os marchéis ya a descansar —les hice saber, ya de madrugada y algo perjudicada por el alcohol.
—No seas aguafiestas, Eve —se quejaron varios a la vez.

Los que allí quedaban no estaban casados ni comprometidos, que yo supiese, por lo tanto, no tenían ninguna prisa en retirarse. Y yo tampoco.
—¿Yo? —me fingí ofendida—. Jamás. ¡Otra ronda!
Los gritos de júbilo no se hicieron esperar. Sabía que, al día siguiente, cuando tuviese que subir a ese avión, me arrepentiría del exceso de aquella noche, pero me había propuesto disfrutar el momento, y eso era lo que pensaba hacer.
Mitchell se dejó caer a mi lado en el sillón y se estiró hasta apoyar la cabeza en el respaldo. Parecía un gigante a mi lado y yo me entretuve comprobando cómo intentaba encajar sus largar piernas debajo de la mesita que teníamos enfrente. Una vez acomodado, me dio unos toquecitos con el codo y me miró, cómplice.
—Oye, Eve, ¿qué hay entre William y tú?
Aquello me sorprendió y se reflejó en mi rostro y en mi respuesta.
—¿Qué hay de qué?
Mitchell chistó e hizo un gesto exagerado con la mano.
—Ya sabes: tú le gustas, él te gusta, hay rollito, sexo…
La forma en la que lo planteó me pareció tan divertida que no pude parar de reír.
—¿Todavía no ha movido ficha? —insistió.
—Solo somos compañeros de trabajo —expliqué, condescendiente—. Me ayuda a entender este mundillo.
Negó con la cabeza y me rodeó los hombros con su brazo para atraerme hacia él y poder susurrarme al oído:
—¿A ti te gusta?
—Parece que estemos en una fiesta de instituto haciendo confesiones bajo los efectos del alcohol —me burlé.
—Uy, pues el director acaba de llegar.
Seguí la mirada de Mitchell y me encontré con los ojos oscuros de Oliver clavados en nosotros.

Capítulo 55

El alcohol nunca es un buen aliado.
Eve

OLIVER

Si me paraba a pensar qué cojones hacía allí, me odiaría por ello. Solo había tenido que echar un vistazo al móvil y ver las fotografías que Kamal había enviado al grupo que teníamos los jugadores para saltar como un resorte de la cama y presentarme en el club. Pero, a la vista de los acontecimientos, si me hubiese quedado en casa, me habría arrepentido. Mitchell rodeaba a Eve con su brazo y ella reía sus gracias. Tenía las mejillas coloradas, el pelo recogido en un moño informal que dejaba su cuello despejado y la blusa que llevaba dejaba entrever el nacimiento de sus pechos. Algo caliente corrió por mis venas y me encendió hasta el punto de avanzar en su dirección.
—¡Grant! —me saludó Mitchell, sin apartar el jodido brazo de ella—. ¿Qué haces por aquí a estas horas?
—¡Eso! ¿Qué haces aquí? —le siguió Eve la corriente, divertida.
—Es hora de irse —dije sin más.
—Pues adiós. —Eve levantó la mano para despedirse de mí y mis compañeros le rieron la gracia.
—Nos vamos todos —informé.
—¡Una ronda más! —gritó alguien.
—Vamos, Grant. Tómate una. —Darren me palmeó la espalda.
—Oliver no bebe —interrumpió Eve. Movió la cabeza para negar y algunos mechones se le soltaron y le enmarcaron el rostro—. Bueno, antes no bebía. Ahora, como es lo más de lo más, no lo sé.
—Así que soy lo más.
—La fantasía de las mujeres: rico, famoso…
—¿Qué tiene eso que ver con el alcohol? —quise saber.

—Digo yo que con tu cita no habrás bebido agua. Eso resulta de lo más aburrido y antierótico, Grant.
—Ahí la pelirroja tiene razón —secundó Mitchell.
Tuve que contenerme para no sonreír.
—Te aseguro que no ha sido ni lo uno ni lo otro.
—Pues bien por ti —replicó, en apariencia indiferente, pero desvió la vista de mí.
Mitchell silbó y le dijo algo al oído, que no pude escuchar entre la música de fondo y la algarabía del equipo al llegar las copas. Se las repartieron y yo me quedé allí, de pie, frente al sofá en el que estaba Eve, con las manos en los bolsillos, a la espera de que se terminase la bebida para sacarla de allí. La observé cómo se desenvolvía con los chicos, la camaradería con la que los trataba y la manera en la que ellos la habían aceptado como una más. Y los entendía: era casi imposible resistirse al encanto de Eve Baker.
—Chicos, no os vayáis sin mí. —Eve se levantó y sorteó las piernas de varios de los muchachos mientras intentaba mantener el equilibrio.
Pasó por mi lado, ignorándome, y fue hacia los baños. La seguí con la mirada y, cuando ya no alcancé a verla, no pude resistirme a ir tras ella. Aguardé al principio del corredor para verla salir y, cuando lo hizo, tropezó con un tío que se disponía a entrar. La sujetó por la cintura y le sonrió, divertido. Ya no esperé más: en apenas dos zancadas, estaba junto a ellos.
—Yo me encargo —dije con sequedad. Tiré de Eve y le rodeé la cintura con un brazo.
El tipo levantó las manos y no perdió el tiempo en marcharse.
—Oliver Grant siempre se encarga de todo y de todos —empezó a parlotear.
—Vamos, te llevaré a casa.
—Los chicos todavía no se van —replicó.
—Pero tú sí.
Empecé a caminar hacia los sillones para recoger la chaqueta y el bolso de Eve.
—Yo no quiero irme —se quejó. Intentó deshacerse de mi brazo, pero, en cuanto aflojé el agarre, trastabilló un poco y la volví a

sujetar.
—Nos vamos —dije sin más.
Desoí las quejas de mis compañeros por el hecho de llevarme a Eve y, mientras nos dirigíamos hacia las escaleras, tuve que soportar que ella les lanzase besos de despedida y les dijese cuánto los quería.
—Cuánto amor —mascullé.
—Tú también tienes mucho amor para repartir. Con Mia, conmigo, con las modelos con las que has salido en prensa, con las animadoras… —enumeró, levantando los dedos uno a uno—. ¿Qué problema tienes con que yo también lo comparta?
Tropezó con un escalón y, si no la hubiese tenido sujeta, habría rodado por las escaleras. La paciencia se me estaba terminando. No veía el momento de llegar al maldito coche, así que la cargué sobre mi hombro y bajé el resto de las escaleras con las protestas de Eve a mi espalda y las miradas curiosas de cuantos nos encontrábamos por el camino.
Al salir a la calle, suspiré aliviado. Atrás habían quedado el bullicio y el calor del local, y ahora agradecía el viento fresco que se había levantado. Dejé a Eve en el suelo, despacio, y la sujeté por los hombros para asegurarme de que estaba bien.
—Estoy mareada por tu culpa —se quejó.
—Claro, el alcohol no ha tenido nada que ver.
—Todo iba bien hasta que has llegado.
—Estoy seguro.
—¿Para qué has venido?
«Eso, Grant, ¿para qué?».
—Para terminar con la fiesta.
—Sí que eres un aguafiestas… —asintió, conforme.
—Ya me lo agradecerás mañana. Vamos. —La volví a pegar a mi cuerpo y caminamos hacia donde había dejado el coche.
—No estabas invitado.
—Por si lo has olvidado, yo formo parte del equipo. Y sí, estaba invitado.
La que no sabía que también se uniría a la fiesta era ella. La dejé apoyada en la puerta del copiloto mientras sacaba las llaves y accionaba el mando.

—Pero preferiste tirarte primero a la animadora y luego venir a arruinar la fiesta.
Aquel reproche me sorprendió y me satisfizo a partes iguales.
—¿Estás celosa?
Pese a lo perjudicada que estaba por la bebida, se sonrojó.
—Pues sí —admitió, envalentonada. Y algo dentro de mi pecho se hinchó hasta estallar—. Yo también hubiese querido tener sexo esta noche.
Tal y como me emocioné porque me celara, me enfrié por aquella confesión.
—¿Y con quién, si puede saberse?
Por toda respuesta, se encogió de hombros.
—¿Alguien del equipo? —insistí.
—¡No! —exclamó—. Demasiado ricos, famosos y solicitados. No quiero ser una muesca más en el cabecero de una estrella.
—¿Eso me incluye a mí?
Eve me señaló con el dedo índice y me golpeó el pecho con cada sílaba que pronunciaba.
—Sobre todo, a ti.
Avancé un paso, coloqué las manos sobre el capó del coche y la encerré entre mi cuerpo y la puerta. Eve inclinó la cabeza para coincidir con mis ojos. Tenía el pelo desordenado, los ojos brillantes rodeados de aquellas pestañas infinitas que parecían atraparte en su mirada y los labios rojos, llenos, apetitosos… Joder, ¿algún día dejaría de encandilarme?
—¿Por qué? —susurré con voz grave.
—Porque solo quiero tener sexo.
—Yo podría dártelo. —Agaché la cabeza y nuestras bocas quedaron a escasos centímetros—. ¿Por qué no quieres? —insistí, despacio.
—Porque… —dudó. Se humedeció los labios y mis ojos fueron directos al recorrido de la punta de su lengua—. Contigo no sería solo sexo —dijo al fin.

Capítulo 56

¿A quién quiero engañar?
Oliver

EVE

El sonido de la alarma comenzó a taladrarme la cabeza. Busqué el móvil a tientas sobre la mesilla de noche y lo apagué con un quejido lastimero que me salió del alma. Me incorporé despacio, pero no lo suficiente, porque mi estómago se sacudió y tuve que salir corriendo de la cama. Hacía años que no me pasaba tanto con el alcohol, y tal vez fuera por eso, o porque no había cenado, pero ahora me encontraba hecha unos zorros.
Tras lavarme los dientes, me metí directa en la ducha. Me hubiese gustado recrearme bajo el agua, pero lo cierto es que necesitaba con urgencia un café y un ibuprofeno que me quistase el maldito dolor. Fue al acercarme a la cama para coger el móvil que vi al lado de la lamparilla el vaso de agua junto con el analgésico. Aquello hizo que mis pies se paralizasen, pero que mi mente funcionase a mil por hora. Retazos de la noche anterior pasaron frente a mis ojos hasta que encontré el momento que buscaba. Oliver, fue Oliver el que me trajo a casa. Recordaba haber salido con él del local por el alivio del viento fresco en mi rostro y luego… Luego haber hablado de más. Gemí y me senté en el colchón. Lo último que necesitaba ahora era irme a Wisconsin con el equipo. Bueno, más en concreto, con él.
Una llamada entrante de Christian me arrancó una sonrisa.
—¿Cómo va el reportaje, querida?
—¿Es una llamada de trabajo? —quise saber, divertida.
Tomé el vaso de agua y el ibuprofeno y lo engullí sin más demora.
—Era una manera de iniciar la conversación. Supongo que la superestrella no te lo estará poniendo fácil.

—No sé qué decirte. He pensado enviar el artículo a la mierda más veces de las que te puedas imaginar, y cuando creo que ya he aguantado suficiente, me da algo con lo que trabajar y pienso que vale la pena seguir. Todo por ganarme un nombre y poder aspirar a un trabajo mejor.
—Tienes clara tu finalidad, no la pierdas de vista.
—Eso haré. Bueno, ¿y por la revista qué?
—Esto es aburridísimo sin ti. Ahora cubro los reportajes de Mary Ann, y me saca de mis casillas cada vez que estoy haciendo mi trabajo y me pregunta: «¿No hay demasiada poca luz? ¿Estás seguro de que ese ángulo es el correcto? ¿No sería mejor que posara?» —imitó la voz aguda de nuestra compañera.
Solté una carcajada y sentí lástima por él. Mary Ann era el tipo de periodista que creía que iba a heredar la revista. Solía lamerle el culo a Jack, y todos sabíamos que era la espía del jefe.
—Lo cierto es que te compadezco —dije al fin.
—¿No podrías convencer a tu exnovio estrella del baloncesto para que yo cubra contigo ese reportaje? —bromeó. Ambos sabíamos que las imágenes que se utilizarían serían las oficiales de la NBA.
—Por ti, lo intentaré —le seguí el juego.
Aunque lo cierto era que, si lo hacía, también sería por mí. Estaría más tranquila si Christian estuviese a mi lado. Estuvimos charlando un rato más hasta que ya no pude postergarlo más. Tenía que ponerme en marcha si no quería llegar tarde al vuelo.
—Lo tienes que hacer, Eve —susurré para convencerme.
Sin permitirme pensar más, me vestí y acabé de poner en la maleta el neceser de aseo.

Tal y como el agente de Oliver me dijo, un coche me esperaba para ir al aeropuerto. Tras pasar el control, me dirigí a la puerta de embarque del vuelo chárter que había contratado el equipo. Cada paso que daba hacía que las pulsaciones se me acelerasen. El túnel de acceso al avión se me hizo cortísimo y los nervios hicieron que me zumbasen los oídos. En cuanto puse los pies en la cabina, varios gritos de júbilo y silbidos me hicieron sonreír. Hice una reverencia

como las princesas para agradecer su entusiasmo y avancé en busca de mi asiento.
—¡Eh, pelirroja! ¿Demasiada fiesta para ti? —bromeó Mitchell, al percatarse de que todavía no me había quitado las gafas de sol.
—Repetimos cuando quieras —fanfarroneé, cuando lo cierto era que no comprendía cómo podían tener tan buen aspecto y estar como si nada después de los excesos de la noche anterior.
Vi a William hacia la cola del avión y supuse que nuestros asientos estarían si no juntos, sí cerca. La parte delantera la solían ocupar los directivos, entrenadores y preparadores físicos, detrás iban los jugadores y hacia el final, la prensa. Aunque, según me había dicho Christian, en ocasiones los periodistas se mezclaban con los jugadores.
Cuando llegué al lado de William, este me sonrió.
—Si hubiese sabido de la fiesta, me habría unido —afirmó sin acritud.
—Bueno, quedas invitado para la próxima.
—Te tomo la palabra.
Comprobé el número de mi asiento y me senté a su lado. William mostró curiosidad por lo acontecido la noche anterior y me acribilló a preguntas. El dolor de cabeza no me había cesado del todo y lo último que necesitaba era esforzarme para hablar. Solo quería estar en silencio, cerrar los ojos y desear que las palabras que le dije a Oliver solo estuviesen en mi mente, fruto del delirio del alcohol.
Levanté la cabeza y lo vi avanzar en mi dirección. También llevaba puestas las gafas de sol, pero supe que me miraba. A su paso, los compañeros se mofaron de él llamándole aguafiestas por haberme sacado del club y él se limitó a enseñarles el dedo corazón, lo que desató un montón de risotadas y muchas más burlas. No obstante, se mostró impasible hasta que llegó a su asiento, al otro lado del pasillo, pero junto al mío.
—Señorita Baker —me saludó, excesivamente cortés.
—Señor Grant —respondí, inquieta.
—¿Qué tal la cabeza hoy?
—Podría estar mejor —me sinceré. En parte, porque era más que evidente mi lamentable estado y también para que William cesase

con su interrogatorio.
—La próxima vez, me ocuparé de que no te pases con el alcohol —intervino William, divertido.
—¿Te has tomado el analgésico que te dejé sobre la mesilla de noche?
El silencio nos envolvió a los tres como en una burbuja. William nos miró de hito en hito mientras yo observaba incrédula a Oliver. Aquello daba a pie a malinterpretaciones. No me podía creer que hubiese sido tan inconveniente. Ante el temor de que insistiera para una respuesta y todavía nos dejase más en evidencia, asentí.
—Creo que voy a intentar descansar, a ver si me recupero —me apresuré a contestar.
Cerré los ojos y recé para que el vuelo llegase pronto y yo pudiese salir de aquella ratonera en la que tenía la sensación de haberme metido.

Tardamos dos horas y media en aterrizar en el aeropuerto de Milwaukee y algo más de cuarenta y cinco minutos en llegar al hotel. Durante el trayecto, William se mostró inusualmente silencioso, y de nada sirvieron mis intentos por romper su hermetismo. Sabía lo que debía estar pensando, y no es que me preocupase a nivel personal lo que él o nadie opinaba de mi vida privada, pero sí me inquietaba profesionalmente.
Como no podía ser de otro modo, nos hospedamos en el hotel Pfister. Con su estilo neorrománico y su colección de arte victoriano, tenía un aire retro y, a la vez, romántico que me encantó. Me perdí en cada uno de los detalles de la recepción, como las alfombras, las lámparas, los frisos dorados, el techo pintado o la escalera, con su barandilla de hierro trabajada, mientras se iban repartiendo las habitaciones. Cuando llegó mi turno, la recepcionista me atendió con amabilidad y, al darle mi identificación, dejó a un lado los registros del equipo y abrió uno en el ordenador.
—Esta es su habitación, señorita Baker. —Me tendió la llave y comenzó a explicarme horarios y servicios que ofrecían.
—¿Por qué no consto junto con los registros del equipo?

—Su habitación fue reservada aparte, a nivel privado —me explicó, confusa. Como si fuera algo que yo debía saber—. Si necesita cualquier cosa, estamos a su disposición.
Agradecí sus palabras y me dirigí hacia el ascensor. No tenía que atar demasiados cabos para saber quién había pagado mi habitación y lo comprobé cuando me encontré a Oliver en la puerta que había junto a la mía.
—¿Más recuperada? —Apoyó un hombro en la pared y siguió todos mis movimientos mientras dejaba la maleta y el bolso para poder operar con la tarjeta.
Exasperada, lo encaré al fin.
—¿Por qué no me dijiste que tú te harías cargo de mis gastos cuando viajase con el equipo?
—Porque no lo consideré importante.
—Al parecer, hay muchas cosas que no consideras importantes y que sí lo son.
—¿Por ejemplo…?
—¿Qué ha sido eso del avión? Has dado pie a que William pensase que entre nosotros ha pasado algo.
Su mirada se oscureció y endureció el gesto.
—Yo no tengo la culpa de lo que piensen los demás.
—Si haces insinuaciones evidentes, creo que sí, que condicionas las ideas que se puedan hacer.
Un matrimonio mayor pasó junto a nosotros y nos miró con interés. El hombre reconoció a Oliver y ralentizó su paso para saludarlo, pero la mujer lo instó a seguir al percatarse de nuestra discusión.
—¿Por qué te preocupa lo que piense William? —Oliver ni siquiera prestó atención a la pareja, continuaba centrado en mí.
—Porque no quiero que se haga una idea equivocada.
Me di cuenta de que empezábamos a llamar la atención cuando las puertas de varias habitaciones continuas se abrieron para cotillear.
—Creo que será mejor zanjar la conversación aquí —evidencié.
Oliver no contestó y yo no esperé más a que lo hiciese, entré y cerré la puerta. Al momento, escuché cerrarse la habitación de al lado.

Teníamos libre hasta la hora de la comida, y lo agradecí. Aproveché para repasar todas las notas que tenía y reestructurar el guion que había preparado para el artículo. Tener la mente ocupada en el trabajo era mejor que tenerla en el hombre que estaba al otro lado de la pared. Aunque todo en mi vida ahora mismo girase en torno a él.

Cuando llegué al comedor que habían reservado para el equipo, me senté junto a William para intentar que nuestra relación volviese a estar en los mismos términos que antes de las insinuaciones de Oliver, pero no parecía estar por la labor y la conversación la acapararon los jugadores que se sentaron con nosotros. Solo cuando el entrenador los convocó para una reunión en el salón de actos tuvimos unos instantes a solas, que aproveché para aclarar la situación.

—William, no quisiera que pensases lo que no es. —Se había levantado para marcharse y yo lo sujeté por el brazo para retenerlo.

Soltó un suspiro, cansado.

—No me debes ninguna explicación.

—Lo sé, pero no quería que hubiese malentendidos.

Will volvió a tomar asiento y me miró con una mezcla de duda y puede que lástima.

—¿Estás segura de que no hay nada, Eve?

—Es trabajo.

—Grant puede no opinar lo mismo. Y sería lícito y comprensible, pero no sé si conveniente para tu carrera. En todo caso, si no quieres que la gente piense lo que no es, deberías aclararlo con él.

No supe qué contestar. La relación entre Oliver y yo era demasiado compleja para que William la entendiese, pero no podía negar que tenía razón en cuanto a que no podía arriesgarme a que mi trabajo se viese comprometido.

Capítulo 57

Entre la cabeza y el corazón, siempre ganará Oliver.
Eve

OLIVER

Me cansé de dar vueltas en la cama, de intentar conciliar el sueño y de no poder parar de pensar en otra cosa que no fuese que Eve estaba al otro lado, a solo una pared de distancia, a dos pasos de llamar a su puerta… Me había entregado a fondo en el partido, y mi cuerpo estaba cansado a causa del sueño acumulado y del esfuerzo físico. Sin embargo, mi mente iba por libre.
Miré el reloj que tenía sobre la mesilla de noche y vi que era casi la una de la madrugada. Tenía que asumir que necesitaba relajarme y solo se me ocurrió una manera. Llamé a recepción y me ocupé de que abriesen la piscina climatizada que había en la azotea solo para mí. Me cambié y subí.
Después de varios largos sin parar, me permití descansar. Levanté la cabeza y fue entonces cuando vi a Eve sentada en el borde la piscina, con los pies en remojo. De puta madre, ahora sí que podía ir olvidándome de conciliar el sueño.
—Te he oído salir de la habitación y he visto que el ascensor subía hasta la última planta —explicó.
—¿Tú tampoco podías dormir?
Eve negó con la cabeza y movió los pies debajo del agua. El esmalte rojo de sus uñas llamó mi atención y me acerqué hasta ella como si se tratase de una sirena que me atraía con su canto.
—Lo cierto es que quería hablar contigo —declaró con tiento.
Me detuve delante de sus piernas y levanté un poco la cabeza para mirarla a los ojos, no sin antes disfrutar del recorrido. Llevaba el albornoz del hotel y mi imaginación quiso que eso fuese todo.
—Tú dirás.

—No me gustaría que la gente que trabaja con nosotros: compañeros, directivos y demás, tuviesen una idea equivocada del tipo de relación que tenemos.
—¿A qué llamas tú «idea equivocada»?
—En el avión has dado a entender a William que entre nosotros hay algo más que una relación laboral.
—¿Y no lo hay?
—¿Vas a contestar con una pregunta a cada frase que diga?
—¿Te preocupa lo que piense William? ¿Es por eso?
—Da igual. Déjalo, tal vez no ha sido buena idea que lo hablásemos ahora. —Se levantó, y yo automáticamente la cogí de la mano para evitar que se marchase. Lo hice con tanto ímpetu que acabó dentro de la piscina, conmigo.
En cuanto salió a la superficie, comenzó a soltar improperios por aquella boca que yo sabía muy bien lo deseable que era.
—i¿A ti qué te pasa?! i¿Estás loco?! —Se deshizo del albornoz y descubrí que debajo llevaba una camiseta de pijama de tirantes que ya no dejaba nada a la imaginación.
Debió ser muy evidente lo que acaparó mi mirada, porque ella no tardó en lanzarme agua a la cara. Aquello me hizo reír. Supongo que fue una combinación de sentimientos, nervios, deseo y estar con ella a solas.
—¿Qué te hace tanta gracia? —insistió.
—No quería tirarte al agua, lo siento.
—Me quedaré tu albornoz para bajar a la habitación —declaró, enfurruñada.
—Por supuesto. —Ni de broma dejaría que fuese con esas pintas para que cualquiera se la comiese con los ojos. Avancé un paso hasta que respiramos el mismo aire—. No me creo que pretendas fingir que no somos nada. ¿De verdad es eso lo que quieres?
—Fuiste tú el primero que se encargó de marcar distancias conmigo.
—¿Qué pasa si ya no quiero? —El corazón me latía con tanta fiereza que temí que se me saliese.
Los ojos grandes y expresivos de Eve me dijeron sin palabras todo lo que pasaba por su mente: sorpresa, esperanza, recelo, miedo…

—¿Y qué es lo que quieres? —Parecía tan vulnerable que me atreví a apartarle un mechón de cabello que se le había pegado a la mejilla y se la acaricié con el dorso de la mano.
—Que empecemos de nuevo.
—No podemos borrar el pasado. —Sus palabras fueron esas, pero su gesto fue inclinar el cuello y buscar mi contacto.
—Ni quiero hacerlo —me apresuré a aclarar—. Significó demasiado para mí como para querer olvidarlo.
—Todavía nos guardamos rencor —argumentó.
—Es posible, pero te aseguro que tengo un montón de sentimientos mucho más fuertes que ese.
No pude contenerme por más tiempo: me acerqué hasta ella y la sujeté por la nuca. Aun dentro del agua, sentí el calor que desprendía su cuerpo. Mi piel reconoció su tacto y mi boca clamó por la suya.
Sabía que la había echado de menos, pero no estaba preparado para la cantidad de emociones que me embargaron.
Alargué el otro brazo, la enlacé por la cintura y la pegué más a mí mientras profundizaba el beso. Eve reaccionó rodeándome las caderas con sus piernas, y fue como si volviese a tener dieciocho años y todos los sentimientos que ella me provocaba regresasen como un sunami y barrieran cada recelo, resentimiento y rabia que había albergado durante esos años.
Sus manos viajaron a mi pelo mientras nos comíamos a besos, las mías la sujetaron por el culo y la apretaron contra mi más que evidente erección. Mordisqueé sus labios a la vez que me bebía sus jadeos.
—Esto es una locura —gimió.
—Lo sería si no sucumbiésemos a lo que sentimos. —La besé en el cuello, succioné donde le latía el pulso, apreté los dientes y calmé su escalofrío con mi lengua.
Hubiese seguido perdiéndome en su cuerpo si un inoportuno carraspeo no nos hubiese interrumpido.
Eve, mortificada, escondió el rostro en el hueco de mi cuello, y yo la abracé con más fuerza mientras taladraba con la mirada al hombre que me miraba avergonzado.

—Disculpe, señor Grant, pero debemos cerrar ya la piscina para desinfectarla y poner el tratamiento si queremos volver a abrirla por la mañana —explicó, nervioso.
—Denos diez minutos —exigí, más que pedí.
—Por supuesto. —Agachó la cabeza y nos volvió a dejar solos.
—Ya está. Se ha ido —susurré.
—¿Solo diez minutos, Grant? —bromeó Eve.
—Ni toda la puta noche sería suficiente, Zanahoria.
Salimos de la piscina y la cubrí con mi albornoz. Aproveché la excusa de secarla para no apartar las manos de ella, cuando lo cierto era que no podía soltarla. Tuve el infantil pensamiento de que, si no estábamos en contacto, aquella especie de embrujo desaparecería, y no estaba dispuesto a perderla.
La tomé de la mano y, al salir, el empleado del hotel nos aguardaba junto a la puerta.
—Señor Grant, me he permitido traerle una toalla. —Me la tendió y yo la cogí a la vez que le agradecía el gesto, pero no solté la mano de Eve en ningún momento. Ya en el ascensor, encerrados en aquellas cuatro paredes, me atreví a dejarla para secarme el pelo y anudarme la toalla en las caderas bajo su atenta mirada.
—Todavía no hemos terminado —la avisé. Avancé un paso y la volví a tener a mi alcance.
Sin embargo, llegamos a nuestra planta demasiado rápido. Las puertas se abrieron y ella dio un paso al frente para mirar que no hubiese nadie en el corredor. Antes de que pudiese alcanzarla, salió y se apresuró a llegar a su puerta. Me bastaron unas cuantas zancadas para alcanzarla cuando ya entraba. Me quedé mirándola como un idiota.
—¿Estás esperando a que te pida que pases o piensas decidirte de una vez?
No me lo tendría que decir dos veces. Me metí dentro y cerré la puerta.

Capítulo 58

Tenía memorizado su cuerpo, solo tuve que dejarme guiar por mis recuerdos.
Oliver

EVE

En cuanto la puerta se cerró, nos volvimos ansiosos por redescubrirnos. Nos convertimos en dos amantes desesperados en busca de saciar el vacío de todo ese tiempo, nuestras manos nos exploraban y nos alimentábamos de besos.
Nos tomamos un respiro para deshacernos de la ropa mojada y nos quedamos desnudos el uno frente al otro. No solo físicamente, también me sentí desnuda a nivel emocional, porque Oliver había sido el único hombre al que había amado y el único con el que me había permitido bajar la guardia. No sabía qué pasaría después de aquella noche, tal vez aquello fuera el principio del fin definitivo, pero lo necesitaba. Ansiaba acariciar con la punta de los dedos la felicidad de estar con él una vez más.
Los ojos de Oliver viajaron hacia el tatuaje que tenía sobre las costillas. Estiró la mano y lo acarició con la sutileza de una pluma. Mi piel se erizó ante su contacto y los pezones se me endurecieron todavía más.
—Sigo siendo el planeta que orbita cerca de tu constelación.
Su voz grave en el silencio de la habitación retumbó por todo mi cuerpo. El pulso se me aceleró y mi corazón amenazó con saltar de mi pecho y caer en los brazos de Oliver. En su lugar, fui yo la que se entregó. Vencí la distancia que nos separaba y fundí nuestros cuerpos hasta que ni un átomo de aire pudiese pasar entre nosotros. La erección de Oliver presionaba contra mi estómago y sentía cómo palpitaba contra mi piel. La humedad entre mis piernas aumentó y

me moví, inquieta, para calmar la excitación, que aumentaba por momentos.
—Quiero tomarme mi tiempo —gimió. Me levantó por el trasero, y yo lo rodeé con las piernas y me froté contra su sexo—, pero no sé si voy a poder. Joder, me vuelves loco.
Avanzó hacia la cama mientras yo besaba y succionaba su cuello, ávida por retener su sabor y grabar en mi memoria cada sensación.
Cuando mi espalda reposó sobre el colchón, Oliver empezó a deslizar la boca por mi cuerpo. Primero por el cuello, la clavícula y el valle de mis pechos hasta coronar la cima y tomarse su tiempo para deleitarse con su triunfo mientras yo jadeaba. Cuando ya tuvo más que conquistada la cumbre, fue a por la otra cúspide. Estaba desesperada por alcanzar el orgasmo, pero él tenía otros planes. Siguió su particular conquista descendiendo por mi estómago a la vez que dejaba un rastro de besos y huellas húmedas de su lengua. Llegó a las caderas y se adentró en el interior de mis muslos.
—Voy a beberme cada gota de tu excitación.
Estaba tan húmeda y caliente que el aliento de sus palabras me produjo un escalofrío. Gemí y, al momento, solté un grito ahogado cuando su lengua me recorrió de abajo arriba, rodeó el clítoris y lo succionó con fuerza.
Mis manos viajaron hacia su cabeza y enredé los dedos en su pelo. Levanté las caderas y, al momento, él las inmovilizó con un brazo. Gruñí de frustración y lo sentí sonreír contra mi piel.
—¿Qué es lo que quieres?
Levanté la cabeza y coincidí con sus ojos negros, brillantes… Me recordaron a una pantera al acecho, y yo estaba más que dispuesta a ser su presa.
—Necesito correrme —admití entre jadeos.
—Y lo harás —prometió—. Pero todavía no.
No me dio tiempo a protestar: apretó los dientes contra el clítoris y, al momento, lo calmó con la lengua. Me estaba deshaciendo entre sus brazos. Estaba perdiendo el control sobre mi cuerpo y no me avergonzaba intentar moverme para encontrar la liberación.
Me quedé quieta cuando deslizó dos dedos en mi interior y los músculos se cerraron alrededor de ellos para comprimirlos. Solté un

suspiro, que murió en forma de quejido cuando los sacó y me sentí vacía. Sin embargo, volvió a penetrarme con más decisión una y otra vez. Casi pude alcanzar el clímax, pero Oliver volvió a retirarse. Estaba jugando conmigo, y yo tenía tantas ganas de seguirle el juego como de sucumbir al éxtasis.
—Fóllame —le rogué.
—¿Es eso lo que quieres? —Me invadió de nuevo y yo arqueé la espalda con un grito ahogado—. ¿Que te folle o que te haga el amor?
—Lo que quieras, como quieras, pero déjame terminar…
—Pues lo quiero todo.
Volvió a sumergirse entre mis piernas con avidez y a penetrarme con el ritmo justo para que me corriese con un gemido desgarrador.
Todavía sentía palpitar mi sexo cuando retiró la mano y trepó por mi cuerpo.
—No he terminado contigo —me avisó.
Respiré de manera errática varias veces hasta que tuve la fuerza suficiente para empujarlo y que cayese de espaldas en el colchón. Me monté a horcajadas sobre él y lo impregné de nuestros fluidos. Lo vi apretar los dientes mientras me deslizaba por su miembro y sonreí. Había llegado mi turno.
—No tengo condón —me avisó.
—Una lástima… —Moví las caderas y siseó.
—Estoy limpio. —Volví a deslizarme hasta dejarlo a la entrada de mi cuerpo. De manera automática, me sujetó por las caderas con ambas manos y echó la cabeza para atrás—. Nos hacen análisis y pruebas todos los meses —gruñó.
—Yo también estoy limpia. Además, tomo la píldora. —Le aparté las manos y se las sujeté a ambos lados de su cabeza.
Oliver levantó la pelvis y yo me alejé de su contacto.
—Todavía no… —susurré sobre su boca. Deslicé la lengua por sus labios y noté mi propio sabor mezclado con el suyo. Profundicé el beso y él respondió con el mismo deseo.
Bajé hasta estar de nuevo sentada en su pene y me contoneé sobre su dureza. Tenté mi entrada en varias ocasiones, pero no lo dejé introducirse. Hasta que se le acabó la paciencia, se incorporó y

aprovechó que lo tenía agarrado para poner mis manos en la espalda y arquearme más contra él. Con un movimiento decidido, entró en mí. Me falló la respiración por su invasión y me sentí tan llena que llegué a dudar si me podría mover. Sin embargo, Oliver me demostró que sí, que podía. Empujó más adentró y yo bamboleé las caderas. En aquella posición, Oliver tenía mis pechos al alcance de su boca y no desaprovechó la oportunidad. Mientras yo lo cabalgaba, él succionaba, presionaba con los dientes y lamía mis pezones hasta que ambos perdimos el control. Soltó mis manos, yo lo rodeé por el cuello, él me sujetó por la cintura y comenzamos un ritmo desesperado entre jadeos y besos. Hasta que el orgasmo nos alcanzó y nos catapultó a ambos a las estrellas, a nuestra propia constelación.

Capítulo 59

Estaba perdida.
Eve

OLIVER

Eve había caído rendida entre mis brazos en cuanto se acostó a mi lado. Sin embargo, yo no podía pegar ojo. Solo podía mirarla, contar las pecas que tenía sobre el puente de la nariz, acariciar las puntas de su cabello y embeberme de volver a tenerla conmigo.
No sabía la hora que era ni me importaba. El equipo podía marcharse sin mí. Sin nosotros.
Se removió inquieta y yo la calmé con suaves caricias sobre su espalda, sin embargo, abrió los ojos y conectó con los míos.
—¿Y ahora qué? —susurró.
—Descansaremos un poco más, nos ducharemos y volveremos a Nueva York.
—Sabes que no me refería a eso.
—No quiero que esto solo haya sido una noche en la que nos hemos dejado llevar —confesé.
—¿Crees que funcionaría? Lo nuestro, quiero decir.
—Ya lo hacía, Zanahoria. Éramos jodidamente perfectos.
—Pero nos hicimos daño.
—Tenía dieciocho años, Eve. Y demasiado miedo de perderte.
—Supongo que no estábamos preparados.
—Éramos demasiado jóvenes para un amor tan grande —convine. Ella agachó la cabeza y la apoyó sobre mi pecho, pero yo puse los dedos debajo de su barbilla para hacer que me mirase a los ojos—. Pero ahora ya no.
Acorté los centímetros que nos separaban y me bebí su suspiro, su gemido y su miedo. Recorrí su boca con la lengua, mordisqueé sus labios y perdí el poco juicio que me quedaba cuando Eve se apretó

contra mi cuerpo y el deseo fue casi incontrolable. No recordaba lo que era estar tan excitado por un simple beso, por el hecho de tenerla entre mis brazos, por tener la sensación de que nada de lo que hacíamos era suficiente…
Hicimos el amor con mucha más calma, nos tomamos todo el tiempo para acariciarnos, besarnos y refugiarnos en los brazos del otro hasta que el despertador del móvil sonó y el embrujo se rompió. Había llegado el momento de aterrizar de nuevo en la realidad.
—Tienes que marcharte a tu habitación antes de que todo el mundo se levante.
Eve se incorporó y yo me apoyé sobre el cabecero, con las manos en la nuca, para verla moverse desnuda por la habitación.
—Podríamos ducharnos juntos —sugerí.
—Ni de broma. Sé cómo acabaría eso y perderíamos el vuelo.
—Compraré otros billetes.
—¿Y qué excusa pondríamos?
—La verdad: que preferimos follar a volver.
—Muy gracioso.
Se acercó a mi lado de la cama y tiró de mi mano para obligarme a levantarme. Aproveché para incorporarme, sujetarla con un brazo por debajo del trasero y lanzarla de nuevo a la cama, debajo de mi cuerpo.
—¡Oliver! —gritó.
—No quiero separarme de ti.
—Vamos a ir en el mismo avión —se exasperó—. De hecho, nos vamos a ver todos los días en las próximas semanas.
—Eso no es tiempo de calidad. Es trabajo. Yo quiero tus horas libres, ocupar tus pensamientos y que solo pienses en mí.
—No hago otra cosa. —Me apartó un mechón de la frente con delicadeza—. Pero, ahora, tienes que marcharte a tu habitación —insistió.
—¿Qué me das a cambio?
—Lo que quieras.
—Dime algo bonito.
Sonrió con complicidad, consciente de que aquella frase era suya y yo la había hecho mía. Tardó largos segundos en contestar y, cuando

lo hizo, el corazón se me ensanchó en el pecho.
—Te he echado de menos todos los días de todos estos años.
Vi vulnerabilidad en sus ojos al abrirme sus sentimientos. Agaché la cabeza y la besé.
—Me alegra no haber sido el único.

Me marché de la habitación a hurtadillas, como si fuésemos adolescentes temerosos de ser descubiertos. Después de ducharme y terminar de arreglar la maleta, bajé a recepción, donde me esperaba el resto del equipo. Eve ya estaba allí, al lado de William otra vez. Intenté que nuestros ojos coincidiesen, pero me esquivó todas las veces.
En el autobús que nos llevó al aeropuerto también viajó con él y, cuando subimos al avión, mi humor había empeorado considerablemente por cómo me sentí ignorado.
En cuanto pisamos Nueva York, no le di opción.
—Eve, tengo que hablar contigo. —La sujeté del codo para que no saliese de la terminal.
Me miró aterrada y la solté de inmediato.
—Tengo que comentarte unos cambios en la agenda —me excusé.
—Ah, vale, de acuerdo —titubeó.
William se despidió de nosotros, igual que el resto del equipo, y anduvimos en silencio hasta que llegamos a mi coche. Le abrí la puerta y, cuando estuvo acomodada, di la vuelta para ocupar el puesto detrás del volante. Salimos del JFK en silencio y, después de diez minutos de mutismo, Eve se removió inquieta a mi lado.
—¿Estás enfadado?
—¿Debería?
La oí resoplar cuando le contesté con otra pregunta.
—Lo cierto es que no, no deberías.
—Sin embargo, sí lo estoy.
—¿Por qué? —se extrañó.
—Entre disimular para que nadie sepa lo nuestro e ignorarme hasta el punto de ni siquiera saludarme o mirarme, hay una gran diferencia.
—Tenía miedo —confesó.

—¿De qué? —Desvié un momento la mirada de la carretera para mirarla. Movía las manos, nerviosa, sobre su regazo, y yo volví la vista al frente y apoyé una de las mías sobre las de ella para infundirle tranquilidad.
—De que se me notase demasiado lo que había pasado entre nosotros.
Suspiré y puse la mano en el volante de nuevo.
—A mí no me importaría que se supiese —acepté.
—Ya, pero es que tú no te juegas nada. Yo me juego mi reputación profesional. Nadie se tomaría en serio mi trabajo si se descubriese que me he liado contigo, además de que pensarían que el artículo ha sido mío porque nos hemos acostado.
—El artículo fue tuyo antes de que nos acostásemos.
Eve resopló.
—Sabes que tengo razón.
Lo cierto es que sí, que la entendía. Pero yo tenía ganas de gritar a los cuatro vientos que estábamos juntos.
—Lo sé —acepté.
—Tal vez estamos yendo demasiado deprisa —dudó—. Necesito un poco de tiempo para asimilar lo que está sucediendo.
—Puedo darte todo el tiempo que necesites. No quiero que exista ningún recelo entre nosotros. —Todo menos volver a perderla.
El resto del camino lo hicimos en silencio hasta que aparqué frente a la puerta de su edificio. Me giré para abrir la puerta y sacar su maleta, y ella me retuvo sujetándome del brazo.
—No quiero dejar de verte, solo te pido un poco de paciencia y de discreción.
—Te prometo que respetaré tus tiempos.
Eve se limitó a asentir y yo me obligué a no besarla antes de dirigirme hacia el maletero. La acompañé hacia la puerta y esperé a que entrase en el portal. Se giró con la llave en la mano.
—Sé que nos vamos a ver mañana, pero te voy a echar de menos.
—Zanahoria, sube si no quieres que entre contigo y me quede el resto del día en tu cama.
Cerré la puerta antes de que dijese algo que me tentase a cumplir mi advertencia y caminé hasta el coche. Durante el trayecto, saqué

mi móvil, tecleé y envié el mensaje con una sonrisa tonta en los labios. Volvía a tener dieciocho años, volvía a estar esperando el momento para volver a verla, volvía a sentirme el rey del mundo. Y todo lo que necesitaba era a ella.

Capítulo 60

Tengo ganas de gritar a los cuatro vientos.
Oliver

EVE

Todavía estaba intentando lidiar con el arrepentimiento por no haberle pedido que subiese conmigo cuando me llegó su mensaje.
«Eres mi jodida perdición».
Me sentí tan emocionada y eufórica que no supe qué contestarle. ¿Aquello podía ser cierto? Diez años después, ¿existía la posibilidad de tener una segunda oportunidad? ¿Podían los sentimientos regresar como un sunami y arrasar con todo? Me moví por el apartamento como un gato enjaulado y resolví que no podía guardarme aquello para mí si no quería explotar.
Me contestó al segundo tono.
—Me he acostado con él. He pasado la noche con Oliver.
Me faltó gritar como una adolescente.
—¡¿Qué?! ¡¿Cuándo?! ¡¿Cómo!? —Naia sí gritó como yo no me había atrevido a hacer.
—Lo que oyes. Anoche. Maravillosamente. ¿Eso responde a tus preguntas?
—No con el detalle que me gustaría, pero de momento me valdrá. ¿Cómo ha pasado de estar cabreado contigo a empotrarte?
Solté una risita histérica y me pasé la mano por la frente, todavía exultante.
—No lo sé. Supongo que surgió. Lo seguí a la piscina del hotel, estábamos solos y una cosa llevó a la otra…
—¿Lo hicisteis en la piscina *pública* del hotel?
—¡No! Allí comenzó todo, pero acabamos en mi habitación.
—¿Y?
—Fue maravilloso todas y cada una de las veces.

—Me lo puedo imaginar… ¿Y ahora qué?
—Nos tomaremos nuestro tiempo —admití—. Lo mantendremos en secreto hasta que termine el reportaje y, mientras, supongo que sanaremos nuestras heridas.
—No vais a poder controlaros —aventuró—. A menos que los compañeros de Oliver sean ciegos y sordos, estáis perdidos. Sé lo que me digo.
—Pues más nos vale. No quiero que mi trabajo se vea perjudicado. Es la ocasión que estaba esperando para hacer un buen artículo y marcharme de *The Question*. No puedo verme comprometida por los rumores de que estoy liada con la estrella del momento de los Knicks.
—Lo sé. Y te entiendo. Pero él es un personaje muy conocido, cualquier mínimo rumor que salte sobre una posible pareja lo destapará todo.
—Hablaré con él mañana para que eso no suceda.
—Suerte. Bueno, y ahora explícame: ¿qué se siente al volver a besar al hombre del que siempre has estado enamorada?
—Euforia, miedo, incredulidad… Naia, debería analizar fríamente lo ocurrido y encerrar a las mariposas que ya revolotean por mi estómago.
—No sé si ese sentimiento depende de tu voluntad o no, pero lo que sí que está en tus manos es que seáis sinceros el uno con el otro.

Pasé el resto del día organizando y redactando información que utilizaría en al artículo. Me sorprendí en varias ocasiones sonriendo como una tonta cuando recordaba y, a la vez, plasmaba en el documento cómo Oliver había regalado su camiseta a un niño que recibió un balonazo fortuito.
Por la noche, en la cama, cavilé sobre la posibilidad de que me estuviese haciendo demasiadas ilusiones y que me estuviesen llevando directamente al fracaso. Quizá, lo que sucedió la noche anterior fue un simple arrebato y no había significado lo mismo para él que para mí. Para mí había sido como romper la coraza donde había encerrado lo que una vez fuimos y lo que sentía cuando lo tenía a mi lado.

La mañana siguiente llegué al Madison con un café con chocolate en cada mano. Uno para mí y otro para Ben. El guarda me sonrió y negó con la cabeza.
—Me estás malacostumbrando. Cuando ya no vengas, ¿quién me lo traerá?
—Entonces, tendré que venir sí o sí. —Le guiñé un ojo.
Soltó una risotada y me dejó pasar. Mientras caminaba hacia la pista, William me llamó desde atrás. Me detuve junto al hueco de las escaleras que conducían a las plantas superiores y él corrió para ponerse a mi lado. Cuando llegó, me empujó con suavidad con el hombro.
—¿Has podido descansar? Ayer tenías pinta de no haber pegado ojo en toda la noche —bromeó conmigo, aunque era justo lo que había hecho.
—Menos de lo que me hubiese gustado y más de lo que profesionalmente se me permite.
—¿Cómo puede caber tanto drama dentro de ese cuerpo?
—Es como el perfume: va en frascos pequeños y está concentrado.
—Y seguro que huele de maravilla.
Me quedé en silencio, sin saber qué decir o cómo reaccionar, hasta que una voz grave y en cierto modo hostil nos interrumpió.
—Si habéis terminado, tengo que hablar con Eve.
Oliver se quedó a unos pasos de distancia de nosotros, con los brazos cruzados en una pose más que intimidatoria.
—Te veo dentro —se despidió William.
Al pasar junto a Oliver, le palmeó el hombro, pero él ni se inmutó. Nos miramos en silencio hasta que acortó la distancia entre los dos. Si levantaba un poco los brazos, podría tocarlo.
—¿Has podido descansar? —murmuró.
—No ha sido fácil, pero sí.
Asintió y volvimos a sumirnos en aquella calma tensa, electrificante incluso.
—Sé que dijimos que iríamos despacio, pero lo cierto es que necesito verte cuando termine el entrenamiento.
—Yo también —susurré—. Tenemos que hablar.

Me lamí los labios, secos por culpa de mi respiración agitada, y la mirada de Oliver viajó hasta ellos.
—Joder, qué puta tortura.
Me gustaba tanto que le afectase de aquel modo y que él no tuviese reparos en aceptarlo…
—¿Tanto sufres?
—Ni te imaginas cuánto. Pero no tiene por qué ser así.
En un visto y no visto, me encontré detrás del hueco de las escaleras, con la espalda pegada a la pared y Oliver cerniéndose sobre mí.
—He estado toda la maldita noche pensando en este momento. En cuando te volviese a ver y las ganas que tenía de besarte.
—No es buena idea —dudé.
—¿Tienes alguna mejor? —Paseó su boca por mi cuello y empecé a perder la determinación—. Solo será un pequeño aperitivo hasta que podamos saciarnos el uno del otro, si es que eso ocurre alguna vez.
—Succionó en el punto exacto para que mis piernas casi cediesen.
—¿Y qué haces hablando? —jadeé.
Sonrió de aquella forma genuina que provocaba que mis huesos se licuaran y después se fundió con mi cuerpo. Me amoldé a cada protuberancia de sus músculos y me abandoné al placer de aquel beso, que, por muy excitante y apasionado que fuese, seguía sin ser suficiente para tanto tiempo de añoranza.
Gemí cuando me rodeó por la cintura y me abrazó contra él. Oliver gruñó contra mi cuello cuando escuchó mi jadeo. Lo sentía en cada átomo de piel y, lo que era más preocupante, en cada neurona. Mi cerebro era incapaz de recibir órdenes que no fuesen entregarme a él. Me hacía perder la cabeza y no podía permitírmelo. No en aquel lugar, no en aquel momento.
—Nos verán —dije, agitada.
Presionó de nuevo con los dientes el hueco entre mi cuello y el hombro y luego lo lamió, lo chupó y volvió a morderlo. Suspiré de placer y Oliver se apretó más contra mí.
—¿Quieres que pare? —susurró contra mi boca.
—No… —admití—. Pero tienes que hacerlo.

Tiré de su camiseta para acercarlo a mis labios una última vez, pero no estaba dispuesto a soltarme. Puse las manos sobre su pecho y lo empujé con suavidad. Nos habíamos arriesgado demasiado.
—Oliver… —le rogué.
Suspiró, acelerado, y apoyó la frente contra la mía.
—¿Dónde nos veremos? —quiso saber.
—En mi casa.
Asintió y dio un paso atrás. No me soltó hasta que estuvo seguro de que las piernas me sujetaban y, cuando se alejó unos pasos, volvió atrás para darme un beso fugaz.
—Pórtate bien, Zanahoria —dijo sobre mis labios.
Me quedé apoyada en la pared el tiempo que necesité para reponerme un poco. Y, aunque Oliver ya no podía escucharme, las palabras escaparon de mis labios.
—No me vuelvas a romper el corazón.

Capítulo 61

No hay nada como estar en el lugar del otro para entender las decisiones que se toman.
Eve

OLIVER

Tenía la sensación de que aquel día tenía más horas de lo normal. El entrenamiento había sido duro, pero tenía que admitir que yo estaba más distraído que de costumbre. Por ello, me había llevado un golpe en el hombro cuando Mitchell me hizo un bloqueo y fallado varios tiros imperdonables. No veía el momento de terminar y marcharme, pero el mundo parecía estar confabulando en mi contra para que no llegase el momento de largarme a casa de Eve. Ella hacía horas que se había ido y yo contaba los minutos para volver a verla. Sin embargo, aquella tarde el presidente de los Knicks había tenido la brillante idea de pasarse por el estadio para darnos una charla motivadora y conocer de primera mano las impresiones de los jugadores durante los primeros partidos de la temporada. Cuando ya creía que podría irme, el entrenador me llamó a su despacho. Me tragué el disgusto y lo seguí en silencio.
—Cierra y siéntate, Grant.
Obedecí y ocupé la silla que había frente a su escritorio. Tom Thibodeau era un hombre directo que se había ganado el título de entrenador del año cuando consiguió clasificar a los Knicks entre los cuatro mejores de la Conferencia Este después de una mala racha del equipo. Sin embargo, en aquel momento parecía no encontrar las palabras.
—¿Estás a gusto aquí, muchacho?
Aquello me sorprendió, estaba seguro de estar dando lo mejor de mí en cada entrenamiento y partido, pero tal vez tenía una visión distorsionada de la realidad.

—¿Tiene alguna queja de mi trabajo? —pregunté sin acritud.
—Sí y no —contestó, ambiguo—. Tu trabajo en la cancha es meticuloso y efectivo. No cabe ninguna duda de que ahora mismo eres el timón de este barco.
—Pero… —lo interrumpí. Tom no me había llamado para adularme, no me cabía ninguna duda.
—Pero tengo la sensación de que no acabas de congeniar con tus compañeros. Sé que acabas de llegar y que todos los cambios conllevan un período de adaptación, pero no estoy seguro de que en este caso se deba a eso. Has estado serio, a veces, incluso esquivo. Me gustaría saber si tienes algún problema personal con alguno de ellos, con todos, conmigo… —Dejó la frase en el aire.
Reflexioné sobre cómo había sido mi llegada al equipo y no me costó mucho llegar a la conclusión de que todo se descontroló cuando apareció Eve de nuevo en mi vida. Tenerla cerca me había alterado tanto que tal vez pagué mi frustración con quien no debía.
—No tiene nada que ver con el equipo, señor. Es un tema personal.
Tom entrecerró los ojos.
—¿Necesitas algún tipo de ayuda que el equipo te pueda proporcionar?
—No, estoy en ello para aclararlo lo más pronto posible.
—Si se trata de temas comprometidos que puedan llegar a afectar a tu trabajo o al equipo, convendría que me pusieras al corriente.
En el aire quedó la sugerencia de que se trataba de temas de drogas y yo me apresuré a aclararlo.
—Nada de eso, señor. Es una cuestión sentimental —admití, incómodo.
El entrenador se recostó en su sillón, visiblemente aliviado e incómodo a la vez.
—Bueno, no hay mal de amores que dure cien años ni cuerpo que lo soporte.
Tal vez cien no, pero diez sí.
—Intentaré abrirme con mis compañeros y relacionarme más con ellos —aseguré. Al fin y al cabo, yo nunca había sido desagradable con ninguno de los jugadores con los que había compartido cancha. Al contrario, tenía muchas amistades.

Tom asintió.
—Echo en falta en ti la complicidad que sí veo entre el resto. No te pido que comas con ellos todos los domingos, pero sí que les des una oportunidad para acabar de sentirte como miembro de este equipo.

Cuando por fin puede largarme, conduje pensativo hasta el apartamento de Eve. Reflexioné sobre las palabras del entrenador y sobre el jodido día. Para colmo, había recibido un mensaje de parte Eve en el que me pedía que fuese prudente y discreto cuando llegase, que procurara que no me viera nadie. Algo complicado para un tío que medía un metro y noventa y tres centímetros. Sin embargo, y como sabía que era importante para ella, aparqué en un *parking* a varias manzanas de su casa y, cuando salí de allí, me calé la capucha de la sudadera hasta las cejas y anduve cabizbajo hasta que presioné su timbre y la puerta se abrió.
—¿Un día duro? —Eve leyó en mi rostro el cansancio y las preocupaciones. Tiró de mi mano y me metió en el apartamento.
Tras cerrar la puerta, nos quedamos mirándonos, como si no supiésemos qué hacer.
—Ha sido un día de mierda —reconocí.
Me rodeó el torso con los brazos y apoyó la cabeza sobre mi pecho. Al momento, sentí como si pudiese llenar los pulmones por completo. La abracé y cerré los ojos para absorber el aroma que desprendía su cabello. Seguía usando el mismo champú de hacía diez años, porque su olor me recordó al mar y a los campos de flores de California.
—He hecho la cena —susurró contra mi pecho.
Estaba muerto de hambre, pero, entre comer y soltarla, mis prioridades estaban claras. Y las de ella también, porque el horno pitó y se alejó de mí para apagarlo. Me conformé con sentarme en el taburete frente a la isla y verla moverse por la cocina.
—¿En qué te puedo ayudar? —sugerí.
—A poner la mesa.
Me fue indicando dónde estaban los vasos, los cubiertos y todo lo que necesitaríamos mientras ella emplataba el gratinado de verduras

y el pastel de carne. Se me hizo la boca agua cuando dejó el plato frente a mí, olía de maravilla. Se sentó a la mesa y me miró, impaciente, para que probase la comida. Cogí el tenedor y, tal como prometía, estaba deliciosa. Se lo hice saber y sonrió, agradecida.
—Mi abuela me enseñó a cocinar. Después del divorcio de mis padres, íbamos a comer a su casa los domingos. Mi madre se tumbaba en el sofá y se dormía la mayoría de las veces, así que yo me quedaba en la cocina con ella y la ayudaba a preparar la comida.
—Debió ser una época muy dura para vosotras —conjeturé.
—Sí que lo fue. —Tenía la vista fija en el plato y lo removía con el tenedor, pensativa, como si se hubiese trasladado a aquel momento —. Y después de la muerte de mi abuela todavía fue peor.
—Debió ser muy duro para ti.
—Era la única que parecía verme. Mis padres estaban demasiado ocupados culpándose y compadeciéndose.
—¿Por eso no te gusta que estén juntos de nuevo?
Levantó la cabeza y me miró con intensidad.
—Siento una especie de dualidad con respecto a ese tema.
—¿Quieres contármelo?
Dudó durante unos instantes, pero luego asintió.
—Por un lado, me duele que todo por lo que tuvimos que pasar cuando mi padre se fue fuera para nada. Para que después de unos años se reencontrasen y…, ¡vaya!, reviviese el amor.
—¿No es parecido a lo que nos ha sucedido a nosotros? Nos quisimos, nos hicimos daño, estuvimos separados años y, ahora que nos hemos encontrado de nuevo, no podemos ignorar nuestros sentimientos.
Eve parpadeó, sorprendida. Tuve la sensación de que no se había dado cuenta de las similitudes hasta que yo se las evidencié.
—Pero nosotros éramos muy jóvenes, no teníamos su experiencia y creímos que estábamos haciendo lo mejor.
—Estoy seguro de que, en el amor, no sirve de mucho la experiencia. Si fuese así, si pudiésemos racionalizarlo, podríamos controlar los sentimientos. Y no es el caso. Tu madre no habría vuelto con tu padre después de lo que le hizo si no lo prefiriese más a él que al hecho de regocijarse en su dolor.

—Quiero que sean felices —confesó—, pero me sigue retorciendo las entrañas que me hicieran pasar todo ese dolor para nada.
—Quizá no era su momento.
—Como tampoco fue el nuestro.

El resto de la cena hablamos de temas menos delicados. De nuestros años de universidad, de los conciertos a los que habíamos ido, de la vida de nuestros amigos… Cuando retiramos los platos de la mesa, me ofrecí a fregarlos mientras Eve guardaba las sobras en el frigorífico y sacaba el postre. Al terminar, me limpié las manos con el trapo de cocina y, al girarme a mirarla, sostenía un trozo de tarta y sonreía con complicidad.
—Es de zanahoria —explicó.
—Mi favorita. —Me acerqué hasta ella y la encerré con mis brazos en la isla de la cocina.
Cogió una cucharada y me la ofreció. Sin apartar los ojos de ella, abrí la boca y paladeé el pastel. La siguiente cucharada se la comió ella y se manchó un poco la comisura de los labios. Desde luego, no desaproveché la oportunidad y se la limpié con un beso.
—Creo que me volveré a manchar… —aseguró con los ojos cerrados cuando me retiré.
—¿Y crees que podrías mancharte más partes del cuerpo?
Con picardía, inclinó la cuchara y dejó que el dulce cayese en su escote.
—Ups…
—Voy a tener que solucionar este desaguisado. —Despacio, fui desabrochando los botones de su blusa mientras la tarta se deslizaba por el valle de sus pechos y quedaba retenida por el sujetador.
Acerqué mi boca y fui serpenteando con la lengua hasta borrar todo rastro de la tarta. En cuanto me aparté, Eve se quejó.
—De momento, mi trabajo ha concluido.
Vi en su mirada aquella determinación tan característica de ella cuando nos conocimos. Dirigió las manos al broche del sujetador y se lo soltó. Sus pechos quedaron libres y apetitosos frente a mí. Con un dedo, arrastró la crema de la tarta y trazó un mapa sobre su

cuerpo, desde un pezón al otro en dirección a su ombligo hasta toparse con el botón de sus vaqueros.
Volvió a apoyar las manos en la isla y yo tardé menos de un segundo en alzarla y sentarla sobre la encimera. Ni que decir tiene que fui extremadamente exhaustivo en lamerla y limpiarla mientras sus jadeos me animaban deslizar la lengua por su piel.
Le desabroché el pantalón y la fui desnudando pieza a pieza hasta que su cuerpo fue un lienzo virgen sobre el que dibujar mis besos y mis caricias. La besé entre los muslos y se abrió para mí con la respiración acelerada. Me postré a sus pies y apoyé sus piernas sobre mis hombros. Tracé el camino hacia su entrada con besos húmedos hasta que alcancé mi objetivo y me dediqué a volverla loca hasta que supe que no aguantaría mucho más. Me incorporé y me deshice de la sudadera y la camiseta bajo su atenta mirada. Me desabrochó los vaqueros, metió la mano dentro de mis calzoncillos y se propuso exprimirme toda determinación hasta que solo fuese un mar de deseo entre sus manos.
Gruñí cuando esparció con la punta del dedo el líquido preseminal y arrastró mi piel con lentitud hasta volver a cubrirlo. Entonces los papeles se invirtieron: Eve resbaló hasta el suelo y me giró para que fuese yo el que quedase apoyado en la isla. Abrió su deliciosa boca y no me perdí ni un segundo de los centímetros que fue conquistando. Jugó conmigo hasta que no estuve seguro de poder controlarme. La levanté, la giré y la invité a apoyar las manos sobre la encimera. Acaricié con la mano su columna hasta llegar a su trasero, con mi rodilla le abrí más las piernas y me pegué a su espalda.
—¿Estás preparada?
Por toda respuesta, contoneó el culo contra mi erección. Sonreí, la besé en el hombro y la penetré desde atrás. Jadeó y arqueó la espalda ante mi invasión. Me retiré y volví a entrar en ella con decisión. Ambos gemimos. Seguí con aquel ritmo lento pero intenso hasta que los músculos de Eve se apretaron alrededor de mi polla, y aceleré el ritmo para alcanzar el orgasmo a la vez. Me volvieron loco sus gemidos y cómo sus pechos rebotaban con cada embestida. La sentí correrse y la sujeté por la cintura cuando las piernas no la

sujetaron. Apenas me bastaron un par de empujones más para terminar y cubrirla con mi cuerpo.
Solo cuando la respiración se nos normalizó, la tomé en brazos, la llevé al sofá y me tendí con ella encima, estiré el brazo y nos cubrí a ambos con la manta que había en el respaldo.
—Se suponía que teníamos que hablar —se quejó, cansada.
—Una cosa no excluye la otra, a menos que lo que tuvieses que decirme fuera que no quieres tener más sexo conmigo.
Se rio contra mi pecho. Nos sumimos en un silencio íntimo que, a la vez, encerraba incógnitas y dudas.
—Podría acostumbrarme a esto —confesé. La sentí contener la respiración, pero, al momento, se apretó con más fuerza contra mí.
—A las cosas buenas nos acostumbramos rápido —susurró.
Eve apoyó la barbilla encima de sus manos, sobre mis pectorales, y me miró.
—¿Qué vamos a hacer?
Retiré un mechón de su cabello que se había enredado en sus pestañas y lo recoloqué detrás de su oreja.
—Ducharnos juntos sería una buena opción.
—Hablo en serio. ¿Qué es esto, Oliver? Lo que hay entre tú y yo.
—Una nueva oportunidad para hacer las cosas bien. Si tú quieres.
—Sí que quiero —admitió—, pero no sé si es el momento.
Aquello me aterrorizó bastante. No podía ser que, después de reencontrarnos y de lanzarnos el uno en los brazos del otro, no pudiésemos aprovechar esa circunstancia para estar juntos.
—¿Qué quieres decir?
Sé que soné demasiado serio, en guardia incluso, pero no podía pedirme ahora que me alejase de ella.
—Me refiero a que todo sería diferente si no estuviese escribiendo el reportaje. Tal vez, podríamos esperar unas semanas, un mes como mucho, hasta que esté listo y se publique. Entonces podríamos quedar con más libertad…
La dejé hablar hasta que me pareció que no debía alargar más aquel alegato que no estaba dispuesto a aceptar.
—No pienso dejar de verte ni un puto día, Zanahoria. Así que, si no quieres que nadie sepa lo nuestro por tu trabajo, lo respeto y

comprendo; lo mantendremos en secreto. Pero, después de diez años, nos merecemos cada segundo de cada día que pueda arañar para estar contigo.
Vi cómo sus ojos se humedecieron. Parpadeó varias veces para ocultarlo, pero yo había visto la emoción en su mirada. Alguien que no alberga sentimientos por otra persona no se conmovería de ese modo.
—¿Crees que podremos hacerlo? Disimular, quiero decir.
—Tal vez sea hasta excitante —intenté bromear para convencerla, porque, aunque no quería ocultar que estábamos juntos, la opción de dejar de estarlo era todavía peor.
—Vale… —aceptó, no exenta de dudas—. También quería aclarar otro punto que me parece importante.
—Dispara.
—¿Esto que tenemos es exclusivo? Quiero decir que no habrá animadoras, modelos, exnovias…
Una cosa estaba clara: Eve no tenía ni idea del efecto que causaba en mí. Nunca nadie podría rivalizar con su compañía. Desde que había llegado a Nueva York, solo la había tenido a ella en mente.
—Ni reporteros de la NBA —terminé, con clara alusión a William.
—Solo tú y yo.
—Solo tú y yo —confirmé.

Capítulo 62

El universo tenía una curiosa manera de hacernos pagar por los errores del pasado.
Oliver

EVE

Me miré en el espejo una última vez para retocarme el labial de color rojo y lo guardé en el bolso de mano. Abajo ya me esperaba el coche que me llevaría hasta el hotel Westgate Nueva York Grand Central para la gala benéfica que organizaba Sphere, uno de los patrocinadores de los Knicks, que buscaba recaudar fondos para que los niños en situación de vulnerabilidad tuviesen, entre otras cosas, acceso a la tecnología en sus estudios.

Era la primera vez que acudía a una gala benéfica en calidad de invitada, había cubierto desde la calle muchas de ellas para la revista, pero jamás había tenido un pase para poder colarme dentro. Ni tampoco había sido foco de miradas de compañeros y curiosos, como me ocurrió cuando el conductor me dejó a la puerta del hotel y pisé la alfombra roja. No quise mirar a nadie, levanté la cabeza y avancé sin prisa pero sin pausa hasta que por un lateral escuché que alguien gritaba mi nombre. Desvié la mirada y vi a Christian, cámara en mano, sonreírme. Me acerqué hasta él y lo abracé con cariño desde mi lado de la valla.
—Estás impresionante —me alabó.
Yo hice una pequeña reverencia en agradecimiento.
—¿Con quién has venido a cubrir la gala? —pregunté.
Hizo un gesto de desagrado y señaló hacia su izquierda. Dirigí la mirada hacia donde me indicaba y vi a Mary Ann hablar con un compañero de otra revista. Debió advertir que tenía nuestra

atención, porque giró la cabeza y me miró de arriba abajo. Al momento, se despidió y volvió al lado de Christian.
—Disculpa, Eve, estaba tan centrada aguardando a que llegasen los famosos que ni siquiera había reparado en ti. En mi defensa diré que no esperaba que estuvieses invitada.
—No lo estoy. Vengo porque cubro el reportaje de Oliver Grant, ¿recuerdas?
—Sí, claro… Pero no sabía que también tuvieses que hacerlo en este tipo de eventos privados y tan exclusivos.
—Pues ya ves que sí.
—Supongo que tendrás información jugosa sobre él. En mi sector se rumorea que se ve con alguien, pero no se sabe con quién.
El pulso se me aceleró y apreté con fuerza el bolso entre mis manos. Aquello podía ser un farol para sonsacarme algún hilo del que tirar o cabía la posibilidad de que Mary Ann estuviese en lo cierto y las secciones del corazón hubiesen puesto sus ojos en Oliver. Si era el caso, tendríamos que andarnos con mucho más ojo.
—Si quieres saber más cosas sobre él, tendrás que esperar al reportaje.
—¿También lo acompañas en sus citas? —preguntó con malicia.
—No me pagan tanto como para eso.
—¿Así que es cuestión de dinero?
—Mary Ann… —la advirtió Christian.
—Y de principios —contesté—, pero ya sabemos que en este mundillo esa cualidad escasea.
Mary Ann acusó el golpe, porque la vi apretar los dientes y ponerse colorada.
—Lo mismo a Grant le gusta tener público y te pagaría una buena suma por mirar —atacó.
Pese a que Mary Ann lo intentaba con ahínco, no perdí la paciencia.
—Hasta donde yo sé, es más bien al contrario: la gente paga por verlo a él jugar. Al baloncesto, por supuesto. Ahora, si me disculpas, tengo una gala a la que asistir. —Abracé a Christian y le susurré al oído que le llamaría, me di la vuelta y avancé dos pasos antes de escucharla a mi espalda.

—No te vanaglories tanto por asistir a esta gala. Aunque no pueda acceder, tengo ojos y oídos ahí dentro —insistió.
No me giré para rebatirla, no merecía la pena. Tampoco quería alimentar su envidia y su rabia. El tiempo me había enseñado a esperar y a no entrar al trapo con gente como Mary Ann. Tenía la certeza de que, al final, las cosas caían por su propio peso.

Recorrí la mullida alfombra hasta el ascensor y pulsé la última planta. Cuando la puerta se abrió, ya se escuchaba la música ambiente. Me pidieron la invitación y, a continuación, abrieron las puertas del salón para que pudiese pasar. Avancé con cautela mientras miraba hacia un lado y el otro en busca de algún rostro conocido al que me pudiese acercar. Multitud de famosos del mundo del deporte, de los negocios y algún que otro actor y actriz exhibían sus mejores galas y se encargaban de hacer contactos.
—Nunca me han gustado este tipo de eventos —William se puso a mi lado—, pero debo reconocer que solo por verte ha valido la pena. —Admiró mi vestido y me sonrió con afecto.
Obvié su cumplido y preferí utilizar el humor para aligerar la conversación.
—Cuando termine la noche, te diré si me gustaría repetir en otra gala o no.
Busqué a Oliver entre la multitud. Después de varios días de discusión, al final habíamos acordado que llegaríamos por separado. Tener que ocultar lo nuestro estaba resultando mucho más complicado de lo que me imaginé. El contacto físico delante de la gente no suponía tanto problema como nuestras miradas, las sonrisas cómplices o la intimidad que se palpaba cuando estábamos uno cerca del otro.
—Supongo que tendrás que estar pegada a Grant toda la noche —aventuró William.
—Bueno, tengo que hacer mi trabajo, para eso estoy aquí.
De pronto, me vi rodeada por los chicos del equipo, que impidieron que pudiese ver más allá de sus camisas adornadas con sobrias corbatas.

—Hemos visto que William te estaba acaparando y no nos ha parecido bien —aseguró Kamal, tras dedicarle una mirada de reproche.
—Payne, tío, Eve es nuestra chica, no puedes quedártela solo para ti —le reclamó Mitchell.
William levantó las manos y negó con la cabeza, sonriente. Dio un par de pasos atrás y aquellos hombretones no desaprovecharon la oportunidad: me tendieron un brazo cada uno y, escoltada por el resto, me condujeron hacia la mesa de los jugadores.
—Solo aceptamos que te secuestre Grant —admitió Mitchell, a la vez que me apartaba una silla para que tomase asiento.
—¿Y por qué solo él? —me alarmé.
—Porque nos mataría si no te dejásemos —admitió Kamal, como si fuese algo evidente.
Oculté mi sonrisa tras la copa que me ofreció uno de los chicos. Poco a poco, la mesa se fue llenando. Me presentaron a las esposas de algunos jugadores que, de inmediato, quisieron saber de quién era pareja. Tuve que explicar que mi presencia se debía a un reportaje que hacía sobre Oliver Grant y que estaba allí en calidad de reportera. Sin embargo, las miradas cómplices entre ellas no se hicieron esperar.
—Debes ser la envidia de todas tus compañeras en la redacción.
Yo me limité a asentir.
—Es una oportunidad profesional muy buena —admití.
—Estoy segura de que será todo un éxito —me sonrió, afable, otra de ellas.
—Mira, por ahí viene el protagonista de la conversación. —Otra señaló con la cabeza.
Me giré y la respiración se me detuvo, el corazón me dio un vuelco y la garganta se me cerró. Hacia nosotras avanzaba Oliver, con una mujer colgada del brazo. La reconocí de inmediato de mis artículos sobre la semana de la moda de Nueva York. Kate Harrison era una belleza morena, de piernas infinitas y curvas delicadas, que derrochaba simpatía y elegancia a su paso. Y el veneno de los celos se expandió por mi cuerpo con rapidez. Volví a ser la chica de dieciocho años que bajó a la cancha para felicitar a Oliver y fue

testigo del beso de su novia. Volví a sentir la misma inseguridad y vulnerabilidad de entonces, y me odié por haber vuelto a confiar en él y en el amor.
Coincidí con la mirada seria de Oliver cuando apenas faltaban dos pasos para llegar hasta mí. Me sentía incapaz de afrontarlo, pero marcharme para no coincidir con él resultaría demasiado extraño y suscitaría preguntas que no tenía ganas de responder. Aguanté las presentaciones de rigor bajo la atenta mirada de Oliver y esperé un tiempo prudencial para disculparme y alejarme hacia el baño. Me encerré en uno de los cubículos y me apoyé en la pared. Cerré los ojos y me concentré en recuperar la respiración y calmar los latidos alocados de mi corazón. Resolví que aguardaría hasta que terminase la cena y luego me marcharía. Cuando salí, Oliver me esperaba frente a la puerta. Sin mediar palabra, me tomó de la mano y me condujo hacia las escaleras de emergencia a la vez que obviaba mis protestas. En cuanto la puerta se cerró, me solté de su agarre con brusquedad.
—He intentado hablar contigo y no me has cogido el puto teléfono —empezó a hablar.
—¿Me has llamado para contarme que vendrías acompañado de Kate Harrison? —pregunté, enfadada—. Pues podrías habérmelo dicho ayer cuando te marchaste de mi casa.
—Ayer no lo sabía. Esto no ha sido decisión mía. No tengo nada con ella ni me interesa. Ha sido idea de mi agente.
—¿Por qué?
—Para no levantar sospechas.
Entrecerré los ojos y lo miré con suspicacia.
—Sabe lo nuestro —evidencié. Su mirada culpable no hizo más que confirmar que nuestra historia no era solo nuestra.
—Lo sospechaba y yo se lo confirmé, pero me aseguré de que le quedase claro que nadie podía enterarse.
—Se le ocurrió que vinieses con una supermodelo y a ti te pareció bien —le reproché.
—No, joder. No me pareció bien. —Se movió inquieto de un lado a otro—. Le dije que no, pero él ya había hablado con Kate y no me pareció educado dejarla plantada.

—Pero sí te pareció bien herirme.
—Eve, te recuerdo que eres tú la que quiere que mantengamos en secreto nuestra relación. A mí me importa una mierda que todo el mundo lo sepa.
—Que no quiera hacerlo público no tiene nada que ver contigo, ya sabes que es por mi trabajo, pero el hecho de que aceptes venir con Kate sí que parece decir que no soy suficiente para ti.
—Estás sacando las cosas de contexto. Repito que estamos en esta situación porque *tú* quieres.
—Y tú mejor que nadie deberías entenderlo. No es la primera vez que estamos juntos en secreto y entonces a ti te parecía bien. Ahora sabes lo que se siente —le ataqué, enfadada.
El silencio que nos envolvió resultó asfixiante.
—¿Serás capaz de perdonarme algún día? —dijo con voz grave.
—No lo sé —admití en un susurro—. Creía que sí, pero, cuando te he visto entrar con esa mujer, he vuelto a ser la Eve herida de hace diez años.
Oliver avanzó hasta tenerme a su alcance. Me levantó la barbilla para que lo mirase a los ojos y, con sus manos, enmarcó mi rostro.
—Ni tú ni yo somos esos adolescentes que se querían tanto que se hicieron daño para no perderse.
Se me encogió el estómago y los ojos se me llenaron de lágrimas.
—¿Y si no sabemos querernos de otro modo? —susurré.
Frotó su nariz contra la mía y me besó con suavidad en los labios.
—Yo no quiero hacerte daño, Eve. Ya no. Confía en mí —me rogó, sin saber que aquella súplica era posiblemente la más difícil de cumplir.

Capítulo 63

Lo malo de vivir en una nube es que, si caes, lo haces desde muy alto.
Eve

OLIVER

La que podría haber sido una noche maravillosa se convirtió en un sufrimiento continuo. Tras nuestra discusión en las escaleras, volvimos por separado al salón. Me senté junto a Kate en la mesa asignada a las parejas del equipo; en cambio, Eve lo hizo con los chicos en la de enfrente. Por supuesto, William se puso a su lado y se pasó toda la cena tonteando con ella. Pero, aunque me jodiese, no lo podía culpar.
—Si sigues mirándola así, se te saltarán los ojos —me susurró Kate al oído.
Estaba siendo un acompañante pésimo. Nos conocíamos de haber coincidido en algunas fiestas y quedamos un par de veces para cenar. Después apareció Eve de nuevo en mi vida y todas las demás mujeres se volvieron invisibles para mí.
—Lo siento —me disculpé—. No estoy siendo lo que se dice un compañero ejemplar.
—No me estaba quejando, Oliver. Era más bien una advertencia para que tuvieses cuidado si no quieres ser descubierto. Supongo que ella es el motivo de que no me llamases más.
Ella era el motivo de todo, pero me limité a asentir. Kate me sonrió con afecto y volvió a prestar atención a la conversación de la mesa como si nada.
Tras el postre, comenzó la rifa para sortear entre los invitados diversos regalos: fines de semana en París, experiencias varias como viajes en globo o lanzarse en paracaídas, cenas en los restaurantes más exclusivos de la ciudad, noches de hotel… No presté demasiada

atención a los premios hasta que escuché a los chicos silbar y obligar a Eve a levantarse. Me erguí en la silla y observé el contoneo natural de sus caderas acentuado por el sugerente vestido de seda color *champagne*. El brillo de las tiras de diminutas piedras que enmarcaban el escote de su espalda y seguían en línea recta sobre su trasero hasta terminar en la orilla del vestido la hacían todavía más hipnótica. Subió los tres escalones de la tarima y aceptó el sobre que le tendían con una sonrisa. Joder, es que era preciosa, y yo estaba loco por ella.

—¿Con quién piensa compartir el regalo? Una cena para dos en Caviar Russe, el restaurante más selecto de Nueva York, es una buena oportunidad para celebrar un acontecimiento importante con la persona que más le apetezca —quiso saber el maestro de ceremonias.

Eve se movió inquieta y paseó su mirada por la sala. Sus ojos se detuvieron en mí durante un segundo más de lo que sería adecuado y terminó en la mesa en la que estaba sentada.

—Bueno —empezó a hablar, nerviosa, pero enseguida sonrió y se mostró mucho más confiada—, creo que tendré que echarlo a suertes entre los chicos del equipo.

Chica lista. Los silbidos y aplausos de mis compañeros no se hicieron esperar. Contagiado por su entusiasmo, sonreí. Aquella invitación llevaba mi nombre y ambos lo sabíamos.

Cuando llegó el momento del baile, tuve que ser testigo de cómo Eve bailaba con todos los jugadores, con William y hasta con el entrenador. Yo solo lo hice con Kate una vez, y por compromiso. El resto de la velada permanecí a un lado de la pista de baile, apoyado en la pared, mientras mi acompañante disfrutaba de la fiesta con el resto de los invitados. No me había dado por vencido, solo aguardaba mi momento, porque ni loco pensaba desaprovechar la oportunidad de tenerla entre mis brazos aunque fuese unos segundos. Y la ocasión llegó cuando vi a William acercarse a ella por tercera vez. Dejé la copa sobre la mesa que tenía más cerca y avancé resuelto hacia ellos.

—Mi turno —dije sin más. Tomé la mano de Eve y la otra la posé sobre su espalda desnuda.

—No sé si deberíamos bailar juntos —objetó, mientras la conducía por la pista entre mis brazos.
—Has bailado con todos, ¿qué tiene de malo que lo hagas conmigo?
—Aproveché que la hice girar para deslizar los dedos por su columna y acariciarla.
—Yo sí, pero tú apenas te has despegado de la pared. Tal vez a la gente le parezca sospechoso.
—No hace falta que te diga cuánto me importa lo que opinen los demás. —Chisté y la miré a los ojos—. Relájate, déjanos disfrutar de este momento.
Eve suspiró y se acercó de manera inconsciente un poco más a mi cuerpo. La melodía lenta, la proximidad y el contacto de nuestra piel nos sumió en nuestra particular burbuja.
—¿Te he dicho lo preciosa que eres y lo irresistible que estás esta noche?
—No, señor Grant.
—Un acto imperdonable por mi parte.
—Me temo que tendrá que compensarlo.
—No lo dude, señorita Baker. Pienso pagarle mi descortesía a base de orgasmos en cuanto nos marchemos de esta maldita fiesta.
Sonrió, coqueta, y sus labios me parecieron irresistibles. Aprovechó que tenía la atención fija en su boca para asomar la punta de la lengua y humedecerse el labio inferior de la forma más *sexy* que jamás había visto.
—Está jugando con fuego, señorita Baker. —Bajé despacio la mano que mantenía en su espalda hasta casi posarla en su trasero.
—¿Está caliente, señor Grant? —susurró.
La acerqué con decisión a mi cuerpo y, tras la sorpresa inicial en su rostro, pude leer el momento exacto en el que se percató de mi erección.
—Ya que es tu culpa, tendrás que hacer algo para solucionarlo.
—Te esperaré desnuda en mi casa —prometió.
La canción terminó y tuvimos que separarnos. Volví a mi ostracismo y ella, a socializar con el resto de la gente allí congregada. Pese a mis ganas de tenerla solo para mí, no pudo ser hasta que, bien

entrada la madrugada, dejé a Kate en su casa y conduje al apartamento de Eve.

Desperté cuando penetró en mi subconsciente el sonido incesante del teléfono en alguna habitación que no era la nuestra. Tenía a Eve entre mis brazos, desnuda, después de haber hecho el amor hasta que el sol empezó a despuntar por el horizonte y no tenía ninguna intención de soltarla.
—Suena un móvil —ronroneó, somnolienta.
—Que suene. —Paseé mis labios por su nuca y la sentí deshacerse entre mis brazos.
Por fin, fuera quien fuese, desistió y yo pude seguir con la conquista del cuerpo de Eve. Deslicé la mano por su abdomen hasta que mis dedos quedaron empapados por la humedad entre sus piernas. Arqueó la espalda y su trasero presionó mi erección, arrancándome un gruñido de placer.
—Tendré que añadir al reportaje que eres insaciable en la cama —jadeó.
—Soy insaciable de ti —le aseguré. Porque estaba seguro de que jamás me cansaría de aquello, de ella, de lo que había entre nosotros.
Incapaz de soportar más las ansias de fundirnos el uno con el otro, Eve me cabalgó hasta que ambos alcanzamos el orgasmo y solo se escuchó la respiración agitada de los dos.
—Te quiero —confesé sin rastro de temor ni duda.
Ella levantó la cabeza que tenía apoyada sobre mi pecho y me miró a los ojos, sorprendida y asustada.
—No espero una respuesta por tu parte —la tranquilicé—. Solo quería que lo supieses. Te he querido siempre, Eve. Y nunca he dejado de quererte. En aquella rueda de prensa me preguntaste por qué había decidido venir a Nueva York y fichar por los Knicks. ¿Quieres saber la verdad?
Asintió con un suave y lento movimiento de la cabeza, pero parecía incapaz de articular palabra.
—Por ti —evidencié lo que ella ya debía imaginarse—. Me he pasado años buscándote en cada ciudad, cada partido, cada parque o

restaurante. Se me ha acelerado el corazón cada vez que he visto a una mujer con tu color de pelo, y al fin surgió la posibilidad de encontrarte.
—¿Cómo…? —dudó—. ¿Cómo sabías que yo estaría aquí?
—Tengo mis contactos —admití, sin revelar la fuente.
—¿También sabías que trabajaba en *The Question*?
Negué con la cabeza.
—Solo sabía que todavía estabas en Nueva York y que trabajabas como periodista, pero no quisieron decirme dónde.
—Si tantas ganas tenías de verme, ¿por qué me castigaste de ese modo cuando nos reencontramos?
Aparté un mechón de cabello que le rozaba el pómulo izquierdo y lo coloqué detrás de su oreja.
—Lo siento. Sé que fui un capullo insoportable, pero no sabes cuánto me dolió que yo no pareciese importarte. No te afectaba mi presencia como la tuya me descolocaba a mí. Fue como si yo hubiese vivido todos estos años obsesionado contigo y tú solo me recordases como el chico con el que saliste el último año de instituto.
—Pero eso no era así —confesó en un susurro—. Yo tuve días para prepararme. Para mentalizarme de que iba a verte de nuevo y, aun así, me temblaron las piernas antes de entrar al estadio. Estaba segura de que habías pasado página.
Recordé la frase de Jake y sonreí.
—Pasaron varios capítulos, pero siempre de la misma historia.
Ya estaba. Me había abierto en canal a ella y había dejado que mis sentimientos fluyeran con total libertad. Sabía que tenía miedo, que desconfiaba de todo y de todos porque todo aquel que la había querido había terminado haciéndole daño. Pero yo me encargaría de demostrarle que esa vez sí que podía fiarse en mí.
El teléfono volvió a sonar y ella aprovechó la oportunidad para levantarse con rapidez. Se cubrió con la camisa de mi esmoquin de la noche anterior y corrió hacia el salón. La dejé ir porque sabía que necesitaba procesar mi confesión y que nada ganaba agobiándola. Apoyé la espalda en el cabecero de la cama y me froté la cara con

las manos. Me había lanzado al vacío sin cuerda y era probable que abajo no me esperase la red, sino el suelo duro como una roca.
—Es tu teléfono. —Esquivó mi mirada mientras me lo tendía—. Voy a la ducha —dijo sin más. Se encerró en el baño y yo vi que tenía dos llamadas perdidas de mi agente y un montón de mensajes de texto que ni me molesté en leer.
—¡¿Dónde cojones tenías el móvil y por qué no contestas al puto teléfono?! —gritó Rod, nervioso.
—¿Dónde está el fuego? —ironicé. Rod tenía tendencia a ser exagerado y bastante dramático, era algo a lo que me había acostumbrado con los años y que ahora me tomaba con humor.
—En el jodido internet, Oliver. Ahí es donde está. Han publicado unas fotos tuyas de anoche besándote con la periodista en las escaleras del hotel Westgate.
Aquello hizo que me incorporase de inmediato.
—Tengo que dejarte.
—¡No me cuelgues! Antes tenemos que trazar una estrategia, hablar con los abogados y decidir qué vamos a decir.
Desoí su orden y corté la conversación. Entonces leí por encima la cantidad de mensajes, muchos de ellos de mis compañeros de equipo que, entre risas, me llamaban cabrón y otras lindezas más por haberles robado a *su chica*. Otro de Jake en el que me decía: «Pillados». De Naia, que dudaba de cómo podríamos solucionar esto y, por último, de Zack. El hermano de Eve escribió*:* «Hay que ganar el próximo partido contra los Celtics. Tienes que tener al menos diez puntos de diferencia».
Fue al único que contesté: «Dalo por hecho». No tuve que rebuscar mucho para encontrar las imágenes de Eve y yo besándonos, pero también las había de nuestro baile y la que más me inquietaba porque significaba que me habían seguido: de mí entrando en el edificio de Eve.
La puerta del baño se abrió y ella salió envuelta en una nube de vapor y aroma de flores.
—Eve —llamé su atención con suavidad.
—¿Sí? —Se acercó, todavía sin mirarme, hasta el bolso que llevaba anoche y miró su móvil.

—Han salido publicadas unas fotografías —comencé a decir.
Ella frunció el ceño.
—Tenía el móvil en silencio —susurró, y comenzó a trastear por la pantalla hasta que encontró lo mismo que yo.
—Tal vez esto… —comencé a decir.
—No, no, no… ¡Maldita sea! —Lanzó el teléfono sobre la cama y empezó a vestirse con rapidez.
—Escucha, no pasa nada —intenté tranquilizarla. Me acerqué a su espalda y ella se levantó como si mi contacto la quemase.
—Claro que pasa, Oliver. Pasa lo que yo no quería que pasase. Pasa que ahora me quitarán el reportaje, que mi profesionalidad quedará en entredicho, que me tendré que olvidar de volver a *People*… ¿Te parece poco? —Cogió el móvil y salió del dormitorio.
Me puse la ropa interior y la seguí al salón.
—Lo que me parece es que estás dramatizando la situación —dije con tiento—. Nada de todo eso ha sucedido.
—Pero sucederá. Tengo como diez llamadas de Jack y un mensaje que dice que tiene que hablar conmigo.
—No sabes lo que va a decirte. Además, puedo hablar con mis abogados, seguro que despedirte porque en tu vida privada hagas lo que te dé la gana no es un motivo para echarte.
—Ni se te ocurra hablar con tus abogados. Solo faltaba que creyesen que me aprovecho de ti.
—No te estás aprovechando, te lo estoy ofreciendo —repliqué, exasperado.
—Ahora no tengo tiempo para esto. —Nos señaló a ambos—. Tengo que ir a la redacción.
—De acuerdo —acepté. Sabía que estaba preocupada y nerviosa—. Te llevaré.
—¿De verdad, Oliver? ¿Crees que es buena idea? —replicó, enfadada.
—Lo que creo es que estás pagando tu enfado y frustración conmigo. Te recuerdo que yo no he filtrado esas fotografías.
Suspiró y se dejó caer en el sillón con la cabeza gacha.
—Lo sé —admitió con tono más suave—. Pero ahora tengo que encargarme de esto, Oliver. Yo sola.

Volvió a la habitación para vestirse y cinco minutos después había salido por la puerta sin ni siquiera despedirse.

Capítulo 64

El peso, como los sentimientos, si es compartido aligera el alma.
Oliver

EVE

No estaba preparada para encontrarme en la calle con compañeros periodistas que me acosaran a preguntas. Nada más salir del edificio, los sonidos de los obturadores de las cámaras, junto con los interrogatorios a viva voz, me persiguieron hasta que detuve un taxi y me monté en él. ¿Cómo podía cambiarme la vida tanto de la noche a la mañana? El teléfono no dejaba de sonar con mensajes entrantes y llamadas de números desconocidos, que no pensaba atender. Por supuesto, la llegada a la redacción no fue menos incómoda. A mi paso se escuchaban los cuchicheos y por la espalda sentía las miradas afiladas de mis compañeros.
El primero en cruzarse en mi camino fue Christian. Me llevó a la zona que hacía las veces de cocina para tener más intimidad y me miró preocupado.
—¿Te encuentras bien?
—No —admití, cansada—. Tengo que hablar con Jack y ver qué sale de todo esto.
—Bueno, pase lo que pase, no pierdas de vista tu perspectiva y tus prioridades.
—Creo que es demasiado tarde para eso, Chris.
—¿Sabes? Mi madre siempre me decía que las cosas suceden por algún motivo.
—Sí, porque alguien nos espió y nos fotografió. Por eso —protesté.
—Bueno, ahora lo ves todo negro, pero no tiene por qué ser así.
—Cuando Jack me despida, repíteme lo mismo.
Christian chistó y me acompañó hasta la puerta del despacho de Jack. Como todo era de cristal y tenía las persianas de láminas

levantadas, los ojos de mi jefe me siguieron desde que enfilamos el pasillo hasta que me detuve delante de su mesa. Se levantó sin mediar palabra, cerró la puerta y bajó las cortinillas para darnos más privacidad.
—Jack, yo…
—Veo que en esta ocasión no te ha parecido tan mal que tu entrevistado te metiese mano —me interrumpió—. Supongo que has comprendido que a veces la moralidad está sobrevalorada. ¿O me equivoco?
Las tripas se me revolvieron ante la insinuación de que estaba con Oliver por el jodido reportaje.
—Lo que haga en mi vida privada no tiene nada que ver con mi profesionalidad —me excusé.
—¿De verdad te crees esa mentira? Vamos, Eve. No eres tan nueva en esto como para no saber que, cuando te acuestas con un famoso, da igual el motivo por el que lo hagas: siempre pensarán que lo has hecho para aprovecharte de su fama.
No pensaba discutir con mi jefe los motivos por los que estaba con Oliver, así que afronté el tema de frente, preparada para recoger mis cosas y marcharme.
—¿Estoy despedida?
Jack soltó una carcajada, que me puso el vello de punta.
—Te voy a dar una lección más, Baker. Detrás de toda esa gente que cree que te vas a aprovechar de Grant, está tu jefe, que piensa beneficiarse de tu reciente popularidad para dar más visibilidad a la revista. Así que más te vale que ese reportaje sea bueno y contenga…, ¿cómo te lo diría yo?, salseo, información sustancial sobre la vida privada de Grant o sobre cómo te lo follas. ¿Te ha quedado claro?
—No pienso hablar en el reportaje de nuestra intimidad. —Apreté los puños a cada lado de mi cuerpo.
—Si eres lista, no desaprovecharás esta oportunidad —me amenazó —. Ahora, ve a hacer tu trabajo.
Salí de su despacho peor que cuando entré. No vi a Christian por ningún lado y no tuve ganas de quedarme a aguantar las miradas y los chismorreos de mis compañeros. Me dirigí al ascensor a la vez

que tecleaba un mensaje para Chris cuando Mary Ann se cruzó en mi camino.
—Mira a quién tenemos aquí.
Resoplé, hastiada. Lo último que necesitaba ahora era que la lengua viperina de Mary Ann se pusiese en acción.
—No tengo tiempo para esto —dije sin más.
—No, claro que no. Tu tiempo lo empleas en quehaceres mucho más satisfactorios.
Pasé de largo y pulsé el botón del ascensor, pero la sentí a mi espalda de inmediato.
—No te enfades conmigo. No te culpo. Oliver Grant es toda una tentación y el tiempo que esté contigo puede abrirte muchas puertas.
Casi pude sentir físicamente el mordisco venenoso de sus palabras. Cuando el ascensor llegó, ni siquiera me despedí. Entré y la dejé al otro lado, con la sonrisa de suficiencia que parecía avecinar mi caída.

Cuando llegué a casa, Oliver ya se había marchado. Tal vez por eso la nube de periodistas que había a las puertas de mi casa se había disipado. Tenía varios mensajes suyos, pero no me sentí con ánimo de contestar. Me dejé caer en el sillón y me quedé mirando a la nada. Ni siquiera me atrevía a navegar por internet o conectar la televisión por miedo a lo que pudiesen decir de mí. La vida era muy jodida. Daba igual lo que yo hiciese que siempre estaba en el punto de mira y terminaba siendo la comidilla de todo el mundo. En el instituto me colgaron la injusta etiqueta de chica fácil por las imágenes que Adam hizo correr como la pólvora, y ahora cuestionaban mi profesionalidad por liarme con mi entrevistado.
Después de mi momento de autocompasión, resolví, como siempre, que no tenía otra opción que seguir adelante. Me senté delante del ordenador para revisar todo lo que tenía escrito y poner en orden las notas que había tomado en los últimos días. Pasé el resto del día incomunicada del mundo hasta que, ya de noche, me permití mirar el teléfono. No podía esconderme siempre, pero al leer algunos de los titulares me dieron ganas de coger un vuelo y desaparecer.

El teléfono vibró en mi mano y leí con recelo el nombre en la pantalla. Suspiré y descolgué.
—Papá…
—¿Cómo estás?
—Abrumada —confesé.
—Te dije que no estaría bien. —Escuché a mi madre al otro lado del teléfono.
—He conectado el altavoz para que tu madre nos escuche. Estamos preocupados por ti. Katherine está buscando vuelos para ir a Nueva York.
—No hace falta que vengáis. Esto pasará y todo volverá a la normalidad.
—Sé que lo hará, pero estar sola no es lo más recomendable —insistió mi padre.
—Cariño —habló mi madre al teléfono—, papá está preparando una querella por si acaso las cosas se ponen más feas.
El corazón me dio un vuelco. Aquello no podía estar pasando.
—No, papá, por favor. Eso solo empeorará más las cosas.
—No está de más estar preparados. No moveré ni un dedo si tú no me lo pides, pero prefiero tenerlo todo bien atado.
—Vale, está bien. Escuchadme. No vengáis, si os necesito os lo diré, pero ahora tengo que estar tranquila y concentrada en mi trabajo. Una vez vean que no hay nada sustancioso de donde rascar, me dejarán en paz. Quedaos tranquilos en casa. Hacedlo por mí —pedí, desesperada.
Después de unos segundos de silencio, escuché suspirar a mi madre.
—De acuerdo, pero prométeme que pedirás ayuda si la necesitas. No tienes por qué lidiar con todo tú sola siempre.
—Te lo prometo —admití.
—¿Eres feliz con Oliver? —preguntó mi madre con tiento.
—Mamá, tengo que dejaros. Os llamaré. —Corté la llamada de manera apresurada.

Después de una noche en la que apenas había podido pegar ojo, me levanté, dispuesta a ir al Garden para el entrenamiento. No podía

esconderme para siempre y yo tampoco era de las que se acobardaban ante los problemas.
Al bajar, me encontré un coche esperándome. El conductor se acercó hasta mí y me cedió el paso hacia su vehículo.
—Señorita Baker, el señor Grant me envía a por usted.
No había hablado con él desde que me marché a la redacción y había ignorado sus mensajes y llamadas porque sabía lo que me iba a decir. Tal vez Oliver se sentía aliviado por no tener que escondernos, pero yo no dejaba de pensar que no era el momento.
Subí al vehículo con cristales tintados y me preparé para lo que tuviesen que decir los chicos del equipo, el agente de Oliver, William e incluso los directivos de los Knicks. Cuando llegamos, Ben se acercó presuroso para escoltarme hasta el interior. Había varios periodistas apostados en la puerta que me fotografiaron y lanzaron preguntas con la esperanza de que yo entrase al trapo. Cuando accedí al estadio, no supe si sentirme aliviada o si, por el contrario, encontraría allí dentro más desasosiego.
Me despedí de Ben y enfilé el corredor hacia el acceso a la pista. Escuché los gritos del entrenador a la vez que sonaban los chirridos característicos de las zapatillas sobre el suelo del pabellón. Cuando las luces incidieron en mi rostro, parpadeé un par de veces para poder enfocar la mirada y buscar a Oliver. Después de un rápido vistazo, me di cuenta de que no estaba entrenando con los demás. Dudé de si sentarme en las gradas a esperarlo o llamarlo, pero, finalmente, William decantó la balanza al acercarse a mí y ponerse a mi lado.
—No sabía si vendrías —confesó con seriedad.
—Todavía no he terminado el reportaje.
—Lo sé, pero, como ahora tienes la oportunidad de pasar mucho tiempo con Grant, no creía que fuese necesario ver los entrenamientos, sobre todo teniendo en cuenta lo que te aburren.
—No es necesario que seas tan condescendiente conmigo.
—Tampoco era necesario que me ocultases que tú y Grant estabais juntos.
—No acostumbro a hablar de mi vida privada ni a dar explicaciones sobre lo que hago y con quién —repliqué, cansada.

William guardó silencio y miró al frente.
—Espero que sepas dónde te estás metiendo —dijo al fin. Acto seguido, se alejó hacia la zona en la que el entrenador había reunido a los chicos.

Oliver seguía sin aparecer, así que me obligué a desbloquear el teléfono y revisar sus mensajes. Efectivamente, tenía un montón de notificaciones de su parte. Al principio, el tono era preocupado por mi mutismo, pero, a medida que avanzaba hacia los más recientes, se tornó más tenso y seco. El último me lo había enviado hacía casi dos horas y me avisaba de que un coche me recogería en casa a la vez que me decía que llegaría tarde porque tenía una reunión importante.
No tenía ánimo de estar sentada en las gradas sin hacer nada, así que salí al corredor y subí a la zona de restauración, me pedí un café y me senté en la mesa más alejada y solitaria que encontré. Conecté el ordenador y empecé a pasar las anotaciones más recientes que tenía para completar el reportaje. Había pensado que la última parte consistiese en una sesión de fotos, que todavía tenía que concretar con Christian. Mi idea era mostrar al Oliver alejado de la fama que yo conocía, pero tampoco quería adentrarme en la intimidad de su casa ni exponer a su familia. Estuve dándole vueltas a esa idea hasta que la silla que había enfrente de mí se movió y Oliver tomó asiento. El corazón me dio un vuelco y miré alrededor para ver si habíamos captado la atención del resto de los clientes. Cuando conecté con sus ojos, nos mantuvimos en silencio. Parecía que hubiesen pasado días desde la última vez que nos vimos, y apenas habían sido horas. No obstante, podía leer el cansancio en su rostro, pero también descubrí que parecía decepcionado.
—¿No deberías estar entrenando? —pregunté, incómoda.
Entrecerró los ojos y cruzó sus largos brazos sobre el pecho.
—He hablado con el entrenador y me ha dado el día libre.
—Vale… —dudé. Empecé a guardar mis cosas bajo su atenta mirada —. Supongo que no tiene sentido que yo haya venido hasta aquí.
—Según se mire.
—Será mejor que me marche a casa.

Levanté la cabeza y vi a varias personas mirarnos sin mucho disimulo y cuchichear. Sin querer, golpeé la taza con el bolso y al caer se rompió en pedazos que, por el estruendo que causó, todavía llamó más la atención.
Oliver se levantó despacio y se inclinó para recoger la loza. La dejó sobre la mesa y se puso frente a mí.
—Elige. Tu casa o mi casa.
—No creo que sea conveniente que…
—Si no lo haces tú, lo haré yo.
—Ponme las cosas fáciles, Oliver —pedí.
—Es lo que estoy haciendo. En tu casa o en la mía. —Ante mi falta de respuesta, resolvió—. En la mía, pues.
Me tomó del codo y, cuando intenté soltarme, alejó la mano, pero vi la tensión de su mandíbula y supe que le había ofendido.
Subí en su coche rodeada de los *flashes* de las cámaras y el eco de las preguntas pretenciosas. El hecho de que Oliver me obligase a pasar por aquello todavía me enfadó más y, para cuando llegamos a su apartamento, los dos éramos una olla a presión a punto de estallar.

Capítulo 65

Para sanar, hay que llegar a la raíz del problema y afrontarlo.
Eve

OLIVER

Entramos en mi apartamento y a nuestro alrededor empezó a flotar una electricidad muy diferente a la que siempre nos acompañaba. Aunque estaba seguro de que la necesidad de tocarla y acariciarla no desaparecería jamás, esta vez no estaba dispuesto a dejarme cegar por mis sentimientos.
—¿Era necesario que me hicieses pasar por esto? ¿Que nos fotografiasen juntos y así darles más carnaza?
Estaba enfadada, lo sabía, pero ese sentimiento solo era la punta del iceberg y estaba dispuesto a llegar hasta la base del problema.
—¿Qué propones entonces? ¿Dejamos de vernos?
—Tal vez sea la solución, sí. Al menos, temporalmente.
Disimulé como pude la decepción que sentí.
—¿Y luego qué? Cuando volvamos a estar juntos, siempre habrá alguien que nos vea, y seremos el centro de atención de nuevo. ¿O quieres que nos escondamos para siempre?
—Siempre es demasiado tiempo.
Y, por alguna razón, supe que se refería al tiempo que estaríamos juntos.
—Al menos hay una cosa en la que estamos de acuerdo. —Aunque no fuese en pasar el resto de nuestra vida juntos—. No pienso esconderme.
—Tal vez tú estés acostumbrado a que tu vida sea pública, pero yo no.
—No deja de ser irónico que lo critiques cuando tú, profesionalmente, eres la que se dedica a hablar de la vida de los demás.

—Yo aspiro a poder hacer artículos interesantes en una revista de prestigio, pero no me avergüenzo de intentar sobrevivir trabajando en algo menos ambicioso para poder comer. Pero supongo que tú eso no lo comprendes, porque mientras a mí me señala todo el mundo y me llaman zorra aprovechada, a ti te dan palmaditas en la espalda por añadir otra conquista más a la lista.
—Vamos a aclarar esto por partes —intercedí, cabreado—. Punto uno: siempre he respetado tu trabajo. Jamás he infravalorado tus capacidades y mucho menos, tu profesionalidad. Punto dos: yo también he afrontado problemas por hacerse público lo nuestro. He tenido que reunirme con el presidente del club, con los abogados, con mi representante e incluso con algunos de los patrocinadores. Y no pienses que ha sido precisamente para felicitarme. Y por último: no pienso esconderme ni silenciar lo nuestro. No teníamos previsto que se supiese tan pronto, pero, una vez ha ocurrido, no tiene sentido dar marcha atrás.
—Es demasiado precipitado —insistió, nerviosa.
Jamás soporté verla herida y vulnerable, y aquella ocasión no iba a ser diferente. Respiré hondo para tranquilizarme y avancé hacia ella. La sujeté por los brazos y acaricié con mis pulgares su piel.
—¿A qué tienes miedo? —pregunté con tiento.
Ella negó con la cabeza y suspiró, casi derrotada.
—Me he pasado la vida esforzándome en casi todas las áreas de mi vida para demostrar que no soy como la gente piensa. ¿Y sabes qué? Da igual lo que haga o cómo lo haga, porque siempre termino siendo juzgada.
—Los juicios gratuitos de la gente que no te conoce no tendrían que importarte. Tú sabes cómo eres y los que te queremos también lo sabemos. Es lógico que estés asustada, pero el miedo se vence y se continúa adelante.
—Lo dices como si fuese fácil.
—Sé que no lo es. ¿Crees que yo no estoy asustado?
—¿De qué tienes miedo tú? No corres el riesgo de que te echen del equipo ni de que cuestionen tu trabajo, ni siquiera la opinión pública habla mal de ti…

—Tengo miedo de perderte —sentencié. Ella abrió sus enormes ojos marrón caramelo y batió las pestañas con incredulidad—. No sé dónde me coloca esto, pero no me importa que los patrocinadores me retiren su apoyo, que esta situación afecte a mi juego, al equipo o al mismísimo papa de Roma —confesé con vehemencia—. Dime, Eve, ¿quién crees que está más jodido de los dos?
El teléfono de Eve comenzó a sonar y ella lo utilizó como excusa para alejarse de mi contacto. Leyó el nombre en la pantalla y respondió de inmediato.
—No puede ser cierto… —susurró. Me acerqué de nuevo hacia ella y escapó de mí en dirección a la mesa de centro que había entre los sofás. Tomó el mando a distancia de la televisión y lo pulsó varias veces porque le temblaban tanto los dedos que no acertaba el botón de encendido.
—¿Qué sucede? —Pero mi pregunta murió en el aire cuando en la pantalla del televisor apareció Adam dando una entrevista—. ¿Qué cojones…?
Eve se dejó caer en el sofá y escuchamos a Adam.
—Eve Baker ya apuntaba maneras en el instituto. No tenía reparos en hacer lo que hiciese falta para conseguir sus objetivos, ya me entienden.
—¿Qué relación tenías tú con ella? —preguntó la entrevistadora.
—Me enamoré de ella, teníamos una relación que mantuvimos en secreto porque ella me lo pidió, hasta que me enteré de que me engañó con algunos de mis compañeros de equipo.
—¿Algunos? —hurgó en la herida la periodista.
—Entre las bondades de Eve, nunca estuvo la lealtad.
—¡Maldito mentiroso hijo de puta! —exclamé.
Eve parecía estar conmocionada. No apartaba los ojos de la pantalla y apenas ni se movía.
—Me dejó hecho polvo —continuó Adam— cuando empezaron a correr por el instituto imágenes de ella manteniendo relaciones con mi mejor amigo.
Miré a Eve, preocupado, y esta cerró los ojos, compungida. Una lágrima rodó por su mejilla y sentí la necesidad de cometer

homicidio. Encontraría a ese cabrón y haría que se arrepintiese de eso.
No soporté verla llorar más: rodeé el sofá e intenté quitarle el mando para apagar la tele. Sin embargo, ella se negó.
—Necesito saber a lo que me enfrento.
—No tienes por qué aguantar esto.
Y entonces Adam dio su estocada final y remató la faena:
—Supongo que la obsesión de Eve por Oliver Grant viene desde el instituto.
—¿Quieres decir que se conocían de antes?
—Intentó por todos los medios que él cayera en sus redes, pero entonces Oliver tenía pareja. Supongo que ahora se ha podido sacar la espinita que le quedó hace diez años.
No lo soporté más, le arrebaté el mando y apagué la televisión.
—Esto solo ha sido una forma de desquitarse, pero te aseguro que le saldrá cara.
Me puse frente a ella, de rodillas, para coincidir con sus ojos y le sujeté las manos.
—No nos quedaremos de brazos cruzados.
Otra lágrima seguida por varias más empezaron a mojar sus mejillas.
—Sé lo que viene a continuación, Oliver —susurró con la voz rota.
—Haremos frente a lo que sea.
—Tengo que irme. —Se levantó con rapidez y se soltó de mi agarre.
—Zanahoria —rogué con desesperación. Sabía que, si la dejaba irse, cometería el segundo mayor error de mi vida—. No me dejes a un lado. Lo solucionaremos juntos.
Se detuvo de espaldas a mí y, para cuando se giró a mirarme, ya sabía que los dos acabaríamos heridos.
—Vamos a tomarnos ese tiempo que te he pedido.
El corazón me dio un vuelco.
—¿Por qué?
—Porque lo necesito.
—Dime la verdad, Eve.
—Ya te la he dicho —insistió, obstinada, a punto de derrumbarse.
Y el temor hizo que verbalizase mis sospechas.

—¿Sabes lo que realmente creo? Que te acojonaste cuando te confesé mis sentimientos, porque el amor te viene grande. Porque llevas años blindando tu corazón y no permites que nadie entre. Y luego pasó lo de la maldita foto y todo te superó. Estoy seguro de que, si no fueses tan jodidamente negada para las relaciones personales y hubieses aceptado que entrase en tu vida, no verías como una tragedia que descubriesen que estábamos juntos.
—Tú lo has dicho. Estábamos.
Eve se dio la vuelta y yo, acorralado como me sentía, acojonado por poder perderla, la presioné de nuevo.
—Si sales por esa puerta, se acabó.
Ni siquiera me contestó. Avanzó con un pie delante del otro hasta que la puerta se cerró tras ella y mi mundo se quedó sin luz.

Capítulo 66

Vivir con un corazón roto se llama sobrevivir.
Oliver

EVE

Laguna Beach. California. Estados Unidos

Creo que tomé consciencia de la gravedad de los últimos acontecimientos y de las decisiones que había tomado en las pasadas horas cuando el taxi me dejó a la puerta de casa de mis padres y estos salieron, asombrados, a recibirme. Ni siquiera les había avisado de mi regreso. No había tenido tiempo. Después de marcharme de casa de Oliver, me encerré en mi piso a lamerme las heridas. Dicen que las verdades que no aceptamos duelen más que las mentiras, y a mí me dolía demasiado admitir que tenía miedo de que me volviesen a hacer daño. Intenté dormir, me desconecté de todo y de todos, pero vivir en una burbuja en la era de la sobreinformación resultó imposible. Cuando las dichosas imágenes de Jake y yo empezaron a circular por las redes, me asfixié tanto que necesité huir. Coloqué unas cuantas piezas de ropa en una maleta y allí estaba, en el pueblo del que me largué hacía diez años, escapando de la ciudad que había sido mi refugio durante todo ese tiempo.
Mi madre fue la primera en encerrarme entre sus brazos mientras mi padre se mantenía serio y en silencio.
—Si nos hubieses avisado, habríamos ido a por ti al aeropuerto —susurró, preocupada.
No pude contestar. Tampoco sabía qué decir, pero mis sollozos hablaron por mí. Me deshice en lágrimas y sentí mis piernas flaquear. Mi padre tomó las riendas de la situación, me sujetó por la

cintura y me animó a poner un pie delante del otro hasta que entramos en casa y se sentó en el sofá conmigo.
—Aquí estás a salvo. —Me rodeó los hombros con los brazos y yo apoyé la cabeza sobre su pecho, para escuchar los latidos fuertes de su corazón y encontrar la calma que necesitaba.
—Prepararé una infusión. —Escuché decir a mi madre. Sin embargo, estaba tan exhausta que lo siguiente que recuerdo fue despertarme acurrucada en el sofá y a mi hermano Zack sentado en el suelo, frente a mí, mirándome con sus grandes ojos inquietos.
Por alguna extraña razón, ver su expresión preocupada hizo que las lágrimas acudiesen a mis ojos de nuevo. Zack frunció el ceño y se dedicó a limpiar con delicadeza la humedad de mis mejillas.
—Duele —afirmó con voz grave.
Yo asentí y él apoyó la cabeza junto a la mía en el sofá.
—Tómate la medicina. —Intentó levantarse para ir en busca de algún medicamento, pero yo lo sujeté del brazo para que no se marchase.
—Luego —musité con la voz tomada—. Quédate un poquito más conmigo. Te he echado de menos.
Procesó mi petición durante unos segundos, pero, al final, se tumbó junto a mí.
—¿Cómo te van las clases? —quise saber.
—Bien.
—¿Te gusta ir?
—Sí.
—Cuéntame cómo son tus compañeros de clase.
—Dany es alto, moreno y delgado. Tiene una cicatriz en la ceja porque se cayó con la bici. Mark es más bajito y tiene sobrepeso, lleva gafas porque no ve. Alexander es… —Evité sonreír mientras, uno a uno, Zack fue describiéndome cómo eran sus compañeros. A veces, todavía se me olvidaba que, si quería que me contestase a algo en concreto, había de hacer las preguntas precisas.
—La cena está lista —nos interrumpió nuestra madre.
Zack se levantó y fue a lavarse las manos. Me incorporé y noté cómo el dolor de cabeza me taladraba.
—He preparado pastel de carne y verduras.

—Solo me tomaré un analgésico y me acostaré en mi habitación.
—Come un poco antes —me pidió mi madre.
—No te preocupes. Cuando me encuentre mejor, bajaré a comer algo.
—Te puedo subir lo que te apetezca.
—No es necesario. —Arrastré los pies hasta la escalera y fui a mi habitación.
En todos esos años, pocas habían sido las veces que había dormido allí. Mis visitas solían ser cortas y de no más de tres días. Ahora, sin embargo, no tenía ganas de volver a Nueva York. Había cerrado la puerta a la única persona que podría hacerme volver y allí solo me esperaba la soledad de sentirme incomprendida.

Los siguientes días seguí la misma rutina que a mi llegada, que básicamente consistía en moverme del sofá a la cama y de la cama al sofá, comer poco y mal y llorar. Llorar hasta que me dolía la cabeza y mi madre me obligaba a tomar un calmante. No estaba acostumbrada a que se ocupara de mí y debo reconocer que, en mi desesperación, fui bastante borde con ella. Mi padre, por el contrario, decidió darme mi espacio. Cuando estaba en el salón, se sentaba a mi lado a leer o trabajar con el ordenador. Sabía lo que significaba aquello, el mensaje que me quería mandar. Estaba a mi lado, podía contar con él para lo que necesitase. Sin embargo, nadie podía hacer desaparecer aquella sensación de vacío y tristeza que parecía consumirme.

Ya casi llevaba una semana encerrada cuando mi madre irrumpió en mi habitación, descorrió las cortinas y apartó las sábanas de malas maneras.
—¡Se acabó! —exclamó—. Ya está bien de autocompadecerse.
Me incorporé lo justo para tirar de la colcha y taparme la cabeza de nuevo.
—Déjame —me quejé.
—No voy a hacerlo. —El edredón voló otra vez y yo me cubrí la cabeza con los brazos.
—¡Vete!

—Estás siendo muy infantil, Eve. Los problemas no se resuelven escondiendo la cabeza bajo tierra.
Enfadada, me incorporé hasta quedar sentada en medio de la cama.
—¿Y cuándo has descubierto eso, mamá? Porque hubiese estado muy bien que llegases a esa conclusión cuando papá nos dejó y tuve que cuidar de ti durante meses. Te recuerdo que tú tampoco te levantabas de la cama, que yo tenía que hacerme cargo de las dos y muchas veces no tenía ni ropa limpia que ponerme para ir al colegio. ¿Por qué estás haciendo todo esto? ¿Por qué estás ahora tan pendiente de mí? ¿Porque te sientes culpable? Vale, si lo que quieres es resarcirte, estamos en paz.
Después de mi vehemente explosión, ambas nos quedamos en silencio, midiéndonos con la mirada. Sabía que le había hecho daño, pero es que los animales heridos, cuando se sienten acorralados, atacan, y yo me sentía demasiado dolida.
—Me alegra que por fin podamos hablar de ello —afirmó mi madre con la voz tomada—. No viviré el tiempo suficiente para arrepentirme de haberte descuidado durante aquella época. Pero, por desgracia, no puedo volver atrás en el tiempo y evitarte ese dolor. Pero lo que sí que puedo hacer es impedir que cometas el mismo error que yo. —Se sentó en la cama y apartó los mechones de mi frente—. Siempre has sido muy valiente, Eve. Me lo demostraste cuando tu padre y yo nos separamos, cuando llegó Zack con todos sus problemas… Cada vez que la vida te ha puesto piedras en el camino, las has sorteado.
—¿A qué precio, mamá? —Me tembló la barbilla, el pecho se me encogió y volví a llorar.
—Todo en esta vida tiene un precio, cariño. Hasta el amor lo tiene. La cuestión es cuánto estás dispuesta a pagar por ello.
Negué con la cabeza y las lágrimas resbalaron por mis mejillas.
—Oliver me dijo que me quería, que no pasaba nada si la gente se enteraba —empecé a hablar como si la presa que retenía mis sentimientos se hubiese quebrado y se lo conté todo. Desde que en el instituto me colgaron la etiqueta de zorra, siguiendo por la desilusión por el engaño de Oliver, el rencor y la desconfianza cuando volvimos a encontrarnos, así como la incapacidad de

controlar nuestros sentimientos. Para acabar, le confesé lo que había supuesto para mí que se hiciese pública nuestra relación… Cuando terminé, el peso que me aplastaba el alma era más ligero.
No me juzgó, no cuestionó mis acciones, simplemente me escuchó y se mantuvo a mi lado.
—Oh, mi niña… —gimió al fin. Me rodeó con sus brazos y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí protegida—. No tenías por qué pasar por todo eso sola. Me duele no haber estado a tu lado, pero lo que más me atormenta es que pensases que no podías contar conmigo.
—Pensé que sería más fácil hacerme cargo yo misma. Zack te necesitaba más que yo y no quería preocuparte.
—Tus problemas también son importantes para mí, Eve. Es cierto que hubo una época en la que me sentí desbordada por muchos motivos: mi matrimonio con Steve no estaba siendo como esperaba, Zack necesitaba mucha ayuda y él no supo estar a la altura, el trabajo me agobiaba porque no estaba tranquila cuando dejaba a tu hermano. Solo encontraba algo de calma cuando sabía que estabas en casa con él. Te di una responsabilidad que no te correspondía. Me confié y pensé que, con tu madurez, eras capaz de afrontar los problemas de la adolescencia. Me equivoqué y volví a dejarte sola. Lo siento tanto… —Me apretó contra su pecho y yo la abracé con fuerza—. Saldremos de esta, cariño. Juntas. Tienes que dejar que te ayude, lo necesito y tú también.
Lloramos abrazadas durante mucho tiempo hasta que terminamos acostadas una enfrente de la otra. Hablamos de todo y de nada, nos reímos al recordar algunas anécdotas con la abuela y volvimos a llorar cuando admitimos cuánto la echábamos de menos.

Aquella conversación supuso un antes y un después en mi particular proceso de duelo y autocompasión. Por las mañanas bajaba a la cocina y la ayudaba a preparar el desayuno. Cuando Zack se marchaba a clase y ella se iba al hospital, charlaba un rato con mi padre y después paseaba por la playa. Recorrer los mismos lugares en los que había estado con Oliver me hacía sentirlo más cerca, pero, al mismo tiempo, la pena por haberlo perdido me apretaba las

entrañas hasta hacerme sentir un dolor físico casi insoportable. Sin embargo, era incapaz de dejar de ir.
Cuando por fin reuní el valor suficiente, conecté el ordenador para leer los correos del trabajo. Tenía un montón de notificaciones de Jack en las que amenazaba con despedirme si no le pasaba el artículo antes de la fecha acordada. Para eso faltaban dos días y tanto él como el agente de Oliver estaban nerviosos. Dudaban de si era incapaz de escribirlo, pero, al mismo tiempo, también temían lo que pudiese contar en él. Me froté la cara con las manos y suspiré, cansada.
—¿Puedo pasar? —Mi madre asomó la cabeza en mi habitación y yo le sonreí para invitarla a entrar—. Pareces preocupada.
—Tengo que entregar el artículo sobre Oliver pasado mañana —expliqué.
—Entiendo…
—Sé que mis palabras van a desatar un aluvión de críticas y que mirarán todo lo que digo con lupa.
—Entonces, tal vez sea una buena oportunidad para dejar las cosas claras, ¿no crees?
—¿Qué insinúas, mamá?
—No creo que te hayas dado cuenta de que la primera que no está separando el trabajo de lo personal eres tú cuando te afecta tanto lo que opinen los demás. Has estudiado Periodismo, te has preparado durante años para tener una oportunidad como esta: aprovéchala y hazlo en tu beneficio.
Las palabras de mi madre llegaron a la parte lógica de mi cerebro, que había estado cegada por el miedo.
—Sé que puedo hacerlo bien —dije, tanto para tranquilizarla a ella como para convencerme a mí.
—No creo que nadie que te conozca dude de ello.
—El problema es que no sé si puedo ser objetiva tratándose de Oliver.
—¿Crees que realmente alguien espera leer un artículo frío y aséptico? Al principio puede ser, pero ahora no, cielo. Lo que queremos leer es lo que tú sientes, y eso nadie puede escribirlo

mejor que tú. A menos que no tengas los sentimientos claros, en cuyo caso te resultará mucho más difícil terminarlo.
—Sé lo que siento —dije con firmeza—. Siempre lo he sabido.
—¿Y lo que siente Oliver?
—Dice que me quiere —admití con vulnerabilidad.
—¿Le crees?
—Quiero hacerlo, pero, una vez más, tengo miedo.
Mi madre se apoyó en el escritorio y miró hacia la ventana.
—Cuando tu padre y yo nos dimos esta segunda oportunidad, estábamos aterrorizados. Los dos. Íbamos a dejar atrás nuestra vida para recuperar lo que perdimos porque no supimos cuidarlo. ¿Sabríamos ahora? ¿Saldría bien? ¿Nos haríamos daño de nuevo?
—¿Cómo supiste que teníais que dar ese paso adelante?
—No tenía ni la más remota idea. Solo sabía que lo amaba como jamás había amado a otro hombre y que, si no lo intentaba, sería infeliz toda mi vida.
No quería hurgar en la herida, pero necesitaba que alguien que había pasado por algo parecido a lo que nos ocurrió a Oliver y a mí me dijera cómo había conseguido superarlo.
—¿Confías en él? —pregunté con cautela.
Mi madre sonrió con resignación.
—No fue fácil, pero, si tu padre no hubiese querido, no estaría conmigo ni me demostraría todos los días que me quiere. Nadie es perfecto y todos cometemos errores, yo elegí perdonar y vivir el resto de mi vida a su lado. ¿Qué vas a elegir tú? —Me besó con suavidad en la frente y se dirigió a la puerta—. Te llamaré cuando esté la cena.
Miré la pantalla del ordenador, donde la hoja en blanco parecía retarme a escribir. Cerré los ojos, inspiré hondo y tecleé: «El partido más difícil. Por Eve Baker».

Capítulo 68

Dime algo bonito. Siempre.
Eve

OLIVER

Aquella sería la primera semana que no tendría partidos ni eventos de promoción desde que había llegado a Nueva York. Pese a las advertencias de mi entrenador, me había forzado demasiado en la cancha y ahora acusaba una tendinitis en la rótula de la rodilla izquierda que me estaba jodiendo la vida. Una cosa más que se sumaba… Como consecuencia, ahora debía hacer reposo durante dos semanas, como mínimo, y luego ir al fisio a rehabilitación. Con un poco de suerte, antes de Navidad estaría de nuevo en la pista.
Me estiré en el sofá y me coloqué la bolsa de hielo sobre la rodilla. Sin cumplir mi rutina diaria, me volvería loco. Me disgustaba aquel parón. Prefería estar sumido en el estrés de los viajes, partidos y mierdas publicitarias antes que quedarme ocioso en casa y pensar. Ahora, mi cabeza y mis sentidos eran mis enemigos. Me parecía oler su perfume en todas partes, veía su color de pelo por la calle, me despertaba en mitad de la noche porque escuchaba su voz… Si no estaba lanzando a canasta, planificando jugadas o dando ruedas de prensa, mis pensamientos volvían a ella una y otra vez. Eve no se había puesto en contacto conmigo para nada desde que se marchó de mi apartamento y yo había dejado pasar el tiempo para planificar qué pasos debía dar. Pero entre mis planes no entraba que ella desapareciese del mapa y no diese señales de vida. Me había vuelto loco, una vez más, por su marcha. Sin embargo, yo ya no era el adolescente que no pudo hacer otra cosa que dejarla ir. Solo estaba intentando curar mi orgullo herido y, sí, armándome de valor para ir a por ella y aclarar nuestra situación de una vez por todas.

Mi teléfono sonó y sonreí al ver el mensaje corto y conciso en la pantalla. Tecleé y pulsé enviar con el recado: «Cuídala por mí. Confío en ti».

Me negué a mirar las redes sociales o a conectar el televisor. Estaba hasta los cojones del acoso de la prensa y de las mismas preguntas cada vez que me acercaban el micrófono. Silencié el teléfono y lo lancé a un lado. La única información que me importaba la acababa de recibir. Cogí el libro que tenía en la mesilla y comencé a leer, pero apenas llevaba cinco páginas cuando el timbre de mi apartamento comenzó a sonar con insistencia. Extrañado de que el conserje no me hubiese avisado de que tenía visita y yo hubiese autorizado que subieran, caminé cojeando hasta la entrada. En cuanto abrí, una avalancha de jugadores invadió mi salón.

—Traemos cervezas, cartas y ganchitos. Tú solo tienes que poner tu culo blanquito en la silla —dijo Kamal, mientras dejaba las bolsas sobre la mesa del comedor.

El resto de mis compañeros ocuparon el sofá y se adueñaron del mando para poner el canal de deportes. Mitchell cogió el libro que estaba leyendo y me dirigió una mirada significativa.

—¿*Cumbres borrascosas*? ¿En serio?

—¿Es que no tenéis otro tío al que molestar? —repliqué, fingiéndome enfadado cuando, en realidad, agradecía su compañía y que me distrajesen.

—¡No! —gritaron a la vez.

—¿Y ninguna novia con la que follar? —insistí.

—No todos tenemos tu suerte —replicó Kamal, de vuelta ya de la cocina con varios cuencos con aperitivos.

—Siéntete como en tu casa —ironicé—. Y yo tampoco estoy con nadie.

—Será porque no quieres. —Mitchell abrió una cerveza tras otra y las repartió entre los chicos.

—No es por mí —contesté cuando me tendió la mía.

—Pues por ella tampoco. Eso está claro. —Kamal colocó el tapete de las cartas sobre la mesa y comenzó a barajar.

Mitchell se sentó a su lado y llamaron a Miles para que se uniese.

—Esta silla es para ti —señaló mi compañero, pero yo no me moví.

—¿Qué quieres decir? —me dirigí a Kamal, que seguía mareando las cartas.
—¿Ves? Te dije que no lo había leído —se dirigió este a Mitchell.
—¿Leer el qué? —me impacienté.
—El artículo de nuestra chica —explicó Kamal.
—No sé si deberíamos seguir llamándola «nuestra chica». —Mitchell cogió un puñado de ganchitos y se los metió en la boca—. Está claro que lo prefiere a él —habló con la boca llena.
El corazón empezó a golpear mis costillas sin ningún tipo de miramiento.
—Siempre lo ha preferido a él, pero el amor es infinito y yo tengo mucho para dar. Además, no soy celoso.
—¿Eve ha publicado el artículo? —musité.
De pronto, sobre el tapete de juego apareció la revista para la que Eve trabajaba. Había una foto en portada que no había sido hecha por ningún profesional. Y lo sabía porque nos la saqué yo, un día cualquiera, en el sofá de su casa, mientras ella descansaba sobre mi pecho y yo besaba su cabello.
Con dedos temblorosos, comencé a pasar las páginas hasta que llegué a la parte que me interesaba.

El partido más difícil

Cuando Oliver Grant llegó a Nueva York, la ciudad se preparó para recibir a una estrella. Él, en cambio, llegó como un hombre. Uno con maletas llenas de pasado, expectativas que no había prometido cumplir y una sonrisa que parecía pedir permiso en vez de exigir atención.
En los primeros partidos con los Knicks, sus estadísticas estuvieron a la altura de lo que los titulares esperaban. Pero, para quienes se detienen a mirar más allá del ruido, lo que Oliver trajo a esta ciudad fue otra cosa: paciencia, trabajo silencioso y entusiasmo por su profesión. Un tipo de coraje que no se mide en puntos por partido, sino en la capacidad de sostenerse firme cuando todo alrededor tiembla.
Conozco ese tipo de valor. Porque escribir esto —desde donde lo escribo— también requiere de él.
Se ha dicho que no soy objetiva. De hecho, se me ha llamado cosas mucho peores. Que esta crónica viene teñida por algo más que el ejercicio profesional. Y, ahora, reconozco abiertamente que sí. Estoy enamorada de Oliver Grant. Y lo estoy con la misma intensidad o más que lo estuve de él con dieciocho años. Pero como él una vez me dijo: el amor nos venía demasiado grande y nos perdimos por

miedo a no hacerlo. Ahora, no voy a cometer los mismos errores del pasado. Afrontaré mis sentimientos con la cabeza bien alta y la misma honestidad con la que ejerzo mi oficio. Lo que he aprendido desde que él llegó de nuevo a mi vida no es solo cómo se adapta un jugador a la intensidad de Nueva York, sino cómo se ama en voz alta cuando los focos se vuelven inquisidores.
Oliver me enseñó que no hay nada más valiente que decir la verdad. Y esta es la mía: verlo luchar cada día por estar a la altura —no de una camiseta, sino de sí mismo— ha sido como ver florecer una planta en el desierto. Me enamoré de nuevo de su forma de evaluar los silencios. De cómo no intenta encajar, sino transformar. De su manera de luchar por aquello que cree y que ama. De su forma de responsabilizarse de todo y de todos. De su sentido del humor. De su pasión. De su tenacidad. De sus palabras. De sus besos. De la forma en la que me abraza… No hay una parte de Oliver Grant que yo cambiaría.
Y, en ese reflejo, me perdí para encontrarme a mí misma.
Este artículo es sobre él, pero os habréis dado cuenta de que también es sobre mí. Sobre cómo llegar a Nueva York, a veces, es menos un viaje geográfico que uno emocional. Llegué aquí hace diez años huyendo de un pasado injusto que ha regresado de nuevo para intentar hacerme daño. Pero, si algo te enseña esta ciudad, en la que no siempre se te hace fácil quedarte, es a sobrevivir.
Oliver se ganó a Nueva York incluso antes de pisar sus calles, pero Nueva York está empezando a ganárselo a él. Y espero que yo también. Que pueda perdonar mi cobardía y que podamos regresar a la ciudad que nunca duerme para vivir nuestro sueño. No obstante, ambos sabemos que, si estamos juntos, no es porque lo necesitemos para existir, sino porque hemos elegido hacerlo.
Y esa es, probablemente, la forma más pura de victoria.

Eve Baker

Si antes el corazón se apretaba en mi pecho, ahora había estallado en mil pedazos y había liberado una energía que no podía contener. Me amaba y lo había gritado a los cuatro vientos.
Tenía que irme.
—Esto es una mierda —interrumpió Mitchell mis pensamientos. Me quitó la revista, la dejó sobre la mesa y la golpeó con un dedo—. Ninguna declaración estará a la altura de esta. Jamás.
Y yo no podía estar más de acuerdo.
—Me tengo que ir —verbalicé en voz alta. Tenía que buscar un vuelo a Los Ángeles para hoy mismo.
—Lo sabemos —dijo Kamal.
—Entonces, ¿qué cojones hacéis todavía aquí? —les increpé.

—Queríamos ser testigos de tu cara de tonto cuando leyeses el artículo para contárselo a Eve cuando vuelva.
—Bueno, también para darte una paliza si no decidías ir a buscarla.
—Ahora ya sabéis que voy a ir a por ella. Os podéis largar.
—Todavía no nos hemos terminado la cerveza. Nos quedaremos mientras haces la maleta.
Me negaba a estar por más tiempo discutiendo con aquellos insoportables que parecían críos y que eran los mejores compañeros que podría tener. Guardé en la maleta cuatro cosas y, cuando salí al salón de nuevo, me di cuenta de que no iba a poder moverlos de allí por un buen rato. La partida de cartas había comenzado y los chicos seguían con entusiasmo un partido de los Mavericks contra los Timberwolves. Me dirigí a la puerta de mi apartamento y grité:
—¡Cuando terminéis, cerrad la puerta!

Capítulo 69

Te diré algo bonito. Siempre.
Oliver

EVE

Observatorio Griffith. Los Ángeles. California.

Estaba empezando a anochecer cuando entré en el observatorio. Sabía que era la hora de mayor afluencia, pero no me importó. Las familias con niños, los turistas y las parejas de enamorados se mostraban entusiasmados ante las explicaciones del guía. Yo también lo estuve la primera vez que vine aquí con Oliver. Desde entonces, no había vuelto a pisar ese sitio porque cada lugar que me recordara a él me hacía volver a sentir el dolor por haberlo perdido. Ahora no es que me sintiese muy diferente —estaba destrozada y me sentía desnuda después de confesar ante todo el mundo que amaba a Oliver Grant—, pero necesitaba sentirlo cerca. Durante esos días había recorrido todos los lugares en los que se tejió nuestra historia y solo me faltaba este antes de volver a Nueva York.
Subí directamente a la cúpula en la que estaba el telescopio Zeiss para evitarme las colas posteriores y observé las estrellas que habían empezado a encenderse en el cielo. Me dejé envolver por el silencio de la sala. Me perdí en la infinidad del universo y busqué nuestras constelaciones. Siempre que había pensado que Oliver y yo estábamos demasiado lejos, me calmaba la idea de saber que, por muchos kilómetros que nos separasen, seguíamos viendo las mismas estrellas sobre nosotros.
—¿Qué estás buscando?
Escuchar su voz grave y calmada a mi espalda aceleró mi respiración y mis latidos. Había venido. Luché por aguantar las lágrimas mientras me daba la vuelta para mirarlo. Varios escalones nos

separaban, una distancia ridícula para lo lejos que nos habíamos sentido esos días. Tenía el pelo alborotado, ojeras y la ropa arrugada, pero estaba guapísimo, como siempre.
Subió un escalón más.
—¿Cómo me has encontrado? —susurré.
—Tengo mis contactos —admitió.
No pude evitar sonreír.
—Le dije a tu contacto que, si venías a buscarme, podía contarte dónde estaba.
—Lo he imaginado. Zack jamás te habría traicionado.
Sabía que mi hermano y Oliver estaban en contacto. Para bien o para mal, a mi hermano nunca se le había dado bien disimular y últimamente me había preguntado más veces que en toda su vida cómo me encontraba. Acto seguido, tecleaba un mensaje en el móvil con mi respuesta. El único receptor posible era Oliver, pero solo tuve que preguntarle a Zack si era él para que me lo confirmase con un simple y maravilloso «sí».
—Dime, Zanahoria, ¿qué intentabas averiguar mirando el universo?
—Buscaba en las estrellas la respuesta sobre si vendrías a por mí —dije al fin, emocionada.
Él avanzó otro escalón.
—¿Y no se te ocurrió preguntármelo a mí?
—No quería que pareciese una petición. Esperaba que naciese de ti.
Ascendió uno más y lo tuve a centímetros de mis labios.
—Habría venido igualmente, me lo pidieses o no —aseguró, con los ojos fijos en los míos.
—Contaba con ello.
—Aunque ese maravilloso artículo no se hubiese publicado, esta vez estaba dispuesto a seguirte hasta el fin del mundo si hiciese falta. Incluso a buscarte entre las estrellas. Solo que habría tardado un poco más.
—¿Por qué habrías esperado? —quise saber.
—Para darte más tiempo.
—No me daban miedo tus sentimientos, Oliver —expliqué de manera atropellada—. El problema eran los míos.
—Lo sé. Pero era algo que tenías que descubrir por ti misma.

—Te quiero —sollocé.
—También lo sé —sonrió, condescendiente—. Te has encargado de decírselo a todo el mundo.
Oliver se quedó en el último escalón y, aun así, tuve que inclinar la cabeza para mirarlo.
—Pareces saberlo todo —me burlé con voz trémula.
—Todo no. —Enmarcó mi rostro con sus grandes manos—. No sé si querrías pasar el resto de tu vida conmigo.
—¿Para siempre?
—Siempre me parece poco tiempo —me parafraseó.
—A mí también —convine sobre sus labios.
Me amoldé a su cuerpo con la intención de fundirme con él y llenar el vacío de nuestra ausencia. Bebí de sus susurros cargados de «te quiero» y me alimenté del sabor de sus besos hasta que escuchamos murmullos a nuestro alrededor y, al separarnos, vimos que la sala estaba llena de gente. Muchos de los curiosos, móvil en mano, inmortalizaban el momento.
—Creo que ha llegado el momento de largarnos de aquí —susurró contra mi boca.
Me tomó de la mano y me condujo hacia la salida, sin detenerse, hasta que llegamos al aparcamiento.
—Yo conduciré. Quiero llevarte a un sitio. —Me tendió la mano y le entregué el llavero—. ¿De verdad, Eve? ¿La vieja camioneta? —sonrió cuando reconoció las llaves.
—Yo prefiero llamarla clásica. Le otorga más caché.
Oliver negó con la cabeza, con la sonrisa tirando de sus labios. Cuando llegamos a la plaza de estacionamiento, me abrió la puerta y, cuando me senté, rodeó el coche hasta ocupar el asiento del conductor.
—¿A dónde vamos? —quise saber.
—A hacer algo que tendría que haber hecho hace mucho tiempo —respondió, enigmático.
Condujo de regreso hacia Laguna Beach sin perder la oportunidad de acariciarme con cada cambio de marcha que realizaba. Y, con cada roce de sus dedos, mi emoción subía de intensidad hasta creer que estallaría de felicidad. Emoción que se transformó en confusión,

nervios y luego temor cuando detuvo la camioneta frente a la casa de sus padres.
—Oliver… —dudé.
Pero él fingió no escucharme, saltó del coche, me abrió la puerta y tiró de mi mano para que bajase.
—Todo irá bien —me aseguró.
Cruzamos el jardín de entrada hasta llegar a la puerta principal y esta se abrió de repente para dejarme frente a frente con sus padres.
—Papá, mamá, esta es Eve. La mujer de mi vida y mi futura esposa.
Aparté los ojos de su familia para mirarlo sorprendida. No me podía creer que hubiese hecho semejante confesión.
La madre de Oliver soltó una carcajada.
—La estás asustando, cariño. Encantada, Eve. —Me encerró entre sus brazos con cariño—. Por fin te conocemos.
El padre de Oliver, por su parte, se mantuvo al margen hasta que su mujer se apartó.
—Eve, bienvenida a la familia —dijo al fin.
Las lágrimas que no había soltado hasta el momento rodaron por mis mejillas.
—Gracias —repliqué, conmovida.
Oliver me rodeó por la cintura y besó mi frente con ternura.
—Bueno, ahora que ya he hecho las presentaciones oficiales, nos vamos —anunció.
—¿No os quedaréis a cenar? —quiso saber su madre, tan extrañada como yo.
—¿Ahora a dónde vamos? —pregunté.
—Créeme, Zanahoria, no quieres saberlo delante de mis padres.
Enrojecí de una forma tan violenta que creí que entraría en combustión.
—Cierto, no queremos saberlo ni imaginarlo —opinó su padre, divertido.
—Eve, ha sido un placer conocerte en persona. Oliver lleva años hablando de ti. Sabemos que lo hizo mal y te hirió, pero confía en mí cuando te digo que lo pagó caro —confesó su madre.
—Bueno, ha llegado el momento de irse —insistió, incómodo.

Nos despedimos y volvimos a la camioneta.
—¿Así que has hablado mucho mí? —lo increpé, divertida.
—Zanahoria, la de veces que he hablado de ti es un número ridículo en comparación con la de veces que te he pensado. —Se acercó para besarme y yo me retiré unos centímetros.
—Dime algo bonito.
Sonrió y en sus ojos vi la misma felicidad que desprendían los míos.
—Siempre.

FIN

Epílogo

Dime algo bonito de Eve

Eve siempre tuvo claro que los sueños alimentan las ilusiones, que perseguirlos forja el carácter y conseguirlos era una inmensa satisfacción personal.
Después de dejar su trabajo en *The Question*, trabajó unas semanas vendiendo artículos a varias revistas por cuenta propia. Hasta que, un día, la revista *People* se puso en contacto con ella para ofrecerle lo que siempre había deseado: un puesto de redactora en la sección de personajes de interés humano. Su declaración/artículo dedicado a Oliver fue el detonante para convencerlos de que necesitaban a alguien como ella entre sus filas. Alguien que hablase con el corazón y que, al mismo tiempo, fuera con la verdad por delante.
Actualmente, vive su historia de amor con Oliver en Nueva York. Donde por las noches, desde la terraza, miran las estrellas, convencidos de que su historia siempre estuvo escrita en ellas.

Dime algo bonito de Oliver

Oliver tentó a la suerte una vez y, desde entonces, se propuso aprender de sus errores.
Siguió jugando para los Knicks durante años y compaginó su vida pública como jugador de baloncesto con su vida privada con su mujer y su hija.
Todas las noches, mientras Eve se prepara para ir a la cama, Oliver le cuenta a Stella la historia de un conejito que adoraba las zanahorias, empezó a mentir para conseguirlas y las perdió todas por avaricioso. Porque en esta vida hay que cometer errores. Ser valientes para afrontarlos, intentar solucionarlos y pedir perdón.

Porque la opinión que tienen los demás de nosotros no nos define y hay que ser siempre fiel a uno mismo.

Dime algo bonito de Lauren

Eve coincidió con Lauren cuando viajó a Reino Unido para cubrir un reportaje sobre Malala Yousafzai, la activista pakistaní que lucha por la educación de las niñas en su país. Lauren trabajaba como diplomática en la embajada de Estados Unidos y estuvo presente en el acto posterior a la entrevista que organizó la propia embajada. Durante su estancia, Lauren aprovechó para disculparse con Eve por su actitud en el pasado y confesar que la vergüenza le impidió ponerse en contacto de nuevo con ella. Se pusieron al día sobre sus vidas y no volvieron a perder su amistad.

Dime algo bonito de Violet

Violet heredó el restaurante de sus padres y lo convirtió en uno de los más prestigiosos de Los Ángeles. Se casó con el primer chef que contrató, se divorció de él a los tres meses y años más tarde conoció a su actual marido, un residente cubano, profesor de baile.

Dime algo bonito de Adam

No puedo. Solo te contaré que tuvo que hacer frente a las mentiras que contó a la prensa en los juzgados y delante de la opinión pública al ponerse en su contra cuando se destapó la verdad.

Dime algo bonito de Zack

Las palabras se me quedan cortas para contarte lo maravilloso que es Zack. Acabó sus estudios de mecánica y robótica con excelentes notas. Entró a trabajar en el taller de Machina Labs, una *start-up* que utiliza robots equipados con inteligencia artificial para fabricar productos de metal. Y, actualmente, está descubriendo lo que es estar enamorado.

Dime algo bonito de Jake
Ya se deja intuir que hay mucho más detrás del chico inmaduro que no sabía manejar sus sentimientos y que creía que el enamoramiento era amor. Pero esa es otra historia…

Dime algo bonito de Naia
Solo necesitaba alas para volar, libertad para hacerlo y alguien que le calentara el corazón. Pero esta es otra historia…

[1] En español se interpretaría como «Cabello rojo, corazón ardiente».

[2] Un *rookie*, o novato en castellano, es un jugador de primer año en la NBA. La mayoría de los jugadores suelen llegar a través del *draft*, siendo elegidos con *picks*, tras pasar por la universidad o bien como jugadores internacionales.

Agradecimientos

No sé si os acordáis, pero la adolescencia es una época llena de dramas. El paso a la edad adulta lo es. Toca hacer frente a problemas sociales, personales y afrontar responsabilidades que hasta el momento no eran importantes. El hecho de estar viviendo la adolescencia de mis hijos en casa me hizo sentir en primera persona la cantidad de frentes abiertos que tienen ahora los jóvenes y el peligro que suponen las redes sociales. Supongo que por eso aparecieron Eve y Oliver en mi cabeza.

Por ello, a Carmen y a Martín, les doy las gracias por todo el material en primera persona que me han ofrecido para esta novela. Y ahora en serio, os deseo que os equivoquéis, que aprendáis, que luchéis por lo que creéis y queréis, y que jamás dejéis de ser fieles a vosotros mismos. Yo estaré ahí para deciros: «Cuidado con esa piedra». Siempre. Y cuando tropecéis, porque lo haréis, también estaré ahí para abrazaros, secar vuestras lágrimas y empujaros con suavidad hacia delante. Estoy orgullosa de vosotros y os quiero infinito.

Las penas compartidas pesan menos, y yo tengo el mejor compañero del mundo para compartirlas. A Kike, por estar siempre a mi lado. Porque han sido unos meses difíciles y tenerte conmigo me daba fuerzas para superar lo que fuese. Porque el amor, además de con palabras, se demuestra. Y tú lo haces cada día. Te quiero.

¿Quién mejor que otra madre para comprenderte? Para entender lo que se sufre por los hijos y para darte la tranquilidad de saber que está ahí. La mía es maravillosa y de ella aprendí a querer sin reservas, a ser paciente y, sí, también a ser un poco exagerada. Te quiero, mamá.

A Patricia, Maribel, Ana y María, gracias infinitas por vuestros consejos, vuestras opiniones y por tratarme siempre con cariño. Os quiero.
A Noemí y Yola; han sido tiempos difíciles, y eso no nos ha permitido estar en contacto todo lo que nos habría gustado. Pero para la próxima, más y mejor. Os quiero, no lo dudéis.
A Marién Fernández por la cubierta tan preciosa que me ha hecho. Por comprender la esencia de la historia de Eve y Oliver y plasmarla con tanto acierto. ¡Gracias!

A Carol, porque hemos tenido una conexión estupenda desde el primer momento y es un placer trabajar contigo para corregir mis novelas. ¡Gracias!

Durante el tiempo que he tardado en escribir esta historia, he vivido una de las experiencias más duras de mi vida. Una operación, en principio no muy complicada, terminó convirtiéndose en una pesadilla. Pasé tres veces por quirófano en nueve días y estuve un mes ingresada en el hospital. La recuperación ha durado meses y todavía arrastro algunas secuelas, que poco a poco van desapareciendo. Esta vivencia me ha enseñado varias cosas, entre ellas, que tengo un hermano estupendo, una familia maravillosa que se ha volcado conmigo, una suegra espectacular, unos cuñados inmejorables y unos amigos que han hecho grande esa palabra. Pero permitidme que también me diga algo bonito: Tessa, lo has hecho muy bien. Eres más valiente de lo que crees y tienes que quererte más.
Y a ti, lector y lectora. No dejes de decirte cosas bonitas, de vivir la vida con la intensidad y la emoción que te mereces. Por mi parte, seguiré escribiendo historias que calienten el corazón, aflojen la sonrisa y nos hagan suspirar.

¿Seguimos soñando historias juntos?

Tessa

Libros de este autor

Y Sí, Te Quiero

Carmen tiene miedo.

Víctor no teme a nada.

Carmen sufre todos los días por ese miedo que habita en su interior y lucha contra él.

Víctor es un policía adicto a la adrenalina que disfruta en su tiempo libre poniendo al límite su cuerpo y su mente.

Carmen no tiene nada en común con él, de hecho, la mayoría de las veces no lo soporta.

Pero Víctor no piensa igual.

Una tensa relación desde niños, diferentes maneras de vivir la vida y las casualidades del destino serán los ingredientes de esta historia que habla de superación, comprensión, pero sobre todo, de amor.

Mi Tierra Lleva Tu Nombre

Cuando Juan y Nelia se conocen siendo niños, no intuyen que el mismo destino que se encargó de unirlos será el culpable de que paguen por los errores que sus familias cometieron en el pasado.

Años después, Juan volcará en Nelia su resentimiento con una

decisión que cambiará el rumbo de sus vidas.

Un viaje a través del tiempo durante un convulso periodo de nuestra historia que llevará a los lectores a la Guerra del Rif y a la Primera Guerra Mundial, a la vez que se entreteje una vibrante historia de amistad, valentía, secretos, venganza y amor.

Promesa De Campbell

Cuando Desmon Campbell vuelve a Escocia para hacerse cargo de su clan, no imagina que, además de sus obligaciones como laird, tendrá que contraer matrimonio por una deuda de honor. La elegida, Tara Gordon, es una joven orgullosa que oculta sus temores detrás de una máscara de frialdad.

Para Desmon, contraer matrimonio con Tara significa traicionarse a sí mismo. Para Tara, desposarse con Desmon simboliza su peor pesadilla.

Sin embargo, la convivencia no será lo peor a lo que se enfrenten. En medio de las intrigas de los nobles por obtener el trono de Escocia, Tara descubrirá que la mayor traición es la de su esposo, Desmon aprenderá que las promesas del pasado esperan el peor momento para ser resueltas, y juntos afrontarán un destino que siempre estuvo escrito en el corazón y en las estrellas.